

JIM BUTCHER

LA SAGA DE HARRY

DRESDEN

1. TORMENTAS

Lectulandia

Harry Dresden se ha convertido en una ayuda insustituible para la policía de Chicago, porque es el único a quien pueden acudir cuando una investigación entra de lleno en lo paranormal. Es el caso de un doble asesinato con tintes de magia negra. Y detrás de la magia negra siempre hay un mago oscuro. Así es como Harry se encuentra de frente con el lado siniestro de la hechicería. Y lo que parecía un trabajo rutinario se convierte en una pesadilla. Ahora van a por él.

Lectulandia

Jim Butcher

Tormenta

Saga de Dresden, 1

ePUB v1.0

Fry 20.06.11

más libros en lectulandia.com

© 2000, Jim Butcher
Título original: Storm Front
Traducido por Noemí Risco Mateo
Editor original: Roc, Abril/2002

© 2006, La Factoría de Ideas.
Primera edición, Junio de 2006
Ilustración de portada: J.K. Putter
Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo
I.S.B-N.: 84-9800-256-7
Depósito Legal: M-24242-2006
Impresión: Graficinco, S.A
Printed in Spain - Impreso en España

A Debbie Chester, quien me enseñó todo lo que me hacía falta para saber escribir.
Y a mi padre, quien me enseñó todo lo que me hacía falta para saber vivir.
Te echo de menos, papá.

Agradecimientos

Le doy las gracias en especial a Caroline, Fred, Debra, Tara y Corin: los verdaderos fans de Harry Dresden. Sin aquel perverso deseo de haceros gritar para pedirme que escribiera el siguiente capítulo, Harry nunca se hubiera metido en tantos líos. También doy las gracias a Ricia Mainhardt y a A. J. Janschewitz, buenas personas y unos magníficos agentes, y a Chris Ely, que es simplemente una persona estupenda.

Agradezco de forma súper especial a mi hijo, J. J., que creyó que su papá había escrito un buen libro aunque no supiera leer.

Y gracias, Shannon, por una lista interminable de cosas. Eres mi ángel. Algún día aprenderé a darle la vuelta a los calcetines antes de tirarlos al suelo de la habitación.

Capítulo 1

Oí que el cartero se acercaba a mi oficina media hora antes de lo habitual. No sonaba como siempre, caminaba con pisadas más fuertes, con garbo, y silbaba. Era un chico nuevo. Silbó hasta llegar a la puerta, entonces se calló un momento y luego rió.

Después llamó.

Me estremecí. El correo me llega al buzón a menos que se trate de cartas certificadas, que no suelo recibir muchas, y en ese caso nunca son buenas noticias. Me levanté de la silla de mi despacho y abrí la puerta.

El nuevo cartero, que parecía un balón de básquet con patas y tenía la calva quemada por el sol, se reía del letrero del cristal de la puerta. Me miró y lo señaló con el pulgar.

—Está de broma, ¿no?

Leí el cartel (la gente de vez en cuando lo cambia), y negué con la cabeza.

—No, va en serio. ¿Me das mi correo, por favor?

—Ah, vale. En plan fiestas, espectáculos y cosas de esas, ¿no? —Miró por detrás de mí, como si esperara ver un tigre blanco o puede que alguna ayudante ligera de ropa pavoneándose por mi estudio.

Suspiré, no tenía ganas de que se burlara de mí otra vez, y traté de coger el correo.

—No, nada de eso. No hago fiestas.

Siguió agarrándolo e inclinó la cabeza con curiosidad.

—¿Y entonces, qué? ¿Uno de esos adivinos? ¿Cartas y bolas de cristal, ese tipo de cosas?

—No —le contesté—, no soy un vidente. —Tiré del correo.

Él no lo soltó.

—¿Pues qué es?

—¿Qué pone en el letrero de la puerta?

—Pone «Harry Dresden. Mago».

—Ese soy yo —confirmé.

—¿Un mago de verdad? —preguntó, con una amplia sonrisa, como si le estuviera contando un chiste—. ¿Que hace hechizos y pócimas? ¿Que trata con demonios y encantamientos? ¿Que es sutil y se enfada a la mínima?

—No tan sutil. —Le arrebaté el correo de las manos y miré de forma significativa al sujetapapeles—. ¿Puedo firmar el recibo, por favor?

La sonrisa del nuevo cartero desapareció y en su lugar puso cara de pocos amigos. Me pasó el sujetapapeles para que firmara por la carta certificada (otro último aviso de mi casero) y dijo:

—Es un chiflado, eso es lo que es. —Volvió a coger el sujetapapeles—. Que

tenga un buen día, señor.

Le miré mientras se marchaba.

—Típico —murmuré y cerré la puerta.

Mi nombre es Harry Blackstone Copperfield Dresden. Invócalo bajo tu propia responsabilidad. Soy un mago. Mi oficina está en los alrededores del centro de Chicago. Que yo sepa, soy el único mago profesional que ejerce abiertamente en el país. Me puedes encontrar en las páginas amarillas, en el apartado de magos. Te lo creas o no, soy el único que aparece ahí y mi anuncio dice:

HARRY DRESDEN-MAGO

Se encuentran objetos perdidos.

Investigaciones paranormales.

Asesoría. Consejos. Precios razonables.

No se hacen pócimas de amor, ni bolsos sin fondo,
ni fiestas u otros entretenimientos.

Te sorprenderías al saber cuánta gente llama solo para preguntarme si voy en serio. Pero si hubieras visto las cosas que yo he visto, si supieras la mitad de lo que yo sé, te preguntarías cómo puede pensar nadie que no voy en serio.

A finales del siglo XX y en los albores del nuevo milenio hubo un ligero renacimiento de lo paranormal en la conciencia de todos. Videntes, fantasmas, vampiros..., todo lo habido y por haber. La gente todavía no los tomaba en serio, pero todas las cosas que la ciencia nos había prometido nunca llegaron a cumplirse. Las enfermedades todavía eran un problema, el hambre todavía era un problema, la delincuencia, la violencia y las guerras todavía eran problemas. A pesar de los avances tecnológicos, las cosas no habían cambiado como todos esperaban y pensaban que lo harían.

En cierto modo, la ciencia había llegado a mancharse de imágenes de lanzaderas espaciales explotando, bebés de madres drogadictas y una generación de norteamericanos displicentes que habían permitido que la televisión educara a sus hijos. La gente buscaba algo, pero creo que no sabían qué; y aunque estaban otra vez empezando a abrir los ojos al mundo de la magia y a lo misterioso, que había estado con ellos todo el tiempo, todavía pensaban que yo tenía que ser un farsante.

Total, había sido un mes sin mucho movimiento o más bien un par de meses sin apenas actividad. No pagué el alquiler de febrero hasta el diez de marzo y parecía que incluso iba a tardar más en ponerme al día este mes.

El único trabajo que había tenido había sido la semana anterior, cuando había ido a Branson, Missouri, para investigar la supuesta casa encantada de un cantante country. No había sido el caso. El cliente no estaba contento con mi respuesta y todavía lo estuvo menos cuando le sugerí que dejara las drogas e intentara hacer algo de ejercicio y dormir, que viera si eso no ayudaba más que un exorcismo. Había

conseguido que me pagaran los gastos por desplazamiento y una hora de trabajo, y me había marchado con la sensación de que había hecho lo más honesto, lo más honrado y lo menos práctico. Más tarde me enteré de que había contratado a un médium sinvergüenza para que fuera a celebrar una ceremonia con mucho incienso y velas negras. Hay gente para todo.

Terminé el libro de bolsillo y lo tiré a la caja de «acabados». Los libros ya leídos y de los que me había deshecho estaban apilados en una caja de cartón a un lado de mi escritorio, con los lomos doblados y las páginas destrozadas. No cuidó nada los libros. Estaba mirando el montón de los no leídos, pensando en cuál sería el próximo en empezar, puesto que no tenía trabajo de verdad, cuando sonó el teléfono. Me quedé mirándolo con cara de mal genio. Los magos somos especialistas en inquietarnos. Después de que sonara tres veces, cuando creí que ya no parecería tan ansioso, descolgué:

—Dresden.

—Eeeh, ¿es usted, ummm, Harry Dresden? ¿Mmm, el mago?

El tono de la voz era de disculpa, como si temiera estar insultándome. No, pensé, soy Harry Dresden, el vago. Harry el mago es una puerta más abajo.

Estar de mal humor es la prerrogativa de los magos. Sin embargo, no lo es de los asesores autónomos que pagan con retraso el alquiler, así que en vez de hacer un comentario agudo, contesté a la mujer del teléfono:

—Sí, señora. ¿En qué le puedo ayudar?

—Mmm, no estoy segura —dijo—. He perdido algo y creo que tal vez usted me puede ayudar.

—Mi especialidad es encontrar objetos perdidos —respondí—, ¿qué tendría que buscar?

Se hizo un silencio tenso.

—A mi marido —respondió. Su voz era algo ronca, como la de una animadora después de un campeonato, pero se le notaba la edad suficiente como para calificarla de adulta.

Arqueé las cejas.

—Señora, no es que sea lo que se dice especialista en búsqueda de personas desaparecidas. ¿Se ha puesto en contacto con la policía o con un investigador privado?

—No—contestó rápidamente—. No, no pueden. Quiero decir, no lo he hecho. ¡Ay, Dios, es todo tan complicado! No es algo que se pueda hablar por teléfono. Siento haberle robado su tiempo, señor Dresden.

—Espere —me apresuré a decir—. Perdone, no me ha dicho su nombre.

De nuevo se hizo un silencio incómodo, como si estuviera comprobando unas notas antes de contestar.

—Llámeme Mónica.

La gente que sabe un poco de magos no nos quiere dar sus nombres. Están convencidos de que si nos enteramos del nombre por su propia boca, podríamos usarlo en su contra. Para ser sinceros, tienen razón.

Tenía que ser lo más cortés e inofensivo que pudiera. Ella estaba a punto de colgar por pura indecisión y yo necesitaba el trabajo. Si me lo curraba, seguramente encontraría al marido.

—De acuerdo, Mónica —le dije tratando de sonar tan melodioso y agradable como pudiera—. Si cree que su situación es de naturaleza paranormal, tal vez podría pasarse por mi oficina y hablar de ello. Si resulta que la puedo ayudar, bien, y si no, entonces la dirigiré a alguien que sea mejor ayuda. —Apreté los dientes y fingí una sonrisa—. Gratis.

Debió haber sido el hecho de decirle que no le cobraría nada. Accedió a pasarse por la oficina y me dijo que estaría allí en una hora, lo que significaba que llegaría aproximadamente a las dos y media. Tenía tiempo para salir, comer algo y volver para encontrarme con ella.

El teléfono sonó otra vez justo casi cuando lo colgaba y me sobresaltó. Le lancé una mirada escrutadora. No confío en los aparatos. Todo lo fabricado después de los años 40 es sospechoso y parece que no le gusto mucho. Absolutamente todo: coches, radios, teléfonos, televisores, vídeos... ninguno parece funcionar bien conmigo. Ni siquiera me gusta utilizar portaminas.

Contesté al teléfono con la misma falsa alegría que había empleado para atender a Mónica Marido-Perdido.

—Soy Dresden, ¿puedo ayudarle?

—Harry, te necesito en el Madison en diez minutos. ¿Podrás estar? —La voz al otro lado de la línea era también la de una mujer, impasible, enérgica y seria.

—¡Vaya, teniente Murphy! —Me deshice en amabilidad, desbordando sacarina—. Yo también me alegro de oírla. ¡Cuánto tiempo! La familia bien, gracias, ¿y la suya?

—Ahórratelo, Harry. Tengo aquí un par de cadáveres y necesito que eches un vistazo.

Enseguida me dejé de tonterías. Karrin Murphy era la directora de las investigaciones especiales del centro de Chicago, designada por el comisario de policía para investigar cualquier crimen calificado de inusual. Los ataques de vampiros, los trolls asaltantes y las hadas que secuestran niños no encajan muy bien en un informe policial, pero lo cierto es que atacan a gente, raptan a niños y dañan o destrozan casas; y alguien tiene que investigarlo.

En Chicago, o más bien en cualquier sitio del área metropolitana, esa persona era Karrin Murphy. Yo era su biblioteca andante de lo sobrenatural, además de asesor asalariado del departamento de policía. ¿Pero dos cadáveres? ¿Dos muertes por

causas desconocidas? Nunca me había pedido que me encargara de algo así.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—En el hotel Madison de la décima avenida, séptima planta.

—A solo quince minutos a pie de mi oficina.

—Bien, así que estarás aquí en quince minutos.

—Ummm —vacilé. Miré el reloj. Mónica Sin-Apellido estaría aquí en poco más de tres cuartos de hora—. Tengo algo así como una cita.

—Dresden, pues yo tengo algo así como dos muertos sin sospechosos ni pista que seguir y un asesino suelto paseándose por ahí. Tu cita puede esperar.

Monté en cólera, lo hago de vez en cuando.

—No, en realidad no puede —repliqué—. Pero te digo una cosa, me pasaré por allí, echaré un vistazo y volveré para llegar a tiempo.

—¿Ya has comido? —preguntó.

—¿Qué?

Repitió la pregunta.

—No —contesté.

—No lo hagas. —Se hizo un silencio y cuando volvió a hablar había una especie de tono ingenuo en sus palabras—. Esto está muy mal.

—¿Cómo de mal, Murph?

Su voz se suavizó y eso me asustó mucho más que cualquier imagen sangrienta o de muerte violenta. Murphy era la típica chica dura y se sentía orgullosa de no mostrar nunca debilidad.

—Está muy mal, Harry. Por favor, no tardes mucho. Los de crímenes especiales se mueren por meter las zarpas en este caso y supongo que no te gusta que la gente toque la escena antes de que puedas echar un vistazo.

—Voy para allá —le dije, ya de pie y poniéndome la chaqueta.

—Séptimo piso —me recordó—. Hasta ahora.

—Vale.

Apagué las luces de mi oficina, salí por la puerta y cerré con llave, mientras fruncía el entrecejo. No estaba seguro de cuánto tiempo estaría investigando la escena de Murphy y no quería perderme la conversación con Mónica No-Preguntas. Así que abrí de nuevo la puerta, saqué un trozo de papel y una chincheta y escribí: «salgo un momento. Volveré para la cita a las 14.30h. Dresden».

En cuanto acabé, bajé las escaleras. Casi nunca uso el ascensor, aunque estoy en un quinto piso. Como he dicho, no me gustan las máquinas. Siempre se estropean cuando las necesito.

Aparte de eso, si yo fuera alguien en esta ciudad que usa la magia para matar a dos personas a la vez y no quisiera que me pillaran, me aseguraría de deshacerme del único mago en ejercicio que tiene una iguala con el departamento de policía. Decidí

que tenía más posibilidades por el hueco de la escalera que en los apretados límites del ascensor.

¿Soy un paranoico? Es probable. Pero el hecho de que seas un paranoico no significa que no haya un demonio invisible a punto de comérsete la cara.

Capítulo 2

Karin Murphy me estaba esperando fuera del Madison. Ella y yo somos puro contraste. Mientras que yo soy alto y delgado, ella es baja y fornida; si yo tengo los ojos y el pelo oscuro, ella tiene el pelo rubio y rizado a lo Shirley Temple y los ojos azul claro. Mientras que mis rasgos son enjutos y angulosos y tengo una nariz de líneas duras y una barbilla muy marcada, su cara es redonda y suave, con una de esas narices tan monas que uno espera en una animadora.

Hacía viento y algo de fresco, como es normal en marzo y ella llevaba un abrigo largo que le cubría su traje de chaqueta y pantalón. Murphy nunca llevaba vestidos, aunque yo suponía que tendría unas piernas musculosas y bien formadas, como una gimnasta. Estaba hecha para la acción, los dos trofeos de campeonatos de aikido que tenía en su despacho lo demostraban. Tenía el pelo cortado por los hombros y alborotado por el viento primaveral. Iba sin pendientes y llevaba un maquillaje de calidad y cantidad suficiente para no distinguir si iba pintada o no. Parecía más una tía favorita o una madre jovial que una dura detective de homicidios.

—¿No tienes más chaquetas, Dresden? —me preguntó, mientras me acercaba a ella. Había muchos coches de policía mal aparcados enfrente del edificio. Me miró a los ojos una fracción de segundo y luego los apartó enseguida. Tenía mérito, era más de lo que la mayoría de la gente hacía. No era peligroso, a menos que te quedaras un rato mirándome, pero yo estaba acostumbrado a encargarme de que cualquiera que supiera que era un mago no me mirara a la cara.

Miré hacia abajo, a mi guardapolvos negro de lona, de tela pesada, de forro impermeable y unas mangas demasiado largas para mis brazos.

—¿Qué tiene de malo?

—Parece sacada del vestuario de El Dorado.

—¿Y?

Resopló, un sonido falto de tacto por parte de una mujer tan pequeña, y giró sobre sus talones para caminar en dirección a la puerta del hotel.

La alcancé y la adelanté un poco.

Apretó el paso y yo hice lo mismo. Nos echamos una carrera hasta la puerta delantera, cada vez más deprisa, a través de los charcos que había dejado la lluvia de la noche anterior.

Mis piernas eran más largas, por lo que llegué antes. Le abrí la puerta y le cedí el paso con galantería. Era nuestra guerra de siempre. Tal vez mis valores estén anticuados, pero soy de la vieja escuela. Creo que los hombres no deberían tratar a las mujeres como hombres con pecho más bajitos y débiles. Que me juzguen y me condenen si soy una mala persona por pensar así. Disfruto tratando a una mujer como una señora, abriéndole la puerta, invitándola a comer, regalándole flores... todas esas

cosas.

A Murphy le saca de quicio, porque tuvo que luchar con uñas y dientes y jugar sucio con los hombres más horribles de Chicago para llegar tan lejos como lo ha llegado. Me fulminó con la mirada mientras yo seguía sosteniéndole la puerta abierta, pero había consuelo en ella, relajación. Encontró un extraño alivio en nuestro ritual, que normalmente le molestaba.

Bueno, ¿tan grave era lo del séptimo piso?

Subimos en el ascensor y se hizo un silencio repentino. A estas alturas, nos conocíamos lo suficiente como para que los silencios no fueran incómodos. Podía percibir bien a Murphy, sus estados de ánimo y su forma de pensar de manera instintiva; es algo que desarrollo cuando estoy cerca de alguien durante un tiempo. No sé si es un don natural o sobrenatural.

Mi instinto me decía que Murphy estaba tensa, tan tensa como la cuerda de un piano. No se le notaba en la cara, pero me di cuenta por la postura de sus hombros y el cuello, y la rigidez de la espalda.

O quizás yo lo estuviera proyectando en ella. El hueco del ascensor me ponía un poco nervioso. Me humedecí los labios y miré en el interior. Mi sombra y la de Murphy caían sobre el suelo y casi parecían estar allí repanchingadas. Había algo de esto que me molestaba, una persistente reaccioncilla que me crispaba los nervios. Cuidado, Harry.

Ella dejó escapar un fuerte resoplido cuando el ascensor empezó a pararse, tomó aliento de nuevo antes de que las puertas se abrieran, como si estuviera pensando en aguantar la respiración durante todo el tiempo que estuviéramos en esa planta y volver a respirar solo cuando volviéramos al ascensor.

La sangre tiene un olor particular, como pegajoso, casi metálico y el aire estaba impregnado de este olor cuando las puertas se abrieron. Se me contrajo un poco el estómago, pero tragué con valentía y seguí a Murphy fuera del ascensor, por el pasillo, donde pasamos a una pareja de polis uniformados, que me reconocieron y me saludaron con la mano sin pedirme que les enseñara la tarjetita plastificada que la ciudad me había dado. De acuerdo, incluso en el departamento de una gran ciudad como era el caso del departamento de policía de Chicago, no es que exactamente recurrieran a una multitud de asesores (creo que en el papeleo aparecía como colaborador vidente), pero bueno; poco profesional por parte de los pitufos.

Murphy me precedió en la habitación. El olor a sangre cada vez era más fuerte, pero no había nada truculento detrás de la puerta número uno. La habitación exterior de la suite era como un salón de ricos tonos en rojo y dorado, como un viejo decorado de los años 30: caro en apariencia, pero sin embargo, algo falso. Las sillas estaban tapizadas con piel oscura y suntuosa, y mis pies desaparecían bajo el pelo de una gruesa alfombra color marrón rojizo. Las cortinas de velvetón aterciopelado estaban

corridas y, aunque las luces estaban encendidas, la habitación seguía estando demasiado a oscuras, con un toque demasiado sensual en las texturas y los colores. No era el tipo de sitio donde te sientas a leer un libro. Oí unas voces que venían de la puerta a mi derecha.

—Espera aquí un momento —me dijo Murphy. Después atravesó la puerta a la derecha de la entrada y pasó a lo que parecía el dormitorio de la suite.

Di unas vueltas por el salón con los ojos casi cerrados, fijándome en las cosas. Un sofá y dos sillas de piel, un equipo de música y una televisión en un centro de ocio de color negro brillante. Una botella de champán se calentaba en un soporte sobre el que había un recipiente lleno hasta el borde de lo que había sido hielo la noche anterior, y a su lado, dos copas vacías. Había un pétalo de rosa rojo en el suelo que desentonaba con las alfombras, pero, ¿qué no lo hacía en aquella habitación?

A un lado, bajo la falda de uno de los sillones reclinables, había un trozo de tela satinada. Me agaché y levanté el faldón con una mano, con cuidado de no tocar nada. Un par de bragas de satén, un triángulo minúsculo de encaje en los bordes, rotas por uno de los extremos, como si las hubieran arrancado. Un poco pervertido.

El equipo de música era último modelo, aunque no de una marca cara. Cogí un lápiz del bolsillo y pulsé el botón de «play» con la goma de borrar. Una música suave y sensual llenó la habitación, un grave contrabajo, una percusión impulsora, una canción sin palabras, con los jadeos de una mujer como único fondo.

La música continuó un poco más y entonces empezó a saltar en una parte que duraba dos segundos, repitiéndola una y otra vez.

Me estremecí. Como he dicho, tengo este efecto sobre las máquinas. Tiene algo que ver con ser un mago, con trabajar con fuerzas mágicas. Cuanto más delicado y moderno sea el artilugio, más posibilidades hay de que algo se estropee si estoy cerca. Puedo acabar con una fotocopidora que esté a cinco pasos.

—La suite del amooooor —dijo una voz de hombre, alargando la o—. ¿Qué piensas, amigo?

—Hola, detective Carmichael —le saludé sin darme la vuelta. La voz nasal y algo suave de Carmichael era inconfundible. Era el compañero escéptico de Murphy, convencido de que yo solo era un charlatán que estafaba a los ciudadanos el dinero que se habían ganado con el sudor de la frente—. ¿Te estabas guardando esas bragas para llevártelas a casa o no las habías visto?

Me volví y le miré. Era bajo, demasiado gordo y se estaba quedando calvo, tenía los ojos redondos y brillantes como cuentas, inyectados en sangre, y apenas tenía barbilla. Llevaba una chaqueta arrugada y tenía unas manchas de comida en la corbata, lo que servía para ocultar un agudo intelecto. Era un poli perspicaz y rematadamente implacable cuando buscaba asesinos.

Pasó junto a la silla y miró hacia abajo.

—No está mal, Sherlock —dijo—, pero esto es solo un preludio. Ya verás el plato fuerte. Te he traído hasta un cubo.

Se dio la vuelta y apagó el CD estropeado con un golpe de la goma de su propio lápiz.

Me quedé mirándole con los ojos muy abiertos para demostrarle lo aterrorizado que estaba, después pasé por su lado y entré en el dormitorio. Y me arrepentí. Miré, observé los detalles de forma automática, y poco a poco fui cerrando la puerta de la parte de mi cabeza que había empezado a gritar en el mismo instante que entré en la habitación.

Debió de haber sido en algún momento de la noche anterior, porque los cadáveres ya estaban rígidos. Estaban en la cama; ella sentada a horcajadas encima de él, con el cuerpo inclinado hacia atrás, con la espalda arqueada como una bailarina; las curvas de sus pechos formaban un precioso perfil. Él, un hombre delgado, de complexión fuerte, estirado debajo de ella, con los brazos extendidos, agarrando las sábanas de raso, recogidas en sus manos. Si hubiera sido una fotografía erótica, hubiera sido una imagen espectacular.

Excepto porque la caja torácica de los amantes en la parte superior izquierda de sus torsos se había dilatado hacia fuera, a través de la piel, dejando las costillas al descubierto como cuchillos desiguales y partidos. La sangre arterial que había salido de los cuerpos salpicaba todo hasta el espejo del techo, junto con una masa de carne gelatinosa que debía de ser lo que quedaba de sus corazones. Mientras los miraba, pude ver el interior de la cavidad superior de los cuerpos. Entonces me fijé en las paredes grisáceas de los pulmones inmóviles y los bordes de las costillas, que al parecer estaban forzadas hacia fuera y partidas por alguna fuerza interior.

No hay duda de que cortaba todo el potencial erótico.

La cama estaba en el centro de la habitación, lo que la dotaba de un énfasis sutil. El dormitorio estaba decorado igual que el salón: mucho rojo, mucho tejido lujoso, un poco exagerado a menos que se estuviera a la luz de las velas. De hecho, había velas en los apliques, pero ya estaban consumidas y apagadas.

Me acerqué más a la cama y caminé a su alrededor, chapoteando sobre la alfombra. La parte de mi cerebro que gritaba, encerrada a salvo tras las puertas del autocontrol y el estricto entrenamiento, continuaba farfullando. Intenté ignorarla. De verdad que lo hice, pero si no lograba salir de aquella habitación a toda prisa, iba a empezar a llorar como una niña pequeña.

Así que me fijé rápido en los detalles. La mujer tenía veintitantos años y estaba en muy buena forma. Al menos, parecía que lo había estado. Era difícil de decir. Tenía el pelo de color castaño, cortado a lo paje, y me pareció que estaba teñido. Sus ojos solo estaban abiertos en parte lo que solo me permitió ver que no eran oscuros. ¿Algo verdes?

El hombre puede que fuera cuarentón, y tenía la típica forma física de alguien que ha llevado una vida de entrenamiento. Tenía un tatuaje en el bíceps derecho, una daga alada, que estaba medio oculta por el tirón de las sábanas de raso. Había señales en los nudillos, profundas, y en el bajo vientre, una terrible cicatriz estrecha y arrugada que supuse que sería de una herida de cuchillo.

Había ropa tirada por el suelo; un esmoquin de él y de ella, un vestido tubo de color negro junto a unos zapatos de salón. Había un par de bolsos de viaje sin abrir y apartados a un lado con cuidado, seguramente por el portero.

Alcé la vista. Carmichael y Murphy me estaban observando en silencio. Me encogí de hombros hacia ellos.

—¿Y bien? —me preguntó Murphy—. ¿Estamos tratando con magia o no?

—Hubiera magia o no, lo que está claro es que tuvieron unas relaciones sexuales increíbles— recalqué.

Carmichael soltó una carcajada.

Yo también me reí un poco y eso fue justo lo que la parte que gritaba en mi cerebro necesitó para abrir de un portazo las puertas que yo había cerrado. El estómago se me revolvió y cuando empezaron las arcadas, salí tambaleándome de la habitación. Carmichael, fiel a su palabra, había puesto un cubo de acero inoxidable fuera de la habitación, donde caí de rodillas y vomité.

Solo tardé unos instantes en controlarme de nuevo, pero no quería volver allí dentro. No necesitaba ver otra vez lo que había. No quería verlos dos muertos, cuyos corazones habían estallado literalmente fuera de sus pechos.

Habían usado la magia para hacerlo, habían usado la magia para dañar a alguien y eso violaba la primera ley. Al Consejo Blanco le iba a dar una apoplejía colectiva. Aquello no había sido obra de un espíritu maligno o de una entidad malévola, o un ataque de una de las muchas criaturas del mundo fantástico, como los vampiros o los trolls. Había sido premeditado, un acto deliberado de un brujo, un mago o un humano capaz de aprovecharse de las energías fundamentales de la creación y la vida misma.

Era peor que un asesino. Era una perversión horrible y retorcida, como si alguien aporreara a otra persona hasta matarla con un Botticelli; convertía algo bello en un acto de destrucción total.

Si nunca lo has vivido, es difícil de explicar. La vida y sobre todo la consciencia, la inteligencia y las emociones de un humano crean la magia. El hecho de acabar con una vida con la misma magia que había nacido de ella era algo espantoso, de algún modo casi incestuoso.

Volví a incorporarme y estaba respirando con dificultad, agitando y probando el bilis en mi boca, cuando Murphy salió de la habitación con Carmichael.

—Está bien, Harry—dijo Murphy—. Venga, ¿qué crees que ha pasado aquí?

Me tomé un momento para ordenar mis ideas antes de contestar.

—Entraron. Tomaron algo de champán, bailaron un rato, se besuquearon, aquí, junto al equipo de música. Después fueron al dormitorio, donde estuvieron menos de una hora. Les pilló cuando estaban llegando al punto álgido.

—Menos de una hora —repitió Carmichael—, ¿cómo lo sabes?

—El CD dura solo una hora y diez minutos. Calcula unos minutos para bailar y beber y luego pasan al dormitorio. ¿Estaba sonando el CD cuando los encontraron?

—No —contestó Murphy.

—Entonces no dejaron el reproductor para que siguiera sonando. Supongo que querían música para que todo fuera perfecto, vista la habitación y lo demás.

Carmichael lanzó un gruñido, malhumorado.

—No es nada que no hayamos adivinado por nuestra cuenta —le dijo a Murphy—, será mejor que se le ocurra algo más que eso.

Murphy le lanzó una mirada a Carmichael de «cállate» y dijo en voz baja:

—Necesito algo más, Harry.

Me pasé una mano hacia atrás por el pelo.

—Hay solo dos formas de poder haber hecho esto. La primera es por evocación. La evocación es la manera más directa, espectacular y ruidosa de magia explícita o brujería, con explosiones, fuego y todo eso. Pero dudo mucho que haya sido un evocador.

—¿Por qué? —preguntó Murphy. Oí su lápiz deslizándose por el bloc que siempre llevaba consigo.

—Porque tienes que ver o tocar el sitio donde quieres que haga efecto —le contesté—, solo la línea visual. Esa mujer, o ese hombre, tendría que haber estado en la habitación con ellos. Sería difícil ocultar las pruebas forenses con algo así y alguien que fuera lo suficientemente hábil para conseguir un hechizo como ese, hubiera preferido usar un arma. Es más fácil.

—¿Cuál es la otra opción? —preguntó Murphy.

—La taumargia —dije—. Como es arriba, es abajo. A través de la energía algo que ocurre a pequeña escala, pasa a gran escala.

Carmichael resopló.

—¡Qué gilipollez!

Murphy parecía escéptica.

—¿Cómo funciona eso, Harry? ¿Podría hacerse desde otro sitio?

Asentí con la cabeza.

—El asesino necesitaría tener algo que le conectara con las víctimas: pelo, uñas, muestras de sangre... ese tipo de cosas,

—¿Como un muñeco vudú?

—Sí, exacto, es lo mismo.

—El pelo de la mujer está recién teñido—señaló Murphy.

Asentí.

—Tal vez si averiguaras a qué peluquería fue, podrías descubrir algo. No sé.

—¿Hay algo más que nos sirva de ayuda?

—Sí, el asesino conocía a sus víctimas. Creo que era una mujer.

Carmichael resopló.

—Me parece increíble que tengamos que sentarnos a escuchar esto. En el noventa por ciento de los casos el asesino conoce a la víctima.

—Cállate, Carmichael —le ordenó Murphy—. ¿Por qué lo dices, Harry?

Me levanté y me restregué la cara con las manos.

—Por cómo funciona la magia. Cada vez que la usas, viene de tu interior. Los magos tienen que concentrarse en lo que intentan hacer, visualizarlo, creer en ello, para que funcione. No puedes hacer que algo ocurra si no es parte de ti, de tu interior. El asesino podría haber matado a ambos y hacer que pareciera un accidente, pero prefirió hacerlo de esta manera. Para haberlo hecho así, tenía que quererlos muertos por motivos muy personales, para estar deseando llegar tan dentro de ellos. Venganza, quizá. A lo mejor estás buscando una amante o una esposa.

»También por el momento en el que murieron: justo cuando hacían el amor. No fue una coincidencia. Las emociones son como un canal para la magia, una vía que se puede usar para llegar hasta ti. Eligió el momento en el que estarían juntos y llenos de lujuria. Tenía muestras que usaría para concentrarse y lo tenía planificado con antelación. Estas cosas no se hacen a extraños.

—Mierda —se quejó Carmichael, pero esta vez era más una maldición al aire que algo dirigido a mí.

Murphy me fulminó con la mirada.

—Sigues hablando en femenino —me desafió—. ¿Por qué coño piensas eso?

Hice un gesto hacia la habitación.

—Porque no puedes hacer algo tan malo sin muchísimo odio —dije—. Las mujeres odian mejor que los hombres. Lo concentran mejor y lo sueltan mejor. Mierda, las brujas son muchísimo más malas que los magos. Tengo la sensación que esto ha sido una venganza femenina.

—Pero también puede haber sido cosa de un hombre —replicó Murphy.

—Bueno —evité contestar.

—Dios, eres un machista asqueroso, Dresden. ¿Es que solo una mujer haría algo así?

—Bueno, no, no lo creo.

—¿Que no lo crees? —dijo Carmichael arrastrando las palabras—. Estás hecho un experto.

Los miré con el entrecejo fruncido. Estaba furioso.

—No he trabajado nunca en lo que se necesita para hacer explotar el corazón de

alguien, Murph, pero en cuanto tenga ocasión, te aseguro que te lo comunicaré.

—¿Cuándo podrás decirme algo? —me preguntó Murphy.

—No lo sé. —Levanté una mano y me anticipé a su siguiente comentario—. No puedo controlar el tiempo, Murph. Ni siquiera sé si voy a poder averiguar algo, y mucho menos cuánto voy a tardar.

—A cincuenta pavos la hora, será mejor que no tardes mucho —gruñó Carmichael. Murphy le lanzó una mirada. No es que estuviera de acuerdo con él, pero tampoco le bajó los humos.

Aproveché la oportunidad para respirar hondo y relajarme. Finalmente volví a mirarlos.

—Vale, ¿quiénes son? — pregunté—. Las víctimas.

—No te hace falta saberlo —me cortó Carmichael.

—Ron —le llamó Murphy—, me vendría bien un café.

Carmichael se volvió hacia ella. No era alto, pero se le veía imponente al lado de Murphy.

—¡Ay, venga, Murph! Este tío te está tomando el pelo. No pensarás que va a ser capaz de decirte algo que merezca la pena oír, ¿no?

Murphy se quedó contemplando la cara sudorosa de su compañero, de ojos redondos y brillantes, con una fría prepotencia, tan intensa que hubiese podido con uno que midiera quince centímetros más que ella.

—Sin leche y dos terrones.

—Maldita sea —se quejó Carmichael. Me lanzó una mirada fría, pero sin acabar de mirarme a los ojos, después se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y salió ofendido de la habitación.

Murphy le siguió hasta la entrada, sin hacer ruido, y cerró la puerta. De inmediato el salón se oscureció, faltaba el aire, con el sonriente demonio de su antigua intimidación barata que bailaba en el olor de la sangre y el recuerdo de los dos cadáveres de la habitación contigua.

—La mujer se llamaba Jennifer Stanton. Trabajaba para el Velvet Room.

Silbé. El Velvet Room era una agencia de acompañantes de lujo dirigida por una mujer que se llamaba Bianca. Bianca tenía un montón de mujeres guapas, encantadoras y graciosas, que complacían a los hombres más ricos de la zona por unos cientos de dólares la hora. Bianca vendía el tipo de compañía femenina que la mayoría de hombres solo ve en televisión y en las películas. También sabía que era una vampira de considerable influencia en el mundo fantástico. Tenía Poder, con «P» mayúscula.

Le había intentado explicar a Murphy otras veces el mundo fantástico. No acababa de comprenderlo, pero sí entendía que Bianca era una vampira follonera que a veces se peleaba por el territorio. Ambos sabíamos que si una de las chicas de

Bianca estaba relacionada con el caso, la vampira lo estaría también de una u otra forma.

Murphy fue directa al grano.

—¿Tiene algo que ver con las disputas territoriales de Bianca?

—No —contesté—, a menos que la tenga con un brujo humano. Un vampiro, un brujo, incluso una bruja vampiresa, no podría haber logrado algo así fuera del mundo fantástico.

—¿Podría estar enfrentada con un brujo humano? —me preguntó Murphy.

—Es posible, pero no le pega. No es tan estúpida.

Lo que no le dije a Murphy era que el Consejo Blanco se aseguraba de que los vampiros que jugaran con profesionales de la magia mortales nunca vivieran para jactarse de ello. No le hablo a la gente normal del Consejo Blanco, no está bien visto.

—Además —continué—, si un humano quisiera llegar a ella atacando a sus chicas, sería mejor que estuviera fuera para matar a la chica y dejar al cliente sano y salvo, y así difundir la historia y ahuyentar la clientela.

—Psé. —Murphy no estaba muy convencida, pero anotó lo que había dicho.

—¿Quién era el hombre? —le pregunté.

Murphy alzó la vista, me miró un momento y dijo tranquilamente:

—Tommy Tomm.

Le guiñé un ojo para que supiera que no había revelado el misterio del siglo.

—¿Quién?

—Tommy Tomm —repitió—, el guardaespaldas de Johnny Marccone.

Ahora tenía sentido. El «caballero» Johnny Marccone había sido el matón que salió ganando después de que la familia Vargassi se disolviera por conflictos internos. El departamento de policía, después de años de una lucha despiadada e intercambios sangrientos con los Vargassi, veía en Marccone sus pros y sus contras. Johnny no toleraba excesos en su organización y no le gustaban los que iban por libre en su ciudad. A los atracadores, los ladrones de bancos y los traficantes de drogas que no eran parte de su organización siempre los acababan delatando o los entregaban a la policía o si no, simplemente desaparecían y no se volvía a saber de ellos.

Marccone era una influencia que civilizaba el crimen y donde actuaba, la delincuencia era más que nunca un problema en cuanto a magnitud. Un hombre de negocios extremadamente inteligente, con un ejército de abogados que trabajaban para él y le aislaban de la ley tras un cúmulo de deposiciones, papeles y grabaciones magnetofónicas. Los polis nunca lo hubiesen reconocido, pero a veces parecían casi reacios a perseguirle. Marccone era mejor que la alternativa: la anarquía del hampa.

—Recuerdo que oí que tenía una persona para encargarse de los asuntos desagradables —dije—. Supongo que ya no la tiene.

Murphy se encogió de hombros.

—Eso parece.

—¿Y qué harás ahora?

—Creo que seguiré la pista de este peluquero. Hablaré con Bianca y Marccone, pero ya te puedo adelantar lo que me van a decir.

Cerró la libreta con un movimiento rápido y sacudió la cabeza, irritada. Me quedé mirándola un minuto. Parecía cansada y se lo dije.

—Estoy cansada —contestó—, cansada de que me vean como una chiflada. Incluso Carmichael, mi propio compañero, piensa que me he pasado con todo esto.

—¿También piensa lo mismo el resto de la comisaría? —le pregunté.

—La mayoría de ellos ponen mala cara y hace un gesto como diciendo que estoy loca cuando creen que no estoy mirando, y archivan mis informes sin ni siquiera leerlos. El resto son los que han investigado cosas espeluznantes y están cagados de miedo. No creen en nada que no vieran en aquel programa de ciencias que emitían cuando eran pequeños.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Murphy sonrió y se le formó una curva en los labios con una radiante expresión femenina, que le hacía parecer preciosa para ser una sargento—. El mundo se está viniendo abajo, Harry. Supongo que pienso que la gente es demasiado arrogante para creer que ya hemos aprendido todo lo que teníamos que saber del siglo pasado. ¿Y qué? Puedo tragarme que estemos justo ahora empezando a ver otra vez lo que está en la oscuridad a nuestro alrededor. Eso hace salir a la criticona que llevo dentro.

—Ojalá todos pensaran como tú —le dije—, así no me llamarían tantos cascarrabias.

Me siguió sonriendo, con picardía.

—¿Te imaginas un mundo donde todas las emisoras de radio pusieran ABBA?

Nos reímos. Por Dios, aquella habitación necesitaba un poco de diversión.

—Oye, Harry —dijo Murphy sonriendo. Vi que estaba dándole vueltas a la cabeza.

—¿Sí?

—Es respecto a lo que dijiste sobre averiguar cómo hizo esto el asesino, sobre que no estás muy seguro de si lo podrás hacer.

—¿Sí?

—Sé que es una tontería. ¿Por qué me mentiste?

Me puse tenso. Dios, era muy buena. O quizás no era yo muy buen mentiroso.

—Mira, Murph —dije—. Hay cosas que no se hacen.

—A veces tampoco quiero ponerme en la piel del canalla al que persigo, pero tienes que hacer todo lo que haga falta para acabar el trabajo. Sé a lo que te refieres, Harry.

—No —contesté al instante—, no lo sabes.

Y no lo sabía. No sabía nada de mi pasado o del Consejo Blanco o del destino de Damocles que se cernía sobre mi cabeza. La mayoría de días fingía que yo tampoco lo sabía.

Justo lo que el Consejo necesitaba era una excusa para culparme de violar una de las siete leyes de la magia, y el destino se cerniría sobre mí. Si empezaba a preparar una receta para un hechizo de asesinato y lo descubrían, esa sería la excusa perfecta.

—Murph, no puedo saber cómo funciona el hechizo. No puedo preparar lo que hace falta para hacerlo. ¿Es que no te das cuenta?

Me fulminó con la mirada sin mirarme a los ojos. Nunca había conocido a nadie que consiguiera hacerlo.

—Ah, sí, sí me doy cuenta. Me doy cuenta de que tengo un asesino suelto a quien no puedo pillar in fraganti. Me doy cuenta de que tú sabes algo que podría ser útil o al menos podrías descubrir algo. Y me doy cuenta de que si me dejas colgada, voy a sacar tu tarjeta de mis contactos y la voy a tirar a la basura.

Hija de puta. Mi asesoramiento al departamento de policía pagaba muchas de mis facturas. Vale, la mayoría de mis facturas. En el fondo la compadezco. Si estuviera yendo a tuestas como ella, también estaría muy nervioso. Murphy no sabía nada de hechizos, rituales o talismanes, pero conocía la violencia y el odio humanos demasiado bien.

En realidad, no era como si fuera a hacer magia negra, me dije a mí mismo. Solo iba a ver cómo funcionaba. No era lo mismo. Estaba ayudando a la policía en una investigación, nada más. Quizá el Consejo lo entendería.

Sí, eso. Y quizá un día de estos iría a un museo de arte y conseguía una gran educación.

Un segundo más tarde Murphy me convenció. Me miró a los ojos en un arranque de atrevimiento antes de que los apartara, con la cara cansada, sincera y orgullosa.

—Necesito saber todo lo que puedas decirme, Harry. Por favor.

La clásica dama en apuros. Para ser una de esas mujeres liberadas y profesionales, sabía exactamente cómo desatar mis modales anticuados.

Me aguanté.

—Bien —dije—, bien. Empezaré esta noche.

Vaya tela, al Consejo Blanco le iba a gustar esta. Solo tenía que asegurarme de que no se iban a enterar.

Murphy asintió y dejó escapar el aire sin mirarme.

—Vámonos de aquí —dijo y se caminó hacia la puerta. No intenté adelantarla.

Cuando salimos, los polis uniformados todavía estaban holgazaneando por el pasillo. A Carmichael no se le veía por ningún sitio. Los forenses estaban por ahí, impacientes, esperando a que saliéramos. Después cogieron sus bolsas de plástico, las

pinzas, las linternas y esas cosas y pasaron por nuestro lado en fila hacia la habitación.

Murphy con una mano se estaba peinando el pelo revuelto por el viento, mientras que esperábamos que el antiguo ascensor se tomara su tiempo para llegar a la séptima planta. Llevaba un reloj de oro, lo que me hizo acordarme de mi cita.

—Por cierto, ¿qué hora es?

Lo miró.

—Las dos y veinticinco, ¿por?

Solté un improperio y decidí bajar por las escaleras.

—Llego tarde a mi cita.

Casi las bajé volando. Después de todo, ya tenía práctica, y llegué al vestíbulo zumbando. Me las arreglé para esquivar a un portero que entraba por la puerta principal con un montón de equipaje y salí balanceándome hasta la acera, donde seguí corriendo. Tengo unas piernas muy largas para dar buenas zancadas. Corrí como el viento y mi guardapolvos negro se infló detrás de mí.

Estaba a varias manzanas de mi edificio y después de haber recorrido la mitad, empecé a caminar más lento. No quería llegar a mi cita con Mónica Marido-Perdido faltándome el fuelle, con el pelo revuelto y la cara chorreando sudor.

Estuve todo el invierno sin hacer ejercicio, por lo que estaba en baja forma y me costaba respirar. Estaba concentrado en recuperar el aliento y no me había fijado en el Cadillac azul marino hasta que paró a mi lado y un hombre bastante grande se bajó a la acera delante de mí. Tenía el pelo rojo fuerte y el cuello ancho. La cara era plana como si de pequeño le hubieran dado con una tabla varias veces, a excepción de sus cejas prominentes. Tenía los ojos azules y pequeños, que se estrecharon todavía más cuando me lo quedé observando.

Paré y retrocedí, luego me di la vuelta. Dos hombres más, ambos tan altos como yo, pero mucho más gruesos, aflojaron el paso. Al parecer me estaban siguiendo y tenían pinta de enfadados. Uno cojeaba un poco y el otro llevaba un corte de pelo moderno que con la ayuda de gomina se lo había peinado de punta. Me sentí como si estuviera otra vez en el instituto, rodeado de los temibles miembros del equipo de fútbol.

—¿Le puedo ayudar, señor? —le pregunté.

Busqué a algún poli, pero supuse que estaban todos en el Madison. A todos les gusta quedarse embobados.

—Suba al coche —me ordenó el que tenía delante. Uno de los otros abrió la puerta de atrás.

—Me gusta caminar, es bueno para el corazón.

—Si no entra en el coche, sus piernas lo lamentarán — gruñó aquel hombre.

Se oyó una voz en el interior del coche.

—Señor Hendriks, por favor, sea más educado. Señor Dresden, ¿me acompaña un momento? Esperaba llevarle de vuelta a su oficina, pero su salida repentina me lo hizo un tanto difícil. Tal vez me permita acompañarle el resto del camino.

Me incliné para mirar en el asiento de atrás. Un hombre de rasgos sencillos y apuesto, vestido con una chaqueta informal sport y unos Levi's, se me quedó mirando con una sonrisa.

—¿Y usted es...? —le pregunté.

Sonrió aún más y juraría que le brillaron los ojos.

—Me llamo John Marcone. Quiero hablar de negocios con usted.

Me quedé mirándole fijamente un momento y luego aparté los ojos hacia el gran y excesivamente desarrollado señor Hendricks. El hombre gruñía mientras respiraba y parecía Cujo justo antes de saltar encima de la mujer del coche. No me apetecía pegarme puñetazos con Cujo y sus dos amigos.

Así que entré en la parte trasera del Cadillac con el caballero Johnny Marcone.

El día estaba siendo muy completo y todavía llegaba tarde a mi cita.

Capítulo 3

El caballero Johnny Marcone no parecía el tipo de hombre que me rompería las piernas o me partiría la mandíbula. Llevaba el entrecano pelo corto y se le veían algunas arrugas en las comisuras de los ojos provocadas por el sol y las carcajadas. Tenía los ojos verdes como billetes de dólar muy gastados. Parecía más bien un entrenador de fútbol de universidad: guapo, bronceado, atlético y entusiasta. Esta impresión se reafirmaba gracias a los hombres que le acompañaban. Cujo Hendricks era un gigantón con aspecto de un jugador profesional al que habían sustituido por una brutalidad excesiva e innecesaria.

Cujo volvió a subirse al coche, me fulminó con la mirada por el retrovisor, arrancó y condujo despacio en dirección a mi oficina. El volante parecía diminuto y delicado en aquellas manos enormes. Tomé nota de esto mentalmente: *no dejar que Cujo me ponga las manos en el cuello*. O la mano, pues con una sola casi podría apañárselas.

La radio estaba encendida, pero en cuanto me metí en el coche, se estropeó y empezó a hacer un ruido extraño por los altavoces. Hendricks frunció el entrecejo y se quedó pensando un momento. A lo mejor tenía que transmitir el mensaje a través de su segundo cerebro o algo así. Después alargó la mano y toqueteó los botones antes de apagar definitivamente la radio. A ese ritmo, esperaba que el coche recorriera todo el camino a casa.

—Señor Dresden —dijo Marcone mientras sonreía—, entiendo que trabaje para el departamento de policía de vez en cuando.

—De tanto en tanto me sueltan un chisme —afirmé—. Eh, Hendricks, deberías ponerte el cinturón de seguridad. Las estadísticas dicen que vas un cincuenta o un sesenta por ciento más seguro.

Cujo me gruñó otra vez por el retrovisor y le sonreí. Con una sonrisa siempre se irrita más a una persona que con un insulto. O quizá es que la mía es muy molesta.

Mi actitud desconcertaba en cierto modo a Marcone. Quizá se suponía que tenía que haberme quitado el sombrero, pero nunca me había gustado demasiado Francis Ford Coppola y no tenía un Padrino; aunque sí una madrina que es, supongo que a la fuerza, un hada. Pero eso es otra historia.

—Señor Dresden —dijo—, ¿cuánto costaría contratar sus servicios?

Esa pregunta me hizo desconfiar. ¿Para qué me querría alguien como Marcone?

—Mis honorarios habituales son de cincuenta dólares la hora más gastos por desplazamiento —le contesté—. Pero puede variar, depende de lo que tenga que hacer.

Marcone asentía con la cabeza con cada una de mis frases, como animándome a seguir hablando. Arrugó la cara como si se planteara detenidamente lo que iba a

decir, preocupado por mi bienestar como un típico abuelo.

—¿Cuánto me saldría impedir que investigue algo?

—¿Quiere pagarme para que no haga algo?

—Digamos que le pago sus honorarios habituales. Eso son mil cuatrocientos al día, ¿no?

—Mil doscientos, para ser exactos —le corregí.

Me sonrió.

—Los hombres honrados son difíciles de encontrar. Le ofrezco dos mil al día. Digamos que le pago por el trabajo de dos semanas, señor Dresden, y se toma unos días libres. Alquile unas películas, duerma lo que necesite... Esas cosas.

Le miré.

—Y por más de mil dólares al día, ¿me quiere para...?

—Para que no haga nada, señor Dresden —contestó Marccone con una sonrisa—. Absolutamente nada. Solo relájese y descanse. Y no se cruce en el camino de la detective Murphy.

¡Ajá! Marccone no quería que investigara el asesinato de Tommy Tomm. Interesante. Miré por la ventana y entrecerré los ojos, como si lo estuviera considerando.

—Llevo el dinero encima —dijo Marccone—, en efectivo, ahora mismo. Confiaré en que cumpla el resto del trato, señor Dresden. Obtendría muy buenas referencias por su honestidad.

—Mmm. No sé, John. Estoy algo ocupado para aceptar más clientes ahora.

El coche ya estaba llegando al edificio de mi oficina. La puerta del coche aún no tenía el seguro puesto y yo no me había puesto el cinturón, por si acaso tenía que abrir la puerta y saltar. ¿A que soy precavido? Es debido a la inteligencia de los magos y a nuestra paranoia.

A Marccone se le borró la sonrisa de los labios. Se puso serio.

—Señor Dresden, tengo muchas ganas de establecer una relación laboral positiva con usted. Si es por el dinero, puedo ofrecerle más. Digamos el doble de su tarifa habitual. —Mientras hablaba, medio girado hacia mí, juntó las manos por las yemas de los dedos delante de sí. Dios mío, todavía estaba esperando que me dijera que saliera y ganara el partido.

Sonrió.

—¿Qué le parece?

—No es por el dinero, John —le dije. Con parsimonia, acoplé mis ojos a los suyos—. Es solo que no creo que funcione.

Para mi sorpresa no apartó la vista.

Los que tratan con magia aprenden a ver el mundo de un modo un poco diferente al resto. Logras una perspectiva que antes nunca te habías planteado, una manera de

pensar que nunca se te hubiera ocurrido de no haberte expuesto a lo que ve y oye un mago.

Cuando miras a alguien a los ojos, le ves de esta otra manera y por un segundo, esa persona te ve de la misma forma. Marcone y yo nos miramos el uno al otro.

Era un soldado, un guerrero, tras esa sonrisa relajada y ese trato paternal. Iba a conseguir lo que quería y lo haría de la forma más eficiente posible. Era un hombre entregado a su trabajo, dedicado a sus objetivos y a su gente. Nunca permitía que el miedo le afectara. Se ganaba la vida a costa del sufrimiento y las desgracias humanas, al tráfico de drogas, la trata de blancas y el robo de bienes, pero tomaba medidas para minimizar este sufrimiento, por la simple razón de que era el medio más eficiente de dirigir su negocio. Estaba furioso por la muerte de Tommy Tomm, un tipo de ira fría y práctica porque su dominio legítimo había sido invadido y desafiado. Pensaba encontrar a los responsables y ocuparse de ellos a su modo, no quería que la policía interfiriera. Ya había matado antes, volvería a hacerlo y para él no significaría nada más que una operación comercial, nada más que el pago de los gastos extras a la salida del hotel. El interior del caballero Johnny Marcone era un lugar árido y tranquilo, excepto por un oscuro rincón. Allí, oculto a sus pensamientos diarios, se escondía una deshonra secreta. No pude ver bien de qué se trataba. Pero sabía que en algún momento de su pasado había algo que hubiera dado cualquier cosa por enmendar y que hubiera matado por borrar. Era de ese rincón oscuro de donde sacaba su determinación, su fuerza.

Así lo vi cuando miré en su interior, dejando a un lado sus fingimientos y protecciones. Y, a cierto nivel instintivo, me di cuenta de que él había sido consciente de lo que yo vería si miraba; había hecho que nuestras miradas se encontraran a propósito sabiendo lo que iba a revelarme. Por eso había querido que estuviéramos un rato a solas, para echarle un vistazo a mi alma y averiguar el tipo de hombre que era.

Cuando miro a alguien a los ojos, dentro de su alma, en lo más recóndito de su ser, a cambio también ve el mío, las cosas que he hecho o lo que quería hacer, lo que era capaz de hacer. Por lo menos la mayoría de la gente que lo hace, palidece. Una vez una mujer se desmayó del todo. No sé muy bien lo que ven cuando miran ahí dentro, no es un sitio donde fisgonee mucho.

John Marcone no era como los otros que habían visto mi alma. Ni siquiera pestañeó. Él se limitó a mirar, a valorar y, después de que pasara ese instante, me hizo un gesto con la cabeza, como si hubiera entendido algo. Tuve la desagradable sensación de que me había engañado, de que había descubierto él más cosas de mí que yo de él. La primera cosa que sentí fue rabia, rabia porque me habían manipulado, rabia porque me habían admirado.

Solo un segundo después, aquel hombre me daba un miedo espantoso. Había mirado su alma y era tan sólida y fría como una nevera de acero inoxidable. Causaba

un gran desasosiego. Por dentro era fuerte, violento y despiadado, pero sin ser cruel. Tenía un alma de tigre.

—Muy bien —dijo suavemente, como si nada hubiera pasado—, no quiero imponerle mi oferta, señor Dresden. —El coche fue reduciendo velocidad mientras se acercaba al edificio, Hendricks se acercó a la acera de enfrente y paró—. Pero déjeme darle un consejo. —Había abandonado la actitud de padre que habla al hijo y ahora su voz era calmada y paciente.

—Si no me lo cobra... —Gracias a Dios por las bromas. Estaba demasiado nervioso como para decir algo inteligente.

Marcone casi sonrió.

—Creo que sería más feliz si contrajera la gripe unos días. El asunto que la detective Murphy le ha pedido que investigue no tiene por qué salir a la luz. No le gustará lo que vea. Es de los míos, déjeme que me encargue yo y no le molestará nunca más.

—¿Me está amenazando? —le pregunté.

No pensaba que lo hiciera, pero no quería que lo supiera. Me habría ayudado el que mi voz no hubiera temblado.

—No —dijo con toda sinceridad—, le tengo demasiado respeto como para recurrir a algo así. Dicen que es usted auténtico, señor Dresden. Un mago de verdad.

—También dicen que estoy loco como una cabra.

—Elijo a quien escucho con mucho cuidado —recalcó Marcone—. Piense en lo que le he comentado, señor Dresden. No creo que nuestras respectivas líneas de trabajo hayan de solaparse con frecuencia. Preferiría no tenerle como enemigo en este caso.

Apreté la mandíbula del miedo que sentía y le solté unas palabras rápidas y bruscas:

—No le gustaría tenerme como enemigo, Marcone. No sería inteligente. No sería nada inteligente.

Entornó los ojos, de forma lenta y relajada. A aquellas alturas ya me miraba a los ojos sin temor. Ya nos teníamos calados. No volvería a ocurrir lo de antes, no de esa manera.

—Debería ser más educado, señor Dresden —me aconsejó—, es bueno para los negocios.

No le contesté, pues no tenía una respuesta que no sonara a asustado o a macho estúpido. En su lugar le dije:

—Si alguna vez pierde las llaves del coche, llámeme. No vuelva a ofrecerme dinero o a amenazarme. Gracias por el paseo.

Me observó sin mudar la expresión, mientras salía del coche y cerraba la puerta. Después de lanzarme una mirada asesina, Hendricks arrancó y se marcharon. Había

mirado ya en el interior de las almas de muchas personas, no era algo que se olvidara, pero nunca me había topado con alguien así, alguien tan sereno y con tanto control de sí mismo; ni siquiera eran así los otros profesionales con los que había cruzado la mirada. Ninguno de ellos me había estudiado como una columna de números y la había archivado para consultarla en futuras ecuaciones.

Metí las manos en los bolsillos del guardapolvos y temblé al sentir el roce del viento. Era un mago, alguien que jugaba con magia de verdad, me recordé a mí mismo. No temía a hombretones en coches grandes, no me ponía nervioso por unos cuerpos cuyas vidas habían sido arrebatadas por una magia más intensa que nada que yo pudiera controlar. De verdad, de veras.

Pero aquellos ojos de color verde como los billetes de dólar, junto con aquella alma tranquila y casi impasible, hacían que temblara mientras subía las escaleras de vuelta a mi oficina. Había sido un estúpido. Me había cogido por sorpresa y la repentina intimidad del momento en el que nuestras almas se encontraron me había sobresaltado y asustado. Como resultado, me había desmoronado y le había lanzado amenazas como un niño atemorizado. Marcone era un depredador. Prácticamente olió mi miedo. Tenía la impresión de que si llegaba a pensar que era débil, su correcta sonrisa y su fachada paternal se desvanecerían de forma tan perfecta y rápida como habían aparecido.

¡Qué primera impresión más horrible!

Ah, bueno, al menos iba a llegar a tiempo a mi cita.

Capítulo 4

Cuando llegué, Mónica Sin-Apellido estaba fuera de mi oficina escribiendo en el revés de la nota que había dejado pegada en la puerta.

Caminé hacia ella. Estaba demasiado concentrada en su escrito como para alzar la vista. Era una mujer guapa, de unos treinta y tantos. Tenía el pelo rubio ceniza, supuse que natural después del involuntario recuerdo malsano de la mujer muerta con el pelo teñido. Se había aplicado bien y con buen gusto el maquillaje y su cara era bonita, simpática, con las mejillas lo suficientemente redondeadas como para parecer joven y saludable, y los labios lo suficientemente carnosos como para parecer muy femenina. Llevaba una falda larga y amplia de color amarillo pálido, unas botas marrones de montar, una blusa blanca recién planchada y encima una chaqueta verde de punto, cara en apariencia, para protegerse del fresco de los primeros días de primavera. Debía de estar bastante bien para llevar tal combinación de colores y, de hecho, lo estaba. En términos generales, tenía un aspecto familiar que me molestaba, algo así como Annette Funicello o Barbara Billingsley: sanas y norteamericanas.

—¿Mónica? —la llamé.

Puse mi sonrisa más inocente y amistosa.

Ella pestañeó mientras me acercaba.

—Ah, es usted, emmm, Harry...

Sonreí y le di la mano.

—Harry Dresden, señora. Ese soy yo.

Me dio la mano después de una pequeña pausa y mantuvo los ojos fijos en mi pecho. En aquel momento estaba muy contento de estar con alguien que estuviera tan nervioso como para no mirarme a los ojos. Le estreché la mano firme pero suavemente, se la solté y le rocé al pasar para abrir la puerta de mi oficina.

—Perdone por llegar tarde. Me llamó la policía para que fuera a verles.

—¿Trabaja para ellos? —me preguntó—, o sea, para la policía, mmm...

Hizo unas señas con los dedos en vez de acabar la frase y entró en mi despacho cuando le sostuve la puerta abierta.

—A veces —asentí— encuentran algo y quieren que lo lleve yo.

—¿Qué tipo de cosas?

Me encogí de hombros y tragué saliva. Pensé en los cadáveres del Madison y me sentí mareado. Cuando alcé la vista para mirar a Mónica, me la encontré estudiando mi cara y mordiéndose el labio de forma nerviosa. Rápidamente apartó la mirada.

—¿Puedo ofrecerle un café? —la invité. Cerré la puerta y encendí la luz.

—No, gracias. Estoy bien.

Se quedó allí de pie, mirando mi caja de libros descartados y sujetando su bolso con ambas manos sobre la barriga. Pensé que iba a gritar si le decía «¡bu!», por lo

que me moví despacio y con cuidado mientras me hacía una taza de café instantáneo. Inspiré y expiré repitiendo los mismos gestos de siempre, hasta que conseguí calmarme después de mi encuentro con Marcone. Cuando terminé, mi café también se había acabado. Me dirigí a mi escritorio y la invité a que tomara asiento en una de las dos sillas que tenía enfrente de mí.

—Bien, Mónica —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Bueno, ummm, le comenté que mi marido se ha...

Me hizo unas señas, gesticulando.

—¿Perdido? —completé.

—Sí —contestó con una espiración casi de alivio—, pero no es que haya desaparecido misteriosamente ni nada por el estilo, sino que ya no está —tartamudeó y se sonrojó—. Es como si hubiera hecho las maletas y se hubiera marchado, pero no le dijo nada a nadie. Y no ha vuelto a aparecer. Me tiene preocupada.

—Ajá —asentí—, ¿cuánto hace desde que se marchó?

—Este es el tercer día.

Afirmé con la cabeza.

—Tiene que haber algún motivo por el que haya acudido a mí en vez de a un detective privado o a la policía.

De nuevo se puso colorada. Tenía una cara idónea para sonrojarse, con una piel clara que se enrojecía como la de una niña. Era muy atractivo.

—Sí, mmm. Él estaba interesado en... en...

—¿La magia?

—Sí. Había comprado libros sobre eso en el apartado de religiones en la librería. No era nada tipo juegos de rol. Eran auténticos. Compró unas cartas de esas del tarot.

Pronunció «tarot» como «caro». Principiantes...

—¿Y cree que la desaparición puede tener algo que ver con sus intereses?

—No estoy segura —confesó—. Pero quizá. Estaba muy disgustado. Acababa de perder su trabajo y estaba bajo mucha presión. Me tiene muy preocupada. Pensé que quien lo encontrara tendría que poder hablar con él de estas cosas.

Respiró hondo, como si el esfuerzo de completar tantas frases sin un solo «mmm» la agotara.

—Todavía no lo tengo muy claro. ¿Por qué yo? ¿Por qué no la policía?

Los nudillos se emblanquecieron sobre su bolso.

—Se llevó una maleta, señor Dresden. Creo que la policía supondrá que ha dejado a su mujer y a sus hijos. No lo investigarán. Pero él no es así, solo quiere que tengamos una buena vida, de verdad, eso es lo único que quiere.

La miré con el ceño fruncido. *¿Estás nerviosa porque tal vez el marido al final se te ha pirado de casa?*

—Aun así —dije—, ¿por qué ha venido a verme a mí? ¿Por qué no ha ido a un

detective privado? Conozco a un hombre de confianza, si lo necesita.

—Porque usted sabe de... —Gesticuló de manera intermitente.

—De magia —la ayudé.

Mónica asintió.

—Creo que podría tener importancia. Quiero decir, no sé. Pero tal vez la tenga.

—¿Dónde trabajaba? —le pregunté. Mientras hablaba, saqué un bloc del bolsillo y tomé unas notas.

—SilverCo —me informó—. Son una empresa comercial. Localizan buenos mercados para productos y luego aconsejan a otras empresas dónde gastar mejor su dinero.

—Ajá —asentí—. ¿Cómo se llama, Mónica?

Tragó saliva y vi que le daba un tic nervioso mientras pensaba en decirme un nombre que no fuera el suyo.

—George —me dijo al fin.

La miré. Estaba mirándose las manos con rabia.

—Mónica, sé que esto tiene que ser muy difícil para usted. Créame, señora, hay muchísima gente que se pone nerviosa cuando entra en mi despacho. Pero, por favor, escúcheme. No voy a hacerle daño ni a usted ni a nadie. Lo que hago es para ayudar a los demás. Es verdad que alguien con las habilidades apropiadas podría usar sus nombres contra ustedes, pero yo no soy así. —Le robé una frase a Johnny Marccone—. No es bueno para los negocios.

Soltó una risita nerviosa.

—Me siento como una tonta —confesó—, pero he oído tantas cosas...

—Sobre los magos. Ya veo.

Dejé el lápiz e hice un gesto con los dedos como si estuviera haciendo magia. La mujer estaba nerviosa y tenía ciertas esperanzas. Debía calmar sus miedos un poco si representaba algunos de ellos. Intenté no mirar detrás de ella al calendario que tenía colgado en la pared y al círculo de color rojo que rodeaba el día quince del último mes. Me estaba retrasando en el pago del alquiler. Necesitaba dinero. Incluso con los honorarios de hoy y lo que consiguiera en un futuro, tendría que trabajar eternamente para la ciudad hasta ponerme al día.

Además, nunca podía resistirme a ayudar a una dama en apuros. Aunque no estuviera segura al cien por cien de que quisiera que yo la rescatase.

—Mónica, hay poderes en el universo que la mayoría de la gente ignora. Son poderes que no acabamos de entender. Los hombres y las mujeres que trabajan con estos poderes ven las cosas bajo un prisma diferente al de las personas normales. Acaban viendo las cosas de un modo un poco distinto. Eso los distingue. A veces alimentan un miedo y una desconfianza injustificados. Sé que ha leído libros y visto películas sobre lo horribles que son las personas como yo, y todo aquello de «no

dejarás bruja con vida» que decía el Antiguo Testamento no es que nos lo haya puesto fácil. Pero en realidad no somos tan diferentes al resto del mundo. —Esboqué mi mejor sonrisa—. Quiero ayudarla. Pero si voy a hacerlo, tiene que confiar en mí un poco. Se lo prometo. Le doy mi palabra de que no le decepcionaré.

Vi que lo asimilaba y le daba vueltas durante un rato, mientras se miraba fijamente las manos.

—Victor —dijo al fin—. Victor Sells.

—Muy bien —dije, cogí el lápiz y tomé debida nota—. Así, para empezar, ¿se le ocurre algún sitio donde pudiera haber ido?

Asintió.

—A la casa del lago. Tenemos una casa en el... —Agitó la mano.

—¿En el lago?

Me sonrió y eso me recordó que debía ser paciente.

—En Lake Providence, en la frontera del estado, cerca del lago Michigan. Está precioso en otoño.

—Muy bien. ¿Sabe de algún amigo al que haya podido ir a ver, algún familiar al que haya ido a visitar, o algo así?

—Victor no se llevaba muy bien con su familia. Nunca supe porqué. No hablaba de ellos. Llevamos casados diez años y no ha hablado con ellos ni una sola vez.

—Bien —dije mientras anotaba todo aquello—. ¿Y los amigos?

Se mordió el labio, un gesto habitual en ella.

—No tenía. Se llevaba bien con su jefe y algunos del trabajo, pero después de que lo despidieran...

—Ajá —asentí—. Entiendo.

Continué tomando notas, poniendo barreras entre mis ideas para separarlas. Me extendí hasta la siguiente página antes de acabar de escribir los hechos y mis observaciones sobre Mónica. Me gustaba ser meticuloso con estas cosas.

—¿Y bien, señor Dresden? —me preguntó—. ¿Puede ayudarme?

Revisé mis notas y asentí con la cabeza.

—Creo que sí, Mónica. Sí es posible, me gustaría ver esas cosas que coleccionaba su marido. Los libros y demás. También convendría tener una foto de él. Podría ir a echarle un vistazo a su casa en Lake Providence, ¿le importaría?

—No, por supuesto.

Parecía aliviada, pero al mismo tiempo más nerviosa que antes. Anoté la dirección de la casa del lago y un par de indicaciones.

—¿Está al tanto de lo que cobro? —le pregunté—. No soy barato. Quizás le saldría mejor contratar a otra persona.

—Tenemos unos cuantos ahorros, señor Dresden —contestó—. El dinero no me preocupa. —No iba con ella esa afirmación en aquel momento, desentonaba en

general con su actitud nerviosa.

—Bien, le cobraré cincuenta dólares la hora, más gastos. Le enviaré una lista detallada de mis actividades, para que se haga una idea sobre lo que estoy haciendo. Una iguala es lo habitual. No le voy a garantizar que trabaje exclusivamente en su caso. Intento ocuparme de cada uno de mis clientes con respeto y cortesía, por lo que no puedo anteponer unos a otros.

Asintió enérgicamente y buscó en su bolso. Sacó un sobre blanco y me lo pasó.

—Dentro hay quinientos, ¿es suficiente por ahora?

Genial. Con quinientos dólares pagaría el alquiler del mes pasado y también buena parte del de este mes. Podía acostumbrarme a este rollo de clientes nerviosos que querían mantener el anonimato de sus cuentas corrientes para protegerlas de mis supuestos poderes de hechicero. El dinero en efectivo siempre se gasta.

—Sí, está bien —le contesté.

Intenté no sobar el sobre. Al menos fui lo bastante educado como para no tirar el dinero sobre mi escritorio y contarlo.

Sacó otro sobre.

—Se llevó casi todas sus cosas. Al menos no las encontré donde siempre las deja, pero sí encontré esto.

Había algo en el sobre, algo abultado, un amuleto, un anillo o un objeto parecido, estaba seguro. Sacó un tercer sobre de su bolso. Debía de ser una mujer compulsiva por lo referente a la organización.

—Aquí dentro hay una foto de él y mi número de teléfono. Gracias, señor Dresden. ¿Cuándo me llamará?

—En cuanto averigüe algo —le contesté—. Lo más seguro, mañana por la tarde o el sábado por la mañana, ¿le parece bien?

Casi me miró a los ojos, se contuvo, y en su lugar me sonrió a la nariz.

—Sí. Sí, muchas gracias por su ayuda. —Se quedó mirando a la pared—. ¡Mire qué hora es! Tengo que irme. Está a punto de acabar el colegio.

Acabó estas palabras entre dientes y se sonrojó de nuevo, como si la avergonzara que se le hubiera escapado aquel hecho tan importante.

—Haré lo que pueda, señora —le aseguré. Me levanté y la acompañé a la puerta—. Gracias por su encargo. Me pondré pronto en contacto con usted.

Se despidió, sin mirarme a la cara, y dejó ir la puerta. La cerré y volví a ojear los sobres.

Primero, el dinero. Estaba todo en billetes de cincuenta, que siempre parecen nuevos aunque sean viejos, porque tienen muy poca circulación. Había diez. Los puse en mi cartera y tiré el sobre a la basura.

El siguiente fue el de la fotografía. La saqué y vi a Mónica y a un hombre delgado y apuesto, con una frente amplia y unas cejas peludas, que desviaban su atractivo

hacia un ángulo estrambótico. Su sonrisa era más blanca que blanca y tenía la piel tersa y morena de alguien que había pasado muchas horas al sol, navegando quizá. Había un fuerte contraste con la palidez de Mónica. Supuse que era Victor Sells.

El número de teléfono estaba escrito en una simple tarjeta blanca que había recortado para que cupiera en el sobre. No había ningún nombre ni prefijo, solo un número de siete dígitos. Saqué la guía telefónica y busqué.

También anoté eso. Me pregunté qué esperaba conseguir aquella mujer dándome Solo el nombre de pila, cuando me iba a dar cientos de otras cosas a través de las cuales podía averiguarlo. Esto solo demuestra que la gente hace cosas raras cuando está nervioso. Dicen chorradas, se deciden por lo más extraño, lo que más adelante les hará sentirse increíblemente idiotas. Debía tener mucho cuidado de no decir nada que le refregara esto por las narices cuando hablara otra vez con ella.

Tiré el segundo sobre a la basura y encima de mi escritorio le di la vuelta al último para abrirlo.

El caparazón de un escorpión disecado, refulgente por la acción de algún tipo de conservante, chasqueó al caer sobre mi escritorio. Una correa de piel fina y flexible salía de una arandela engarzada en la base de la cola, para que si se llevaba colgado, quedara boca abajo, con la cola hacia arriba, enroscada sobre el cuerpo disecado, apuntando al suelo.

Me estremecí. En algunas creencias los escorpiones son símbolos de poder. Por lo general, nunca simbolizan nada bueno o sano. Muchos hechizos malignos e insignificantes se centran en este tipo de talismanes. Si se llevan cerca de la piel, como se supone que deben llevarse estas cosas, las pinzas representan una constante picazón e inquietud en el pecho, un recordatorio continuo de que están allí. El aguijón seco en la punta de la cola perforará la piel del que intente dar un abrazo al portador del amuleto. Sus pinzas, semejantes a las de un cangrejo, se agarrarán al vello del pecho de un hombre o arañarán las curvas de los pechos de una mujer. Era desagradable y asqueroso. Tal vez no malo, pero seguro que llevando ese objeto alrededor del cuello no se conseguía una clase de magia que provocara consecuencias positivas.

A lo mejor Victor Sells sí estaba metido en algo, algo que había absorbido su atención. La magia podía tener este efecto sobre las personas, sobre todo en lo que se refiere a sus aspectos más oscuros. Si había acudido a ella después de perder su trabajo, eso explicaría que se hubiera marchado tan repentinamente de su casa. Muchos brujos o gente que pretende serlo se recluyen porque creen que el aislamiento aumentará su habilidad para concentrarse en la magia. No es así, pero es más fácil para las mentes débiles o sin preparación porque de esa manera evitan distraerse.

O tal vez no fuera ni siquiera un talismán de verdad. Quizás solo fuese una pieza

curiosa o un souvenir de una visita al sudoeste. No había forma de saber si era un artefacto para mejorar la concentración y dirección de las energías mágicas, a menos que se usara para intentar hacer un hechizo y la verdad es que no tenía ganas de usar un objeto tan sospechoso, por unas cuantas buenas razones.

Debía tener esa pequeña repugnancia en mente mientras intentaba encontrar a aquel hombre. También podía no significar nada. Por otro lado, tal vez sí. Alcé la vista para mirar el reloj: eran las tres y cuarto. Tenía tiempo de comprobar si a los depósitos de cadáveres locales había llegado alguien de aspecto muy común —quién sabe, quizá lo encontrara antes de que acabara el día— y más tarde, iría al banco a ingresar el dinero y a extenderle un cheque a mi casero.

Saqué la agenda telefónica y empecé a llamar a los hospitales. No es que fuera mi forma habitual de trabajar, pero tampoco era difícil, salvo por los típicos problemas que tenía cuando usaba el teléfono: interferencias, ruido de fondo, conversaciones de otras personas que se superponían a la mía... Si algo podía ir mal, seguro que pasaba.

Por un momento, creí ver algo por el rabillo del ojo, un ligero movimiento rápido del escorpión disecado que estaba encima de mi escritorio. Parpadeé y me lo quedé mirando. No se movió. Con cautela, extendí mis sentidos como una mano invisible, para percibir cualquier rastro de encantamiento o energía mágica.

Nada. Le faltaba tanta magia como vida.

Que no se diga que Harry Dresden tiene miedo de un bicho muerto y disecado. Asqueroso o no, no iba a permitir que arruinara mi concentración.

Así que lo cogí con el borde de la guía telefónica y lo puse en el segundo cajón de mi escritorio. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Y es que tengo un problema con las cosas horribles, muertas y venenosas. No lo puedo remediar.

Capítulo 5

McAnally's es un bar que está a unas manzanas de mi oficina. Voy cuando estoy estresado o cuando tengo un poco de pasta para gastarme en una buena cena. Muchos tipos de las afueras lo hacen. Mac, el propietario del bar, está acostumbrado a los magos y a todos los problemas que acarreamos. No hay videojuegos en McAnally's. No hay televisores ni juegos caros de preguntas para ordenador. Ni siquiera hay una gramola. En su lugar, Mac tiene a un pianista. Hay menos probabilidades de que así se estropee todo a nuestro alrededor.

Digo «bar» en el mejor sentido de la palabra. Cuando entras, bajas unos cuantos escalones hasta llegar a una habitación con una combinación mortal entre poco espacio y ventiladores de techo. Si eres tan alto como yo, en McAnally's tienes que andar con cuidado. Hay trece taburetes en la barra y trece mesas en el local. Trece ventanas colocadas en la parte superior de la pared, para que queden por encima del nivel del suelo y así conseguir que entre en el local algo de luz de la calle. Trece espejos colgados de las paredes que proyectan un reflejo de los clientes casi borroso y dan una impresión de mayor amplitud. Las trece columnas de madera, con grabados de imágenes de cuentos populares y leyendas del Viejo Mundo, estorban el paso por el local si no se zigzaguea por un camino tortuoso; además, también están colocadas así adrede para romper el flujo de energías aleatorias, que disipan a un grado u otro las auras que se acumulan alrededor de los magos meditabundos y gruñones, y evitan que se manifiesten con formas involuntarias y llenas de color. Los colores son apagados, marrón tierra y verde mar. La primera vez que entré en McAnally's, me sentí como un lobo que volvía a su vieja cueva preferida. Mac hace su propia cerveza, de elaboración tradicional, y es la mejor que hay en la ciudad. Prepara la comida en un horno de leña y según Mac, puedes coger el plato tú mismo de la barra cuando ya está listo. Este es el tipo de sitio al que me gusta ir.

Como con las llamadas a los depósitos de cadáveres no había conseguido nada, cogí unos cuantos billetes del dinero que Mónica me había pagado por adelantado y me fui a McAnally's. Después del día que había tenido, me merecía un poco de la cerveza de Mac y algo para comer. La noche también iba a ser larga, una vez llegara a casa e intentara averiguar cómo habían conseguido realizar el hechizo de muerte que se usó contra el matón de Johnny Marccone, Tommy Tomm, y su novia, Jennifer Stanton.

—Dresden —me saludó Mac al sentarme en la barra.

El local, oscuro y acogedor, estaba vacío, salvo por un par de hombres que conocía de vista, que jugaban al ajedrez en una mesa del fondo.

Mac es alto, algo desgarbado y de edad indeterminada, pero hay algo en él que indica que posee la sabiduría y la fuerza de un hombre de cincuenta años, como

mínimo. Tiene los ojos entornados y una sonrisa, que cuando la muestra, es pícaro y algo raro. Mac nunca habla mucho, pero cuando lo hace siempre vale la pena escucharlo.

—Hola, Mac —le saludé—. He tenido un día de perros. Ponme un pepito de ternera, patatas fritas y cerveza.

—Uf —dijo Mac.

Abrió una botella de su cerveza y la sirvió caliente, con la mirada clavada detrás de mí, sobre un segundo plano. Hace lo mismo con todo el mundo. No se le puede culpar teniendo en cuenta su clientela. Yo tampoco me arriesgaría a mirarlos a la cara.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado en el Madison?

—Uf—convino.

—Un asunto desagradable.

Un comentario tan estúpido no merecía ni siquiera un gruñido como contestación. Mac acabó de servirme la bebida y se volvió hacia la cocina que había detrás de la barra, comprobó la leña y la atizó para conseguir más lumbre.

Cogí un periódico ya manoseado que estaba ahí al lado y eché un vistazo a los titulares.

—Eh, mira esto. Otra vez arrasa el Tercer Ojo. Dios, esa cosa es peor que el crack.

El artículo detallaba como dos yonquis adictos al Tercer Ojo hacían pedazos una tienda de ultramarinos del barrio; estaban convencidos de que el local iba a explotar y querían adelantarse al destino.

—Uf.

—¿Habías visto alguna vez algo parecido?

Mac sacudió la cabeza.

—Dicen que esa cosa te da el don del tercer ojo —comenté mientras leía el artículo. Después de derrumbarse el edificio, habían ingresado a los dos drogadictos en el hospital en condiciones muy graves—. ¿Pero sabes una cosa?

Mac se volvió para mirarme desde detrás de la barra, mientras seguía cocinando.

—Es imposible. ¡Qué sarta de mentiras! Están vendiendo a esos pobres críos la idea de que pueden hacer magia.

Mac me dio la razón con un gesto.

—Si fuera tan grave, la policía ya hubiera llamado.

Mac se encogió de hombros y se dio la vuelta de nuevo hacia la cocina. Luego entrecerró los ojos y miró detenidamente el débil reflejo del espejo detrás de la barra.

—Harry —dijo—, te estaban siguiendo.

Había estado tan tenso la mayor parte del día que no pude evitar un pinzamiento repentino en las cervicales. Puse las dos manos sobre la jarra de cerveza y recordé un par de frases en pseudolatín. Nunca viene mal estar preparado para defenderse, en

caso de que quieran hacerte daño. Observé que alguien se acercaba, pero solo distinguí una imagen borrosa en el reflejo que proyectaba aquel espejo antiguo y desgastado. Mac seguía cocinando, impasible. Era difícil perturbarle.

Olí su perfume antes de darme la vuelta.

—¡Vaya, señorita Rodríguez! —la saludé—. Me alegro de verla.

Se paró en seco a unos pasos de mí, aparentemente desconcertada. Una de las ventajas de ser mago es que la gente siempre relaciona lo que haces con la magia, si no les viene a la cabeza una explicación inmediata. Lo más seguro es que en vez de pensar que el perfume revelaba su identidad, creía que aquella manera misteriosa de identificarla se debía a mis poderes místicos.

—Venga, siéntate —la invité—. Te pediré una bebida mientras me niego a contarte nada.

—Harry —me amonestó—, no sabes si estoy aquí por negocios.

Se sentó en el taburete de al lado. Era una mujer de estatura mediana, una sorprendente belleza morena; llevaba una americana entallada, falda, medias y zapatos de salón. El pelo, liso y oscuro, estaba recortado cortado por la nuca de forma muy cuidada y retirado de la frente, también morena, lo que enfatizaba el vago atractivo de sus ojos oscuros.

—Susan —la reprendí—, no estarías aquí si no estuvieras trabajando. ¿Te lo pasaste bien en Branson?

Susan Rodríguez era una periodista de *Arcano* en Chicago, una revista sensacionalista que trataba todo tipo de acontecimientos sobrenaturales y paranormales en el medio oeste. Normalmente los temas que cubrían no eran mucho mejores que «hombre mono con el hijo natural de Elvis» o «el fantasma mutante de JFK abduce a una scout que cambia de forma». Pero muy de vez en cuando, en *Arcano* hablaban de algo que era real, como la incursión de la corte feérica oscura en 1994, cuando la ciudad entera de Milwaukee desapareció durante dos horas. Se evaporó. Las fotos por satélite del gobierno mostraban el valle cubierto de árboles y sin señal de vida o presencia humana. Se interrumpieron todas las comunicaciones. Después, unas horas más tarde, allí estaba de nuevo y en la ciudad nadie se había enterado de nada.

La semana anterior, Susan también había estado rondando mi investigación en Branson. Me había estado siguiendo la pista desde que me entrevistó para un artículo, justo después de abrir mi negocio. Había que reconocerlo, tenía intuición; y la suficiente curiosidad como para meterse en todo tipo de problemas. Me había engañado para que la mirara a los ojos al final de nuestro primer encuentro. Era una joven periodista entusiasta que investigaba el punto de vista de su entrevistado. Ella fue la que se desmayó después de que nos miráramos.

Me sonrió con complicidad. Me gustó su sonrisita. Le daba un toque interesante a

sus labios, ya de por sí atractivos.

—Deberías haberte quedado a ver el espectáculo —me dijo—, fue bastante impresionante.

Puso el bolso sobre la barra y se sentó sobre el taburete que había a mi lado.

—No, gracias —le contesté—, estoy seguro de que no era para mí.

—A mi editor le encantó la cobertura. Está convencido de que va a ganar un premio de algún tipo.

—Parece que lo estoy viendo: visiones misteriosas acechan a una estrella del *country* drogadicta. Eso es auténtico periodismo agresivo paranormal.

Le eché una mirada y ella me miró a los ojos sin miedo. No me dejó ver si mi pulla la había contrariado.

—Oí que hoy te llamó la directora de IE —me dijo. Se inclinó hacia mí lo suficiente para que, de haber bajado la vista, hubiera tenido una buena panorámica del escote de su camisa blanca—. Me encantaría que me hablaras de eso, Harry.

Me dedicó una sonrisa prometedora.

Estuve a punto de devolverle la sonrisa.

—Lo siento —le dije—, tengo el típico acuerdo de no revelación con el distrito.

—Entonces, ¿algo extraoficial? Se rumorea que los asesinos causaron sensación.

—No te puedo ayudar, Susan. Por mucho que insistas, no me lo sacarás, etcétera.

—Solo una pista —continuó—. Un comentario, algo que compartan dos personas que se atraen mucho.

—¿Y esos quiénes son?

Puso un codo sobre la barra y apoyó la barbilla en su mano, mientras me estudiaba a través de unos ojos entrecerrados y unas pestañas largas y espesas. Una de las cosas que me atraían de ella era que a pesar de que usara su encanto y feminidad de manera despiadada para conseguir historias, no tenía ni idea de lo atractiva que era en realidad; me había dado cuenta de esto cuando miré dentro de ella el año pasado.

—Harry Dresden —dijo—, eres un hombre totalmente exasperante. —Entrecerró aún más los ojos—. Ni siquiera me has mirado el escote una vez, ¿no? —me acusó.

Tomé un sorbo de cerveza y le hice una seña a Mac para que le pusiera una a ella. Lo hizo.

—Me has pillado.

—La mayoría de los hombres hoy en día están descompensados —se quejó—. ¿Pero qué te pasa a ti, Dresden?

—Soy puro de mente y corazón —le contesté—. Es imposible corromperme.

Se me quedó mirando frustrada por un momento. Después volvió a inclinar la cabeza para reírse; tenía también una buena risa, gutural y sonora. Entonces sí le miré el escote, solo un segundo. Una mente y un corazón puro solo duran un momento,

tarde o temprano las hormonas salen a la luz. Lo que quiero decir es que ya no soy un adolescente, pero tampoco es que sea un experto en estas cosas. Se puede decir que tengo un interés abrumador en mi carrera profesional, pero nunca he tenido mucho tiempo para salir con chicas o para el sexo débil en general. Y cuando lo he tenido, no ha salido muy bien.

A Susan se la veía venir. Era atractiva, brillante, tentadora, sus motivaciones eran simples y claras, y era sincera en su forma de luchar por ellas. Estaba ligando conmigo porque quería información y también porque yo le gustaba. Unas veces la conseguía, otras no. Este asunto era demasiado peligroso para que Susan o *Arcano* se metieran, y si Murphy se enteraba de que les había dado el chivatazo de lo que había ocurrido, se me merendaría.

—¿Sabes qué, Harry? ¿Qué tal si te hago unas preguntas y tú solo me dices sí o no?

—No —le contesté de inmediato. Maldita sea, soy un pobre mentiroso y no hacía falta una periodista como Susan para averiguarlo.

Le brillaban los ojos llenos de alegría y maliciosa ambición.

—¿Tommy Tamm fue asesinado por un ser o por medios paranormales?

—No —repetí con terquedad.

—¿No lo asesinaron o no fue un ser paranormal?

Eché una mirada a Mac pidiéndole ayuda. Me ignoró. Él nunca toma partido, es listo.

—No, no voy a contestar a esas preguntas.

—¿Tiene pistas la policía? ¿Algún sospechoso?

—No.

—¿Eres un sospechoso, Harry?

Un pensamiento inquietante.

—No —contesté exasperado—. Susan...

—¿Te gustaría cenar conmigo el sábado por la noche?

—¡No! Yo... —Pestañee—. ¿Qué?

Me sonrió, inclinada hacia mí, y me besó en la mejilla. Los labios, que admiraba tanto, eran muy, muy agradables.

—Genial —dijo—. Te recogeré en tu casa. Digamos... ¿Sobre las nueve?

—¿Me he perdido algo? —le pregunté.

Movió la cabeza, sus ojos brillaban de alegría.

—Te voy a llevar a un sitio fantástico, ¿has comido alguna vez en el Pump Room, en el Ambassador East?

Negué con la cabeza.

—Tienen unos filetes increíbles —me aseguró—, y el ambiente más romántico del mundo. Hay que ir de etiqueta. ¿Es posible?

—Mmm..., sí —contesté con cuidado—. Esta es la pregunta a la respuesta de si saldré o no contigo, ¿vale?

—No —dijo Susan con una sonrisa—, esa era la respuesta que esperaba robarte, así que no te escapas. Solo me quiero asegurar de que tienes más ropa aparte de téjanos y camisas Acartonadas de vaquero.

—Ah, sí.

—Genial —repitió y me besó en la mejilla una vez más mientras se levantaba y recogía el bolso.

—El sábado, entonces.

Retrocedió y volvió a lanzarme aquella sonrisita. Mataba con la mirada, era atractiva y seductora.

—Allí estaré. Ansiosa.

Se dio la vuelta y se marchó. Me giré para mirarla. Me quedé con la boca abierta, tanto que casi me llega la mandíbula al suelo. ¿Acababa de aceptar una cita o un interrogatorio?

—Seguramente ambas cosas —murmuré.

Mac tiró el pepito de ternera y las patatas fritas delante de mí. Le dejé algo de dinero, con aire taciturno, y me dio el cambio.

—Lo único que va a hacer es intentar sonsacarme información que no debería darle, Mac —dije.

—Uf. —Mac asintió.

—¿Por qué le he dicho que sí?

Mac se encogió de hombros.

—Es guapa —dije—, lista y sexy.

—Uf.

—Cualquier hombre con sangre en las venas hubiera hecho lo mismo.

—Uf —resopló.

—Bueno, a lo mejor tú no.

Mac sonrió un poco, relajado.

—Aun así, me va a traer problemas. Debo de estar loco por ir detrás de alguien así.

Cogí mi bocadillo y suspiré.

—Imbécil —dijo Mac.

—Solo he dicho que es lista, Mac.

Mac esbozó una sonrisa que le hizo parecer años más joven, casi un niño.

—No lo digo por ella, sino por ti.

Me comí la cena. Tuve que admitir que tenía razón.

Esto me trastocaba los planes. Mi idea de husmear en la casa del lago de los Sells y conseguir algo de información tenía que llevarla a cabo de noche. Y ya tenía

planeado hablar con Bianca mañana por la noche, porque tenía el presentimiento de que Murphy y Carmichael no conseguirían que la vampira cooperara. Eso significaba que tendría que conducir hasta Lake Providence aquella misma noche, porque el sábado ya estaba ocupado por la cita con Susan, al menos unas horas.

Me quedé con la boca seca al pensar que quizá tuviera el resto de la noche ocupado. Quién sabe. Me había mareado, había hecho que pareciera un idiota y lo más seguro era que intentara usar cualquier truco para sacarme más información para la publicación de *Arcano* del lunes. Por otro lado, era sexy, inteligente y por lo menos me atraía un poco, lo que indicaba que habría algo más que una simple charla y la cena, ¿no?

La pregunta era, ¿quería en realidad que pasara algo?

Había sido un lamentable fracaso en las relaciones, desde el final de mi primer amor. Bueno, las primeras relaciones de muchos adolescentes fracasan, pero no hay muchos que maten a la chica en cuestión. Rehuí ese tipo de pensamiento, no fuera a ser que me trajera demasiados recuerdos del pasado.

Me fui de McAnally's después de que Mac me diera una bolsa con las sobras y gruñera «Mister» como aclaración. En el rincón seguían jugando al ajedrez los dos tíos, cada uno con una pipa, y la nube que formaban a su alrededor desprendía un agradable aroma. Mientras salía a por el coche, pensé en cómo tratar a Susan. ¿Tenía que limpiar mi apartamento? ¿Tenía todos los elementos necesarios para el hechizo que lanzaría más tarde en la casa del lago aquella noche? ¿Se subiría Murphy por las paredes cuando yo hablase con Bianca?

Todavía sentía el beso de Susan mientras me subía al coche.

Sacudí la cabeza, desconcertado. Dicen que los magos somos sutiles, pero creedme, ni punto de comparación con las mujeres.

Capítulo 6

Cuando llegué a casa no vi a Mister por ningún lado, pero de todos modos le dejé la comida en su plato. Al final me perdonaría por llegar tarde a casa. Cogí de la cocina las cosas que me harían falta: pan recién horneado sin conservantes, miel, leche, una manzana fresca, una navaja afilada de plata, un plato llano pequeño, un cuenco y una taza que había tallado yo mismo de una pieza de madera de teca.

Salí otra vez al coche. El Escarabajo ya no era azul desde que le cambié las puertas, una verde de imitación y la otra blanca; el capó del maletero en la parte delantera también lo había cambiado con un duplicado en rojo, pero todavía llevaba el nombre. Mike es un mecánico estupendo. Nunca hacía preguntas sobre las quemaduras que habían hecho un agujero en la parte delantera del coche o las marcas de garras que habían destrozado las dos puertas. No se puede pagar un servicio como ese.

Aceleré el Escarabajo y conduje por la I-94, bordeé el lago Michigan, atravesé parte de Indiana, y después crucé la frontera hacia el mismo Michigan. Lake Providence es una localidad cara, de clase alta, con casas grandes y fincas extensas. No es barato tener un terreno allí. El puesto de Victor Sells en SilverCo debía de ser muy bueno para poder permitirse un lugar como ese.

La carretera que bordeaba el lago serpenteaba entre los altos árboles frondosos y las montañas ondulantes hasta la orilla. Las propiedades estaban bien dispersas, con varios cientos de kilómetros de distancia entre ellas. La mayoría estaban valladas y tenían las verjas a la derecha de la carretera, que se apartaba del lago mientras conducía hacia el norte. La casa de los Sells era la única que vi en la parte del lago de la carretera.

Un camino liso de gravilla, con árboles a los lados, llevaba de la carretera a orillas del lago hasta la casa de los Sells. En las aguas, se adentraba una península que dejaba el suficiente espacio para la casa y el pequeño embarcadero, al que no había amarrada ninguna barca. La casa no era grande en comparación con las del resto de la comunidad de Lake Providence. Tenía dos pisos, era muy moderna, con mucho cristal y madera, que, por cómo la habían cortado, alisado, y pulido, parecía cualquier material menos lo que era. El camino giraba e iba a dar a la parte trasera de la casa, donde había una entrada lo suficientemente grande como para jugar un partido de baloncesto y desde la que se veía un porche de madera que iba a dar al segundo piso de la casa.

Llevé el Escarabajo azul hasta la parte de atrás y lo aparqué allí. Los ingredientes para el conjuro estaban en una mochila de nylon negra que cogí y saqué del coche mientras salía y estiraba las piernas. La brisa que venía del lago era lo bastante fresca como para hacerme temblar un poco y me abrigué con el guardapolvos cerrándolo a

la altura de la barriga.

Las primeras impresiones son importantes y quería escuchar lo que me decía mi instinto sobre aquella casa. Me detuve un buen rato y me quedé mirándola fijamente.

Mi instinto debía de haber pedido otra botella de la cerveza de Mac. No tenía mucho que decir, salvo que el lugar parecía una choza de ricos que había alojado una familia durante muchos fines de semana. Bueno, si el instinto me fallaba, debía atreverme con el intelecto. Casi todo era bastante nuevo. El césped de alrededor de la casa no había crecido demasiado aquel invierno y no hacía falta que lo cortaran. La red de la canasta estaba estirada y su estado revelaba que la habían usado con frecuencia. Las cortinas estaban todas corridas.

Sobre el césped, bajo el porche, había algo que brillaba y fui hasta allí para cogerlo. Era un bote de plástico de un carrito de fotos, rojo con una tapa gris, uno de esos en los que guardas el rollo para llevarlo a revelar. A veces estos botes de plástico me iban muy bien para guardar algunos de los ingredientes que uso. Me lo metí en el bolsillo de mi chaqueta y seguí inspeccionando.

En realidad, aquel sitio no parecía una vivienda familiar, sino más bien el picadero de un ricachón, una vía de escape apartada, situada entre los árboles de la península y a salvo de ojos espías. O el lugar ideal para un brujo novato que intenta probar sus habilidades de principiante, sin interrupciones. Un buen sitio para que Victor Sells pudiera ponerse manos a la obra.

Di una vuelta rápida alrededor de la casa, intenté abrir la puerta delantera y las traseras, e incluso la puerta de la terraza que, al parecer, daba a una cocina. Todas estaban cerradas. No es que las cerraduras fueran un obstáculo, pero Mónica Sells no me había invitado a echar un vistazo en el interior de la casa, solo a verla por fuera. Me da mal rollo ir entrando en la casa de otros sin estar invitado. Es una de las razones por las que los vampiros, como norma, no lo hacen; ya tienen suficientes problemas para mantenerse de una pieza fuera del mundo fantástico. No es perjudicial para un mago humano como yo, pero puede afectar a cualquier acción mágica que intentes ejecutar. Además, es de mala educación. Como he dicho, estoy chapado a la antigua.

Por supuesto, el panel de control de la alarma de seguridad de TekTronic que se veía a través de la ventana de la fachada tuvo algo que ver en mi decisión, no porque no pudiera embrujarlo para que se convirtiera en un maraña inútil de cables y plástico, sino porque muchos sistemas de seguridad activan una alarma conectada con la compañía si dejan de funcionar de repente sin un aviso previo. En cualquier caso, sería inútil, la verdadera información iba a estar en otro sitio.

De todos modos, algo me fastidiaba. Tenía la sensación de que la casa no estaba del todo vacía. Tuve una corazonada y llamé a la puerta varias veces. Incluso toqué al timbre. Nadie fue a abrirme la puerta y en el interior no había luces encendidas. Me

encogí de hombros y regresé a la parte trasera de la casa; mientras iba hacia allí, pasé delante de unos cuantos cubos de basura vacíos.

Era un tanto extraño. Me refiero a que era de esperar que hubiese algo de basura, aunque nadie hubiera ido por allí durante algún tiempo. ¿Es que el camión de la basura iba hasta allí para recoger los cubos? No creo. Si los Sells fueran a la casa un fin de semana y quisieran que les recogieran la basura, era razonable que la dejaran en el camino cerca de la carretera cuando se marcharan. Lo que implicaría que el basurero dejaría los cubos vacíos en la carretera. Alguien debía de haberlos devuelto a la casa.

Por supuesto, no tenía por qué haber sido Victor Sells; podría haber sido un vecino. O quizá le había dado una propina al basurero para que le acercara los cubos. Pero ya tenía algo para seguir, un pequeño indicio de que tal vez la casa no había estado vacía toda la semana.

Me alejé de la casa y caminé hacia el lago. Hacía viento, pero estaba despejado. Era una noche algo fresca. Los altos y viejos árboles crujían y gemían bajo el viento. Todavía era demasiado pronto para que los mosquitos empezaran a hacer de las suyas. La luna, en lo alto, estaba en creciente, casi llena, con alguna nube esporádica que pasaba por delante como un velo transparente.

Era una noche perfecta para atrapar hadas.

Limpié una zona de tierra no muy lejos de la orilla del lago quitando las hojas y las ramas; a continuación, saqué el puñal de plata de la mochila. Agarrándolo por el mango, dibujé un círculo en la tierra y luego lo cubrí de nuevo con las hojas y las ramas, mientras marcaba la situación del perímetro del círculo en mi cabeza. Procuré concentrarme en el círculo, sin dejar que se colara en él ninguna fuerza y estropear la trampa. Entonces, mientras trabajaba con cuidado, preparé el cebo y deposité dentro la taza y el cuenco. Vertí unas gotitas de leche en la taza y embadurné el cuenco con la miel que saqué de un osito de plástico que llevaba en la mochila.

Luego corté un trozo de la barra de pan que había traído y me pinché el pulgar con el puñal. A la luz plateada de la luna, brotó un poco de sangre oscura de la herida. Moje con delicadeza la parte superior de la miga del pan para que la absorbiera y después coloqué esa parte hacia abajo en el plato de postre.

La trampa estaba lista. Recogí mi equipo y me escondí tras los árboles.

Hay dos partes de la magia que se han de comprender para atrapar a un hada. Una de ellas es el concepto de los nombres verdaderos. Todo en el mundo tiene un nombre que le pertenece. Los nombres son los únicos sonidos y cadencias de las palabras que están unidas a un individuo específico, algo parecido a lo que ocurre con las canciones. Si sabes el nombre de algo, puedes vincularte a esa cosa en un sentido mágico, casi del mismo modo que un mago puede alargarse la mano y alcanzar a alguien si tiene un mechón de su pelo, un trozo de sus uñas o una gota de su sangre.

Si sabes su nombre, puedes crear un vínculo mágico con esa cosa, de la misma forma que llamas a alguien y hablas con esa persona si tienes su número de teléfono. Sin embargo, no basta con conocer el nombre, también tienes que saber cómo se pronuncia exactamente. Si le pides a dos John Franklin Smith que digan sus nombres, ambos tendrán su manera de pronunciarlo y oirás ligeras diferencias en el tono y la pronunciación, cada una característica de su dueño. Los magos tienden a coleccionar nombres de criaturas, espíritus y personas, como una especie de archivo enorme. Nunca sabes cuándo te va a venir bien.

La otra parte que se necesita saber es la teoría del círculo mágico. En la mayoría de actos mágicos hay un círculo de algún tipo. Cuando se dibuja un círculo se establece un límite sobre lo que el mago intenta hacer. Esto le ayuda a perfeccionar su magia, a centrarla y dirigirla con mayor claridad. Lo consigue creando una especie de barrera, definida por el perímetro del círculo, que mantiene alejada la energía mágica aleatoria y la contiene dentro para que no pueda utilizarse. Para hacer un círculo, se dibuja en el suelo, se hace un corro, se camina esparciendo incienso o cualquier otro método que implique que te concentres en el objetivo cuando lo estás creando. Después, se añade una chispa de energía para cerrarlo y ya está listo.

Otra de las cosas que hace este círculo es impedir que las criaturas mágicas como las hadas o incluso los demonios lo traspasen. Chulo, ¿eh? Normalmente se utiliza para mantenerlos fuera. Es un poco más difícil crear uno para que se queden dentro. En este caso es cuando la sangre entra en juego. La sangre atrae el poder. Si incluyes un poco de sangre de alguien, existe un significado metafísico, una especie de energía. Es mínima si en realidad no pretendes conseguir energía de esa manera — como hacen los vampiros—, pero basta para cerrar un círculo.

Ahora ya sabes cómo se hace, pero no te recomiendo que lo hagas en casa. No sabrías qué hacer en caso de que algo saliera mal.

Me escondí entre los árboles y llamé al hada que buscaba. El nombre estaba compuesto por una vibrante sucesión de sílabas, bastante bonitas, sobre todo si tenemos en cuenta que el hada atendía al nombre de Pito-pito todas las veces que me la había encontrado antes. Cada vez que la llamaba lo hacía con gran perseverancia, de la forma más sutil, para que siguiera ese camino por su propia voluntad. O, al menos, esa era la teoría.

¿Cuál es su nombre? Por favor, ¿es que piensas que los magos dan ese tipo de información así como así? No sabes por lo que pasé para conseguirlo.

Unos diez minutos más tarde, Pito apareció titilando sobre el agua del lago Michigan. Al principio la confundí con un reflejo de la luna en las pequeñas olas ondulantes del lago. Pito medía unos 15 centímetros de alto. Tenía unas alas plateadas de libélula que salían de su espalda y una hermosa forma humanoide, pálida y minúscula, que recordaba al esplendor de la realeza feérica. Una aureola plateada de

luz ambiental la rodeaba. Tenía una melenilla enmarañada y sedosa como las plumas de un pavo real, de color malva.

A Pito le encantaban el pan, la miel y la leche, un vicio común de los duendes menores. Por lo general, no les gusta ir a las colmenas de abejas a recoger la miel y hay una tremenda escasez de leche en el mundo fantástico desde que las granjas lecheras de alta tecnología se quedaron con la mayoría de la industria. Huelga decir que no siembran su propio trigo, ni lo cosechan, lo trillan y lo muelen para convertirlo en harina y después hacer el pan.

Pito se apoyó en el suelo con cautela y observó entre los árboles. No me vio. Lo vi limpiándose la boca y caminando en círculo alrededor de la cena en miniatura, con una mano frotándose el estómago con hambre. Una vez cogiera el pan y cerrara el círculo, podría negociar información a cambio de liberarlo. Pito era un espíritu menor de la zona, una especie de mozo de carga del mundo fantástico. Si alguien había visto algo de Victor Sells, ese era Pito, o al menos, sabría quién podría ayudar.

Vaciló durante un momento, mientras revoloteaba adelante y atrás alrededor de la comida, pero un poco más cerca cada vez. Las hadas acuden a la miel como las polillas a la luz. Pito ya había caído en este truco otras veces y las hadas por naturaleza no retienen los recuerdos mucho tiempo ni cambian su carácter natural. De todas maneras, contuve la respiración.

Finalmente el duende se agachó, cogió el pan, lo mojó en la miel y se lo zampó con glotonería. El círculo se cerró con un ruido seco, que apenas percibió mi oído.

El efecto sobre Pito fue inmediato. Soltó un gritito estridente, como un conejo atrapado, y salió volando hacia el lago agitando las zumbantes alas sin parar. Cuando llegó a los límites del círculo, se estrelló contra algo que era tan sólido como una pared de ladrillos y una pequeña ráfaga de motas plateadas salió explotando de él como una nube. Pito gruñó y cayó al suelo sobre su trasero de duende.

—¡Debería haberlo imaginado! —exclamó mientras yo salía de entre los árboles.

Su voz era muy aguda, pero más parecida a la voz de un niño que esas voces exageradas de hadas que se oyen en los dibujos animados.

—¡Ahora recuerdo dónde he visto estos platos antes! ¡Tú, feo, taimado, patoso, narigudo, pies planos, gusano mortal!

—¡Hola, Pito! —lo saludé—. ¿Te acuerdas del acuerdo al que llegamos la última vez o quieres que lo repasemos de nuevo?

Pito alzó la vista, se me quedó mirando de modo desafiante y dio un fuerte pisotón en el suelo. El impacto despidió más polvo de hadas plateado.

—¡Libérame! —me exigió—. ¡O se lo diré a la reina!

—Si no te libero —le señalé—, no se lo puedes decir a la reina. Y sabes tan bien como yo lo que dirá de cualquier hada de gota de rocío que haya sido tan tonta como para dejarse atrapar con un señuelo de pan, miel y leche.

Pito cruzó los brazos encima del pecho con actitud desafiante.

—Te lo advierto, mortal. ¡O me liberas ahora o sentirás el horroroso, terrible e irresistible poder de la magia de las hadas! ¡Haré que se te piquen los dientes! ¡Te sacaré los ojos de las cuencas! ¡Te llenaré la boca de estiércol y las orejas de gusanos!

—Veamos hasta dónde eres capaz —le dije—. Después ya hablaremos de lo que tienes que hacer para salir del círculo.

Lo había puesto en evidencia. Siempre lo hacía, pero lo más seguro era que no recordara muy bien los detalles. Cuando vive unos cientos de años, uno tiende a olvidar las pequeñas cosas. Pito se enfurruñó y levantó un poco de polvo con uno de sus diminutos pies.

—Al menos, podrías aparentar que tienes miedo, Harry.

—Lo siento, Pito. No tengo tiempo.

—El tiempo, el tiempo —se quejó Pito—, ¿es que los mortales no podéis pensar en otra cosa? ¡Todos os quejáis del tiempo! Toda la ciudad va de un lado para el otro gritando que llegan tarde y tocando la bocina. ¿Sabes? Antes la gente sí que tenía tiempo.

Aguanté el sermón con buen humor. De todos modos, Pito no podía pensar mucho rato en un mismo tema aunque, lo intentara.

—Vaya, recuerdo a la gente que vivía aquí antes de que llegarais vosotros los blancos ruidosos. Ellos nunca se quejaban de úlceras o...

Se le fueron de nuevo los ojos hacia el pan, la miel y la leche, y empezaron a hacerle chiribitas. Se acercó, agarró el pan que quedaba, rebañó con él toda la miel y se lo comió mientras se relamía, moviéndose como un pájaro.

—Esto está muy bueno, no lleva cosas raras de esas con las que nos encontramos a veces.

—Conservantes —le expliqué.

—Lo que sea.

Pito se bebió la leche de un trago, se cayó al instante de espaldas y se dio unas palmaditas en la tripa.

—Muy bien, ahora déjame salir.

—Antes necesito algo.

Pito puso mala cara.

—Vosotros los magos siempre necesitáis algo. Te podría hacer lo de la boñiga, va en serio, ¿sabes?

Se puso de pie y cruzó los brazos con altanería encima del pecho, mientras alzaba la vista y me miraba como si no fuera cien veces más alto que él.

—Muy bien —dijo con un tono de voz altanero—. Me he dignado a concederte una petición de poca envergadura, por el generoso obsequio de tu cocina.

Me esforcé en seguir con la cara seria.

—Muy amable por tu parte.

Pito sorbió con la nariz y se las arregló para mirarme por encima del hombro levantando aquella nariz chata.

—Es natural en mí ser tan sabio como benévolo.

Asentí como si aquello fuera una gran revelación.

—Ajá. Mira, Pito. Quiero saber si estuviste por aquí hace un par de noches o si sabes de alguien que estuviera. Estoy buscando a una persona que quizás vino por aquí.

—Y si te lo digo —propuso Pito—, ¿desharás este círculo que, por una extraña coincidencia, está dibujado a mi alrededor?

—Sería razonable—dije muy en serio.

Por un momento pareció que Pito se lo estaba pensando, como si no estuviera dispuesto a cooperar, y después asintió.

—Muy bien, tendrás la información que deseas. Libérame.

Entrecerré los ojos.

—¿Estás seguro? ¿Me lo prometes?

Pito volvió a dar una patada en el suelo, esparciendo más motas de polvo plateado.

—¡Harry, me estás arruinando el drama!

Me crucé de brazos.

—Quiero oír tu promesa.

Pito levantó las manos.

—¡De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo! ¡Te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo! Te diré todo lo que quieras saber.

Empezó a zumbar por el círculo con mucha inquietud. Las alas lo impulsaban con facilidad por el aire.

—¡Déjame salir, déjame salir, déjame salir!

Una promesa repetida tres veces es lo más cercano a la verdad absoluta que le puedes sacar a un hada. Fui rápido hacia el círculo y para romperlo, borré con los pies la línea que había dibujado en el suelo. La magia desapareció al instante, acompañada de un pequeño silbido de energía liberada.

Pito volvió a toda velocidad hacia las aguas del lago Michigan, como un cometa plateado en miniatura, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos, como Santa Claus. Aunque Santa Claus es mucho más grande y un ser mágico más poderoso que Pito y, de todas formas, no conozco su nombre verdadero. Y aunque lo supiera, nunca me verías intentando atrapar a Papá Noel en un círculo. No creo que haya piedras tan grandes.

Mientras esperaba, paseé un poco para no quedarme dormido. Si lo hacía, Pito estaría perfectamente en su derecho como duende de cumplir su promesa dándome la

información mientras yo dormía. Y puesto que ya lo había capturado y humillado, lo más probable era que hiciera algo para equilibrar la balanza. Después de dos semanas ya ni lo recordaría, pero si le dejaba vía libre esta noche, podía despertarme con una cabeza de asno y creo que eso no sería muy bueno para el negocio.

Así que di unas vueltas y esperé. Por lo general, Pito se tomaba una media hora para reunir la información que se le pedía.

Efectivamente, media hora después volvió echando chispas y zumbó alrededor de mi cabeza, mientras dejaba caer sobre mis ojos el polvo de hadas de sus alas borrosas.

—¡Eh, Harry! ¡Ya lo tengo!

—¿Qué has averiguado, Pito?

—¡Adivina!

—No —resoplé.

—Jo, venga. Solo un poquito...

Fruncí el entrecejo, casado e irritado, pero intenté que no se me notara. Pito no podía evitar ser como era.

—Pito, es tarde. Prometiste decírmelo.

—¿Es que no me puedo divertir un poco? —se quejó—. No me extraña que no consigas una cita a menos que alguien quiera algo de ti.

Parpadeé y él se rió con carcajadas de regocijo.

—¡Ja! ¡Me encanta! ¡Te observamos, Harry Dresden!

Fue muy desconcertante. De repente, me imaginé a unas cuantas hadas mironas escudriñando desde la ventana de mi apartamento. Debía tomar precauciones para asegurarme de que no lo hicieran más. No porque las temiera, sino solo por si acaso.

—Venga, dímelo, Pito —suspiré.

—¡Ya voy! —gritó y alcé la mano, con los dedos planos y la palma hacia arriba.

Se posó sobre el centro de mi mano. Apenas podía sentir su peso, pero el aura atravesaba mi piel como una diminuta corriente eléctrica. Se me quedó mirando a los ojos sin temor, pues las hadas no tienen alma que podamos ver y aunque ellas percibieran la nuestra, tampoco podrían comprender el alma de un mortal.

—¡Vale! —dijo Pito—. Hablé con Florazul, quien habló con Narizroja, quien habló con Meg O'Aspens, quien le dijo que Ojosdorados iba en el coche del repartidor de pizza cuando vino la otra noche.

Piro sacó pecho lleno de orgullo.

—¿El repartidor de pizza? —pregunté perplejo.

—Pizza —gritó Pito, lleno de júbilo—. ¡Pizza, pizza, pizza!

Revoloteó de nuevo e intenté que no se me metiera en los ojos el puñetero polvo de hadas y me provocara un ataque de estornudos.

—¿A las hadas os gusta la pizza?

—Ay, Harry —dijo Pito jadeando—, ¿es que no la has probado?

—Pues claro que sí.

Pito puso cara de pesar.

—¿Y no me has invitado?

Suspiré.

—Mira, tal vez pueda traeros un poco uno de estos días para agradeceros vuestra ayuda.

Pito brincó de alegría de la yema de un dedo a la otra.

—¡Sí, sí! ¡Espera que se lo cuente! ¡Ya veremos quién es el que se ríe de Pito-pito la próxima vez!

—Pito —le tranquilicé—, ¿vio algo más?

Rió con una risita ahogada, mientras ponía una provocativa cara de pillo.

—Me dijo que había mortales retozando y que necesitaban la pizza para recuperar fuerzas.

—¿Quién hacía el reparto, Pito?

El hada pestañeó y se me quedó mirando como si fuera un estúpido total.

—Harry, el camión de reparto.

Después salió disparado hacia el cielo y desapareció entre los árboles.

Suspiré y negué con la cabeza. Pito no sabría diferenciar Telepizza de Pizza Hut, No tenía un marco de referencia y no sabía leer; además, la mayoría de las hadas detestan las letras.

Bien, ya sabía dos cosas. Por un lado, alguien había pedido que le trajeran una pizza, lo que significaba, en primer lugar, que alguien había estado allí la noche anterior y, en segundo lugar, que alguien les había visto y había hablado con ellos. Tal vez pudiera localizar al repartidor de pizza y preguntarle si había visto a Victor Sells.

La segunda pista que tenía había sido la referencia de Pito a retozar. Las hadas no piensan demasiado en la idea de «retozar» de los mortales, a menos que haya mucha desnudez y lujuria implicadas. Tienen mucha afición por los besuqueos de los adolescentes y les gusta gastarles bromas. Así que Victor había estado aquí con una amante para «retozar» un poco.

Estaba empezando a creer que Mónica Sells se equivocaba. Su marido no se había ido para convertirse en brujo, a pesar de los talismanes de escorpiones espeluznantes. Estaba merodeando con una amiguita su nido de amor, como hubiera hecho en un mal momento cualquier otro marido aburrido de su esposa tímida y hogareña. No era digno de admiración, pero supongo que podía entender los motivos.

El único problema sería decírselo a Mónica. Tenía el presentimiento de que no iba a querer escuchar lo que había descubierto.

Recogí el plato de postre, el cuenco y la taza y volví a meterlos en mi mochila negra de nylon, junto con el puñal de plata. Me dolían las piernas de tanto caminar y me estaba entrando sueño.

Entonces, de la oscuridad salió un hombre con una espada desenfundada en las manos, sin hacer el menor ruido, sin siquiera un atisbo de magia que pudiera avisarme de su presencia. Era alto, como yo, pero con el pecho más fuerte y ancho y llevaba su peso con un laborioso tipo de solemnidad. Rondaba los cincuenta años y tenía un pelo lacio y castaño que por algunas partes se estaba volviendo cano; llevaba un abrigo largo y negro, como el mío, pero sin manto, y la chaqueta y los pantalones también eran de colores oscuros: gris marengo y azul marino. La camisa, recién planchada, era de un blanco puro que solo se ve en los esmóquines. Tenía los ojos grises, acompañados de unas ligeras patas de gallo y una mirada peligrosa. La luz de la luna se reflejaba en aquellos ojos con el mismo tono plateado que la hoja aún más brillante de la espada. Empezó a caminar sin apresurarse y mientras avanzaba me habló con voz tranquila.

—Harry Blackstone Copperfield Dresden. El uso irresponsable de los nombres verdaderos para llamar y atrapar a otros según tu voluntad viola la cuarta ley de la magia —entonó el hombre—. Te recuerdo que estás bajo el destino de Damocles. No se tolerará que violes más leyes. La sentencia para otras violaciones es la muerte con la espada, que será llevada a cabo de inmediato.

Capítulo 7

¿Alguna vez se te ha acercado un hombre de aspecto adusto, con una espada de unos diez kilómetros de largo en las manos, en mitad de la noche, bajo las estrellas, a orillas del lago Michigan? Si te ha pasado, busca ayuda profesional. Si no, créeme, acojona muchísimo.

Tomé un poco de aire y me esforcé para no soltar una frase en pseudo latín mientras exhalaba, lo que hubiera provocado que unas llamas envolvieran el cuerpo de aquel hombre y lo redujeran a un montón de cenizas. Reacciono mal al miedo. Normalmente no tengo el tino de esconderme o salir corriendo, solo se me ocurre acabar con lo que sea que me aterrorice. Es una reacción primitiva y no suelo pensar mucho en ella.

No obstante, un asesinato basado en un acto reflejo es un poco radical, así que en vez de prenderle fuego, lo saludé con la cabeza.

—Buenas tardes, Morgan. Sabes tan bien como yo que esas normas se aplican a mortales, no a las hadas y ni mucho menos por algo tan insignificante como lo que he hecho. Además, no he roto la cuarta ley, le di la opción de hacer o no hacer el trato.

La cara curtida y amargada de Morgan se puso un poco más avinagrada al arrugarse y hacer más profundas las arrugas de las comisuras de su boca.

—Eso es un tecnicismo, Dresden. Bueno, un par de ellos.

Sus manos, anchas y fuertes, se movieron en la empuñadura de la espada. Llevaba el pelo canoso y mal recortado recogido en una coleta, como Sean Connery en algunas de sus películas salvo por el hecho de que la cara de Morgan tenía demasiado mal aspecto y era demasiado delgada como para encontrar algún parecido.

—¿Ese es tu argumento?

Me esforcé para no parecer nervioso o impresionado; a decir verdad, estaba tanto una cosa como la otra. Morgan era mi guardián, me lo había asignado el Consejo Blanco para asegurarse de que no distorsionara o rompiera ninguna ley de la magia. Casi siempre andaba rondándome y espíandome y normalmente venía a husmear cada vez que lanzaba un hechizo de cualquier clase. Estaría perdido si dejaba que el perro guardián del Consejo Blanco olfateara cualquier rastro de miedo en mí. Además, se lo tomaría como una señal de culpabilidad, como buen fanático paranoico que era. Lo único que tenía que hacer era mantenerme serio y salir de allí antes de que mi cansancio me hiciera meter la pata o decir algo que pudiera usar en mi contra.

Morgan era uno de los evocadores más terribles del mundo. No era lo suficientemente inteligente como para poner en duda sus lealtades al consejo pero era tan rápido como el que más a la hora de hacer magia.

Una magia lo bastante rápida y chapucera, de hecho, como para, de haberlo deseado, arrancar los corazones de los pechos de Tommy Tonn y Jennifer Stanton.

—Mi argumento —dijo frunciendo el entrecejo— es que es mi obligación controlar el uso que haces de tu poder y ver que no abuses de él.

—Llevo un caso de personas desaparecidas. Todo lo que he hecho ha sido llamar a una pequeña hada para conseguir algo de información. Vamos, Morgan. Todo el mundo llama de vez en cuando a las hadas, no hay nada malo en ello. No estoy controlando la mente de nadie, solo las presiono un poquito.

—Técnicamente —gruñó Morgan.

Alcé la barbilla con agresividad. Éramos los dos bastante altos, aunque él pesaba unos cuarenta kilos más que yo. Ya podría escoger mejor a quién fastidio, este me crispaba los nervios.

—Un tecnicismo que iba a ocultar muy bien. Así que, a menos que quieras convocar al consejo y que me presente ante ellos, podemos dejar la conversación aquí mismo. Estoy seguro de que solo les llevará un par de días cancelar todos sus planes, preparar el viaje y llegar hasta aquí. Te puedes quedar a dormir hasta entonces. Vaya, que vas a arrastrar a un montón de viejos cascarrabias lejos de sus experimentos y quehaceres, pero si lo crees necesario...

Morgan me miró, malhumorado.

—No, no merece la pena.

Se abrió la gabardina y volvió a enfundar la espada. Me relajé un poco. La espada no era lo más peligroso de él, ni mucho menos, solo el símbolo de autoridad que le había otorgado el Consejo Blanco, y si los rumores eran ciertos, estaba encantada para desactivar el efecto de los hechizos mágicos del que opusiera resistencia. No quería que el asunto llegara tan lejos como para descubrir si eran ciertos esos rumores.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo —le dije—. Ha sido un placer volver a verte.

Hice ademán de marcharme, cuando Morgan me puso una de sus enormes manos sobre el hombro y apretó los dedos.

—Todavía no he acabado contigo, Dresden.

No me atrevía a tontear con Morgan cuando estaba en su papel de guardián del Consejo Blanco, pero ahora no llevaba aquel gorro. En cuanto hubo envainado su espada, comenzó a actuar por su cuenta, sin ninguna otra autoridad oficial que cualquier otro hombre, o al menos así era técnicamente hablando. Morgan sabía mucho de tecnicismos. Me había dado un susto de muerte y me había sacado de quicio en un abrir y cerrar de ojos. Ahora intentaba intimidarme. No soporto a los matones.

Así que me arriesgué a propósito, usé la mano que tenía libre y lo golpeé en la boca con todas mis fuerzas.

Creo que lo que más lo sobresaltó fue el puñetazo. Retrocedió un paso, soltó mi

brazo, sorprendido, y me miró parpadeando. Se llevó una mano a la boca y cuando la apartó, tenía los dedos llenos de sangre. Puse los pies en el suelo y me enfrenté a él, sin que nuestros ojos se encontraran.

—No me toques.

Morgan continuó mirándome fijamente y entonces vi que la ira se apoderaba de su cara, le recorría la mandíbula y le hacía palpar las venas de las sienes.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a pegarme?

—No ha sido tan fuerte —le contesté—. En todo lo que tenga que ver con el Consejo, te mostraré el respeto que te mereces; pero si te pasas en el plano personal, no tengo por qué aguantarlo.

Vi que le salía humo por las orejas mientras lo analizaba. Estaba buscando una razón para ir a por mí y era consciente de que no tenía ninguna según las leyes. No era muy inteligente —¿lo he mencionado ya?— y seguía a rajatabla las leyes.

—Eres un idiota, Dresden —farfulló, lleno de rabia—. Un idiota arrogante.

—Probablemente —le contesté.

Me estiré para moverme con rapidez si era necesario. No me gusta huir de lo que me asusta, pero tampoco intento librar batallas perdidas y Morgan me sacaba, como mínimo, unos cuantos años de experiencia y cuarenta kilos. No había ninguna ley de la magia que me protegiera de él ni de sus puños y si se daba cuenta, haría algo al respecto. Había tenido suerte con el puñetazo que le había dado, me había salido cuando menos se lo esperaba, pero no caería de nuevo esa breva.

—La otra noche alguien mató a dos personas con brujería, Dresden. Creo que fuiste tú. Cuando averigües cómo lo hiciste y siga el rastro hasta ti, no creas que vas a vivir lo suficiente para lanzarme a mí el mismo hechizo.

A continuación, se limpió la sangre con uno de sus grandes puños.

Esta vez me tocaba sorprenderme a mí. Intenté cambiar el chip para seguir con aquel tema. Morgan pensaba que era un asesino y puesto que no pensaba mucho por sí mismo, significaba que el Consejo Blanco creía que era un asesino. Menuda mierda.

Por supuesto, desde el punto de vista de Morgan, una persona decidida y estrecha de miras, esto tenía sentido. Un mago había matado a alguien. Yo ya era un mago condenado por matar a otro con magia, aunque la cláusula de defensa personal hubiera evitado que me ejecutaran. Los polis siempre buscan a alguien que ya haya cometido crímenes antes de ir a por otros culpables. Morgan, por lo que yo sabía, también era una especie de poli y para él yo no era más que un convicto peligroso.

—Estás de broma, ¿crees que lo hice yo? —le pregunté.

Me miró con desdén. Habló con despecho, seguro de sí mismo y lleno de pura convicción.

—No trates de ocultarlo, Dresden. Estoy seguro de que piensas que eres lo

suficientemente listo como para idear algo innovador que nosotros, los viejos retrógrados, no seamos capaces de encontrar. Pero te equivocas. Averiguaremos cómo lo hiciste y volveremos a perseguirte. Y cuando lo hagamos, yo estaré allí para asegurarme de que no vuelvas a hacer más daño.

—Piérdete —le solté. Era muy difícil, realmente difícil mantener el aire despreocupado que pretendía aparentar—. No fui yo, pero estoy ayudando a la policía a encontrar al responsable.

—¿A la policía? —me preguntó Morgan. Entrecerró los ojos, como si evaluara la expresión de mi cara—. ¡Como si tuvieran alguna autoridad en este asunto! No te servirá de nada. Aunque encontraras a alguien que ocupara tu lugar a los ojos de la ley mortal, el Consejo Blanco seguiría creyendo que se tiene que hacer justicia.

Bajo las estrellas le brillaron los ojos como a un fanático.

—Lo que tú digas. Mira, si averiguas algo del asesino, cualquier cosa que pueda ayudar a los polis, ¿te importaría llamarme?

Morgan me miró con profundo desagrado.

—¿Me estás pidiendo que te avise cuando estemos a punto de pillarte, Dresden? Eres joven, pero no creí que fueras estúpido.

Contuve el comentario obvio que me vino a la mente. Morgan ya estaba al borde de la indignación. Si me hubiera dado cuenta de lo ansioso que estaba por pillarme in fraganti, no hubiera añadido más leña al fuego dándole un puñetazo en la boca.

Vale, seguramente sí le hubiera golpeado, pero no lo hubiera hecho tan fuerte.

—Buenas noches, Morgan —me despedí.

Intenté marcharme de nuevo, antes de que mi boca me metiera en más problemas.

Se movió más rápido de lo que hubiera pensado para un hombre de su edad. Su puño me cruzó la cara a una velocidad aproximada de varios millones de kilómetros por hora y caí girando al suelo como una marioneta a la que han cortado los hilos. Durante un largo instante, no fui capaz de hacer nada en absoluto, ni siquiera respirar. Morgan me amenazó:

—Te estaremos observando, Dresden.

Se dio la vuelta y se marchó, engullido su abrigo negro por las sombras del atardecer. Oí su voz en la distancia:

—Vamos a descubrir lo que ocurrió en realidad.

No me atreví a replicar. Me toqué la mandíbula con los dedos para asegurarme de que no me la había roto antes de levantarme e ir hasta el Escarabajo con las piernas flojas y empapadas. Deseaba con toda mi alma que Morgan descubriera qué había pasado de verdad. Para empezar, eso evitaría que el Consejo Blanco me ejecutara por quebrantar la primera ley.

Podía sentir sus ojos en mi espalda mientras caminaba hacia el coche. ¡Maldito

Morgan! ¿Por qué tenía que gustarle tanto que lo hubieran enviado a espiarme? Tuve el presentimiento de que en los próximos días, fuera donde fuera, él estaría allí, observándome. Era como ese gato enorme de los dibujos animados que espera fuera de la ratonera a que el ratoncito saque el hocico para atraparle con su gran zarpa. Cada vez me identificaba más con ese ratoncito.

Dejé que esa analogía me animara un poco, porque a fin de cuentas, los gatos de los dibujos animados siempre se llevan la peor parte. A lo mejor Morgan también.

Una parte del problema era que cada vez que veía a Morgan me traía muchos recuerdos de mis angustiosos días de adolescente. Fue cuando empecé a aprender magia, cuando mi mentor quiso tentarme a usar la magia negra y cuando intentó matarme al ver que fracasaba. Sin embargo, en vez de matarme, le maté yo por pura casualidad, pero eso no cambiaba el hecho de que él estaba muerto y yo lo había hecho con brujería. Infringí la primera ley de la magia: «no matarás». Solo existe una sentencia para el que es culpable y una espada para llevarla a cabo.

El Consejo Blanco me conmutó la pena de muerte, porque la tradición dicta que un mago puede recurrir al uso de la fuerza mortal en defensa propia o para defender las vidas de los indefensos y mi afirmación de que me habían atacado primero no podía impugnarla el cadáver de mi maestro. Así que me pusieron en una especie de libertad provisional: un fallo más y quedaba fuera de juego. Hubo algunos magos que pensaron que mi juicio fue una injusticia absurda —daba la casualidad de que yo pensaba como ellos, pero mi voto no contaba—, y otros pensaron que debieron ejecutarme a pesar de las circunstancias atenuantes. Morgan pertenecía a este último grupo. Suerte la mía.

Me sentía más que un poco enfadado con todo el Consejo Blanco, al margen de sus benévolas intenciones. Supongo que tenía sentido que sospecharan de mí y sabe Dios que eso había sido como una espina clavada, si tenemos en cuenta que paso de la tradición y practico la magia de manera abierta. Había un montón de gente del Consejo que se alegraría de verme muerto, por lo que tendría que empezar a ser más cuidadoso.

Bajé las ventanillas del Escarabajo al volver a Chicago para ayudarme a seguir despejado. Estaba exhausto, pero mi cabeza no paraba de dar vueltas como el hámster que, en una rueda de ejercicio, corre frenéticamente sin llegar a ningún sitio.

La ironía era tal que me ponía los pelos de punta.

El Consejo Blanco sospechaba que yo era un asesino y si no aparecía un nuevo sospechoso, yo iba a pagar el pato. La investigación de Murphy se había convertido en algo muy, muy importante para mí. Pero para continuar con la búsqueda, tendría que averiguar cómo había llevado a cabo el hechizo el asesino, y para hacer eso, tendría que permitirme una investigación cuestionable que bastaría para que me condenaran a muerte. Era una encrucijada. Si tuviera algún respeto por la inteligencia

de Morgan, habría sospechado que él había llevado a cabo los asesinatos y me había tendido una trampa para echarme las culpas.

Pero no cuadraba. Morgan podía tergiversar y distorsionar las normas para conseguir lo que él consideraba justicia, pero nunca las violaría descaradamente. Así que, si no era Morgan, ¿quién lo había hecho? No había tantas personas que pudieran conseguir la energía suficiente para que ese tipo de hechizo funcionara, a menos que se hubiera producido un fallo en la pseudo física que gobernaba la magia y ahora fuese más fácil destruir corazones que hacer otras cosas; y esto no lo sabría hasta que continuara con la investigación prohibida.

Bianca tendría más información sobre quién podía haberlo hecho. Tenía que saber algo. Ya había pensado en hablar con la vampira, pero la visita de Morgan lo había convertido en una necesidad en vez de una prioridad. A Murphy no le iba a hacer mucha ilusión que me metiera en su trabajo; y la cosa iría a peor cada vez, porque los asuntos del Consejo Blanco eran secretos para los que no eran magos y no podría explicarle por qué lo estaba haciendo. ¡Qué alegría!

¿Sabes? A veces pienso que alguien de allá arriba me odia a muerte.

Capítulo 8

Cuando llegué a casa, eran las dos de la mañana pasadas. El reloj del Escarabajo no funcionaba —cómo no—, pero lo supe por la posición de las estrellas y la luna. Estaba confundido, cansado y tenía los nervios tan tensos como las cuerdas de una guitarra.

No creía que pudiera conciliar el sueño, así que decidí hacer un poco de alquimia para relajarme. A menudo he soñado con tener un pasatiempo sofisticado y socialmente aceptable al que pudiera recurrir en momentos como ese. Algo como tocar el violín —¿o era la viola?— igual que Sherlock Holmes o tocar un poco el órgano de tubos, como el capitán Nemo de la versión de Disney. Pero no lo tenía. Soy una especie de equivalente arcano del típico colgado de los ordenadores. Hago magia, de una forma u otra, y no hay nada más. Uno de estos días, me gustaría tener mi propia vida.

Mi apartamento está en un sótano, debajo de una gran casa antigua muy amplia que está dividida en muchos pisos diferentes. El sótano y el subsótano que hay más abajo son míos, lo que no está nada mal. Soy el único inquilino que vive en las dos plantas y mi alquiler es más barato que el de toda la gente que tiene apartamentos que dan a la calle.

La casa está llena de crujidos, susurros del viento y tablones hundidos; el tiempo y las personas que por allí han pasado han dejado huella en la madera y el ladrillo. Puedo oír todos los ruidos, todos los del edificio, a mi alrededor y sobre mí, durante toda la noche. Es un lugar viejo, pero canta en la oscuridad y, desde su perspectiva estrafalaria, está vivo. Es mi hogar.

Mister estaba esperándome al final de las escaleras que daban a la puerta delantera del apartamento. Mister es un gato de color gris, grande, muy grande. Es tan grande que hay perros más pequeños que él. Pesa más de trece kilos y es que hay una cantidad de grasa excesiva en su cuerpo. Creo que su padre era un gato montés, un lince o algo parecido. Lo había encontrado en un cubo de basura hacía unos tres años, era un gatito al que le había arrancado la cola un perro o un coche y que no paraba de maullar; nunca estuve seguro de quién era el responsable, pero Mister odiaba tanto a los coches como a los perros y los atacaba o huía de ellos en cuanto los veía.

A los pocos meses había recuperado su dignidad y en breve empezó a creerse que era el dueño de la casa y que yo era alguien con el que apenas toleraba compartir el espacio. En aquel momento me miró y maulló en un tono enfadado.

—Pensaba que tenías una cita —le dije.

Se paseó por delante de mí y me dio con una pata en la rodilla, jugueteando. Me tambaleé, recuperé el equilibrio y abrí la puerta. Mister, tal y como solía hacer, entró

antes que yo.

Mi apartamento es un estudio, una habitación no muy grande con una cocina americana en una esquina y una chimenea a un lado. Hay una puerta que va a dar a la otra habitación, mi cuarto y el baño, y más adelante hay una trampilla que lleva al subsótano, donde tengo el laboratorio. Allí hay cosas muy diferentes: hay múltiples alfombras en el suelo, tapices en las paredes, una colección de curiosidades y rarezas sobre cualquier superficie libre, mi bastón y la funda de mi espada en una esquina y muchas estanterías repletas de libros que algún día organizaré.

Mister se fue a su sitio delante de la chimenea y pidió que la encendiera. Lo complací con un buen fuego y luego encendí el quinqué. Sí, tengo electricidad y eso, pero se estropea con tanta facilidad que casi no merece la pena encender las luces; tampoco me atrevo con la calefacción de gas. Soy fiel a las cosas sencillas: la chimenea, las velas y los quinqués. Tengo una estufa de carbón especial y un respiradero que saca casi todo el humo fuera, aunque, haga lo que haga, todo huele a leña y carbón.

Me quité el abrigo y saqué la túnica gruesa de franela antes de bajar al laboratorio. Esa es la razón por la que los magos llevan túnica, os lo juro: allí abajo hace un frío horroroso. Como para no llevarla. Bajé lentamente la escalera hacia el subsótano, con una vela en la mano, y encendí algunos quinqués, unos quemadores y una estufa de queroseno que había en un rincón. Al iluminarse la habitación, quedó a la vista una mesa larga en el centro, otras mesas apoyadas en tres de las paredes que la rodeaban y un espacio despejado al fondo, donde había un círculo de metal en el suelo fijado al cemento con unos tornillos en forma de «U». Los estantes de encima de las mesas estaban llenos de jaulas vacías, cajas, *tuppers*, tarros, recipientes de todo tipo, un par de cuernos fuera de lo común, unas cuantas pieles, muchos libros viejos con olor a moho, una larga hilera de cuadernos escritos con mi letra apretada y una calavera humana blanca como la nieve.

Capítulo 9

El viernes por la noche fui a ver a Bianca, la vampira.

No es que solo levantarme de la cama fuera a verla, por supuesto. No se va uno a la boca del lobo con el estómago vacío. Hay que empezar el día con un buen desayuno y yo lo tomé sobre las tres de la tarde, cuando me desperté al oír que sonaba el teléfono. Tuve que salir de la cama y caminar hasta la habitación principal para cogerlo.

—Mmmrrmmph —gruñí.

—Dresden —dijo Murphy—, ¿qué tienes?

Parecía estresada. Su voz tenía ese tono marcado que la caracterizaba cuando estaba nerviosa y me dio la misma dentera que cuando una tiza chirría en la pizarra. La investigación del asesinato de Tommy Tomm no debía de ir muy bien.

—No tengo nada todavía —contesté y después le mentí un poco—. Estuve levantado casi toda la noche trabajando, pero aún no tengo nada para ti.

Me contestó con irreverencia:

—Eso no me vale, Harry. Necesito respuestas y las necesito para ayer.

—Las tendré lo antes posible.

—Más vale que te des prisa —gruñó.

Estaba enfadada. No es que no fuera raro en ella, pero me di cuenta de que ocurría algo más. Algunas personas se dejan llevar por el pánico cuando las cosas se ponen feas, se agobian. Hay gente que se viene abajo. Murphy se cabrea.

—¿Tienes otra vez al comisario pisándote los talones?

El comisario de la policía del área metropolitana, Howard Fairweather, usaba a Murphy y a su equipo como chivos expiatorios en todos los casos insolubles que caían en sus manos. Fairweather siempre estaba al acecho, esperando cualquier oportunidad para hacer que Murphy quedara mal, como si con eso evitara perjudicarse a sí mismo.

—Como uno de aquellos monos alados de *El mago de Oz*, En cierto modo, hace que te preguntes quién le está presionando para que se hagan las cosas.

Tenía la voz tan amarga como un pomelo. Oí como echaba un Alka-Seltzer en un vaso con líquido.

—Lo digo en serio, Harry. Tienes que darme las respuestas que necesito y quiero que me las des ya. Necesito saber si esto es brujería y si es así, cómo lo hicieron y quién pudo haberlo hecho. Nombres, sitios... He de saberlo todo.

—No es tan sencillo, Mur...

—Pues haz que lo sea. ¿Cuándo podrás decirme algo? Necesito un cálculo aproximado en quince minutos para el comité de investigación del comisario o ya estoy entregando la placa.

Hice una mueca de dolor. Si era capaz de sonsacarle algo a Bianca, podría ayudar a Murphy en la investigación; pero si resultaba inútil, no haría nada productivo en toda la tarde y además, ella necesitaba sus respuestas ahora. Tal vez debería haber hecho una pócima para mantenerme despierto.

—¿Trabaja en fin de semana el comité?

Murphy soltó un bufido.

—¿Estás de broma?

—Entonces tendremos algo el lunes.

—¿Podrás averiguar algo para entonces? —me preguntó.

—No sé si te servirá de mucho, aunque llegue a resolver algo. Espero que tengas más cosas en las que basarte.

Oí por el auricular su suspiro y un trago de la bebida efervescente.

—No me defraudes, Harry.

Era hora de cambiar de tema, antes de que me pillara y se olera la mentira. No tenía intención de investigar lo que estaba prohibido si encontraba la manera de evitarlo.

—¿No hubo suerte con Bianca?

Otra vez se puso irreverente:

—Esa zorra no hablará con nosotros. Solo sonríe, asiente con la cabeza y echa humo por la boca, habla poco y cruza las piernas. Tenías que haber visto a Carmichael babeando.

—Bueno, no se le puede culpar. He oído que es guapa. Oye, Murph, ¿y sí yo...?

—No, Harry. De ninguna manera. No te vas a acercar por el Velvet Room, no vas a hablar con esa mujer y no te vas a meter en esto.

—Teniente Murphy —dije arrastrando las palabras—, ¿estamos un poco celosos?

—No seas tan creído. Eres un civil, Dresden, aunque tengas licencia de investigador. Si apareces en un hospital o en la morgue, yo sufro las consecuencias.

—Murph, me has tocado la fibra.

—Lo que te voy a tocar va a ser otra cosa si me llevas la contraria, Harry.

Su voz era severa y vehemente.

—Eh, relájate, Murph. Si no quieres que vaya, no hay problema.

¡Uh, una mentira! Insistiría tanto en eso como el lobo a las cabritas.

—Eres un mentiroso de mierda, Harry. Joder, tendría que encerrarte en el calabozo para que no fueras a...

—¿Qué? —le grité al auricular—. Te vas, no te oigo. Maldito teléfono, otra vez. Lláname luego.

Entonces le colgué.

Mister caminó por encima de mí y me dio en la pierna. Estaba mirándome con sus ojos serios y verdes mientras me inclinaba para desconectar el teléfono, cuando

empezó a sonar de nuevo.

—Vale, Mister, ¿tienes hambre?

Hice el desayuno. Para él, un bocadillo de carne que había sobrado y para mí, unos espaguetis precocinados calentados en el horno de leña. Compartí la última lata de Coca Cola que me quedaba, que Mister ansiaba al menos tanto como yo; cuando acabé de comer, beber y de acariciar al gato, ya estaba despierto, en condiciones de volver a pensar y preparado para la caída de la tarde.

Todavía no estábamos en el horario de verano, por lo que oscurecía sobre las seis. Tenía unas dos horas para prepararme para salir.

Tal vez pienses que sabes un par de cosas de los vampiros y quizá parte de lo que has oído sea cierto. Lo más probable es que no. De cualquier forma, no tenía muchas ganas de ir a la guarida de Bianca para pedirle información. Asumí que las cosas iban a ponerse feas antes de que pasara nada, solo para asegurarme de que no me iban a pillar con los pantalones bajados.

La hechicería consiste en ser previsor, en estar preparado. Los magos no son seres humanos con superpoderes. Nosotros solo tenemos mayor facilidad para ver cosas con más claridad que otras personas y para usar la información extra que tenemos para nuestro propio beneficio. ¡Por Dios, pero si en inglés la palabra mago viene de «wise», que significa sabio! Sabemos algunas cosas, pero no somos más fuertes o más rápidos que los demás. En realidad no tenemos tantas ventajas en cuanto al aspecto mental, pero somos rematadamente avisados y si tenemos la oportunidad de estar preparados para algo, podemos hacer cosas impresionantes.

Si eres mago y estás listo para enfrentarte a un problema, es probable que seas capaz de idear algo que te permita resolverlo. Así que reuní todas las cosas que creí que necesitaría: me aseguré de que mi vara estuviera lustrosa y preparada, puse mi puñal de plata en una vaina que colgaba justo debajo de mi brazo izquierdo, metí la botella de plástico con la poción de escape en el bolsillo de mi guardapolvo y me puse mi talismán preferido, un pentagrama en una cadena de plata que había sido de mi madre. Mi padre me lo había dado. También me guardé un pequeño trozo de tela blanca doblada en el bolsillo.

Tengo muchos objetos encantados o al menos medio hechizados, pues llevar a cabo un encantamiento completo es costoso y requiere tiempo; así que no me lo puedo permitir con mucha frecuencia. Los magos currantes solo podemos lanzar unos cuantos hechizos y esperar que no se pongan rancios en el momento más inoportuno. Habría estado mucho más cómodo si hubiera llevado mi cetro mágico o mi bastón, pero eso sería como presentarme en la puerta de Bianca con un tanque y entrar con una ametralladora y un lanzallamas, aunque sin haberle avisado de que quería pelea.

Tenía que mantener un buen equilibrio entre estar preparado por si surgían problemas e ir buscando problemas.

Pero, eh, no es que tuviera miedo. No creía que Bianca quisiera causarle problemas a un mago mortal. Bianca no quería meterse conmigo y cagarla con el Consejo Blanco.

Por otro lado, no es que fuera lo que se dice el preferido del Consejo Blanco. Podrían incluso hacer la vista gorda si Bianca decidiera hacerme desaparecer del mapa.

Ten cuidado, Harry, me advertí. No te pongas totalmente paranoico. Si te pones así de paranoico vas a hacer que tu pisito se convierta en el Sótano de la Soledad.

—¿Qué piensas? —le pregunté a Mister, una vez engalanado con toda la parafernalia que quería llevar.

Mister fue hacia la puerta y dio unos golpes con insistencia.

—Aquí todos opinan. Vale, vale —suspiré.

Salí después de dejarle pasar a él, me subí al coche y me dirigí al Velvet Room, situado en la zona cara, a orillas del lago.

Bianca tiene el negocio a las afueras, en una enorme mansión de comienzos de los locos años 20. Corría el rumor de que el infame Al Capone la construyó para una de sus queridas.

Había una puerta con una verja de hierro y un guarda de seguridad. Estacioné el Escarabajo en una pequeña franja de la entrada que empezaba en la calle y acababa en la verja. Cuando paré el coche, el motor hizo un ruido extraño. Bajé la ventanilla, saqué la cabeza y miré hacia atrás con ojos de miope. Hubo una explosión, salió humo negro de la parte trasera del automóvil y este empezó a irse calle abajo.

Mi cara se transformó en una mueca de dolor. El motor hizo un ruido como de disculpa y vibró hasta morirse del todo. Perfecto, ahora no podía volver a casa. Salí del Escarabajo y me quedé de pie lamentándome durante un rato.

El guarda de seguridad al otro lado de la puerta estaba cuadrado. No era demasiado alto, pero sí bastante musculoso y lo ocultaba bajo un traje caro. Me observó con ojos de perro de ataque y preguntó a través de la puerta:

—¿Tiene un cita?

—No —contesté—, pero creo que Bianca querrá verme.

No pareció sorprenderse.

—Lo siento —dijo—, Bianca no está esta tarde.

Las cosas ya no son tan sencillas. Me encogí de hombros, crucé los brazos y me incliné sobre el capó del Escarabajo.

—¡Haz lo que quieras! Solo me quedaré hasta que consiga una grúa y pueda sacártelo de la entrada.

Se me quedó mirando. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en dos diminutas hendiduras por el esfuerzo que hacía al pensar. Al final, le llegaron las ideas al cerebro, las procesó y las expresó mediante un mensaje de «pasa la pelota».

—Diré que está aquí —dijo.

—Bien hecho —admití—, no se arrepentirá.

—¿Nombre? —gruñó.

—Harry Dresden.

Si reconoció mi nombre, no se le notó en la cara. Nos lanzó una mirada a mí y al Escarabajo y después se alejó unos pasos, sacó un teléfono móvil del bolsillo y se lo llevó al oído.

Escuché. Escuchar es algo difícil. Hoy en día, nadie tiene costumbre, pero si se le dedica un tiempo, uno puede entrenarse a prestar atención a sus sentidos.

—Hay un tío aquí abajo que dice que Bianca quiere hablar con él —avisó el guarda—. Dice que se llama Harry Dresden.

Guardó silencio durante un instante. Apenas pude distinguir el murmullo de la otra voz, tan solo percibí que era de una mujer.

—Ajá —asintió y me volvió a lanzar otra mirada—. Sí, sí, de acuerdo. Por supuesto, señora.

Me asomé por la ventanilla hacia el interior del coche y saqué mi vara. La apoyé en el asfalto, al lado de mis botas y le di unos golpecitos, como si estuviera impaciente.

El guarda se giró hacia mí, inclinado hacia un lado, y pulsó un botón de algún sitio. La puerta hizo un ruido y se abrió.

—Adelante, señor Dresden —me invitó a entrar—. Puedo hacer que alguien remolque su coche, si quiere.

—Genial —le dije.

Le di el nombre de la grúa con la que Mike tenía un acuerdo y le dije que le comentara al tipo que se trataba otra vez del coche de Harry. Toby, el perrito guardián, anotó el dato con diligencia en una pequeña libreta que sacó del bolsillo. Mientras escribía, pasé por delante de él hacia la casa. A cada paso que daba, hacía un ruidito seco con la vara sobre el asfalto.

—Pare —me advirtió. Estaba calmado y seguro de sí mismo.

La gente no suele hablar con ese tipo de absoluta autoridad a menos que lleve un arma consigo. Me detuve.

—Baje la vara —me ordenó—, y levante las manos. He de registrarlo antes de que entre.

Suspiré, hice lo que me pidió y permití que me cacheara. No me di la vuelta para darle la cara, pero pude oler el metal de su pistola. Encontró el puñal y se lo quedó. Me rozó con los dedos la nuca y notó la cadena.

—¿Qué es esto?

—Un pentagrama —le contesté.

—Déjame verlo. Use solo una mano.

Utilicé la mano izquierda para sacarlo de la camisa y se lo enseñé. Era una estrella de cinco puntas inscrita en un círculo, pura geometría.

—Vale —gruñó.

Continuó buscando y encontró la botella de plástico.

—¿Qué es esto?

—Una Coca Cola natural —le respondí.

—Huele a mierda —protestó. Después la tapó y volvió a colocarla en mi bolsillo.
—¿Qué pasa con mi bastón?

—Se le devolverá cuando salga —dijo.

Maldita sea. Tanto el puñal como la vara habían sido mis únicas líneas de defensa física. Solo me quedaba confiar en la magia y esto podía ser arriesgado en el mejor de los casos. Lo que faltaba para ponerme nervioso.

Por supuesto, Toby, el perrillo guardián, había ignorado un par de cosas. En primer lugar, había pasado por alto el trozo de tela blanca que llevaba en el bolsillo. En segundo lugar, me había dejado pasar con el pentagrama todavía colgado al cuello. Seguramente pensó que como no era un crucifijo ni una cruz, no lo podría usar para mantener a Bianca alejada de mí.

Lo que no era cierto, pues los vampiros y otras criaturas semejantes, no responden a símbolos de ese tipo, sino que reaccionan a la fuerza que acompaña a un acto de fe. No habría podido protegerme ni de un mosquito vampiro con la fe en el Todopoderoso, ya que él y yo nunca habíamos estado muy conectados. En cambio, el pentáculo era un símbolo de magia en sí mismo y yo tenía mucha fe en eso.

Y, claro está, Toby había pasado por alto la pócima de huida. Bianca debía confiar a sus guardias más conocimientos sobrenaturales y qué tipo de cosas debían buscar.

La casa en sí era elegante, muy espaciosa, amplia y con aquellos techos altos de los que ya no se hacen. Me recibió en el enorme vestíbulo una mujer joven bien arreglada con el pelo corto y liso. Fui educado con ella y me acompañó a la biblioteca; las paredes estaban llenas de libros antiguos, con cubiertas de piel, similares a las sillas tapizadas de piel alrededor de la enorme mesa con patas de perro en el centro de la sala.

Tomé asiento y esperé. Y esperé y esperé. Pasó más de media hora antes de que Bianca llegara al fin.

Entró en la habitación como una vela encendida que arde con una llama fría y nítida. Su pelo era de un tono caoba brillantado, demasiado oscuro como para traer a la memoria un reflejo rojizo, pero aun así lo conseguía. Tenía los ojos oscuros y transparentes, el cutis impecable, suave y elegantemente maquillado. No era alta, pero estaba bien proporcionada. Llevaba un vestido negro con un escote muy pronunciado y una raja a un lado que mostraba una parte generosa de su pálido

muslo. Unos guantes negros le cubrían las manos hasta más allá de los codos y sus zapatos de trescientos dólares eran artefactos de tortura con tacón. Tenía demasiada buena pinta para ser real.

—Señor Dresden —me dio la bienvenida—. ¿A qué se debe este inesperado placer?

Me levanté cuando entró en la habitación.

—Madame Bianca —contesté haciendo un gesto con la cabeza—, al fin nos encontramos. Los rumores no decían lo encantadora que es.

Se echó a reír. Los labios dieron forma a los sonidos, la cabeza cayó hacia atrás y mostró su pálida garganta.

—Me dijeron de usted que era un caballero. Veo que no se equivocaron. Aunque es algo demodé en este país, pero encantador.

—Usted y yo somos de otro mundo —dije.

Se acercó a mí y me extendió la mano, un movimiento que rezumaba gracia femenina. Me incliné un momento sobre su mano a modo de reverencia, la cogí y rocé con mis labios el dorso del guante.

—¿De verdad cree que soy hermosa, señor Dresden? —me preguntó.

—Tan preciosa como una estrella, señora.

—Cortés y además apuesto —murmuró.

Me miró de arriba abajo, pestañeando, pero rehuyó mi mirada, no sé si con la intención de no dirigir su poder hacia mí sin darse cuenta o para no recibir el mío.

Siguió caminando por la habitación y se paró detrás de una de aquellas sillas tan cómodas. Como tengo por norma, di la vuelta a la mesa y retiré una silla para que se sentara. Cruzó las piernas y, con aquel vestido y aquellos zapatos, consiguió que no quedara vulgar. Parpadeé un instante y después volví a mi asiento.

—Bien, señor Dresden, ¿qué lo trae a mi humilde morada? ¿Le apetece una tarde de entretenimiento? Le garantizo que nunca tendrá una experiencia como esta. — Colocó las manos en su regazo y me sonrió.

Le devolví la sonrisa, metí una mano en el bolsillo y la puse sobre el pañuelo blanco.

—No, gracias. He venido a hablar.

Se le separaron sus labios en un silencioso «ah».

—Ya veo. ¿Y sobre qué? Si puede saberse...

—Sobre Jennifer Stanton y su asesinato.

De repente, sentí una advertencia. Los ojos de Bianca se entrecerraron y después los abrió como los de un gato a punto de saltar. Luego se acercó a mí por encima de la mesa más rápido que el aire, con los brazos extendidos hacia mi garganta.

Perdí el equilibrio y me caí hacia atrás con la silla. Aunque había empezado a moverme antes, casi no me dio tiempo a escapar de sus garras. Con una uña me rozó

el cuello, lo que me produjo una terrible sensación de dolor. Ella siguió avanzando, me siguió hasta el suelo y aquellos labios carnosos se retiraron para dejar paso a unos colmillos afilados.

Saqué la mano del bolsillo y agité delante de ella el pañuelo blanco abierto, con lo que liberé la imagen de la luz del sol que había guardado para usar en las pócimas. Durante un momento iluminó la habitación y la llenó de esplendor.

La luz chocó contra Bianca. La arrojó hacia atrás atravesando la mesa antigua además de arrancarle trozos de piel, que eran como pedacitos de carne podrida extraídos con una pulidora de un animal muerto. Fue a dar con una de las estanterías. Gritó y la piel alrededor de su boca mudó y se peló como las escamas de una serpiente.

Nunca había visto un vampiro de verdad. Más tarde ya tendría tiempo de asustarme. No me perdí ni un detalle mientras tiraba del talismán que llevaba al cuello y lo ponía delante de mí. La cara era parecida a la de un murciélago, fea y horrorosa, con una cabeza demasiado grande para el cuerpo. Tenía unas fauces enormes y hambrientas. Los hombros eran encorvados y fuertes. Unas alas membranosas se extendían entre las juntas de sus brazos casi esqueléticos. Delante, le colgaban dos pechos fofos, que caían por encima del vestido negro y habían dejado de parecer femeninos. Tenía los ojos muy abiertos, negros, fijos, y una especie de pellejo curtido y viscoso le cubría la piel, como una cámara de aire untada en vaselina, aunque con unos agujeritos corroídos por la luz del sol que había llevado conmigo.

Se recuperó enseguida, se puso en cuclillas y con un bufido de rabia extendió a cada lado los largos brazos acabados en zarpas.

Agarré el pentáculo y lo alcé como hace cualquier cazavampiros.

—Por Dios Santo, señora. Solo he venido aquí a hablar.

La vampira resopló y empezó a acercarse a mí con un paso desgarrado y extrañamente grácil. Las garras de sus pies todavía seguían llevando los zapatos de trescientos dólares.

—Atrás —le ordené dando un paso hacia ella.

El pentagrama empezó a arder con la luz clara y fría que surgía de la voluntad y la confianza que deposité en él, mi fe; se podría decir que fue eso lo que apartó aquel monstruo de mí.

Bufó, retiró la cara, y alzó sus brazos membranosos para protegerse los ojos de la luz. Retrocedió un paso y luego otro hasta que su espalda jorobada quedó pegada a una pared de libros.

¿Qué haría ahora? No iba a intentar clavarle una estaca en el corazón, pero si disminuía mi voluntad, volvería hacia mí y no creía que nada que saliera de mi boca, ni siquiera las evocaciones más rápidas, evitaría que me arrancara la cabeza. Y

aunque lograra esquivarla, seguramente tendría lacayos mortales, como el guarda de la puerta, a los que les encantaría matarme si me vieran despellejando a su señora.

—Tú la has matado —gruñó la vampira.

Su voz era la misma de antes, sensual y femenina, aunque estuviera algo cambiada por la ira y saliera de aquella horrible boca. Era algo perturbador.

—Tú mataste a Jennifer. Ella era mía, mago.

—Oye —le dije—, no he venido para que me hagas esto. La policía sabe que estoy aquí, así que ahórrate problemas. Siéntate, habla conmigo, y luego cada uno por su lado y santas pascuas. Por Dios, Bianca, ¿crees que si hubiera matado a Jennifer y a Tommy Tomm me pasearía tan campante por aquí?

—¿Esperas que crea que no lo has hecho? No saldrás vivo de esta casa.

Me estaba enfadando y me estaba asustando, ¡Dios, hasta la vampira creía que era el malo de la película!

—¿Qué he de decir para convencerte de que no lo hice?

Unos ojos negros, sin fondo, me miraron fijamente a través del fuego ardiente de mi fe. Podía sentir una especie de poder que intentaba llegar hasta mí, pero que quedaba retenido por la fuerza de mi voluntad, así como la criatura misma.

—Baja el amuleto, mago —gruñó la vampira.

—Si lo hago, ¿vas a acercarte a mi cuello de nuevo?

—Si no lo haces, seguro que lo intento.

No es que eso fuera muy lógico. Intenté ver la situación desde su perspectiva. Se había asustado cuando aparecí. Me había registrado y despojado de las armas como había podido. Si creía que era el asesino de Jennifer Stanton, ¿el simple hecho de mencionar su nombre había provocado en ella esa violencia repentina? Empecé a tener el presentimiento que se tiene cuando te das cuenta de que nada es lo que parece.

—Si lo bajo —le propuse—, quiero tu palabra de que te sentarás y hablarás conmigo. Te juro, por el fuego y el viento, que no tengo nada que ver con esa muerte.

La vampira me lanzó un bufido, protegiéndose los ojos de la luz con una garra.

—¿Por qué tengo que creerle?

—¿Por qué tengo que creerte yo a ti? —repliqué.

Mostró unos colmillos amarillos.

—Si no crees en mi palabra, mago, ¿cómo voy a creer yo en la tuya?

—¿Me la das, entonces?

La vampira se puso tensa y, aunque su voz todavía estaba áspera por el dolor y la rabia, aún era sexy como una camisa de seda sin botones. Me pareció captar sinceridad en sus palabras.

—Te lo prometo. Baja el talismán y hablaremos.

Era hora de correr otro riesgo premeditado. Tiré el pentáculo sobre la mesa, la fría

luz se fue agotando y dejó que la habitación quedara iluminada otra vez solo por la electricidad.

Poco a poco, la vampira fue bajando los brazos, me miró pestañeando con aquellos ojos demasiado grandes y después miró el pentagrama encima de la mesa. Una larga lengua rosa asomó con nerviosismo por sus fauces y la parte inferior de su cara y luego, se deslizó otra vez hacia el interior de su boca. Me di cuenta de que la sorprendía que lo hubiera hecho.

Mi corazón latía con fuerza, pero me esforcé por sacar el miedo de mi cabeza y del contexto en general. Los vampiros son como los demonios, como los lobos, como los tiburones, no les puedes dejar pensar que eres su futura comida y al mismo tiempo obtener su respeto. El verdadero aspecto de los vampiros era grotesco, pero no era tan horrible como otras cosas que había visto en mi vida. Algunos demonios son mucho peores y algunos de los Primigenios pueden destrozarte el cerebro solo con mirarte. Observé a la criatura con una mirada equilibrada.

—Bueno, ¿y qué? ¿Hablamos? Cuanto más rato estemos sentados mirándonos el uno al otro, más tiempo estará libre el asesino de Jennifer.

La vampira se quedó con los ojos fijos en mí durante un minuto más y entonces se sacudió y las alas membranosas desaparecieron. La baba negra se transformó en unos parches pálidos y después en una carne perfecta que se fue esparciendo por toda su piel como el desarrollo de un hongo. Los pechos negros y fofos se inflaron suavemente y se volvieron de nuevo redondos y sonrosados.

Un momento después Bianca estaba delante de mí, colocándose el vestido negro con pudor, con los brazos cruzados como si tuviera frío, la espalda rígida y los ojos llenos de ira. No era menos hermosa que hacía unos instantes, no había una línea ni una curva de diferencia, pero para mí, el glamour se había desvanecido. Todavía tenía los mismos ojos, oscuros, insondables y extraños. Siempre recordaría cómo era en realidad debajo de aquella máscara.

Me agaché para recoger mi silla y la levanté. Después di la vuelta a la mesa, me volví y también levanté su silla; se la coloqué para que se sentara, tal y como lo había hecho cuando entró en la habitación.

Se me quedó mirando durante un largo rato. Apareció una expresión en su cara: estaba desconcertada por la aparente falta de preocupación por cómo era y me lo hizo saber. Luego alzó la barbilla, orgullosa, y se sentó con gracia de nuevo en la silla, majestuosa como cualquier reina, aunque con todas las partes de su cuerpo tensas por la rabia. Las normas de cortesía y la hospitalidad del Viejo Mundo se mantenían, pero, ¿por cuánto tiempo?

Regresé a mi asiento, me incliné para recoger el pañuelo blanco y jugueteé con él. Los ojos llenos de ira de Blanca lo miraron y volvió a repetir el tic nervioso de pasarse la lengua por los labios y los dientes, aunque esta vez su lengua parecía

humana.

—Bien, háblame sobre Jennifer y Tommy Tomm —le pedí.

Sacudió la cabeza, casi con desdén.

—Te puedo contar lo que le dije a la policía. No sé quién ha podido asesinarlos.

—Vamos, Bianca. No tenemos que ocultarnos nada, no somos parte del mundo mortal.

Sus cejas se inclinaron hacia abajo, en un nuevo gesto de furia.

—No. Eres el único en toda la ciudad cualificado para lanzar un hechizo de esa envergadura. Si no lo hiciste tú, no tengo ni idea de quién más pudo hacerlo.

—¿No tienes enemigos? ¿Alguien que quiera llamar tu atención?

Apareció una línea fina y dura en la comisura de sus labios, algo que no llegaba a ser una sonrisa.

—Por supuesto, pero ninguno podría llevar a cabo lo que les ocurrió a Tommy y a Jenny. —Dio unos golpecitos con las uñas sobre la mesa, dejando marcas sobre la madera—. No dejo con vida a enemigos tan peligrosos. Al menos, no durante mucho tiempo.

Me recosté en la silla, con el ceño fruncido, e hice lo imposible por no demostrarle lo asustado que estaba.

—¿Cómo conociste a Tommy Tomm?

Se encogió de hombros, que brillaban como porcelana y parecían igual de delicados.

—Puede que haya pensado que solo era un matón de Johnny Marcone, señor Dresden, pero en el fondo, Tommy era un hombre tierno y considerado. Siempre se portaba bien con sus mujeres, las trataba como a personas normales. —Su mirada fue de un lado a otro, sin levantarse—. Como a seres humanos. No aceptaría a un cliente que no fuera un caballero, pero Tommy era mejor que la mayoría. Lo conocí hace años, por ahí. Siempre me ocupaba de que alguien le atendiera cuando quería compañía para una noche.

—¿Le envió a Jennifer aquel día?

Asintió y su expresión se entristeció. Volvió a golpear con las uñas encima de la mesa y picó la madera.

—¿Había alguien más que lo viera con regularidad? ¿Tal vez alguien que hubiera hablado con él, que supiera qué era de su vida?

Bianca negó con la cabeza.

—No —contestó. Pero luego frunció el entrecejo.

La observé y sin darme cuenta se me cayó el pañuelo encima de la mesa. Parpadeó mientras lo miraba y luego dirigió su mirada hacia mí.

No me acobardé. Me encontré con su mirada insondable y torcí de repente la boca a modo de sonrisita, como si tuviera algo más y peor que sacar de la chistera si quería

venir a por mí otra vez. Percibí su furia, su rabia y durante un momento eché un vistazo a su interior para ver de dónde procedía.

Estaba furiosa porque había visto su verdadera forma, y estaba horrorizada y avergonzada de que la hubiera despojado de su disfraz y hubiera visto la criatura que había debajo; y tenía miedo de que con mi poder pudiera arrebatarme su máscara para siempre.

Más que nada en el mundo, Bianca quería ser hermosa y aquella noche yo había destrozado su ilusión. Había sacudido su pequeño mundo dorado. Seguro que no me lo perdonaba nunca.

Se estremeció y apartó los ojos, furiosa y asustada a la vez, antes de que pudiera ver más sobre ella o ella sobre mí.

—Si no te hubiera dado mi palabra, Dresden —murmuró—, te mataría ahora mismo.

—Sería lamentable —señalé manteniendo la voz fuerte—. Deberías saber los riesgos que conlleva la maldición por la muerte de un mago. Tienes mucho que perder, Bianca. Y aunque pudieras eliminarme, te apuesto lo que quieras a que te arrastraría conmigo al infierno.

Se puso tensa, luego giró la cabeza hacia un lado y relajó los dedos de las manos. Fue una rendición silenciosa y amarga. No se movió lo bastante rápido para que no viera cómo una lágrima le bajaba por una de sus mejillas.

Había hecho llorar a un vampiro. Genial. Me sentía como un auténtico superhéroe. Harry Dresden, el rompecorazones de los monstruos.

—Tiene que haber alguien que sepa algo —dijo con su preciosa voz apagada, monótona, sin vida—. Había una mujer que trabajaba para mí, Linda Randall. Jennifer y ella salían juntas a atender clientes, cuando pedían esa clase de servicio. Eran íntimas.

—¿Dónde está ahora? —le pregunté.

—Trabaja como chofer para alguien, para una pareja rica que quería una sirvienta que hiciera algo más aparte de limpiar las ventanas. De todas formas, no era la típica mujer a la que normalmente recorro. Creo que Jennifer tenía su número de teléfono. Puedo hacer que alguien se lo traiga, señor Dresden.

Pronunció mi nombre como si fuera algo más amargo y venenoso de lo que pretendía decir.

—Gracias, sería muy amable de tu parte.

Mantuve con prudencia el tono formal, neutral. La formalidad y un buen farol era lo que la mantenía alejada de mi cuello.

Siguió tranquila, controlando sus emociones evidentes, antes de que por fin alzara la vista de nuevo. Se quedó con los ojos fijos y se le abrieron de par en par al mirarme la garganta. Su expresión perfectamente inmóvil era algo inhumano.

Me puse más nervioso. No solo tenso, sino como una cuerda de acero tirante, como un alambre atado o un muelle enrollado. No tenía trucos ni armas. Sí iba a por mí ahora, no tenía con qué defenderme. No había forma de beberse la pócima antes de que me destrozara. Me agarré a ambos brazos de la silla con fuerza para no salir corriendo, para ocultar lo asustado que estaba, para no huir. Lo único que hubiera conseguido sería que fuera de tras de mí, que desatara sus instintos de perseguir a la presa,

—Está sangrando, señor Dresden —susurró.

Lentamente, me llevé la mano a la garganta, donde sus uñas me habían rozado antes. Las yemas de los dedos estaban pegajosas, llenas de mi propia sangre.

Bianca seguía sin quitarme el ojo de encima. Volvió a mover la lengua alrededor de la boca.

—Tápelo —susurró. De ella salió un sonido extraño, como un lamento—. ¡Tápelo, Dresden!

Cogí mi pañuelo y lo presioné contra el cuello. Bianca cerró los ojos despacio y se dio la vuelta, doblada a la altura del estómago. No se levantó.

—Márchese —me dijo—. Váyase ya. Viene Paula. La enviaré dentro de un rato abajo, a la puerta, con el número de teléfono.

Empecé a caminar hacia la puerta, pero me detuve y me volví para mirarla. Sentía una especie de horrible fascinación al saber lo que había bajo el exterior seductor, la máscara de carne, al verla retorcerse de necesidad.

—Fuera—gimoteó Bianca. La ira, el hambre y un sentimiento que no podía empezar a entender hicieron que la voz le cambiara, que fuera más débil—. Váyase. Y no crea que voy a olvidar esta noche. No crea que no le haré lamentarlo.

La puerta de la biblioteca se abrió y la mujer joven de pelo liso que me había recibido antes entró en la habitación. Me miró de soslayo, pasó de largo y se arrodilló al lado de Bianca. Supuse que era Paula.

Murmuró algo en voz demasiado baja para oírlo mientras con una mano le retiraba cuidadosamente a Bianca el pelo de la cara. Luego desabrochó los botones de la manga de su blusa, se la remangó por encima del hombro y apretó su muñeca contra la boca de la vampira.

Fui un espectador privilegiado de lo que ocurrió entonces. La lengua de Bianca se asomó, larga, rosada y pegajosa y embadurnó la muñeca de Paula con saliva brillante. Paula se estremeció en cuanto la rozó y se le aceleró la respiración. Los pezones se le endurecieron bajo el fino tejido de la blusa y poco a poco fue dejando caer la cabeza hacia atrás. Sus ojos se vidriaron con una languidez narcótica, como la de un yonqui que se acaba de meter una dosis.

Los colmillos de Bianca se hicieron más largos y rasgaron la bonita piel pálida de Paula. La sangre empezó a manar. La lengua de Bianca entraba y salía de la boca,

más rápido de lo que era posible apreciar, y se bebía a lengüetazos la sangre tan pronto como salía. Sus ojos oscuros se entrecerraron, distantes. Paula respiraba entrecortadamente y gemía de placer mientras su cuerpo entero temblaba.

Me sentí un poco mareado y me retiré poco a poco, sin volverme hacia la escena. Paula se cayó despacio al suelo, retorciéndose de evidente regocijo en su inconsciencia. Bianca la siguió hasta el suelo, de una forma poco propia de una dama y más de una criatura con un hambre atroz. Se recostó sobre la mujer tendida con el rostro hacia abajo, y en la curva de sus pálidos hombros pude ver bajo la máscara a aquella cosa con forma de murciélago, lamiendo la sangre de Paula.

Me fui de allí rápido y cerré la puerta detrás de mí. El corazón me latía con fuerza, muy deprisa. Aquella imagen me habría excitado, si no hubiera visto lo que había debajo de la máscara de Bianca. En cambio, solo me revolvió el estómago y me asustó. La mujer se había entregado a aquella cosa, tan rápido y de tan buen grado como cualquier mujer se hubiera entregado a su amante.

La saliva. Una parte de mí racionalizó, desesperada por captar algo frío, lógico y objetivo. La saliva era seguramente un narcótico, quizá incluso adictivo. Eso explicaría el comportamiento de Paula, la necesidad de obtener más de aquella droga. Pero me pregunté si Paula hubiera estado tan ansiosa si Bianca le hubiese mostrado su auténtico rostro.

Ahora entendía por qué el Consejo Blanco era tan duro con los vampiros. Si conseguían ejercer esa clase de control sobre un mortal, ¿qué ocurriría con un mago que cayese en sus garras? ¿Y si podían hacer que un mago fuera tan adicto a ellos como Bianca tenía a la chica a la que acababa de ver? Desde luego, eso era imposible.

Pero si lo era, ¿por qué el Consejo se ponía tan nervioso?

«No crea que no le haré lamentarlo», había dicho.

Hacía frío mientras me precipitaba hacia la puerta. Toby, el guarda de seguridad que me estaba esperando en la puerta principal, me devolvió mi puñal y mi vara sin pronunciar palabra. Había una grúa allí en frente enganchando el Escarabajo. Coloqué una mano sobre el frío metal de la verja y mantuve la otra con el pañuelo sobre el cuello, mientras observaba cómo George, el chico del remolque, trabajaba. Me reconoció y me saludó con la mano con una sonrisa en su cara que mostraba los dientes blancos en contraste con la piel oscura. Le devolví el saludo, pero no estaba de humor para responderle con una sonrisa.

Unos minutos más tarde, sonó el teléfono móvil del guarda. Retrocedió unos cuantos pasos y repitió unas cuantas afirmaciones, antes de sacar una libreta de su bolsillo y anotar algo. Se guardó el móvil, volvió caminando hacia donde yo estaba y me dio el trozo de papel.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—El número de teléfono que quería. Y un mensaje.

Le eché un vistazo a la hoja sin leerla.

—Creía que Bianca iba a enviar a Paula aquí abajo con la nota.

No dijo nada, pero tensó la mandíbula y vi que dirigía los ojos hacia la casa, donde estaba la señora. Tragó saliva. Paula no iba a salir de la casa y Toby tenía miedo.

Cogí el papel. Mientras lo miraba, me esforcé para que no me temblara la mano. Había un teléfono escrito y una única palabra; «arrepentimiento».

Doblé la nota por la mitad y la guardé en el bolsillo de mi abrigo. Otro enemigo más. Genial. Al menos con las manos en los bolsillos, Toby no veía cómo temblaban. Tal vez debería haber escuchado a Murphy. Tal vez debería haberme quedado en casa y haber jugado con algo de magia negra, segura y prohibida.

Capítulo 10

Salí de casa de Bianca en el coche que me había prestado George mientras el mío estaba en el mecánico, un Studebaker con el salpicadero de madera que se quejaba, rugía y chirriaba por todas partes. Paré al lado de una cabina, a poca distancia de la casa y marqué el número de teléfono de Linda Randall.

Se oyeron unos cuantos tonos antes de que una serena y oscura voz de contralto respondiera:

—Casa de los Beckitt, le atiende Linda.

—¿Linda Randall?—pregunté.

—Mmm —respondió. Tenía una voz suave, aterciopelada, algo táctil—. ¿Quién es?

—Me llamo Harry Dresden. Me preguntaba si podía hablar usted.

—¿Harry qué? —preguntó.

—Dresden. Soy investigador privado.

Se rió y el sonido fue tan fuerte que parecía que se estaba desternillando de risa.

—¿Investiga mis intimidades, señor Dresden? Ya me gusta usted.

Tosí.

—Ehmm, sí, señora Randall...

—Señorita —me corrigió—. Señorita Randall. No estoy comprometida, en este momento.

—Señorita Randall —rectifiqué—, me gustaría hacerle unas preguntas sobre Jennifer Stanton, si me permite.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Oí unos ruidos de fondo, sonaba una radio, quizá, una voz grabada que hablaba de las zonas blancas y de las rojas, de las áreas de carga y descarga de los vehículos.

—¿Señorita Randall?

—No —contestó.

—No le llevará mucho tiempo. Le aseguro que no tiene nada que ver con lo que esté usted haciendo. Si me diera unos minutos...

—No —repitió—. Estoy trabajando y lo estaré toda la noche. No tengo tiempo para esto.

—Jennifer Stanton era amiga suya. Ha sido asesinada. Si algo que me dijera usted pudiera ayudar...

Me cortó de nuevo,

—No hay nada —replicó—. Adiós, señor Dresden.

Se cortó la comunicación.

Fruncí el entrecejo mientras miraba el teléfono, lleno de frustración. Ahí se acababa, entonces. Lo había preparado todo, me había enfrentado a Bianca y tenía un

posible futuro lleno de problemas para nada.

¡De ninguna manera! ¡Ni hablar!

Bianca había dicho que Linda Randall trabajaba de chofer para alguien, los Beckitt, supuse, quienesquiera que fuesen. Había reconocido la voz de fondo, era el mensaje pregrabado que se oía en las explanadas fuera del aeropuerto O'Hare. Así que estaba en el coche, en el aeropuerto, quizá esperando para recoger a los Beckitt y seguro que no se quedaría allí mucho tiempo.

Sin perder un instante, puse en marcha el ruidoso y viejo Studebaker y me dirigí al aeropuerto. Era mucho más fácil deshacerse de alguien por teléfono que en persona. Había muchas explanadas, pero tenía que confiar en la suerte, la suerte que me llevaría a la correcta, la suerte que me llevaría hasta allí antes de que la poco comunicativa señorita Randall tuviera la oportunidad de recoger a sus jefes y se marchara. Y necesitaría un poco más de suerte para que el Studebaker siguiera tirando todo el camino hasta el O'Hare.

El Studebaker logró aguantar todo el trayecto y en la segunda explanada me encontré con una limusina plateada estacionada en el aparcamiento. El interior estaba oscuro, por lo que no pude ver muy bien quién había dentro. Era viernes por la noche y aquel lugar estaba lleno de hombres de negocios, con trajes serios, que volvían a casa después de largos viajes por el país. Los coches entraban y salían continuamente con el susurro de sus motores de la entrada semicircular. Un policía uniformado dirigía el tráfico y evitaba que la gente hiciera tonterías, como aparcar en triple fila para cargar su vehículo.

Desvié el Studebaker hacia el aparcamiento y le eché una carrera a un Volvo, al que gané a fuerza de conducir el coche más viejo y pesado y de tener una actitud suicida. No perdí de vista la limusina plateada mientras salía del coche y daba grandes zancadas hasta llegar a unas cabinas de teléfonos. Eché una moneda de 25 centavos y marqué otra vez el número que me había facilitado Bianca.

Sonó el teléfono y alguien se movió en la limusina.

—Casa de los Beckitt, le habla Linda —susurró.

—Hola, Linda —la saludé—, soy otra vez yo, Harry Dresden.

Apenas pude oír su sonrisita. Una luz parpadeó dentro del coche, vislumbré el perfil de una mujer y después el resplandor naranja de un cigarrillo al encenderse.

—Creí que le había dicho que no quería hablar con usted, señor Dresden.

—Me gustan las mujeres difíciles.

Rió de aquella manera tan deliciosa y vi cómo su cabeza se movía en la oscuridad del coche.

—Soy más difícil a la segunda. Adiós otra vez. —Me colgó.

Sonreí, colgué el teléfono, me dirigí hacia la limusina y di unos golpecitos en el cristal.

La ventanilla se bajó acompañada de un zumbido y apareció una mujer de unos treinta y tantos que me levantó una ceja. Tenía unos ojos bonitos, del color de las nubes de lluvia, con un poco de sombra de ojos de más y llevaba el arco de cupido de los labios pintado de rojo escarlata brillante. Tenía el pelo castaño, retirado de la cara, recogido en una trenza bien prieta que le marcaba más las mejillas y le hubiese endurecido las facciones de no ser por los tirabuzones que le caían a ambos lados de los ojos con un aire desaliñado e insolente. Tenía una mirada predatoria, dura e intensa. Llevaba una camisa blanca recién planchada, unos pantalones grises y sostenía en una mano un cigarrillo encendido. El humo formó volutas en espiral hacia mi nariz y soplé para intentar apartarlo.

Me miró de arriba abajo y me evaluó sin el menor disimulo.

—No me lo diga. Harry Dresden.

—Necesito de veras hablar con usted, señorita Randall. No tardaré demasiado.

Le echó un vistazo a su reloj y después a las puertas de la terminal. Después volvió a mirarme.

—Bueno, me tiene acorralada, ¿no? Estoy a su merced. —Torció la boca y le dio una calada al cigarrillo—. Me gustan los hombres que no se rinden.

Me aclaré de nuevo la garganta. Eran una mujer atractiva, pero en exceso. Sin embargo, había algo en ella que me ponía a cien, su forma de colocar la cabeza o de hablar, detalles que evitaban mi cerebro e iban directos a mis hormonas. Lo mejor era ir al grano y minimizar las probabilidades de parecer un imbécil.

—¿Conoció a Jennifer Stanton?

Me miró a través de aquellas largas pestañas.

—A fondo.

Ejem.

—Usted, ehmm, ¿trabajaba para Bianca con ella?

Linda soltó más humo por la boca.

—¿Esa zorrilla repipi? Sí, trabajaba con Jen. Hasta fuimos compañeras de cuarto una temporada. Compartíamos cama. —Estrechó los labios en la última palabra, alargándola con un pequeño temblor que rezumaba picardía.

—¿Conocía a Tommy Tomm? —le pregunté.

—Por supuesto, era fantástico en la cama.

Bajó la mirada y se movió en el asiento del coche, bajó una mano hasta que desapareció de mi vista y me dejó pensando dónde se la habría metido.

—Era un cliente habitual. Quizá dos veces al mes Jen y yo íbamos a su casa y montábamos una fiestecita. —Se inclinó hacia mí—. Sabía hacer cosas que hacían que una mujer se volviera una fiera, Harry Dresden. ¿Sabe a lo que me refiero? Las hacía rugir y gemir de placer, como un animal en celo.

Me estaba volviendo loco. Su voz inspiraba el tipo de sueños que se desean

recordar con mayor claridad por la mañana. Su cara prometía, si le hubiese dado oportunidad, mostrarme cosas de las que no se habla con otras personas. *Tu trabajo, Harry. Piensa en tu trabajo.*

En serio, algunos días odio lo que hago.

—¿Cuándo fue la última vez que habló usted con ella?

Le dio otra calada al cigarro y esta vez me fijé en un ligero temblor de sus dedos, que ocultó rápidamente, aunque no lo bastante. Estaba nerviosa. Lo suficientemente nerviosa como para temblar y me di cuenta de lo que ocurría. Se había puesto la máscara de mujer fatal y había apelado a mis glándulas en vez de a mi cerebro para intentar distraerme, para evitar que descubriera algo.

Soy humano. Me pueden distraer una cara o un cuerpo bonito, como a cualquier otro hombre joven. Linda Randall era muy buena representando ese papel, pero no quería hacer el ridículo.

Bueno, señorita diosa del sexo, ¿qué estás ocultando?

Carraspeé y le pregunté con suavidad:

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Jennifer Stanton, señorita Randall?

Me lanzó una mirada inquisidora. No era tonta, eso seguro. Me había pillado observándola, mirando detrás de su fachada. Dejó de coquetear.

—¿Es un poli?

Negué con la cabeza.

—Palabra de scout. Solo intento averiguar qué le ocurrió a ella.

—Maldita sea —dijo en voz baja.

Tiró la colilla al suelo y exhaló una bocanada de humo.

—Mire, le contaré algo, pero si aparece un poli por aquí, yo no le he visto nunca, ¿se entera?

Asentí.

—Hablé con Jen el miércoles por la tarde. Me llamó. Era el cumpleaños de Tommy y quería que quedáramos juntos otra vez. —Torció la boca—. Una especie de reunión.

La miré y me acerqué más a ella.

—¿Fue?

Los ojos le iban de un lado a otro. Estaba nerviosa, como un gato que se ha dado cuenta de que está atrapado en un pequeño espacio.

—No —contestó—. Tenía que trabajar. Quería ir, pero...

—¿Dijo algo fuera de lo normal? ¿Algo que le hubiera hecho a usted sospechar que estaba en peligro?

Volvió a negar con la cabeza.

—No, nada. No hablamos mucho. Apenas nos veíamos desde que me largué del Velvet Room.

Fruncí el ceño.

—¿Sabe que más hacía? ¿Si estaba involucrada en algo que pudiera haberla perjudicado?

Sacudió la cabeza.

—No, no. Nada de eso. No era propio de ella. Era muy dulce. Hay un montón de chicas que... que se hartan, señor Dresden. Pero a ella nunca le pasó. De alguna forma, hacía que la gente se sintiera bien. —Dejó la mirada perdida—. Yo nunca he conseguido eso, lo único que hago es alejarlos de mí.

—¿No hay nada que pueda contarme? ¿No se le ocurre nada?

Apretó los labios y negó con la cabeza. Negaba con la cabeza y me estaba mintiendo. Estaba seguro. Me estaba acercando, ella se estaba poniendo tensa y de no haber tenido nada que decirme, no estaría intentando ocultarlo. Debía de saber algo, a menos que estuviera comportándose así porque había pisoteado todos sus sentimientos, como a Bianca. De todos modos, no iba a decirme nada más.

Cerré el puño con fuerza, frustrado. Si Linda Randall no podía proporcionarme información, estaba en un callejón sin salida. Había jugado con los sentimientos de dos mujeres en una sola noche. *Estás de racha, Dresden*; aunque una de ellas no fuera humana.

—¿Porqué?—le pregunté. Las palabras se me escaparon antes de que pudiera pensarlas—. ¿Por qué has actuado como una fulana?

Volvió a mirarme y sonrió. Percibí un cambio sutil en ella, que aumentó esa especie de atractivo animal que la caracterizaba, una vez más, como había hecho cuando me acerqué a ella, solo que sin ocultar el odio que sentía hacia sí misma. Aparté la mirada, rápidamente, antes de que tuviera que ver más. Tuve la impresión de que no quería ver el alma de Linda Randall.

—Porque es lo que hago, señor Dresden. Para algunas personas es la droga. Para otros, empujar el codo. Para mí, los orgasmos; el sexo, la pasión. Soy otra adicta más. La ciudad está llena. —Apartó la mirada—. Es la mejor alternativa al amor y me da trabajo. Perdona.

Entreabrió la puerta. Retrocedí para apartarme de su camino mientras ella se dirigía a la parte trasera de la limusina con largas zancadas de sus largas piernas y abría el maletero.

Una pareja alta, ambos con gafas y vestidos con elegantes trajes grises, salió de la terminal y se acercó a la limusina. Parecían personas con un estilo de vida de ejecutivos, los típicos con una gran carrera profesional y sin hijos, con el tiempo y el dinero suficiente para dedicarse a tener buen aspecto, una pareja de gimnasio. Él cargaba una bolsa de viaje al hombro y una maleta pequeña en una mano, mientras que ella solo tenía un maletín. No llevaban joyas, ni relojes ni anillos de boda. ¡Qué raro!

El hombre tiró el equipaje dentro del maletero de la limusina y nos miró a Linda y a mí. Linda evitó mirarle a los ojos. Él intentó hablar lo más bajo posible para que no lo oyera, pero yo tengo buen oído.

—¿Quién es este? —preguntó. Su voz tenía un deje crispado.

—Es solo un amigo, señor Beckitt. Un chico al que antes veía —le contestó.

Más mentiras. Qué interesante.

Miré a la mujer al otro lado de la limusina. Supuse que era la señora Beckitt. Me contempló con la cara serena, apática. Daba un poco de miedo. Tenía la misma mirada de los prisioneros liberados de los *stalags* alemanes al final de la Segunda Guerra Mundial. Vacía. Paralizada. Muerta, pero sin saberlo aún.

Linda abrió la puerta trasera para que el señor y la señora Beckitt entraran en el coche. La señora Beckitt colocó un momento la mano en la cintura de Linda de pasada, un gesto demasiado íntimo y posesivo para hacérselo a una asistenta. Vi que Linda temblaba y luego cerraba la puerta. Dio la vuelta al coche y se dirigió a mí de nuevo.

—Lárguese de aquí —me pidió en voz baja—. No quiero tener problemas con mi jefe.

Le agarré la mano y la sostuve entre las mías, como haría un antiguo amante, supuse. Mi tarjeta de visita estaba entre nuestras palmas.

—Le dejo mi tarjeta. Si se le ocurre algo más, llámeme, ¿vale?

Se apartó de mí sin contestar, pero la tarjeta desapareció en su bolsillo antes de que se subiera otra vez a la limusina.

Los ojos sin vida de la señora Beckitt me miraron a través de la ventanilla mientras pasaban de largo. Esta vez me tocó temblar a mí. Como he dicho, daba miedo.

Entré en el aeropuerto. Las pantallas de los monitores que mostraban los horarios parpadearon cuando pasé junto a ellas. Fui a una de las cafeterías que había allí dentro, me senté y pedí un café. Tuve que pagarlo con calderilla porque la mayoría del dinero lo había gastado en pagar el alquiler del último mes y la pócima de amor que Bob me convenció para que hiciera. Dinero. Tenía que ponerme a trabajar en el caso de Mónica Sells para encontrar a su marido. No quería meterme en un lío con el Consejo Blanco y perder mi apartamento y mi despacho porque no pagaba las facturas.

Le di unos sorbos al café e intenté organizar mis ideas. Me preocupaban dos temas. El más importante era descubrir quién había matado a Tommy Tomm y Jennifer Stanton. No solo para atrapar al asesino antes de que aparecieran más cadáveres, sino porque si no lo hacía, seguramente el Consejo Blanco lo utilizara para ejecutarme.

Y mientras buscaba asesinos y evitaba escuadrones de la muerte, tenía que

trabajar para alguien que me pagaba. La excursión de aquella noche no era algo que pudiera cobrarle a Murphy, me colgaría si supiera que iba por ahí haciendo preguntas, metiendo las narices donde no debía. Así que si quería dinero del departamento de policía de Chicago, tendría que pasar algún tiempo investigando lo que Murphy me había pedido, la investigación de magia negra que provocaría mi muerte.

Por otro lado, podía trabajar en el caso del marido desaparecido de Mónica Sells. Creía que lo tenía bien atado, pero no me haría daño rematarlo. Podía dedicarle tiempo, completar las horas por lo que me había pagado por adelantado e incluso unas cuantas más. Prefería eso a intentar hacer un poco de magia negra.

Así que seguiría la pista que me había dado Pito-pito. Aquella noche habían entregado una pizza en la casa de Lake Providence. Era hora de hablar con el repartidor, si era posible.

Me marché de la cafetería, fui a una cabina y marqué el número de información. Solo había un sitio que repartiera pizzas cerca de la dirección de Lake Providence. Anoté el teléfono y llamé.

—Pizza Express —contestó alguien con la boca llena—, ¿qué desea?

—Hola, me preguntaba si podrían echarme una mano. Estoy buscando al conductor que llevó un pedido a una dirección el miércoles por la noche —dije. Le di la dirección y le pregunté si podía hablar con esa persona.

—Ya estamos —gruñó—. Sí, espere. Jack acaba de entrar ahora.

El que estaba al otro lado de la línea llamó a alguien y un minuto después la voz de barítono de un joven habló tímidamente a mi oído:

—¿Ho-hola?

—Hola —contesté—, ¿eres el repartidor que llevó una pizza a...?

—Mire —dijo exasperado y nervioso—, ya he dicho que lo sentía. No volverá a ocurrir.

Pestañeeé durante un momento sin entender nada.

—¿Qué sentías qué?

—¡Por Dios! —exclamó.

Oí que se movía por la habitación. Había mucha música y voces de fondo; entonces, el ruido desapareció de pronto, como si hubiera entrado en otra habitación y hubiese cerrado la puerta.

—Mire —casi se quejó—, le dije que no iba a decirle nada a nadie. Solo estaba mirando. No me puede echar la culpa, ¿vale? Nadie contestaba a la puerta, ¿qué se suponía que debía hacer? —Su voz se rompió a mitad de frase—. ¡Menuda fiestorra! Pero, ¡eh! Eso es asunto suyo, ¿no?

Me esforcé por seguir la conversación con el chico.

—¿Qué viste exactamente, Jack? —le pregunté.

—No le vi la cara a nadie —me aseguró, cada vez más nervioso. Lanzó una risita

histórica e intentó bromear—. Había mejores cosas que hacer que mirar las caras, ¿vale? Vaya, que me importa un carajo lo que cada uno haga en su casa; o en la de sus amigos o en la de quien sea. No se preocupe por mí. No soltaré prenda, La próxima vez me limitaré a dejar la pizza y la cuenta, ¿vale?

Amigos en plural, interesante. El chico esta nerviosísimo. Debía de haberlo visto todo. Pero tenía el presentimiento de que ocultaba algo, de que se lo estaba callando.

—¿Qué más? —Mantuve la voz calmada y neutra—. Viste algo más, ¿qué fue?

—Nada de mi incumbencia —respondió al instante—. Mire, tengo que colgar ya. La línea tiene que estar libre para recibir pedidos. Es viernes por la noche, estamos a tope.

Capítulo 11

Me llevó el resto de la noche y parte de la mañana, pero descubrí cómo matar a alguien de la misma forma en que había asesinado a Tommy Tomm y Jennifer Stanton. A la quinta o la sexta vez de comprobar los números, me quedé estudiando mis cálculos. No tenían ningún sentido. Era imposible. O tal vez todos estábamos subestimando lo peligroso que era el asesino.

Cogí mi guardapolvo y salí sin preocuparme por mi aspecto. No tengo espejos en casa, porque hay muchas cosas que pueden utilizarlos como ventanas —o puertas—, pero seguro que estaba hecho un desastre. El espejo retrovisor del Studebaker lo confirmó. Tenía la cara demacrada, barba de un par de días, unas marcadas ojeras bajo unos ojos inyectados en sangre y el pelo como si hubiera atravesado una nube de humo grasiento montado en una motocicleta a toda mecha. Cuando uno se alisa el pelo con las palmas de las manos sudadas como hábito de estudio al final consigue ese efecto; sobre todo, si lo hace durante doce o catorce horas.

No importaba. Murphy quería esta información y tenía que tenerla. Las cosas estaban mal. Estaban muy, muy mal.

Me acerqué un momento a la comisaría, pues sabía que Murphy querría oírlo cara a cara. Estaba situada en un viejo complejo de edificios que albergaba el departamento de policía metropolitana. Estaba en decadencia, hundido por algunos lados como un ex combatiente que a pesar de todo se cuadraba y se esforzaba por meter barriga. Había pintadas por toda una pared que el conserje no limpiaría hasta el lunes por la mañana.

Estacioné en el aparcamiento de visitantes —sin problemas un sábado por la mañana— y me dirigí hacia los escalones para entrar en el edificio. El oficial de guardia de la comisaría no era el viejo veterano de siempre con el que me había topado antes, sino una matrona canosa de mirada dura que con solo echarme un vistazo supo que no le gustaba nada, ni yo ni mi estilo de vida. Mientras avisaba a Murphy, me dijo que aguardara.

Durante la espera, entraron un par de agentes que llevaban arrastras entre los dos a un hombre esposado. No oponía resistencia, es más, justo lo contrario. Iba cabizbajo y gemía de un modo casi musical. Estaba algo delgado y tuve la impresión de que era joven. Los vaqueros y la chaqueta tejana que llevaba estaban hechos un guiñapo y el pelo lo tenía despeinado. Los policías pasaron con él por recepción y uno de ellos comentó:

—Traemos un conductor temerario bajo la influencia de drogas. Lo llevamos arriba hasta que se recupere.

La oficial de guardia le pasó un sujetapapeles y uno de los agentes se lo colocó debajo del brazo, antes de que ambos se llevaran a rastras escaleras arriba al joven.

Me restregué mis ojos cansados y aguardé hasta que la oficial se las apañó para comunicarse con alguien de arriba. Soltó un hmph de sorpresa y después dijo:

—Muy bien, teniente. Ahora va para allá.

Me hizo señas con una mano para que subiera. Mientras pasaba por su lado, sentí los ojos de aquella mujer sobre mí y me tapé tímidamente la cara con la palma de la mano.

En investigaciones especiales tienen una salita de espera justo en la puerta al final de las escaleras. Constaba de cuatro sillas de madera y un sofá hundido que seguramente acabaría con la espalda de cualquiera que intentara dormir en él. El despacho de Murphy estaba al final de una sucesión de cubículos distribuidos en dos filas.

Murphy estaba de pie dentro de su oficina, con el teléfono pegado a la oreja y una expresión de mártir en la cara. Parecía una adolescente que había tenido una discusión con un novio de fuera de la ciudad, aunque me hubiese partido la cara de haberme oído decir algo por el estilo. La saludé con la mano y ella me devolvió el gesto con un movimiento de cabeza. Señaló la sala de espera y cerró la puerta de su despacho.

Tomé asiento en una de las sillas y apoyé la cabeza contra la pared. Acababa de cerrar los ojos cuando oí un chillido que provenía de detrás de mí, del pasillo. Hubo un ruido de forcejeo y unos gritos de terror, antes de que se repitiera el alarido, esta vez más cerca.

Actué sin pensar. Estaba demasiado cansado para eso. Me levanté y fui hacia el pasillo, hacia el lugar de donde procedía el ruido. A mi izquierda estaban las escaleras y a mi derecha, el pasillo.

Apareció una figura, la silueta de un hombre corriendo, que se me aproximaba a grandes zancadas. Era el hombre sin fuerzas, que canturreaba y que hace un par de minutos sostenían los dos oficiales. Era el que gritaba. Oí como si alguien rebuscara y el par de agentes de policía que había visto abajo hacía un momento aparecieron por la esquina. Ninguno de los dos era joven y ambos corrían con la barriga fuera, resoplando, sujetándose los cinturones contra las caderas con una mano.

—¡Deténganlo! —gritó con voz jadeante uno de los oficiales—. ¡Detengan a ese hombre!

Se me erizó el pelo de la nuca. El hombre que corría hacia mí seguía gritando, drogado y aterrorizado, y su voz era un retumbo de... algo. Terror, pánico, deseo, furia, todo hecho una bola y arrojado al aire a través de sus cuerdas vocales.

Mientras atravesaba el oscuro pasillo, tuve una rápida visión de unos grandes ojos fijos, una cara sucia, una chaqueta vaquera y unos viejos tejanos. Llevaba las manos a la espalda, supuestamente esposadas. No veía el pasillo por el que estaba corriendo. No supe a qué estaba mirando, pero tuve la sensación de que no quería saberlo. Pasó

por delante de mí y luego por las escaleras, a toda velocidad, ciego y peligroso para él mismo.

No era asunto mío, pero no podía permitir que se descalabrara al caer por las escaleras. Me tiré hacia él tan fuerte como pude, intentando colocar mi hombro en su estómago y llevarle hacia atrás como en un placaje de rugby.

Hay una razón por la que cada año, en la época del instituto, acababa con cortes. Choqué contra él, pero se limitó a soltar un bufido y dar vueltas hasta la pared. Era como si no hubiera visto que me acercaba y no fuera consciente de que estaba allí. Solo miraba al vacío y no paraba de gritar; se bamboleó mientras se retiraba de la pared y salió corriendo de nuevo en dirección a las escaleras. Yo me tiré al suelo. De repente la cabeza me latía con fuerza otra vez en el mismo sitio donde el matón desconocido me había dado un golpe con un bate de béisbol la noche anterior.

Una de las ventajas de ser tan alto como soy es que tengo los brazos largos. Me estiré hacia él, alargué una mano hacia él y lo agarré con los dedos. Lo cogí por el dobladillo de los pantalones y le di a la pierna un buen tirón.

Eso hice. Él dio varias vueltas, perdió el equilibrio y cayó sobre el suelo de baldosas. Paró de gritar cuando la caída lo dejó sin aliento. Trató de escapar escaleras arriba, forcejeando sin energía y se detuvo. Los agentes pasaron lentamente hacia él, cada uno por un lado.

Y en aquel instante algo extraño ocurrió.

El joven me miró, las pupilas de sus ojos se redondearon y dilataron, hasta el punto de que llegué a pensar que se habían convertido en dos enormes monedas negras pintadas en los globos oculares inyectados en sangre. Los ojos se le pusieron en blanco y empezó a gritar con voz de alarma.

—¡Mago! —pregonó a los cuatro vientos—. ¡Mago, te veo! ¡Te veo, mago! ¡Ve las cosas que sucederán, aquellos que caminan delante y a Aquel que Camina Detrás! ¡Vienen, vienen a por ti!

—¡Jesús, María y José! —exclamó el agente más bajo y rechoncho, mientras cogían al hombre de los brazos y se lo llevaba a rastras de nuevo por el pasillo—. Yonquis, Gracias por la ayuda, amigo.

Me quedé mirándolo, lleno de asombro, y agarré al agente más alto por la manga.

—Señor, ¿qué pasa, señor? —le pregunté.

Se paró, dejando al prisionero colgando entre él y su compañero. La cabeza del detenido estaba inclinada hacia delante y todavía tenía los ojos en blanco, pero miraba hacia mí y sonreía con una mueca espantosa. La frente estaba arrugada de un modo extraño, casi como si estuviera concentrándose en mí a través de los huesos del perfil de las cejas y los lóbulos frontales de su cerebro.

—Es un yonqui —contestó el oficial más alto—, uno de esos nuevos gamberros del Tercer Ojo. Lo pillamos en el lago, dentro del coche, con casi cuatro gramos de

esa mierda. Seguro que ya había consumido algo. —Sacudió la cabeza—. ¿Estás bien?

—Sí, sí—le aseguré—. ¿El Tercer Ojo? ¿La nueva droga?

El oficial más bajo resopló.

—Es esa que se supone que les hace ver el mundo de los espíritus y todas esas gilipolleces.

El más alto asintió con la cabeza.

—Esa cosa engancha más que el crack. Gracias por la ayuda, Aunque no sabía que eras un civil. No esperaba a nadie más que a los polis aquí a estas horas del día.

—No es nada —afirmé—. Estoy bien.

—Eh —dijo el más corpulento. Me miró entrecerrando los ojos y meneó el dedo—, ¿no eres el tío ese? ¿El asesor vidente del que me habló Carmichael?

—Me atengo a la quinta enmienda —le contesté con una sonrisa falsa.

Los dos agentes se rieron y volvieron a su trabajo. Me hicieron a un lado con un empujón mientras pasaban arrastrando al detenido, que suspiraba con una vocecilla de loco a lo largo del pasillo.

—Te veo, te veo, mago. Veo a Aquel que Camina Detrás.

Volví a la silla de la sala de espera al final de la fila de cubículos y me senté. La cabeza iba a estallarme y tenía el estómago revuelto, lo que resultaba un poco desagradable.

Aquel que Camina Detrás. Nunca había visto a ese drogadicto. Nunca había estado con él. No había percibido la sutil tensión de poder en el aire a su alrededor que significaba la presencia de alguien que ejerce la magia. Entonces, ¿cómo demonios había visto la sombra de Aquel que Camina Detrás en mi estela?

Por razones que ahora no tengo tiempo de explicar, estoy marcado para siempre con los restos de la presencia de un espíritu cazador, una especie de asesino a sueldo espectral conocido como Aquel que Camina Detrás. Había superado muchos pronósticos al sobrevivir a mi enemigo, el que había invocado a Aquel que Camina Detrás y lo había enviado para que me persiguiera, pero aunque el espíritu cazador nunca me alcanzó, la marca todavía es visible para aquellos que saben usar el tercer ojo y se extiende detrás de mí como una gran sombra horrible. Era una especie de cicatriz espiritual que me recordaba aquel encontronazo.

Pero solo un mago tenía ese tipo de visión, la capacidad de sentir las auras y las manifestaciones de fenómenos mágicos. Y aquel drogata no era un mago.

Era posible que me hubiera equivocado en mi valoración inicial de la droga llamada el Tercer Ojo? ¿Podía de verdad conceder a sus consumidores esas visiones?

Me estremecí ante ese pensamiento. El tipo de cosas que se ven cuando se aprende a abrir el tercer ojo pueden ser tan hermosas como para hacerte llorar o tan horribles como para que tus peores pesadillas parezcan cosas normales y

reconfortantes. Visiones del pasado, del futuro o de la naturaleza real de las cosas. El estigma de los videntes, fantasmas inquietos, espíritus de leyendas de todo tipo, el poder escalofriante del mundo fantástico en todos sus matices brillantes y sutiles. Todo eso directo a tu cerebro: inolvidable, para siempre. Los magos aprenden rápido cómo controlar el tercer ojo, cómo mantenerlo cerrado excepto en casos de necesidad imperiosa o de lo contrario se vuelven locos a las pocas semanas.

Me eché a temblar. Si la droga era auténtica, si de veras abría el tercer ojo en los mortales en lugar de causar únicamente alucinaciones corrientes entre sus consumidores, entonces era mucho más peligrosa de lo que parecía, incluso con los efectos nocivos que había visto en el drogadicto con el que me había enfrentado. Aunque un consumidor de la droga no se volviera loco al ver cosas demasiado horribles o de otro mundo, podría ver a través de las ilusiones y los disfraces de muchas criaturas que con frecuencia caminan entre los humanos sin ser vistos, lo que podría forzarlas a ponerse a la defensiva, por miedo a ser descubiertos. Doble riesgo.

—Dresden —dijo con brusquedad—, despierta.

Parpadeé.

—No estaba dormido —dije arrastrando las palabras—. Solo descansaba los ojos. Resopló.

—Ahórratelo, Harry. —Y me puso un vaso de espuma de polietileno entre las manos.

Me había preparado un café y le había echado un montón de azúcar, justo como me gusta, y aunque estaba un poco rancio, olía estupendamente.

—Eres un ángel —murmuré. Tomé un sorbo y señalé con la cabeza la fila de cubículos—. Es mejor que te cuente esto en tu despacho.

Pude sentir sus ojos sobre mí mientras bebía.

—Muy bien —asintió—, vamos. El café son cincuenta centavos, Harry.

La seguí hasta su despacho. Era algo montado a toda prisa con paredes baratas de contrachapado y una puerta que no estaba demasiado recta. La puerta tenía pegada con cinta adhesiva una nota de papel, donde había unas letras cuidadosamente escritas con un bolígrafo indeleble, donde se podía leer «TENIENTE KARRIN MURPHY». Había un rectángulo de madera más clara donde una vez hubo una placa con otro nombre de un policía desafortunado. Que no se preocuparan de colocar una placa nueva era una forma no muy discreto de recordar lo precario de la posición del director de investigaciones especiales.

Los muebles de su despacho, todo el espacio interior, de hecho, contrastaba con el exterior de la oficina. Su escritorio y la silla, oscuros y nuevos, eran de líneas elegantes. Su ordenador estaba siempre encendido, a la izquierda de su izquierda. Un tablón de anuncios cubría la mayor parte de una pared pequeña, donde organizaba con esmero los casos actuales. El título universitario, los trofeos de aikido y sus

premios como tiradora estaban todos colgados en la pared justo a la derecha nada más entrar en el despacho y al lado de tu cara si estabas de pie delante de su escritorio o sentado en una silla enfrente de él. Esa era Murphy: organizada, directa, decidida y solo un poquito agresiva.

—Espera —me ordenó.

Me detuve fuera del despacho, como siempre hacía, mientras ella entraba y apagaba la electricidad, desenchufaba el ordenador y la pequeña radio que había sobre su mesa. Murphy está acostumbrada a los desastres que ocurren cuando estoy cerca de los aparatos. Cuando acabó, entré.

Me senté y seguí tomándome el café. Ella se deslizó hasta el borde de la mesa, mirándome con menosprecio, entrecerrando sus ojos azules. No iba vestida menos informal en sábado que en un día laborable: pantalones negros, una blusa oscura que resaltaba con su pelo rubio y un collar y unos pendientes de plata. Muy elegante. Me entró la depresión al recordar que iba con mi chándal arrugado y una camiseta, un abrigo negro y el pelo despeinado.

—Muy bien, Harry —dijo—, ¿qué tienes para mí?

Tomé un último sorbo de café, reprimí un bostezo y dejé el vaso sobre su escritorio. Mientras ella colocaba un posavasos debajo, empecé a hablar.

—Estuve despierto toda la noche trabajando en ello —dije con voz calmada—. He pasado un montón de tiempo intentando saber cómo funciona el hechizo y cuanto más me acerco, me doy cuenta de que es casi imposible hacérselo a una persona y no digamos a dos a la vez.

Me fulminó con la mirada.

—No me digas que es casi imposible. Tengo dos cadáveres que dicen lo contrario.

—¡No te sulfures! —le gruñí—. Solo estoy empezando. Tienes que entender todo si quieres entender algo.

Su mirada desafiante se intensificó. Puso las manos en el borde del escritorio y dijo en un tono aceptable e infalible:

—Muy bien, ¿por qué no me lo explicas?

Me froté los ojos de nuevo.

—Mira, quienquiera que hiciese esto, lo hizo a través de un hechizo taumatúrgico. De eso estoy segurísimo. Él o ella usó pelo, uñas o algo de Tommy Tomm y Jennifer Stanton para crear un vínculo con ellos. Después, destrozó un corazón simbólico de algún muñeco de ritual o un animal sacrificado y usó una tremenda cantidad de energía para que les ocurriera lo mismo a las víctimas.

—Eso no me dice nada nuevo, Harry.

—Ya voy, ya voy —dije—. La cantidad de energía necesaria para conseguir esto es impresionante. Sería mucho más fácil provocar un pequeño terremoto que influir en un ser viviente de esa manera. En el mejor de los casos, yo mismo podría

hacérselo a alguien que me hubiera cabreado muy mucho.

—¿Te estás señalando como sospechoso? —La boca de Murphy se torció en la comisura.

Resoplé.

—Digo que soy lo bastante fuerte para hacérselo a una persona. Creo que me mataría si intentara hacérselo a dos.

—¿Me estás diciendo que una especie de mago tipo Arnold Schwarzenegger es el responsable?

Me encogí de hombros.

—Puede, supongo. Es más probable que alguien muy bueno lo haya conseguido. El poder puro no determina todo lo que puedes hacer con la magia. También es importante la concentración. Cuanto mejor sea la tuya, mejor dirigirás tu poder hacia un lugar al mismo tiempo y más cosas lograrás. Es algo así como cuando ves a uno de esos maestros chinos de artes marciales que hacen pedazos un tronco con sus manos. No podría levantar por encima de su cabeza un cachorro con sus manos, pero sí puede enfocar la fuerza que tiene para conseguir efectos asombrosos.

Murphy le echó un vistazo a sus trofeos de aikido y asintió con la cabeza.

—Vale —dijo—, eso puedo entenderlo, creo. Entonces estamos buscando un mago a lo señor Miyagi.

—O quizá —apunté mientras alzaba el dedo— más de un mago trabajó en esto al mismo tiempo. Unieron sus poderes y los usaron a la vez. —El martilleo de la cabeza junto con el estómago revuelto y la cafeína, me estaba atontando—. Trabajo en equipo, trabajo en equipo, eso es importante.

—Asesinos múltiples —dijo Murphy arrastrando las palabras—. No tengo a uno y ahora me dices que quizá sean quince.

—Trece —la corregí—. No se pueden utilizar más de trece. Pero no creo que lo hayan hecho así, es un coñazo. Todos los del círculo deben estar comprometidos con el hechizo, no deben tener dudas ni reservas; y tienen que confiar los unos en los otros de manera incondicional. No se ven ese tipo de cosas en los grupos de asesinos típicos. Es algo que simplemente no pasa, excepto en los casos de fanatismo. Un culto o una organización política.

—Un culto —repitió Murphy. Se restregó los ojos—. El Arcano va a hacer su agosto como esto salga a la luz. Así que después de todo, Bianca está relacionada con el asunto. Seguro que tiene bastantes enemigos por ahí capaces de hacer esto y a los que ha provocado lo suficiente como para que les entren ganas de deshacerse de ella.

Sacudí la cabeza. El dolor cada vez era mayor, más insoportable, pero las piezas iban encajando.

—No, te estás equivocando. El asesino no eliminó a la puta y a Tommy Tonn para llegar hasta Bianca.

—¿Cómo lo sabes?

—Fui a verla —contesté.

—¡Joder, Harry!

No reaccioné ante su enfado.

—Sabes que no iba a hablar contigo, Murph. Es un monstruo a la vieja usanza. No coopera con las autoridades.

—¿Pero es que habló contigo? —me preguntó Murphy.

—Se lo pedí por favor.

—Te partiría la cara si no estuvieras ya hecho una mierda —me regañó—. ¿Qué averiguaste?

—Bianca no sabía nada. No tenía ni idea de quién podía haber sido. Estaba nerviosa, asustada.

No mencioné que había estado tan asustada que por poco me mata.

—Así que alguien envía un mensaje, pero ¿no es para Bianca?

—Para Johnny Marccone —confirmé.

—Una guerra entre bandas callejeras —dijo Murphy—, y ahora el equipo también trae brujería y todo. Los hechizos mágicos de un mafioso. ¡Dios santo!

Repiqueteó con los tacones en el borde de la mesa.

—Una guerra entre bandas. Los proveedores del Tercer Ojo contra los de estupefacientes convencionales, ¿no?

Se me quedó mirando durante un rato.

—Sí —contestó Murphy—. Sí, eso es. ¿Cómo lo sabías? Se lo hemos ocultado a la prensa.

—Me topé con un tío que iba colocado, fuera de sí, con el Tercer Ojo. Algo que dijo me hizo pensar que no se trataba de un montón de mierda. Es de verdad. Y hay que ser un mago muy, muy cabrón para fabricar tanta cantidad de esa droga.

Los ojos azules de Murphy brillaron.

—Entonces, quien sea el que está abasteciendo las calles con el Tercer Ojo...

—... es el que mató a Jennifer Stanton y Tommy Tamm. Estoy segurísimo. Tiene toda la pinta.

—Me inclino a pensar lo mismo que tú —afirmó Murphy asintiendo con la cabeza—. Muy bien, ¿cuánta gente conoces que pueda dominar el hechizo asesino?

—Por Dios, Murphy —me quejé—, no me puedes pedir que te facilite una lista de nombres de personas para que los arrastres hasta la comisaría y los interrogues.

Se inclinó hacia mí con sus feroces ojos azules.

—Te equivocas, Harry, sí que te lo puedo pedir. Te puedo decir que me los des. Y si te niegas, puedo llevarte a los tribunales por obstrucción y complicidad tan rápido que te marearás.

—Ya estoy mareado —le contesté. Se me escapó una risa tonta. La cabeza me

palpitaba, pum, pum, pum—. Tú no harías eso, Murph. Te conozco. Sabes muy bien que si tuviera algo que te sirviera, te lo daría. Si quieres que siga con la investigación, dame la oportunidad de...

—No, Harry —dijo con voz rotunda—. No más oportunidades. Ya estoy bastante con el agua al cuello como para que me lo pongas aún más difícil. Estás herido y no me vengas con que te has caído por las escaleras, no quiero tener que despegarte del suelo. Quienquiera que le hizo aquello a Tommy Tomm se va a poner desagradable cuando vea a alguien fisgoneando y además, no es tu trabajo. Es el mío.

—¡Haz lo que quieras! —le dije—. Eres tú la que tienes una fecha límite.

Se puso pálida y sus ojos refulgieron de rabia.

—Eres un cabrón de mierda, Harry.

Tenía la intención de contestarle, de veras, pero mi cráneo estaba suelto y tembloroso sobre mi cuello y todo daba vueltas a mi alrededor; era como si la silla se bamboleara sobre sus patas traseras y girara peligrosamente. Pensé que a lo mejor era más seguro deslizarme hasta el suelo, con la flexibilidad de una serpiente. Sentí las baldosas finas y frescas bajo mis mejillas, era reconfortante. Mi cabeza siguió con el bum bum bum durante todo el recorrido hasta el suelo y estropeó lo que de lo contrario podría haber sido un sueñecito.

Capítulo 12

Me desperté en el suelo del despacho de Murphy. Según el reloj de la pared habían pasado 20 minutos. Tenía algo blando debajo de la cabeza y los pies apoyados sobre un montón de guías telefónicas. Murphy estaba apretando un trapo frío contra mi frente y mi garganta.

Me encontraba fatal. Estaba agotado, con el cuerpo dolorido, sentía náuseas y tenía la cabeza a punto de estallar. No quería hacer nada más que acurrucarme y gimotear hasta dormirme. Como no iba a olvidar nunca aquello, hice un chiste.

—¿Tienes un vestidito blanco? He tenido la típica fantasía de la enfermera contigo, Murphy.

—No esperaba menos de un perverso como tú. ¿Quién te ha dado un golpe en la cabeza? —me preguntó.

—Nadie —farfullé—. Me caí por las escaleras de mi casa.

—Y una mierda, Harry —dijo con voz severa, aunque sus manos no eran por ello menos dulces con el trapo frío—. Has estado dando vueltas a este caso, por eso tienes ese chichón en la cabeza, ¿no?

Empecé a protestar.

—Mira, ahórratelo —dijo dejando salir el aire—. Sino tuvieras ya una conmoción cerebral, te metería en mi coche y atravesaríamos la ciudad. —Levantó dos dedos—. ¿Cuántos dedos hay aquí?

—Cincuenta —dije y alcé dos dedos—. No es una conmoción cerebral, solo un golpecito en la cabeza. Me pondré bien. —Empecé a incorporarme. Tenía que ir a casa y dormir un poco.

Murphy colocó su mano en mi nuca y me empujó hacia atrás sobre la almohada debajo de mi cabeza, que era, por lo que parecía, su chaqueta, ya que no la llevaba puesta.

—Quédate tumbado —gruñó—, ¿cómo has llegado hasta aquí? Espero que no fuera en ese cacharro.

—El Escarabajo está resurgiendo de sus cenizas —le conté—, tengo un coche prestado. Mira, me pondré bien. Déjame marcharme de aquí y me iré a casa a dormir un rato.

—No estás en condiciones de conducir —me advirtió Murphy—. Eres un peligro público. Tendría que arrestarme yo misma si te dejara al volante en tu estado.

—Murph —dije enfadado—, a menos que me pagues ahora lo que me debes, no puedo permitirme llamar un taxi.

—Ni lo sueñes, Harry —dijo Murphy—. Y no gastes saliva, yo te llevaré a casa.

—No necesito... —empecé a decir, pero se levantó y se fue airada de su despacho.

Una estupidez, pensé. Una tontería. Era perfectamente capaz de moverme yo

solo. Así que me senté e intenté ponerme de pie.

Sí, al menos lo intenté. En realidad lo único que hice fue incorporarme a medias y luego vomitar.

Murphy volvió y me encontró acurrucado a un lado; su despacho apestaba donde había devuelto. Para variar, no dijo nada, solo se arrodilló a mi lado, me limpió la boca y me puso otro paño frío detrás de la nuca.

Recuerdo que me ayudó a salir hasta su coche. Me acuerdo de pequeños fragmentos del viaje de regreso a mi apartamento. Recuerdo que le di las llaves del coche prestado y murmuré algo sobre Mike y el conductor de la grúa.

Pero sobre todo recuerdo el modo en que su mano rozó la mía, fría, sus dedos suaves, pequeños en comparación con mis dedos fuertes y torpones. Me estuvo regañando y amenazando durante todo el camino de regreso a casa, creo; aunque sí me acuerdo de la manera en que me agarraba la mano, como si quisiera asegurarse de que yo todavía estaba allí o asegurarme a mí de que continuaba a mi lado, de que no iba a irse a ningún sitio.

Existe una razón por la que me aventuré a ayudar a Murphy: es buena gente, una de las mejores.

Llegamos a mi casa en algún momento antes del mediodía. Murphy me ayudó a bajar las escaleras y abrió la puerta por mí. Mister salió a su encuentro corriendo y se le arrojó contra las piernas a modo de saludo. Quizá al ser bajita tiene más ventaja o algo así, ya que no se tambaleó cuando Mister chocó contra ella. O puede que fuera por el aikido.

—¡Por Dios, Harry! —refunfuñó—. Esto es está muy oscuro.

Le dio al interruptor, pero las bombillas se habían fundido la semana anterior y no tenía dinero suficiente para cambiarlas. Me sentó en el sofá y encendió unas velas lejos de las brasas encendidas de la chimenea.

—Muy bien —dijo—, te voy a meter en la cama.

—Si insistes...

Sonó el teléfono. Lo tenía al alcance de la mano, así que descolgué.

—Dresden —mascullé.

—Señor Dresden, soy Linda. Linda Randall. ¿Se acuerda de mí?

¡Eh! ¿Se acuerdan los hombres de la escena de la película en que Marilyn Monroe se queda de pie encima de la rejilla del metro? Me encontré a mí mismo recordando los ojos de Linda Randall y pensando cosas que un caballero no debería pensar.

—¿Estás desnuda? —le pregunté. Tardé un minuto en darme cuenta de lo que había dicho. *Ups*.

Murphy me lanzó una mirada pícara. Se levantó, entró mi habitación y se puso a estirar la colcha para darme un mínimo de intimidad. Me sentí animado. Mi lapsus me había sacado de encima a Murphy mejor que cualquier mentira que me hubiera

inventado. A lo mejor el hecho de estar grogui no tenía por qué ser tan malo.

Linda susurró una risa al auricular.

—Estoy en el coche ahora mismo. Quizá más tarde. Mira, se me han ocurrido un par de cosas que pueden ayudarle. ¿Puede quedar conmigo esta noche?

Me froté los ojos. Era sábado. Esta noche era sábado por la noche. ¿No se suponía que tenía que hacer algo esta noche?

A la mierda, pensé. No sería tan importante si no podía recordarlo.

—Sí —le contesté—, vale.

Se oyó un *mmm* al teléfono.

—Es todo un caballero. Me gusta encontrarme a uno de vez en cuando. Salgo a las siete, ¿le va bien? ¿Quiere que quedemos? ¿Sobre las ocho?

—Mi coche ha explotado —dije con la boca pastosa—. Podemos quedar en el 7-Eleven que hay en mi calle, un poco más abajo de mí casa.

De nuevo soltó aquella gran carcajada en mi oído.

—Se me ocurre una idea; deme una hora más o así para ir a casa, darme un agradable baño caliente, ponerme guapa y después seré toda suya. ¿Le parece bien?

—Bueno, vale.

Se rió otra vez y no se despidió antes de cortar.

En cuanto colgué el teléfono, Murphy volvió a aparecer.

—No me digas que acabas de quedar, Dresden.

—Estás celosa.

Murphy gruñó.

—Por favor, para ser feliz necesito que un hombre me dé más de lo que tú puedes ofrecer. —Pasó un brazo por debajo de mí para ayudarme a levantarme—. Te romperás como una ramita seca. Sería mejor que te quedaras en cama antes de que te lleses más desilusiones.

Puse una mano sobre su hombro para apartarla. No empujé con fuerza, pero retrocedió frunciendo el entrecejo.

—¿Qué?

—Hay algo... —dije.

Me restregué los ojos. Había algo que me carcomía por dentro. Me estaba olvidando de algo, estaba seguro. Era algo que había dicho que haría el sábado. Me esforcé por no pensar en la guerra por las drogas y la gente que se volvía loca por las visiones que les proporcionaba el Tercer Ojo e intenté concentrarme.

No tardé mucho en darme cuenta. Mónica. Le había dicho que contactaría con ella. Busqué en los bolsillos de mi abrigo hasta que encontré mi bloc y lo saqué. Lo abrí y le hice unas señas a Murphy.

—Una vela. Tengo que leer esto.

—Dios, Dresden. Te juro que eres al menos tan desagradable como mi primer

marido. También era lo bastante tozudo como para acabar consigo mismo —suspiró.

Me acercó la vela. La luz me lastimó los ojos durante un momento. Distinguí el número de Mónica y lo marqué.

—¿Hola? —contestó una voz de niño pequeño.

—Hola —saludé—. Querría hablar con Mónica, por favor.

—¿Quién es?

Recordé que estaba trabajando para ella a escondidas y respondí:

—Un primo lejano, Harry, de Vermont.

—Vale —dijo el niño—. Espere.

Luego se puso a gritar sin bajar el micrófono del teléfono de la boca:

—¡Mamá! ¡Te llama tu primo Harry de Vermont, es una conferencia!

Críos, no puedes evitar quererlos. Me encantan los niños. Con un poco de sal y un chorrito de limón están buenísimos.

Esperé a que los fuertes latidos de mi cabeza acabaran en una simple agonía mientras el niño dejaba caer el teléfono y se iba corriendo sobre un suelo de maderas nobles.

Un minuto más tarde, se oyó un ruido en el teléfono que indicaba que alguien lo estaba recogiendo.

—Ummm, ¿hola? —dijo la voz de Mónica, calmada, aunque con un toque de nerviosismo en su voz.

—Soy Harry Dresden —anuncié—. Solo quería llamarla para hacerle saber qué es lo que he descubierto...

—Lo siento —me interrumpió—, no, mmm,..., no necesito nada de eso.

Parpadeé.

—Eh, ¿Mónica Sells? —Comprobé su número de teléfono.

—Sí, sí —dijo apresurada, impaciente—. No necesitamos ayuda, gracias.

—¿He llamado en mal momento?

—No. No es eso. Solo es que quiero cancelar el pedido, suspender el servicio. No se preocupe por mí. —Tenía una voz extraña, como si estuviera forzándola, intentando aparentar que era un ama de casa llena de alegría.

—¿Cancelar? ¿Ya no quiere que siga buscando a su marido? Pero señora, el dinero...

El teléfono empezó a zumbar y las interferencias hicieron que apenas se oyera nada. Creí distinguir una voz de fondo, por ahí, y luego ya no se oyó nada más excepto las interferencias. Durante un rato, pensé que había perdido toda conexión. ¡Malditos teléfonos! No se puede confiar en ellos. Normalmente se estropea mi aparato y no el receptor de mi interlocutor. Ni siquiera puedes confiar en que te fastidien de forma fiable.

—¿Hola? ¿Hola? —dije, enfadado y malhumorado.

La voz de Mónica volvió:

—No se preocupe por eso. Muchísimas gracias por su ayuda. ¡Que le vaya bien! Adiós y gracias.

Y entonces me colgó el teléfono. Despegué el oído del auricular y me lo quedé mirando.

—¡Qué extraño! —exclamé.

—Venga, Harry —dijo Murphy.

Me quitó el auricular de las manos y colgó el teléfono con firmeza,

—¡Jo, mamá, todavía no es de noche!

Hice aquel chiste malo para tratar de pensar en algo aparte de lo mucho que me dolería la cabeza cuando Murphy me ayudara a levantarme. Y efectivamente, me dolió. Entramos con dificultad a la habitación y cuando me tumbé sobre las sábanas frescas estuve seguro de que me quedaría allí para siempre.

Murphy me tomó la temperatura, me palpó el cuero cabelludo con los dedos, con cuidado alrededor del chichón en la parte de atrás de mi cráneo. Alumbró mis ojos con una linterna de bolsillo, lo que no me gustó nada. También me trajo un vaso de agua, que si me gustó, y me hizo tragar un par de aspirinas o Tylenol o algo así.

Solo recuerdo un par de cosas más de aquella mañana. Una fue Murphy quitándome la camisa, las botas y los calcetines; luego, se inclinó para besarme la frente y despeinarme el pelo. Después me tapó con las mantas y apagó la luz. Mister subió a la cama y se tumbó entre mis piernas ronroneando, reconfortante, como el motorcillo de un diesel.

Lo segundo que recuerdo fue que el teléfono volvió a sonar. Murphy estaba a punto de marcharse, tenía las llaves del coche haciendo ruido en su mano, cuando oí que se daba la vuelta para contestar.

—Residencia de Harry Dresden.

Hubo un silencio.

—¿Hola? —dijo Murphy.

Tras una larga pausa, Murphy apareció en la puerta, como una pequeña sombra que me miraba.

—Se han equivocado. Descansa un poco, Harry.

—Gracias, Karrin.

Le sonreí o lo intenté. Debía de tener una pinta horrible. Me devolvió la sonrisa y estoy seguro de que la suya fue mucho más bonita que la mía.

Luego se marchó. El apartamento se quedó oscuro y tranquilo. Mister continuó haciendo aquel ruidito con dulzura en la oscuridad.

Seguía fastidiándome, incluso mientras me quedaba dormido. ¿Qué había olvidado? Y otra pregunta menos acertada, ¿quién había llamado que no había querido hablar con Murphy? ¿Había intentado Mónica Sells volver a llamarme? ¿Por

qué quería que dejara el caso y que me quedara con el dinero?

Estuve reflexionando sobre esto, sobre bates de béisbol y otros asuntos hasta que el ronroneo de Mister me hizo dormir.

Capítulo 13

Me desperté cuando un trueno hizo vibrar la casa antigua que había sobre mi cabeza.

Ya era completamente de noche, aunque no tenía ni idea de la hora que era. Permanecí tumbado en la cama durante un rato, confundido y un poco mareado. Tenía las piernas calientes por un lado, donde Mister debía de haber estado hasta hacía unos instantes, aunque no había rastro del gran gato gris. Le asustaban las tormentas eléctricas.

Estaba lloviendo a cántaros. Se oía en la calle y sobre el viejo edificio que había encima de mí, que crujía y se balanceaba en las tormentas de primavera. El viento doblaba ligeramente las vigas, a las que la edad había dado la suficiente sabiduría como para ceder un poco en vez de oponer resistencia hasta romperse. Puede que yo debiera aprender algo de eso.

Me rugían las tripas. Me levanté de la cama, un poco tambaleante, y hurgué entre mis cosas en busca de mi bata. No podía encontrarla a oscuras, pero me encontré con mi guardapolvo donde Murphy lo había dejado, sobre una silla, bien doblado. Encima había un poco de dinero junto con una servilleta que llevaba escritas estas palabras: «Me lo devolverás. Murphy.» Miré el dinero con el ceño fruncido e intenté ignorar el ramalazo de gratitud que sentía. Cogí mi abrigo y me lo puse por encima del pecho descubierto. Después caminé descalzo hasta el salón.

Volvió a retumbar un trueno, que bramó en el exterior. Yo siento las tormentas de un modo que mucha gente no puede y que sacaría de quicio a la mayoría de los que sí. Allí arriba había energía en estado puro latiendo a través de las nubes. Sentí el agua de la lluvia, el aire en movimiento que empujaba las gotitas en ráfagas contra las paredes de la casa bajo la que vivía. Podía sentir, mientras esperaba, el fuego del rayo mortal que saltaba de nube en nube, allá arriba, buscando un camino de menor resistencia para llegar a la paciente y eterna tierra que sufre el ataque de la tormenta. Los cuatro elementos interactuaban y se movían, mientras la energía pasaba rápido de un lado a otro en todas sus formas. Las tormentas tienen muchas cosas de las que un brujo se puede aprovechar si está muy desesperado o es tan estúpido como para hacerlo. Hay mucha energía para usar allá arriba, donde las fuerzas de la antigua naturaleza se pelean y retozan.

Fruncí el entrecejo mientras pensaba sobre eso. No se me había ocurrido antes. ¿Había habido tormenta el miércoles por la noche? Sí. Recordé que me desperté por los truenos un momento antes de que amaneciera. ¿Se había aprovechado nuestro asesino de ella para alimentar sus hechizos? Puede. Se tenía que investigar. Ese tipo de magia era a menudo bastante inestable o volátil para usarla de un modo tan cuidadosamente dirigido.

Hubo otro relámpago y conté hasta tres o cuatro antes de que el estruendo del trueno llegara a mí. Si el asesino estaba usando las tormentas, tenía sentido que, en caso de que pensara atacar de nuevo, lo hiciera aquella noche. Me estremecí.

Me sonaron las tripas y mi atención se centró en asuntos más banales. Tenía la cabeza un poco mejor y ya no estaba mareado, pero eso sí, mi estómago estaba rabioso. Al igual que muchos hombres altos y flacuchos como sin parar, pero no sé por qué, la energía se acaba agotando. Arrastrando los pies, me dirigí hacia la cocina y empecé a preparar la parrilla.

—¿Mister? —lo llamé—. ¿Tienes hambre, amigo? Voy a freír unas hamburguesas, mmm, mmm, mmm.

Hubo otro relámpago, más cerca esta vez, seguido muy de cerca por un trueno. El destello fue lo bastante fuerte como para atravesar mis ventanas medio hundidas y hacer que yo pusiera una mueca de dolor ante dicha intensidad. Pero gracias al rayo de luz vi dónde estaba Mister.

El gato estaba encima de la estantería, arriba del todo, en el último rincón del piso, lo más lejos posible de la puerta principal. La estaba mirando con sus ojos luminosos medio a oscuras y aunque tenía la mirada holgazana de cualquier felino, las orejas estaban inclinadas hacia delante y tenía la vista centrada y firme sobre la puerta. Si hubiese tenido cola, la habría movido.

Entonces alguien llamó.

Quizá era la tormenta que me había puesto nervioso, pero puse alerta todos mis sentidos y busqué cualquier amenaza que pudiera haber ahí fuera. La tormenta lo arruinaba todo y aquel escándalo, tanto físico como espiritual, hacía que no fuera capaz averiguar nada más aparte de que había alguien al otro lado de la puerta.

Palpé el bolsillo de mi abrigo en busca de la pistola, pero recordé que la otra noche la había dejado en el laboratorio y no la había llevado conmigo a la comisaría. La policía no recibe demasiado bien a nadie que lleven armas de fuego dentro de la comisaría, salvo que sean otros policías, no sé por qué. En cualquier caso, ya no la tenía a mano.

Y entonces me acordé de que se suponía que Linda Randall iba a aparecer de un momento a otro. Me reproché el hecho de haberme asustado con tanta facilidad y de nuevo, por haber dormido tanto y otra vez, por oler y tener la pinta de no haberme duchado en un par de días ni haberme peinado o afeitado o cualquier cosa que me hubiera hecho un poquito menos desagradable. Bueno, tenía la sensación de que a Linda esas cosas no le importaban demasiado. Puede que le gustase el *eau des hommes*.

Caminé hasta la puerta y la abrí. Me alisé el pelo echando la mano hacia atrás e intenté quitar la sonrisa avergonzada de mi cara.

Fuera, bajo la lluvia, esperaba Susan Rodríguez con un paraguas negro. Llevaba

una gabardina impermeable de color caqui y debajo un traje negro caro y zapatos de tacón. Unas perlas brillaban en su cuello y sus orejas. Parpadeó al verme aparecer por la puerta.

—¿Harry?

Me quedé mirándola. ¡Oh, Dios mío! Había olvidado mi cita con Susan. ¿Cómo demonios había olvidado eso? Vale, gracias al Consejo Blanco, la policía, los vampiros, las conmociones cerebrales, los drogadictos, los capos de la mafia y los matones con bates de béisbol...

Sí. Puede que no existiera ninguna mujer tan increíble que me hiciera seguir pensando en ella después de todo aquello. Pero de todas maneras, me parecía que era un poco grosero por mi parte.

—Hola, Susan —dije de forma poco convincente.

La miré detenidamente de pasada. ¿Cuándo había dicho Susan que iba a aparecer? ¿A las nueve? ¿Y qué dijo Linda, a las ocho? No, espera. Al principio dijo a las ocho en punto y luego me comentó que tardaría una hora más. A las nueve. ¡Vaya tela! Esto no pintaba muy bien.

Susan me leyó como un libro abierto y miró tras de sí a través de la lluvia, antes de volverse de nuevo hacia mí.

—¿Estás esperando a alguien, Harry?

—No exactamente —le contesté—. Ah, bueno, quizá. Bueno, entra. Te estás empapando.

Lo que no era cierto, pues el que se estaba empapando era yo. Tenía los pies descalzos calados hasta los huesos, allí de pie con la puerta abierta y bajo la lluvia que el viento introducía en las escaleras.

La boca de Susan esbozó una sonrisita maliciosa y depredadora. Entonces entró, recogió su paraguas y me rozó al pasar.

—¿Este es tu piso?

—¡No, qué va! —le contesté—. Esta es la casa de verano en Zúrich.

Me miró mientras cerraba la puerta, le cogí el abrigo y lo colgué en un viejo y alto perchero de madera que había en la entrada.

Susan se apartó de mí mientras le colgaba el abrigo. El vestido mostraba su espalda y la larga línea curva de su columna que bajaba hasta la cintura. Tenía una forma bastante atrevida y mangas largas y ceñidas. Me gustaba. Mucho. Me dejó ver su espalda durante un rato mientras se alejaba de mí, en dirección a la chimenea, entonces se volvió lentamente hacia mí, sonriendo, y apoyó una suave cadera sobre el sofá. Llevaba el pelo oscuro recogido en la parte superior de la cabeza, lo que resaltaba un cuello largo y esbelto; su piel era un anuncio de algo suave y maravilloso. Los labios se torcieron en las comisuras y entrecerró aquellos ojos oscuros y centelleantes.

—¿La policía te hace trabajar horas extras, Harry? —dijo arrastrando las palabras—. Los asesinatos deben de ser sensacionales. Un criminal muy importante que mata con la magia. ¿Te molestaría hacer una declaración?

Me estremecí. Todavía estaba buscando un punto de vista para el *Arcano*.

—Sí —le contesté.

Se le abrieron los ojos de asombro.

—Necesito una ducha —dije—, ahora vuelvo. Mister, échale un ojo a la señora, ¿eh?

Susan puso los ojos en blanco y se volvió para estudiar al gato que ocupaba la estantería. Por su parte, Mister sacudió una oreja y siguió mirando fijamente a la puerta.

En el cielo retumbaron más truenos.

Encendí unas cuantas velas para ella y me llevé una al baño. *Piensa, Harry. Despierta y aclara tu mente. ¿Qué vas a hacer?*

Limpíate, me dije. Hueles a caballo. Échate un poco de agua fría por la cabeza y arregla esto. Linda Randall va a llegar de un momento a otro y tienes que evitar que Susan meta las narices en los asesinatos.

Después de aconsejarme y llegar a un acuerdo conmigo mismo, me desnudé deprisa y me metí en la ducha. No uso calentador y por lo tanto, estoy más que acostumbrado a las duchas frías. En realidad, dada la frecuencia con la que yo, y los magos en general, tenemos citas con mujeres reales, puede que sea lo mejor.

Me estaba enjabonando con el champú cuando los rayos empeoraron, los truenos descargaron con más fuerza y la lluvia arreció. La cumbre de la tormenta alcanzó la vieja casa y le dio de lleno. No se veía nada en la claridad de las violentas descargas eléctricas. Era casi imposible oír nada más que los truenos. Pero percibí por el rabillo del ojo un titileo, una sombra que se movía a través de la ventana hundida (cubierta por modestas cortinas) en el baño. Alguien se dirigía hacia las escaleras que daban a mi casa.

¿He mencionado que nunca he tenido mucho éxito con las mujeres? Las noches como esta son una razón. Me dejé llevar por el pánico, mucho. Salté de la ducha, con la cabeza toda llena de espuma, me enrollé una toalla alrededor de la cintura y salí al salón.

No podía dejar que Linda llegara a la puerta y que Susan la recibiera. Se pelearían como dos gatas y yo sería el que recibiría todos los arañazos y mordiscos.

Doblé la esquina de mi habitación hacia el salón y vi que Susan iba a agarrar el pomo de la puerta. Hubo otro relámpago y el trueno impidió que oyera el *clic-clac*. Aunque oí otra cosa, un chisporroteo y unos gruñidos, mientras Mister se levantaba, con el lomo arqueado y todo el pelo erizado; estaba enseñando los dientes y los ojos, que ya no estaban adormilados, se clavaron en la puerta.

Un trueno se oyó después de que Susan entornara la puerta. Pude verle la cara de perfil. Tenía una mano en la cadera y había una sorprendente y peligrosa sonrisita en su bonita boca.

Mientras se abría la puerta, lo percibí: era la nube de energías que acompaña a un espíritu cuando entra en el mundo mortal, oculta hasta aquel momento por el ruido de fondo de la tormenta. Había una figura en la entrada, bastante baja y rechoncha. Medía menos de un metro cincuenta de altura e iba vestido con un impermeable sencillo de color marrón, iluminado por el rayo azul de encima de nuestras cabezas. Algo no cuadraba en aquella forma, algo que no era parte de la vieja madre Tierra. Giró la «cabeza» para mirarme y de repente estallaron dos puntos de fuego, tan azules como los relámpagos del cielo, e iluminaron las curvas e inhumanas curvas de su cara, parecida a la de un sapo grande y verrugoso.

A tan solo dos pasos de distancia, Susan vio bien los ojos y la cara del demonio y gritó.

—¡Susan! —chillé, casi ya en el sofá—. ¡Apártate!

Me tiré al suelo detrás del sofá y caí con un fuerte golpe contra el suelo que me dio en todas las costillas.

Las fauces del demonio se abrieron con un silbido silencioso y su garganta se estrechó de forma extraña al ver que yo desaparecía tras el sofá. Se oyó un sonido sibilante y una parte del sofá del tamaño de un corazón se desvaneció en una nube de neblina y hedor nauseabundo. Unas gotitas de líquido salpicaron el suelo a mi lado y allí donde lo tocaron aparecieron unos agujeritos que corroyeron el suelo a los dos segundos. Me alejé rodando del sofá y del ácido del demonio.

—¡Susan! —grité—. ¡Retrocede hacia la cocina! ¡No te quedes en medio!

—¿Qué es? —gritó detrás de mí.

—Uno de los malos.

Levanté la cabeza y miré detenidamente a través del humeante agujero del sofá, preparado para volverme a esconder de un momento a otro. El demonio, achaparrado y más corpulento que un humano, estaba de pie en la puerta, apuntando con las dos manos de largos dedos y yemas acolchadas hacia delante, hacia el interior de la casa. Se detuvo como si se apoyara contra una pantalla de luz.

—¿Por qué no entra? —preguntó Susan desde la otra punta, cerca de la puerta.

Tenía la espalda contra la pared y los ojos, muy abiertos de terror. *Dios mío, pensé, no te me desmayes ahora, Susan.*

—Las leyes de la casa —le contesté—. No es una criatura mortal. Tiene que reunir energía para atravesar la barrera que hay alrededor de una casa.

—¿Puede llegar a entrar? —me preguntó. Su voz era aflautada.

Estaba haciendo preguntas, recopilando información, datos, recurriendo a los instintos arraigados de su carrera, porque supuse que su cerebro había sufrido un

cortocircuito. Les suele ocurrir a las personas que ven por primera vez a un demonio tan de cerca.

Corrí hacia ella, la agarré del brazo y la arrastré hasta la puerta que iba a dar al laboratorio.

—Quédate ahí abajo —le ordené mientras abría la puerta bruscamente y dejaba a la vista la escalera plegable.

—Está oscuro —protestó Susan—. ¡Ay, Dios! —Pestañeó con la mirada clavada en mi cintura—. ¿Harry, por qué estás desnudo?

Bajé la mirada y me ruboricé. Se me debía de haber caído la toalla mientras estaba por ahí danzando. Al mirar hacia abajo, la espuma del champú que todavía me quedaba en el pelo cayó como un reguero sobre los ojos, que empezaron a escocerme.

Se oyó un ruido como si se rompiera la puerta y el demonio con aspecto de sapo entró a trompicones. Ya estaba en mi casa. Los rayos todavía seguían danzando en el cielo, detrás de aquella cosa y mientras se acercaba a mí solo pude ver un perfil feo y jorobado y la luz eléctrica de sus grandes ojos redondos y saltones. Su garganta estaba haciendo pequeños movimientos ondulantes.

—¡Mierda! —dije. Soy bastante elocuente en situaciones de crisis.

Empujé a Susan hacia las escaleras y me puse de cara al monstruo, con las yemas de los pulgares juntas, los dedos estirados y las palmas extendidas hacia él.

La boca del demonio se abrió de nuevo con un ruido de goteo de babas.

—*¡Vento Riflittum!* —Con aquel grito, di una forma tangible a mi miedo y ansiedad y los eché de mi cabeza a punto de estallar, a través de los hombros y los brazos, directo al enemigo. Un glóbulo de ácido demoníaco salió a toda velocidad hacia mi cara.

Con un ruido infernal, el miedo y la adrenalina salieron de las puntas de mis dedos en forma de viento y reunieron la fuerza suficiente como para arrancar el pelo de la cabeza de un hombre. Cogieron la gota de ácido y volvieron a arrojarla al demonio en una lluvia muy fina, lo que detuvo a aquella cosa sin vida e incluso la hizo retroceder unos cuantos pasos; las garras que tenía en lugar de pies resbalaron sobre el suelo liso y se agarraron a las alfombras.

El ácido crepitaba y lanzaba pequeñas chispas azul eléctrico en su piel, pero no parecía que lo perjudicara. No obstante, sí que lo afectó, pues disolvió su impermeable hasta dejarlo destrozado en menos tiempo que se tarda en respirar y causar estragos en mis alfombras y los muebles.

El demonio sacudió la cabeza y se recuperó. Me volví hacia la otra punta, cerca de la puerta, alargué la mano y grité en voz alta:

—*¡Vento servitas!*

La madera lisa y pálida de mi bastón mágico casi brilló en la oscuridad mientras volaba hacia mí, guiada por una ráfaga más fina y suave que el mismo viento. Lo

agarré con la mano y lo hice girar hacia él apelando a los poderes y las fuerzas del interior de las largas e intactas vetas de la madera del bastón. Lo extendí hacia la criatura, lo coloqué en horizontal como una barra y grité:

—¡Fuera, fuera, fuera! ¡Aquí no eres bien recibido!

En cualquier otra circunstancia habría sonado un tanto dramático, pero cuando se tiene un demonio en el salón, nada parece una exageración.

El sapo demonio encorvó los hombros, plantó sus bastos pies en el suelo y lanzó un gruñido al mismo tiempo que una onda de fuerza invisible salía de mi bastón y lo barría como una escoba que se pasa por el suelo. Pude sentir que el demonio oponía resistencia, empujaba contra la potencia del bastón, como si estuviera inclinando la madera contra una barra vertical de metal e intentara partirla desde aquella distancia.

Forcejamos en silencio durante unos cuantos segundos hasta que me di cuenta de que aquella cosa era demasiado fuerte para mí. No iba ser capaz de quitármelo de encima como a un diablillo menor o a un espíritu burlón. No tardaría mucho en agotarme y una vez que el demonio pudiera moverse de nuevo, me desharía con su ácido o se me echaría encima y acabaría conmigo. Era más fuerte que un mortal, muchísimo más rápido y no iba a parar hasta que yo estuviera muerto, hasta que saliera el sol o hasta que se diera cualquier otra circunstancia improbable.

—¡Susan! —grité. Mi pecho palpitaba—. ¿Estás ahí abajo?

—Sí —contestó—. ¿Se ha ido?

—No, no exactamente.

Las palmas de las manos empezaban a sudarme y la suave madera del bastón comenzaba a resbalar por ellas. Cada vez me escocían más los ojos por la espuma del jabón y los del demonio brillaban.

—¿Por qué no lo quemas? ¡Dispárale! ¡Haz que salte por los aires!

Su voz sonaba como si estuviera buscando algo allí abajo, en el laboratorio.

—No puedo —le contesté—. No puedo bombear tanto combustible para acabar con esa cosa sin hacer que estallemos todos juntos.

Mi cabeza trabajaba a toda velocidad calculando las posibilidades, los números, mis reservas de energía, de manera fría y racional. Aquello estaba allí por mí. Si lo apartaba a un lado, a mi habitación o al baño, Susan podría escapar. Por otro lado, puede que tuviera órdenes de matarme a mí y a cualquier testigo, en cuyo caso, después de acabar conmigo, simplemente iría también detrás de ella. Tenía que haber otra manera de sacarla de allí. Entonces me acordé.

—¡Susan! —grité—. Hay un botellín encima de mi escritorio ahí abajo. Bébetelo que hay dentro y piensa que estás lejos de aquí, ¿vale? Piensa que estás muy lejos.

—La he encontrado —dijo al cabo de un segundo—. Huele mal.

—Joder, es una pócima. Te va a sacar de aquí. ¡Bébetela!

Se oyeron unas arcadas y un rato más tarde dijo:

—¿Ahora qué?

Pestañee y miré a las escaleras que iban al piso de abajo.

—Debería haber funcionado...

Me callé mientras aquella especie de sapo se inclinaba hacia delante, alargaba una garra y de una zancada se me acercaba un metro. Apenas pude detenerlo otra vez, pero sabía que se me iba a echar al cuello a los pocos segundos.

—No ha pasado nada —dijo—. Maldita sea, Harry, tenemos que hacer algo.

Entonces la vi en la escalera, con los oscuros ojos encendidos y en la mano mi revólver del calibre 38.

—¡No! —exclamé—. ¡No lo hagas!

Se me resbaló un poco más el bastón. El demonio estaba preparado para superar todas mis defensas.

Susan alzó el arma, con la cara pálida y las manos temblando y empezó a disparar. Una Chief's Special del calibre 38 tiene seis balas y yo uso munición de media velocidad en vez de balas perforantes, explosivas o cosas exóticas como esas. Hay menos posibilidades de que algo vaya mal en presencia de tanta magia.

Un arma es una máquina muy simple. Un revólver es muy fácil de usar. Los tornos, el engranaje y un sencillo impacto de palanca bastan para prender fuego a la pólvora. La mayoría de las veces para la magia es difícil disputar con la física.

El revólver tronó seis veces.

Los dos primeros disparos debieron de desviarse y dar en algún sitio. Los dos siguientes hicieron blanco en la piel del demonio y le dejaron unas marcas profundas antes de salir rebotadas y volar por todas partes. Tal como yo temía, eran más una amenaza para nosotros que para él. Por suerte, ninguno de los dos salió herido ni murió porque le alcanzara una de esas balas. El quinto disparo fue entre sus dos deformas y alargadas piernas y pasó de largo.

El sexto le dio justo entre los ojos, que eran como una linterna iluminada, lo desequilibró y lo mandó dando tumbos con un bufido de sapo.

Se me cortó la respiración y agarré la muñeca de Susan.

—Al sótano —dije casi sin aliento, mientras ella bajaba el arma.

Bajamos las escaleras con dificultad. No me molesté en cerrar la trampilla, pues aquella cosa podía reventar el suelo si lo necesitaba. De este modo, al menos sabría por dónde aparecería, en vez de que se pusiera a hacer un túnel atravesando el suelo y fuera a dar justo encima de mi cabeza.

Obedeciendo a mi voluntad, la punta de mi bastón, que todavía llevaba en las manos, se llenó de luz e iluminó la habitación.

—¿Harry? —se oyó la voz de Bob en la estantería. Las luces de los ojos de la calavera se encendieron y se volvieron hacia mí—. ¿Qué demonios está pasando? Oye, oye, ¿quién es la chica?

Susan se sobresaltó.

—¿Qué es eso?

—Ignóralo —dije y seguí mi propio consejo. Fui hacia la otra punta de la mesa de mi laboratorio y empecé a quitar de en medio cajas, bolsas, libros y libretas—. Ayúdame a hacer espacio. ¡Rápido!

Me obedeció y maldije la falta de limpieza que había dejado aquel rincón del laboratorio hecho un desorden. Me esforcé por llegar al círculo que había dejado en el suelo, una circunferencia perfecta de cobre, una curva en perfecto estado sobre el pavimento a la que se le podía dar el poder de contener a un demonio dentro... o fuera.

—¡Harry! —soltó Bob mientras trabajábamos—. Hay un, *mmm*, un demonio con pinta de sapo. El muy cabrón está bajando las escaleras.

—Ya lo sé, Bob.

Eché a un lado un montón de cajas de cartón vacías mientras Susan, desesperada, tiraba algunos papeles, lo que dejó al descubierto el círculo de cobre en su totalidad, de casi un metro de diámetro. La cogí de la mano, me metí dentro del círculo y la coloqué cerca de mí.

—¿Qué pasa?—preguntó Susan. Estaba desconcertada y muerta de miedo.

—Tú ponte bien cerca de mí —le sugerí. Se pegó bien fuerte.

—Te ve, Harry —me informó Bob—. Creo que te va escupir algo.

No tuve tiempo de comprobar si Bob tenía razón. Me agaché, toqué el círculo con la punta de mi bastón y canalicé la fuerza hacia él para dejar fuera a la criatura. El aro se levantó a nuestro alrededor, acompañado de una invisible tensión silenciosa en el aire.

Algo estalló y silbó en el aire a pocos centímetros de mi cara. Alcé la vista para ver un ácido oscuro y chisporroteante fuera del escudo invisible que el poder del círculo nos proporcionaba. Un segundo más tarde y me hubiera disuelto la cara. ¡Qué pensamiento más alegre!

Intenté recuperar el aliento, enderezarme, sin dejar ninguna parte de mi cuerpo fuera del círculo, porque eso rompería el circuito y anularía su poder. Los brazos me temblaban y las piernas amenazaban con fallarme. Susan también temblaba visiblemente.

El demonio nos acechaba. Podía verlo claramente gracias a la luz de mi bastón, pero hubiese preferido que no fuera así. Era horripilante, deforme, asqueroso, muy musculoso y lo he comparado con un sapo porque no conozco nada más que se aproxime lo más mínimo a su descripción. Nos miró fijamente y lanzó un puñetazo hacia el escudo del círculo. Rebotó lanzando una lluvia de chispas azules y la criatura silbó. Era un sonido ventoso y horrible.

Afuera, los truenos continuaban bramando y retumbando, amortiguados por las

paredes gruesas del sótano.

Susan estaba pegada a mí, casi llorando.

—¿Por qué no nos mata? ¿Por qué no llega hasta nosotros?

—No puede —dije con delicadeza—, no puede atravesar el círculo ni hacer nada para romperlo. Mientras ninguno de los dos cruce esta línea, estaremos a salvo.

—¡Ay, Dios! —exclamó Susan—, ¿cuánto tiempo tendremos que estar aquí?

—Hasta que amanezca —contesté—. Cuando salga el sol, se irá.

—Aquí abajo no hay sol —dijo.

—No funciona así. Tiene una especie de cuerda de fuerza que lo conecta a quienquiera que lo haya invocado. Un conducto de combustible. En cuanto sale el sol, ese conducto deja de existir y él se va, como un globo sin aire.

—¿Cuándo sale el sol? —preguntó.

—Bueno, dentro de unas diez horas.

—Ah.

Apoyó la cabeza sobre mi pecho desnudo y cerró los ojos.

El demonio sapo dio una vuelta lenta alrededor del círculo, buscando algún punto débil en el escudo. No encontraría ninguno. Cerré los ojos e intenté pensar.

—Esto... Harry —empezó a decir Bob.

—Ahora no, Bob.

—Pero Harry... —Bob lo intentó de nuevo.

—Maldita sea, Bob. Intento pensar. Si quieres ser útil, podrías intentar averiguar por qué esa pócima de escape de la que estabas tan seguro no ha funcionado en Susan.

—Harry —protestó Bob—, es lo que intento explicarte.

—¿Hace calor aquí o soy yo? —murmuró Susan apoyada en mi pecho.

Me asaltó una terrible sospecha. Bajé la mirada hacia Susan y tuve una corazonada. Por supuesto que no. No. No podía ser.

Sus ojos grisáceos me miraron.

—Vamos a morir, ¿no, Harry? ¿No has pensado nunca en morir haciendo el amor?

Me besó en el pecho, casi distraídamente.

Estuvo bien. Muy, muy bien. Intenté no acordarme de la encantadora espalda desnuda que tenía debajo de mi mano.

—Yo lo he pensado muchas veces —dijo contra mi piel.

—Bob —dije. Estaba empezando a ponerme furioso.

—Intenté decírtelo —gimió Bob—. ¡De verdad! Cogió la pócima que no era y se la tomó de un trago. —La calavera de Bob se volvió hacia mí un poco y las luces se iluminaron—. Aunque, tienes que admitirlo, el filtro de amor funciona muy bien.

Susan me estaba besando en el pecho y frotando su cuerpo contra el mío de un

modo que, aunque no era propio de una dama, resultaba sumamente agradable y me impedía concentrarme.

—Bob, te lo juro, te voy a emparedar durante doscientos años.

—¡La culpa no es mía! —protestó Bob.

El demonio observó lo que estaba pasando dentro del círculo con sus ojos de rana y se dirigió a un trozo de suelo lo bastante libre de escombros como para ponerse en cuclillas. Nos miró fijamente, impaciente y preparado, como un gato que espera que el ratón asome su cabeza por el agujero. Susan se me quedó mirando con ojos seductores e intentó arrastrarme hasta el suelo y por lo tanto, fuera del círculo de protección. Bob seguía llorando por su inocencia.

¿Quién dice que no sé hacerle pasar un buen rato a una chica?

Capítulo 14

Susan tiró de mi cuello y me agarró la cabeza para besarme. Mientras me daba besos, bien. Era, *mmm*, sumamente interesante. Muy apasionados, desinhibidos, sin una pizca de timidez o duda. Al menos por parte de ella. Un minuto más tarde, cuando me separé para coger aire, los labios me picaban por la intensidad del momento y ella me miraba con ojos ardientes.

—Tómame, Harry. Te necesito.

—Eeeh... Susan. No es muy buena idea en este momento.

La pócima le había afectado mucho. No me extrañaba que se hubiera recuperado del pánico que sentía de tal manera que había vuelto a subir las escaleras y había disparado con mi arma al demonio. Sus inhibiciones habían disminuido a tal nivel que también se habían calmado sus miedos.

Los dedos de Susan pasaron por mi cuerpo y le brillaron los ojos.

—Tu boca dice que no —susurró—, pero esto dice que sí.

Me levanté, tragué saliva, intentando mantener mi equilibrio y quitarme su mano de encima al mismo tiempo.

—Eso siempre dice cosas estúpidas —le aclaré. No atendía a razones. La pócima le había puesto la libido a tope—. ¡Bob, ayúdame a salir de aquí!

—Estoy atrapado en la calavera —dijo Bob—. Si no me dejas salir, no puedo hacer gran cosa, Harry.

Susan se puso de pie para morderme la oreja, colocó uno de sus muslos bien torneados alrededor del mío y empezó a gimotear y a empujarme hacia el suelo. Me tambaleé. Un círculo de casi un metro no es lo bastante grande como para luchar, hacer gimnasia u... otra cosa, sin dejar nada que sobresalga para que un demonio expectante lo mordisquee.

—¿Sigue ahí la otra pócima? —pregunté.

—Sí —contestó Bob—, la vi cuando se cayó al suelo. También podría lanzártela.

—Vale —le dije, cada vez más excitado. Todavía podía salir vivo de aquel sótano—. Te voy a dejar salir cinco minutos. Quiero que me lances la pócima.

—No, jefe —dijo Bob con la voz llena de alegría.

—¿No? ¡¿No?!

—O me dejas salir veinticuatro horas o nada.

—¡Joder, Bob! ¡Yo soy el responsable de lo que hagas si te dejas salir! ¡Ya lo sabes!

Susan me susurró al oído «no llevo ropa interior» e intentó hacerme algo así como una llave de artes marciales para tirarme al suelo. Me balanceé, perdí el equilibrio, y apenas pude apañármelas para evitarla. Los ojos saltones del demonio se entrecerraron y se puso de pie, preparado para saltar sobre nosotros.

—¡Bob! —chillé—. ¡Maldito tramposo!

—¡Intenta vivir en una vieja calavera huesuda durante unos cien años, Harry!
¡También querrías salir fuera de vez en cuando!

—¡Vale! —grité, con el corazón en la garganta mientras perdía otra vez el equilibrio—. ¡Vale! ¡Pero asegúrate de darme la pócima! Tienes veinticuatro horas.

—Asegúrate de que la coges —replicó Bob y un torrente de luz anaranjada salió de las dos cuencas de los ojos de la calavera hacia la habitación. Después, bajaron en picado en una nube alargada sobre la botella con la pócima que estaba tirada en el suelo en la otra punta del laboratorio, la recogieron y me la lanzaron. La alcancé con la mano libre, estuve a punto de perderla durante un segundo, pero la sujeté bien otra vez.

Las luces naranjas, que eran la forma del espíritu de Bob, brincaron un poco, subieron por la escalera, salieron del laboratorio y desaparecieron.

—¿Qué es eso? —murmuró Susan con los ojos aturcidos.

—Otro trago —la invité—. Bebe esto conmigo. Creo que puedo concentrarme por los dos para que podamos salir de aquí.

—Harry —me dijo—, no tengo sed. —Le ardían los ojos—. Lo que estoy es hambrienta.

Se me ocurrió una idea.

—En cuanto bebamos esto, estaré listo y podremos irnos a la cama.

Me miró vagamente y sonrió, pícara y llena de alegría.

—Venga, Harry. ¡Al centro y pa'dentro!

Sus manos hicieron un gesto que silenciaba sus palabras y di un brinco que por poco me hace tirar la botella. Me chorreó más champú del pelo encima de los ojos, que ya me escocían, y los apreté bien fuerte.

Me bebí cerca de la mitad de la pócima, intentando ignorar el sabor a coca cola sin gas, y le pasé rápido el resto a Susan. Sonrió con lascivia, se lo bebió y se relamió los labios.

Empecé a tener la sensación de que tenía las tripas revueltas y estaba debilitado. Después esa sensación me pasó a los pulmones y más tarde a los hombros, hasta llegar a los brazos. Siguió bajando por las caderas y luego por las piernas. Empecé a temblar y a agitarme sin control.

Entonces me esfumé en una nube formada por millones de billones de pequeñas partículas de Harry, cada una con su propia visión y perspectiva. La habitación ya no era un sótano cuadrado, abarrotado de cosas, sino un patrón de energías agrupado en formas y usos específicos. Incluso el demonio era tan solo una nube de partículas, lentas y densas. Rodeé aquella nube y subí por la abertura en el patrón del techo, seguí fluyendo hasta el exterior del apartamento y hasta la embravecida tormenta sin patrón.

Tardé unos cinco segundos y después el poder de la pócima se desvaneció. Sentí cómo de repente todos mis trocitos volvían a juntarse a toda prisa y se ensamblaban unos con otros a una velocidad inconcebible. Me dolió y me hizo sentir náuseas. Fue una especie de golpazo muy fuerte que no venía de ninguna parte y de todos sitios a la vez. Me tambaleé, planté mi bastón en el suelo y sentí cómo caía la lluvia sobre mí.

Susan apareció a mi lado una décima de segundo más tarde y al instante se sentó en el suelo, bajo la lluvia.

—Dios mío, me encuentro fatal.

En el interior de mi casa el demonio gritó y soltó un silbido sordo de rabia. Pude oír cómo arrasaba con todo allí dentro, como un loco.

—Vamos —le dije a Susan—, tenemos que salir de aquí antes de que se espabile y salga a buscarnos.

—Me encuentro mal —dijo—, no creo que pueda caminar.

—Mezclaste dos pócimas —le expliqué—, puede que sea eso. Pero tenemos que marcharnos ahora. Venga, Susan, aúpa.

Me incliné y la levanté para alejarnos de mi casa.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—¿Tienes las llaves de tu coche?

Buscó en su vestido, como si tuviera bolsillos, y sacudió la cabeza, aturdida.

—Las tenía en el bolsillo de mi abrigo.

—Entonces, a caminar.

—¿Caminar hacia dónde?

—Por Reading Road. Siempre se inunda cuando llueve mucho. Habrá agua suficiente para detener a esa criatura si intenta seguirnos.

Estaba a tan solo un par de manzanas de distancia y llovía a cántaros. Yo estaba tiritando, temblando y desnudo, y no paraba de caerme más jabón en los ojos. Pero, oye, al menos estaba limpio.

—¿Qué...? —dijo entre dientes—, ¿qué le hará la lluvia?

—No será la lluvia, sino la corriente de agua. Le matará si intenta cruzarla detrás de nosotros —le expliqué con paciencia.

Esperaba que las pócimas que se habían mezclado en su estómago no causaran consecuencias irreversibles. Antes ya habían ocurrido accidentes. Bien mirado, nos movíamos a buen ritmo y ya habíamos recorrido unos 35 metros bajo una lluvia torrencial. No íbamos a llegar mucho más lejos.

—Ah, está bien —dijo.

Entonces se retorció y cayó al suelo. Intenté sujetarla, pero estaba demasiado cansado y tenía los brazos muy débiles. Casi me caigo con ella. Se giró hacia un lado y se quedó en esa posición, con unas arcadas terribles; vomitó hasta vaciarse completamente.

Los truenos y los relámpagos volvían a rugir a nuestro alrededor y oía el fuerte estruendo del poder de la tormenta, que había descargado sobre un árbol cercano. Al producirse el contacto distinguí un destello brillante y después el tenue resplandor de las ramas ardiendo. Miré en la dirección hacia la que nos habíamos dirigido. La inundada Reading Road, donde estaríamos a salvo del demonio, todavía estaba a casi treinta metros de distancia.

—No creo que llegues hasta allí —dijo alguien.

Por poco me muero del susto. Alcé mi bastón con ambas manos y empecé a darle vueltas despacio, buscando el origen de aquella voz.

—¿Quién anda ahí?

A un lado, apareció un punto de frío, pero no un frío físico, sino algo más profundo y oscuro que mis otros sentidos detectaron.

Un pozo de sombras, una ilusión en la oscuridad entre las luces, que se marchaba con la luz del relámpago y volvía otra vez cuando había pasado.

—¿Esperas que te dé mi nombre? —dijo con desprecio la sombra—. Basta con decir que soy aquel que te ha matado.

—No llegaremos a eso —le solté, mientras seguía girado y buscándolo con la mirada—. El trabajo aún no está hecho.

En la oscuridad, bajo una farola rota, a unos seiscientos metros de distancia, podía distinguir el perfil de una persona. No sabía bien si era un hombre o una mujer y tampoco lo detecté por la voz.

—Pronto —dijo la figura—. No puedes durar mucho. Mi demonio acabará contigo en menos de diez minutos. —Tenía mucha confianza en sí mismo.

—¿Has invocado tú al demonio?

—Por supuesto —confirmó la figura misteriosa.

—¿Estás loco? —le pregunté atónito—. ¿No sabes lo que te podría pasar si esa cosa se escapara?

—No lo hará —me aseguró la silueta—. Yo lo controlo.

Extendí mis sentidos hasta la figura y descubrí que lo que había sospechado era cierto. No era una persona de verdad ni una ilusión que ocultaba a una persona. Solo lo era en apariencia, una aparición con forma y sonido, un holograma que podía ver, oír y hablar por su creador, dondequiera que él o ella estuviera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó. Debió de percibir que lo estaba tanteando.

—Estoy comprobando tus referencias —le avisé y envié un poco de voluntad restante hacia él, algo así como el equivalente mágico a una bofetada en la cara.

La imagen gritó, llena de sorpresa, y se echó hacia atrás.

—¿Cómo has hecho eso? —gruñó.

—Fui al colegio.

El holograma volvió a gruñir y luego levantó la voz y pronunció unas sílabas muy

marcadas. Intenté oír lo que decía, pero otro trueno tapó lo que era sin duda el nombre del demonio.

Desde el interior de mi apartamento, el sonido débil y distante del jaleo que estaba organizando aquella cosa se paró de repente.

—Ahora —dijo la imagen con desdén—. Ahora lo verás lo que es bueno.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté.

—Estás en mi camino.

—Deja que se marche la mujer.

—Lo siento —dijo la imagen—, ha visto demasiado. Ahora también está en medio. Mi demonio os matará a los dos.

—¡Hijo de puta! —gruñí.

Se rió de mí.

Miré por encima del hombro, hacia atrás, a mi casa. A través de la lluvia oí un silbido seco y áspero por debajo de una especie de gruñido chasqueante. Unos ojos saltones de color azul, que reflejaban los rayos de la tormenta, aparecieron por las escaleras del sótano de mi apartamento. Inmediatamente se centró en mí y empezó a avanzar.

El guardabarros de la parte trasera del coche de Susan, que había aparcado al lado de mi casa, se cruzó en su camino y con las yemas acolchadas de una de las manos flacas y de aspecto suave, levantó la parte de atrás del coche y lo lanzó a un lado, donde aterrizó con un fuerte crujido.

Intenté no pensar en aquellos dedos alrededor de mi cuello.

—¿Ves? —dijo la imagen—. Atiende a mi llamada. Es hora de que muera, señor Dresden.

Otro relámpago mostró al demonio mientras se ponía a cuatro patas y se movía con dificultad hacia mí, como un lagarto con sobrepeso abriéndose paso en la arena caliente hacia la sombra, acompañado de un meneo exagerado que le hacía parecer ridículo, pero que le permitía desplazarse hacia mí a una velocidad engañosa.

—Deposita otra moneda para continuar la llamada, gilipollas —le dije.

Empujé mi bastón hacia la imagen oscura, pero esta vez centré mi voluntad en un ataque con todas las de la ley.

—*Stregallum finitas.*

De repente una luz rojo escarlata lo inundó, devoró su contorno y se le filtró dentro.

La imagen gruñó y lanzó un grito ahogado de dolor.

—¡Dresden! ¡Mi demonio acabará contigo!

Entonces soltó un grito de angustia mientras mi contrahechizo empezaba a destrozar la imagen que había enviado. Estaba mejor que aquel que había creado la imagen, que había podido con el hechizo que le había lanzado como contraataque.

Tanto la imagen como el grito se fueron apagando poco a poco en la distancia hasta que se desvanecieron del todo. Me permití un mínimo de satisfacción y después me volví hacia la mujer que estaba en el suelo.

—Susan —la llamé mientras me agachaba a su lado con los ojos fijos en el demonio que se abalanzaba sobre nosotros—. Susan, levántate. Tenemos que irnos.

—No puedo —sollozó—. ¡Ay, Dios! —Y vomitó un poco más. Se intentó levantar, pero se desplomaba hacia el suelo y se quejaba lastimosamente.

Me di la vuelta para mirar el agua mientras calculaba la velocidad del bicho. Estaba llegando a nosotros, rápido, pero no tan deprisa como pudiera correr un hombre. Todavía podía escapar si corría a más no poder. Podría atravesar el agua, podría salvarme.

Pero no podía llevar a Susan hasta allí. Nunca lo conseguiría con ella a cuestas, ya que me haría ir más despacio, Pero si no me iba, los dos moriríamos. ¿No sería mejor si al menos uno de los dos sobrevivía?

Me volví hacia atrás para mirar al demonio. Estaba agotado y me había pillado desprevenido. La fuerte lluvia impediría que el fuego, la antigua arma del hombre contra la oscuridad y lo que ocultaba, fuera efectivo para contenerlo. Y ya no podía dar más de mí. Sería un suicidio enfrentarme a él.

Susan sollozaba en el suelo, indefensa bajo la lluvia, enferma debido a mis pócimas e incapaz de levantarse. Incliné la cabeza hacia atrás y dejé que las gotas de agua me quitaran los últimos vestigios de champú que tenía en los ojos y el pelo. Después, di la vuelta y avancé un paso hacia el demonio que se aproximaba. No podía dejar a Susan con aquella cosa, incluso si eso significaba morir. Aunque después no me lo perdonaría nunca.

El demonio me dijo algo berreando que acompañó a su silbido, con su voz de sapo, y alzó las dos manos hacia mí, saltando con las patas traseras. En lo alto resplandeció otro relámpago cegador. Al instante retumbó un trueno, tan fuerte como para sacudir la calle bajo mis pies.

Un trueno.

Un relámpago.

La tormenta.

Alcé la mirada hacia las nubes encolerizadas, iluminadas por los relámpagos danzantes que se movían entre ellas; era extremadamente bello y luminoso. El poder bullía y bailaba en la tormenta, las energías místicas tan antiguas como el tiempo, con la fuerza suficiente para hacer pedazos las piedras, sobrecalentar el aire, hervir el agua hasta convertirla en vapor o reducir a cenizas cualquier cosa que tocara.

En aquel momento, creo que se puede decir con toda confianza, estaba tan desesperado que hubiera intentado cualquier cosa.

El demonio aullaba y avanzaba como un pato, torpe y rápido. Alcé mi bastón

hacia el cielo con una mano y con la otra, apunté un dedo hacia el demonio. Intervenir en esta tormenta era algo peligroso; no había ritual para darle forma, ni tampoco un círculo para protegerme, ni siquiera palabras para defender mi mente de las energías mágicas que correrían por ella. Envié mis sentidos hacia arriba, hacia la tormenta, me apoderé de su poder sin forma y lo convertí en energía pura que empezó a fluir hacia mí, hacia la punta de mi bastón.

—Harry, ¿qué estás haciendo? —preguntó Susan. Estaba acurrucada en el suelo con su vestido de noche puesto y temblaba. Tenía la voz débil y apagada.

—¿Alguna vez has jugado con la electricidad estática frotando un peine sobre la lana y pasándotelo por el pelo?

—Sí —contestó, confundida.

—Pues hago eso, solo que más a lo grande.

El demonio volvió a chillar y dio un rápido salto con sus potentes ancas de rana hacia mí, deslizándose por el aire con un espantoso garbo antinatural.

Concentré lo poco que me quedaba de voluntad sobre el bastón, las nubes y la fuerza embravecida del cielo.

—¡Ventas! —grité—. ¡Ventas fulmino!

Obedeciendo a mi voluntad, saltó una chispa de mi bastón hacia las nubes del cielo y tocó el interior agitado y retumbante de la tormenta.

Abajo, el Infierno rugió en respuesta.

Los relámpagos, candentes de furia, junto con un torrente de viento y lluvia, cayeron sobre mí y giraron en torno del bastón. Sentí cómo llegaba el poder a cada rincón de la madera mojada, empapada, acompañada de una sacudida como la de un mazo. Pasó por todo el bastón hasta mi mano, haciendo que se me convulsionaran los músculos, doblegando del esfuerzo mi cuerpo desnudo. Tuve que dar lo máximo de mí para mantener en la cabeza la imagen de lo que quería, para mantener levantada la mano que apuntaba al demonio mientras se acercaba, para conservar la energía que salía de mí y causar estragos en una carne más delicada que la mía.

El demonio estaba a unos quince centímetros de distancia cuando la ira de la tormenta cayó sobre mi cuerpo, salió por mi brazo, por mi dedo índice y le dio de lleno en el corazón. La fuerza del impacto arrojó a la criatura hacia atrás, hacia atrás y arriba, por los aires, y la mantuvo allí, envuelta en una corona de energía cegadora.

El demonio forcejeaba y gritaba, agitando sus manos y dando patadas con sus ancas de sapo.

Entonces explotó en una estela de llama azul. La noche se iluminó una vez más, tan brillante como el día. Tuve que taparme los ojos. Susan gritó de miedo y creo que yo también chillé con ella.

Después, la noche volvió a quedar en silencio. A nuestro alrededor llovían trozos en llamas de algo en lo que no quería pensar, caían haciendo ruiditos como gotas de

lluvia, *plaf, plaf*, sobre la carretera, en la acera, en los jardines de las casas a mi alrededor y se consumían rápido en briquetas de carbón y silbaban en un chisporroteo de frialdad. De repente el viento amainó, la lluvia se convirtió en un suave tamborileo y la furia de la tormenta se agotó.

Me fallaron las piernas y me senté en la calle, temblando y aturdido. Tenía el pelo seco y de punta. Me salía humo de las yemas ennegrecidas de los dedos de los pies. Me quedé allí sentado, contento de estar vivo, de poder respirar otra vez.

Me apetecía volver arrastrándome a la cama y dormir durante unos cuantos días, aunque no me había levantado ni hacía media hora.

Susan se sentó y pestañeó. Estaba perpleja. Se me quedó mirando.

—¿Qué haces el próximo sábado? —le pregunté.

Siguió mirándome durante un minuto y después volvió a tumbarse tranquilamente en su sitio.

Oí que se acercaban unos pasos en la oscuridad.

—Invocando a demonios —dijo una voz amarga y disgustada— además de las atrocidades que ya has cometido. Sabía que olía a magia negra en el viento esta noche. Eres como una plaga, Dresden.

Giré la cabeza hacia un lado y allí estaba Morgan, mi guardián, alto y descomunal con su gabardina negra. La lluvia le había aplastado el pelo grisáceo y recorría las arrugas de su cara como canales en un bloque de piedra.

—Yo no lo invoqué —dije con dificultad y cansancio—. Pero sí que lo envié a donde pertenece. ¿No lo viste?

—Vi cómo te defendías —dijo Morgan—, pero no vi nadie más que lo invocara. Seguro que lo llamaste y luego perdiste el control. De todas formas, no hubiera podido conmigo, Dresden. No te habría servido de nada.

Me reí con debilidad.

—No seas tan creído —le respondí—, estoy más que seguro de que no invocaría a un demonio solo para que acabara contigo, Morgan.

Entrecerró sus ojos ya entrecerrados.

—He convocado al Consejo —me advirtió—. Estarán aquí en dos amaneceres. Oirán mi testimonio, Dresden, y les presentaré las pruebas que tengo en tu contra. —Hubo otro débil relámpago que le dio a sus ojos un brillo de loco—. Y entonces te sentenciarán a muerte.

Me lo quedé mirando un momento, aburrido.

—El Consejo —dije— viene. A Chicago.

Morgan me sonrió, con el tipo de sonrisa que los tiburones reservan para las crías de foca.

—Con las primeras luces del lunes te llevarán ante ellos. Por lo general no disfruto con mi puesto de verdugo, Harry Blackstone Copperfield Dresden. Pero en

este caso, estoy orgulloso de representar este papel.

Me estremecí al oír mi nombre completo en su boca. Lo dijo casi exactamente igual, quizá por accidente, o quizás no. En el Consejo Blanco estaban aquellos que conocían mi nombre y sabían cómo pronunciarlo. Si huía de la reunión del Consejo, para evitarlos, sería admitir mi culpabilidad y provocaría un desastre. Y como sabían mi nombre, podían encontrarme. Podrían llegar hasta mí, estuviera donde estuviera.

Susan se quejaba y se movía.

—¿Ha-Ha-Harry? —musitó—. ¿Qué pasa?

Me volví hacia ella para asegurarme de que estaba bien. Cuando miré por encima del hombro, Morgan ya se había ido. Susan estornudaba y se acurrucaba contra mí. La rodeé con mi brazo para compartir con ella el poco calor que me quedaba.

El lunes por la mañana.

El lunes por la mañana Morgan llevaría sus sospechas y presentaría sus acusaciones, lo que bastaría para considerarme hombre muerto. Quiquiera que fuera el señor o la señora sombra, tenía que encontrarlo a él, a ella o a ellos antes del lunes por la mañana o estaba prácticamente muerto.

Estaba reflexionando sobre la triste fecha en la que estaba, cuando un coche patrulla paró en seco, encendió los faros auxiliares y el agente de policía dijo por el altavoz:

—Baje el palo y levante las manos. No haga movimientos bruscos.

Lo más normal del mundo, pensé adoptando una especie de estoicismo agotado, *para un oficial: arrestar a un hombre desnudo y a una mujer vestida de fiesta sentada en la acera bajo la lluvia torrencial como un par de borrachos despejándose de la juerga.*

Susan se tapó los ojos y luego miró hacia las luces. Entre todo lo que había vomitado debió de haberse deshecho de la pócima que tenía dentro y ya se le habían pasado los efectos apasionados.

—Esta es la peor noche de mi vida —dijo con voz calmada y sin ninguna pasión.

El agente se bajó del coche y empezó a caminar hacia nosotros.

—Es lo que hay si sales con un mago —resoplé.

Susan miró hacia el lado, me echó un vistazo y sus ojos brillaron misteriosamente durante un instante. Casi sonrió y noté cierta satisfacción vengativa en el tono de su voz:

—Pero será una historia fantástica.

Capítulo 15

Resulta que Linda Randall tenía una buenísima razón para saltarse nuestra cita del sábado por la noche.

Linda Randall estaba muerta.

Estornudé mientras pasaba por debajo de la cinta amarilla de la policía vestido con unos pantalones de chándal y una camiseta que me habían permitido sacar del desorden que había en mi casa, antes de que el coche de la policía cruzara la ciudad para llevarme al piso de Linda Randall. Y con botas camperas. Mister se había llevado una de mis zapatillas deportivas y no me había dado tiempo de encontrarla, así que me puse lo que tenía. ¡Puñetero gato!

Linda había muerto un poco antes de aquella noche. Después de llegar a la escena del crimen, Murphy intentó llamarme, pero no pudo comunicarse y envió un coche patrulla para que me recogiera y me llevara hasta allí para servirle como asesor. Los obedientes policías que habían enviado a recogerme se detuvieron para ver al tío loco que iba desnudo a una manzana de mi apartamento. Les había sorprendido, pero aún les pareció más sospechoso cuando se dieron cuenta de que yo era el mismo hombre que se suponía que debían recoger y llevar a la escena del crimen.

La pobre Susan había venido a mi rescate intentando explicar de modo convincente lo que «había sido solo una de esas cosas, je je» y aseguró a los policías que ella estaba bien y que podía conducir hasta su casa. Se quedó un poco pálida al ver una vez más mi apartamento en ruinas y la enorme abolladura que el demonio le había hecho en un lado del coche, pero puso su expresión de máximo descaro y al final se fue con la ilusión de «tengo una historia que escribir». Se paró y me dio un beso en la mejilla antes de marcharse.

—No ha estado mal, Harry —susurró en mi oído. Después me dio unas palmaditas en el trasero desnudo y se subió al coche.

Me sonrojé. No creo que los polis se dieran cuenta bajo la lluvia y en la oscuridad. Los agentes me miraron con recelo, pero estuvieron más que contentos de dejarme ir a vestirme con ropa limpia. Lo único que había lavado eran más chándales y camisetas, y la que me puse en este caso era una que destacaba en negrita encima de la tumba de un conejito: LA PASCUA SE HA CANCELADO. ENCONTRARON EL CADÁVER.

Me vestí y me puse mi guardapolvo, que de algún modo había sobrevivido al ataque del demonio, y las totalmente inapropiadas botas camperas; después, me subí al coche de policía y nos dirigimos a la ciudad. Me colgué mi tarjetita de identificación en la solapa del abrigo y seguí a los policías. Uno de ellos me llevó hasta Murphy.

De camino, me fijé en los pequeños detalles. Había mucha gente embobada por

allí. Después de todo, era bastante temprano. La lluvia caía en una fina neblina y suavizaba los contornos de la escena. Había muchos coches de policía en el aparcamiento del edificio y uno sobre el césped al lado de la puerta que daba al pequeño patio de cemento del apartamento en cuestión. Alguien se había dejado las luces encendidas y unos destellos azules enfocaban la escena, que alternaba franjas de sombra y una iluminación fría. Había mucha cinta amarilla por todas partes.

Y justo en medio de todo estaba Murphy.

Tenía muy mal aspecto, como si no hubiese comido nada que no hubiera salido de una máquina expendedora o bebido nada más que café rancio desde la última vez que la había visto. Sus ojos azules estaban cansados e inyectados en sangre, pero todavía seguía teniéndolos bien abiertos.

—Dresden —dijo. Me miró detenidamente—, ¿estás pensando en que King Kong trepe por tu pelo?

Intenté dedicarle una sonrisa.

—Todavía tenemos que asignar el papel de la damisela gritona, ¿te interesa?

Murphy resopló. Gruñe bastante bien para alguien que tiene una nariz tan mona.

—Venga ya.

Se giró sobre sus talones y subió hacia el apartamento, como si no estuviera agotada ni al límite.

El equipo de forenses ya estaba allí, por lo que un agente que se encontraba de pie junto a la puerta nos dio unos botines de plástico muy chulos para cubrirnos los zapatos y unos amplios guantes, también de plástico, para las manos.

—Intenté llamarte antes —dijo Murphy—, pero tu teléfono no estaba disponible. Otra vez, Harry.

—Elegiste una mala noche —contesté tambaleándome mientras me ponía uno de los botines—. ¿Qué ha pasado?

—Otra víctima —me informó—. El mismo *modus operandi* que con Tommy Tamm y Stanton.

—Dios, están utilizando las tormentas.

—¿Qué? —Murphy se dio la vuelta y me clavó la mirada.

—La tormenta —repetí—. Uno puede aprovecharse de las tormentas y otros fenómenos naturales para conseguir cosas. Son un combustible natural para el hechizo mágico.

—No me comentaste nada de eso antes —me acusó.

—No había reparado en ello hasta esta noche.

Me froté la cara. Tenía sentido. ¡Madre mía! Así era como la sombra había sido capaz de hacer todo aquello en una sola noche. Había invocado al demonio y había podido enviarlo tras de mí, así como hacer aparecer la imagen que había proyectado. Y había sido capaz de asesinar de nuevo.

Capítulo 16

Mientras caminaba por la calle del apartamento de Linda Randall, mis pensamientos y emociones eran una tormenta mucho más violenta que la que ahora se alejaba de la ciudad, lejos de la inmensidad del lago. Llamé a un taxi desde una cabina que había fuera de la estación de servicio y me quedé allí parado con la espalda apoyada contra la pared del edificio bajo la lluvia neblinosa, con el entrecejo fruncido y esperando.

Había perdido la confianza de Murphy. No importaba que lo que había hecho era para protegerla a ella y a mí mismo. Las nobles intenciones no significaban nada. Lo que contaban eran los resultados. Y los resultados de mis acciones habían sido decir una mentira descarada a una de las únicas personas que más se acercaba a lo que tenía por amigo. No estaba seguro, incluso si encontraba al responsable o responsables, si descubriría cómo derrotarlos o si resolvía el caso por Murphy, de que lo que había pasado entre nosotros pudiera alguna vez olvidarse.

Mis pensamientos se centraban en ese tema y otros similares en pesimismo, cuando un hombre con la cara tapada por un sombrero pasó por delante de mí, se paró a medio camino, se dio la vuelta y dirigió su puño hacia mi barriga.

Sin darme tiempo de pensar «otra vez no» me golpeó una segunda y tercera vez. Cada puñetazo, dirigido contra mis tripas, me empujaba contra la rígida pared y me ponía enfermo. El aire me salió de la boca en un pequeño grito ahogado y aunque hubiera tenido un hechizo en la cabeza, no hubiese tenido el aliento necesario para pronunciarlo.

Cuando dejó de pegarme, me tambaleé y él me tiró al suelo. Estábamos en una estación de servicio bien iluminada, poco antes de las doce de un viernes por la noche y todo lo que hizo estuvo a la vista de cualquier coche que pasó. Dios mío, sin duda no pretendía matarme, pero en aquel momento estaba demasiado cansado y me dolía todo como para preocuparme.

Me tumbé allí durante un rato, aturdido. Podía oler el sudor y la colonia de mi atacante. Juraría que era la misma persona que me había dado un susto la noche anterior. Me agarró del pelo, tiró de mi cabeza hacia arriba y, con unas tijeras de acero, acompañadas del sonido del acero, me cortó un buen mechón de pelo. Después, me soltó.

Se me heló la sangre.

Mi pelo. Aquel hombre me había cortado el pelo. Se podía usar en casi todos los tipos de magia, en cualquier clase de hechizo mortal y no podría hacer absolutamente nada para detenerlo.

El hombre se dio la vuelta y empezó a caminar rápido, pero sin correr. En un arranque de pánico y desesperación, me lancé sobre su pierna, lo agarré por la rodilla

y tiré con fuerza. Oí un ruidito inconfundible y el hombre gritó «¡hijo de puta!» antes de caer con todo su peso al suelo. Un puño, un puño muy grande y nudoso, estaba agarrando mi pelo. Intenté recuperar el aliento y lanzarme sobre aquella mano.

A mi agresor se le cayó el sombrero y lo reconocí: era uno de los hombres de Johnny Marcone que me habían seguido desde el hotel el jueves por la tarde, el que había empezado a cojear después de correr detrás de mí unas cuantas manzanas. Al parecer, le fallaba una rodilla y acababa de hacérselas pasar negras.

Lo agarré de la muñeca y se la sujeté con ambas manos. No es que sea un hombre especialmente fuerte, pero estoy hecho de hierro y soy muy testarudo. Me enrosqué en su muñeca, me agarré fuerte y traté de abrirle la gruesa mano. El cojo intentó soltarse. Tenía mucho músculo en ese brazo, pero no el suficiente para mover todo el peso de mi cuerpo.

Me empujó con el otro brazo, intentando deshacerle de mí y luego empezó a pegarme puñetazos.

—Suéltame, joder —gritó—. ¡Quítate de encima!

Agaché la cabeza, con los hombros subidos y me seguí agarrando. Si lograba clavarle mis pulgares en los tendones durante el tiempo suficiente, se le abriría la mano, por muy fuerte que fuera. Intenté imaginarme que su muñeca era de plastilina y mis pulgares eran de sólido acero mientras hacía presión sobre él y pensaba que merecía la pena. Sentí cómo sus dedos empezaban a soltarse y empecé a ver el pelo fino y oscuro de mi cabeza.

—¡Dios Santo! —gritó alguien—. ¡Eh, Mike, venga!

Oí un ruido de pasos apresurados. Y entonces apareció una pareja de jóvenes, vestidos con ropa de correr y zapatillas, que me apartaron del cojo. Grité de manera incoherente mientras se me resbalaban las manos de su muñeca. Un poco de mi pelo cayó sobre el pavimento mojado, pero le quedaban más en el puño al cerrar otra vez la mano.

—Tranquilo, tranquilo, hombre —dijo uno de aquellos tíos mientras me apartaban—. Cálmate.

Era inútil luchar contra los dos, así que tomé aire y me las arreglé para decir jadeando:

—Mi cartera. Me ha robado la cartera.

Teniendo en cuenta cómo iba vestido, en comparación con el traje y el abrigo del cojo, era una mentira que nunca llegaría a colar. O al menos no hubiera colado de no ser porque el cojo dio la vuelta y echó a correr. Aquellos dos hombres me soltaron, confundidos, perplejos. Luego, tomando el camino prudente, se alejaron rápidamente de vuelta a su coche.

Me esforcé por ponerme de pie e ir detrás del cojo, pero respiraba con dificultad y parecía un acordeón agujereado. El cojo cruzó la calle hacia un coche y cuando llegué

allí ya estaba dentro y había arrancando. Arrastré los pies hasta detenerme detrás de una nube de gases del tubo de escape y me quedé mirando sin ánimos las luces traseras mientras se alejaba bajo la lluvia nebulosa.

Me latía con fuerza el corazón en el pecho y no aminoró el ritmo después de que recobrar el aliento. Mi pelo. Ahora Johnny Marcone tenía un mechón de mi pelo. Podía dárselo a cualquiera que usara la magia y utilizarlo para cualquier cosa que les diera la gana.

Podían usar mi pelo para arrancarme el corazón del pecho y romperlo en mil pedazos, como le habían hecho a Jennifer Stanton, a Tommy Tomm y a la pobre Linda Randall. Marcone me había advertido que parara en dos ocasiones, y ahora me iba a quitar de en medio de una vez por todas.

El cansancio, el miedo y la fatiga que sentía se desvanecieron de repente por la furia.

—¡Y un cuerno! —gruñí—. ¡Y un cuerno!

Todo lo que tenía que hacer era encontrarlos, encontrar a Johnny Marcone, encontrar al cojo y al mago de Marcone, sea quien fuere. Debía encontrarlos, recuperar mi pelo, tumbarlos como si fueran bolos y enviar a Murphy para que hiciera una redada.

Como me llamo Harry que no me iba a quedar de brazos cruzados. Esos cabrones iban en serio. Ya habían intentado matarme una vez y volvían a ir detrás de mí. Marcone y sus chicos.

No, pensé. No era Marcone. No tenía sentido, a menos que hubiera sido su banda la que traficaba con el Tercer Ojo desde el principio. Si Marcone tenía un mago a sueldo, ¿por qué había intentado sobornarme? ¿Por qué no se limitó a robarme un mechón de pelo cuando mandó al matón con el bate y luego matarme cuando estuviera desprevenido?

¿Sería Marcone? ¿O aquel matón estaba jugando en dos bandos?

Al final decidí que no importaba. Una cosa estaba clara: alguien tenía un mechón de mi pelo. En algún sitio había un mago que quería matarme.

Quienquiera que fuera aquel mago, no era muy bueno; me había dado cuenta cuando eliminé su hechizo de la sombra. No podría vencerme en un enfrentamiento directo. Ya podía tener muchas agallas y pura energía para aprovechar las tormentas como había hecho y convertir en siervo a un demonio, pero era como un adolescente grande y desgarbado que acaba de descubrir sus nuevas fuerzas. En cambio, yo tenía algo más que fuerza y que agallas; tenía formación, experiencia y sentido común.

Además, en aquel momento estaba tan furioso que me subía por las paredes.

La sombra no se la había jugado conmigo. No tenía esa clase de fuerza. Tenía que esperar a las tormentas que había cada primavera y utilizarlas para matarme. Tenía tiempo. Tenía tiempo para ponerme a trabajar. Si podía averiguar dónde estaban,

dónde había llevado el cojo mi pelo, iría detrás de él.

La respuesta me vino de sopetón y parecía fácil. Si el pelo se usaba como enlace al resto de mí, podía invertirlo, es decir, crear un vínculo de mí al pelo. Dios, tal vez solo le prendiera fuego y quemara mi apartamento. Aunque la fórmula para un hechizo como ese sería una locura. Necesitaba a Bob. Bob me ayudaría a que saliera bien el hechizo, a dar con una fórmula como esa en unos pocos minutos en vez de en horas o días.

Hice una mueca. Bob se había ido y no volvería hasta dentro de casi veinticuatro horas. No había manera de que yo solo preparara aquella fórmula en menos de diez o doce horas, y de todas formas, no creía que mi cerebro fuera lo bastante coherente para que se me ocurrieran cálculos sólidos en aquel momento.

Podría haber llamado a Murphy. Ella hubiera sabido por dónde andaba Marcone, y el cojo seguro que estaba cerca. Me podría haber dado una idea, al menos, de cómo encontrar al caballero Johnny, al cojo y a la sombra. Pero ahora ya no lo haría. Y aunque lo hiciera, querría saber la historia al completo, y después de que se la contara, intentaría ponerme bajo custodia preventiva o algo tan ridículo como eso.

Apreté los puños fuerte y las uñas se me clavaron en la palma de las manos. Después, crucé la calle rápidamente, para colocarme bajo las luces de la estación de servicio y me quedé mirándome las manos.

Tenía sangre debajo de las uñas, de cuando se habían clavado en las muñecas del cojo. Tiré hacia atrás la cabeza y me reí. Ya tenía todo lo que necesitaba.

Me resguardé de la lluvia nebulosa y me senté en la acera. Utilicé un trozo de tiza que guardaba en el bolsillo de mi abrigo para dibujar un círculo sobre el pavimento que me rodeara. Después me saqué la sangre de debajo de las uñas y la puse sobre el suelo entre mis pies. Brillaba en la lluvia fina y neblinosa.

Tuve que meditar un rato sobre la siguiente parte, pero decidí usar un hechizo de rastreo que ya conocía en vez de intentar cambiarlo por algo un poco más decente. Me arranqué un par de pelos de la nariz y los puse también dentro del círculo, encima de la piel y la sangre del cojo. Luego toque con un dedo el círculo de tiza, proyecté energía hacia él y lo sellé.

Junté toda mi energía, de mi rabia, de mi nuevo miedo, del dolor de cabeza y el estómago revuelto, y lo lancé al hechizo:

—*Seguí votro testamentum.*

Una ráfaga de energía se concentró en los orificios de mi nariz y me hizo estornudar varias veces seguidas. Me vino un olor bastante fuerte a la colonia del cojo. Me levanté, abrí otra vez el círculo con una pisada y salí. Di una vuelta lenta alrededor. El perfume del cojo me llegaba cada vez más fuerte por el suroeste, desde uno de los barrios más caros de Chicago.

Empecé a reírme otra vez. Ya tenía al hijo de puta. Podía seguirle el rastro hasta

Marcone o para quien fuera que trabajara, pero tenía que hacerlo en aquel instante. No tenía tanta sangre como para que durara mucho el hechizo.

—¡Eh, amigo!

El taxista, con el motor en punto muerto y la punta del puro encendida, se asomó por la ventanilla y me lanzó una mirada.

Me lo quedé mirando un segundo.

—¿Qué?

Me miró con cara de pocos amigos.

—¿Estás sordo o qué? ¿Alguien ha llamado a un taxi?

Le eché una sonrisita, a pesar de mi enfado, a pesar de mi mareo y a pesar de estar todavía ansioso de hacerle tragar los dientes al cojo y a la sombra.

—He sido yo.

—¿Por qué me tienen que tocar a mí todos los locos? —se quejó—. Suba.

Subí y cerré la puerta tras de mí. Me miró con recelo por el retrovisor y dijo:

—¿Adónde?

—Serán dos direcciones —le contesté.

Le di la dirección de mi casa y me recosté en el asiento de atrás, con la cabeza automáticamente hacia el suroeste, hacia donde estaba el hombre que quería matarme.

—Esa es una —dijo—, ¿y la otra?

Entrecerré los ojos. Necesitaba un par de cosas de mi apartamento: mis talismanes, mi cetro mágico y mi bastón, un fetiche que debería aún ser esencial. Después de eso, tendría una seria conversación con uno de los más importantes gánsteres de Chicago.

—Se la diré cuando lleguemos allí.

Capítulo 17

Acabamos en el Varsity, un club a las afueras de Chicago del que era dueño Marcone. Era un local concurrido, dirigido a los universitarios que se encontraban por aquella zona de la ciudad; incluso a la una y media de la mañana todavía estaba bastante abarrotado de gente para ser un sitio tan aislado, en un centro comercial, el único negocio abierto a aquellas horas de la noche, el único que se veía con las luces encendidas.

—Está loco —murmuró el taxista mientras se marchaba. Me detuve un momento y pensé lo mismo que él. Le había dirigido por un camino serpenteante, pues el hechizo que había lanzado me había permitido seguir literalmente el rastro del cojo. El sortilegio había empezado a desvanecerse casi en el momento que lo había lanzado, pues no tenía bastante sangre para realizar un encantamiento que durara más tiempo; pero a mí ya me iba bien, había aguantado lo suficiente para apuntar directo al Varsity y para reconocer el coche del cojo en el aparcamiento. Pasé por delante de las ventanas y, en efecto, en un reservado grande y circular al fondo vi a Johnny Marcone, al cuellicorto señor Hendricks, al cojo y a Spike sentados juntos, hablando. Sin perder un segundo, me escabullí antes de que notaran mi presencia. Después volví al aparcamiento para considerar qué tenía a mi disposición: un brazalete en cada muñeca, un anillo, mi cetro mágico y mi bastón.

Pensé en todas las sutiles artimañas con las que podría inclinar la balanza a mi favor: ilusiones ingeniosas, apagones o cortes de agua oportunos, una invasión repentina de ratas o cucarachas... Podía conseguir cualquiera de estas cosas. No hay muchas personas que usen la magia y sean tan versátiles, pero aún son menos las que tengan la experiencia y la formación necesaria para juntar todos esos hechizos en un abrir y cerrar de ojos.

Agité la cabeza, irritado. No tenía tiempo de ser sutil.

Entonces tendría que otorgarle poder a los talismanes. Darle poder al anillo. Busqué la fuerza en el bastón y el cetro, la energía tranquila de la madera y la cólera hirviente del fuego, y me dirigí a la puerta principal del Varsity.

Hice saltar por los aires las bisagras.

Más que entrar por la puerta, la hice estallar. Los trozos volaron hacia mí y rebotaron en el escudo de aire que tenía delante, mientras otros pedazos me caían por detrás, hacia el aparcamiento. No quería hacerle ningún daño al grupo de comensales inocentes al otro lado. Solo se tiene una oportunidad para dar una buena primera impresión.

En cuanto desapareció la puerta, dirigí mi cetro hacia el interior y le dicté una orden. La máquina de discos salió disparada contra la pared como si le hubiera alcanzado una bala de cañón y después se deshizo en un charco de pringoso plástico.

La música chirrió por los altavoces y se paró. Entré en el local y liberé una onda de energía acumulada de mi anillo. Empezando por la puerta y después por toda la sala, empezaron a estallar las bombillas con pequeñas y repentinas detonaciones y lluvias de cristal en polvo y trocitos brillantes de filamento. Las personas sentadas en la barra y en las mesas de madera se dispersaron por el local o se escondieron debajo de las mesas en medio de toda aquella confusión. Unos cuantos se escabulleron por la puerta de incendios al fondo en uno de los laterales de la sala. Luego, se hizo un profundo silencio repentino. Todos se quedaron inmóviles y miraron hacia la entrada, donde estaba yo.

En la mesa del fondo, Johnny Marcone me contemplaba con sus ojos indiferentes y del color del dinero. No estaba sonriendo. El señor Hendricks, a su lado, me fulminó con la mirada y su única ceja se bajó tanto que apenas le permitió ver. Spike se quedó mudo y pálido. El cojo se me quedó mirando, aterrorizado. Ninguno de ellos hizo ni un solo movimiento, ni un solo ruido. Supongo que ver a un mago desatado te puede provocar reacciones así.

—¡Cerdito, cerdito, déjame entrar! —exclamé en medio de aquel silencio.

Planté mi bastón en el suelo y escruté a Marcone.

—Me gustaría hablar contigo un momento, John.

Marcone se me quedó mirando durante unos instantes y luego las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Tiene un modo muy particular de persuadir, señor Dresden.

Se levantó y habló en voz alta a la habitación sin perderme de vista. Debería haber estado enfadado, pero la coraza glacial lo ocultaba.

—Damas y caballeros, al parecer, el Varsity hoy cierra pronto. Por favor, desalojen el local en orden por la puerta más cercana. No se preocupen de sus cuentas. Señor Dresden, si es tan amable de apartarse de la entrada para que mis clientes puedan salir...

Me hice a un lado. El local se despejó rápidamente, salieron los clientes y el personal, y me dejaron solo con Marcone, Hendricks, Spike y el cojo. Ninguno de ellos se movió mientras esperaban que los clientes, los testigos, salieran. El cojo empezó a sudar. La expresión de Hendricks no cambió. El grandullón tenía tanta paciencia como un puma y parecía listo para saltar encima del confiado ciervo.

—Quiero que me devuelvan mi pelo —dije en cuanto la última pareja de universitarios salió zumbando por la puerta.

—¿Perdone? —dijo Marcone.

Inclinó la cabeza hacia un lado. Parecía realmente desconcertado.

—Ya me ha oído —contesté—, ese pedazo de basura suya —giré mi cetro hacia arriba y señalé con él al cojo— me cogió por sorpresa fuera de una estación de servicio al otro lado de la ciudad y me cortó un mechón de pelo. Quiero que me lo

devuelva. No me van a eliminar como a Tommy Tomm.

De repente, los ojos de Marcone brillaron llenos de rabia. Era un brillo frío, horrible y del color del dinero. Giró la cabeza con calma en dirección al cojo.

La cara ancha de este se le puso aún un poco más pálida. Pestañeó para quitarse una gota de sudor de los ojos.

—No sé de qué está hablando, jefe.

La mirada de Marcone seguía fija.

—Supongo, señor Dresden —dijo—, qué tendrá algún tipo de prueba.

—Mire en su muñeca izquierda —le sugerí—, tiene unas cuantas marcas de uñas en la piel, de cuando le agarré.

Marcone asintió, con aquellos ojos fríos de tigre sobre el cojo, y dijo casi con tacto:

—¿Y bien?

—Está mintiendo, jefe —protestó el cojo. Se pasó la lengua por los labios—. Por Dios, estas marcas que tengo me las hizo mi novia. Él lo sabía. Ya sabe lo que dicen, es uno de verdad, sabe cosas.

Las piezas del puzzle comenzaban a encajar.

—Fuera quien fuera el que mató a Tommy Tomm sabe que le sigo la pista —dije—. Es su rival, el que sea que esté vendiendo el Tercer Ojo. El cojo debe de tener un trato muy jugoso para volverse en su contra. Le ha estado facilitando información a la competencia desde el principio y haciendo recados para ella.

El cojo no podía hacer una jugada para salvar su vida. Se me quedó mirando aterrorizado y sacudió la cabeza como protesta.

—Hay una manera fácil de solucionar esto —convino Marcone con voz calmada y uniforme—. Lawrence, muéstrame tu muñeca.

—Está mintiendo, jefe —repitió Lawrence, el cojo, pero le temblaba la voz—. Solo intenta liarle.

—Lawrence —dijo Marcone con el típico tono de voz suave que usaría un padre con su hijo.

Lawrence el cojo sabía que se había acabado. Vi la decisión desesperada en su rostro incluso antes de que se moviera.

—¡Mentiroso! —me gritó.

Se levantó y sacó la mano de debajo de la mesa. Me dio tiempo a darme cuenta de que llevaba un revólver en la mano, uno casi igualito a mi 38 milímetros, antes de que empezara a disparar.

Pasaron muchas cosas a la vez. Levanté la mano, centrando mi voluntad sobre el brazalete de diminutos escudos de estilo medieval que llevaba en la muñeca, y reforcé las energías protectoras que me rodeaban. Las balas chocaron contra ellas, acompañadas de un silbido, y saltaron chispas en la oscuridad del restaurante.

Spike dio un buen salto y se quedó agachado con una pequeña automática de las Uzi en la mano. Hendricks fue más despiadado y directo y reaccionó con los instintos de ciega violencia de un salvaje. Con una mano, el enorme guardaespaldas tiró a Marccone hacia atrás, y puso todo su cuerpo entre el jefe de la banda y Lawrence, el cojo. Con la otra mano, sacó una semiautomática compacta.

Lawrence, el cojo, giró la cabeza y vio a Hendricks con el arma. Le entró el pánico y apuntó con su pistola al hombre más corpulento.

Hendricks le disparó con una eficacia despiadada: el sonido de tres golpes secos, tres destellos de luz de la boca del arma. Los dos primeros disparos le dieron al cojo en el centro del pecho y le hicieron retroceder un par de pasos. El tercero le dio justo encima de la ceja derecha. Echó la cabeza atrás y se cayó al suelo.

Lawrence, el cojo tenía los ojos oscuros, como los míos. Se los vi. Giró la cabeza hacia mí mientras permanecía tumbado en el suelo. Le vi pestañear, dos veces. Después, la luz desapareció, junto con él.

Me quedé allí durante un rato, aturdido. Hubiera habido o no una entrada a lo grande, eso no era lo que había esperado que ocurriera. No quería matar a nadie. Mierda, no quería que nadie muriera, ni ellos ni yo. Me sentía mal. Había sido una especie de juego, una competición machista de sentido de la teatralidad que estaba decidido a ganar. De pronto, dejó de ser un juego y solo quería salir de allí con vida.

Todos nos quedamos allí sin que nadie se moviera. Entonces Marccone dijo debajo de Hendricks:

—Lo quiero vivo. Antes tiene que contestar muchas preguntas.

Hendricks frunció el entrecejo y se levantó alejándose de Marccone.

—Perdone, jefe.

—No importa, señor Hendricks. Es preferible pecar de cauteloso, supongo.

Marccone se puso en pie, se estiró la corbata y después se arrodilló ante el cadáver. Le tomó el pulso en el cuello, luego en la muñeca y sacudió la cabeza.

—Lawrence, Lawrence. Te hubiera pagado el doble de lo que te ofrecían si me lo hubieras contado. Nunca fuiste muy listo, ¿eh?

Después, sin mostrar en su cara ningún otro sentimiento de los que había tenido aquella noche, Marccone subió la manga izquierda de Lawrence, el cojo, y estudió la muñeca del hombre. Frunció el entrecejo y bajó el brazo de nuevo, meditabundo.

—Al parecer, señor Dresden —afirmó—, tenemos el mismo enemigo. —Volvió a fijarla vista en mí—. ¿Quién es?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Si lo supiera no estaría aquí. Pensé que igual era usted.

Marccone alzó las cejas.

—Debería conocerme mejor, señor Dresden.

Esta vez fui yo quien arrugó el entrecejo.

—Tiene razón. Debería.

Los asesinatos habían sido más sanguinarios, más salvajes de lo que Marccone habría estado dispuesto a hacer. Los competidores debían eliminarse, pero no tendría sentido hacer de esto un producto. Desde luego, no había razón para matar a inocentes como Linda, como Jennifer Stanton. Era poco eficiente, no era bueno para el negocio.

—Si tiene algo suyo, puede cogerlo sin ningún problema, señor Dresden —dijo Marccone—. Mejor que se dé prisa. Creo que el Varsity ya ha visto su última multitud. Es una lástima.

Fue difícil, pero pasé por encima del cuerpo de Lawrence, el cojo. Tuve que dejar a un lado mi bastón y mi cetro mágico para revolver en los bolsillos del cadáver. Me sentía como un morbosos, agachado encima de un muerto, sacándole lo que era valioso para mí.

No encontré mi pelo por ningún sitio. Levanté la vista para mirar a Marccone y él me devolvió la mirada sin ninguna emoción aparente.

—Nada —le dije.

—Interesante. Debió de pasarle en material en cuestión a alguien antes de venir aquí —dijo Marccone.

—O quizás a alguien después de llegar aquí.

Marccone negó con la cabeza.

—Estoy segurísimo de que no hizo eso. Lo hubiera notado.

—Le creo —le dije y de verdad le creía—. ¿Pero a quién?

—A nuestro enemigo —contestó Marccone—. Es obvio.

Cerré los ojos y de repente flaqueé de cansancio.

—Maldita sea.

Marccone no dijo nada. Se levantó y le dio un par de órdenes silenciosas a Hendricks y a Spike.

Hendricks limpió su arma con una servilleta y luego la dejó sobre el suelo. Spike fue hasta detrás de la barra y empezó a hacer algo relacionado con un cable y una botella de whisky.

Recogí mi bastón y el cetro, me levanté y me di la vuelta hacia Marccone.

—Dígame qué más sabe. Si voy a atrapar a ese tío, necesito todo lo que tenga.

Marccone lo tuvo en cuenta y asintió.

—Sí, es cierto. Por desgracia, eligió un foro público para esta discusión. Usted se ha erigido como mi enemigo a los ojos de cualquiera que estuviera mirando. Por muy comprensibles que hayan podido ser sus razones, queda el hecho de que me ha desafiado en público. No puedo dejarlo estar, sean cuales sean mis sentimientos personales, sin provocar más de lo mismo. Debo mantener el control. No es nada personal, señor Dresden, Son negocios.

Tensé la mandíbula, agarré con fuerza mi cetro y me aseguré de que el escudo todavía estaba allí, listo para protegerme.

—¿Y qué va a hacer al respecto?

—Nada —contestó—. No necesito hacer nada. O le matará nuestro enemigo, en cuyo caso no necesito arriesgarme ni yo ni a mi gente para eliminarle, o usted le encontrará a tiempo y le derrotará. Si le vence, le haré entender a cualquiera que pregunte que lo hizo a instancias mías, por lo que estaré de acuerdo en olvidar esta noche. Sea de la forma que sea, me beneficia mucho más esperar a ver qué pasa.

—Si me mata —señalé—, si soy el próximo al que arranca el corazón, seguirá sin saber dónde está. Lo tendrá más difícil para eliminarle y proteger su negocio.

—Cierto —dijo Marcone. Después sonrió, lo que duró solo una fracción de segundo—. Pero creo que usted no es una presa tan fácil. Creo que aunque llegue a matarlo, se revelará de alguna forma. Desde el encuentro que tuvimos el otro día, tengo la sensación de saber qué tipo de cosas buscar.

Le miré con el ceño fruncido, me di la vuelta para marcharme y caminé con dinamismo hasta la puerta.

—Harry —dijo.

Me paré y me volví.

—Un comentario personal: de todas formas, no sé nada de lo que pudiera sacar provecho. De los suyos, todos los que nos llevamos, ninguno reveló nada. Fíjese hasta dónde llega su miedo. Parece que nadie sabe de dónde viene la droga, de qué está hecha o dónde trabaja esa persona. En las sombras, dicen; que siempre está en las sombras. Eso es todo lo que he averiguado.

Contemplé a Johnny Marcone por un momento y después asentí, una vez.

—Gracias.

Se encogió de hombros.

—Buena suerte. Creo que sería mejor si usted y yo no nos volviéramos a encontrar en el futuro. No permitiré más intromisiones en mis asuntos.

—También creo que es una buena idea.

—Perfecto. Está bien tratar con alguien comprensivo.

Y después se dio la vuelta hacia los dos hombres que le quedaban, dejando detrás de él el cadáver de Lawrence, el cojo, en el suelo.

Me volví y salí del local caminando con dificultad, hacia la noche, hacia la fría lluvia nebulosa. Todavía me encontraba mal y aún podía ver los ojos de Lawrence, el cojo, cuando murió. Todavía podía oír en mi cabeza la risa ronca de Linda Randall. Todavía lamentaba haber mentado a Murphy y seguía teniendo la intención de no contarle nada más de lo que ya le había dicho. Todavía no sabía quién intentaba matarme y no tenía ninguna defensa que presentar al Consejo Blanco.

—Afrontémoslo, Harry —me dije—, aún estás bien jodido.

Capítulo 18

¿Alguna vez has estado desesperado? ¿Con una desesperación absoluta? ¿Alguna vez te has quedado en la oscuridad y has sabido, en el fondo de tu corazón, de tu alma, que nunca jamás iba a mejorar la situación? ¿Que algo se había perdido para siempre y que no iba a volver?

Así era como estaba cuando salí del Varsity, mientras caminaba bajo la lluvia. Cuando estoy confundido, cuando no puedo pensar, cuando estoy agotado, tengo miedo y me siento muy, muy solo, doy paseos. Eso es una de las cosas que hago. Camino y camino, y tarde o temprano aparece algo que impide que salte de un edificio.

Así que paseé. Si miro hacia atrás, me doy cuenta de que fue bastante estúpido ponerme a caminar por Chicago a aquellas horas un sábado por la noche. No alcé la vista muchas veces. Caminé y dejé que las cosas dieran vueltas por mi cabeza, con las manos en los bolsillos del guardapolvos que se agitaba alrededor de mis largas piernas mientras la llovizna me empapaba el pelo poco a poco.

Me acordé de mi padre. A menudo pienso en él cuando estoy alicaído. Era un buen hombre, generoso y un perdedor rematado. Un mago del espectáculo en un momento en que la tecnología producía más magia que la magia nunca tuvo mucho que ofrecer a su familia. Se pegaba la mayoría del tiempo en la carretera, actuando en salas en decadencia e intentar ganarse la vida para mi madre. No estaba cuando nació.

No estaba allí cuando ella murió.

Apareció más de un día después de que yo naciera. Me dio los nombres de tres magos, después me llevó con él, a la carretera, y entreteníamos a niños y jubilados, actuábamos en los gimnasios de los colegios y en almacenes de tiendas de ultramarinos. Siempre era generoso, amable, con más buen corazón y más dadivoso de lo que en realidad nos podíamos permitir. Siempre estaba un poquito triste. Me enseñaba fotos de mi madre y hablaba de ella cada noche. Me hizo sentir que casi la conocía.

Cuanto más mayor me hacía, ese sentimiento aumentaba. Creo que veía a mi padre como ella lo hubiera hecho: un hombre adorable, dulce y tierno. Un poco infantil, pero honrado y buena persona. Alguien que se preocupaba por los demás y que no ponía por encima de todo las ganancias materiales. Me di cuenta de por qué lo amaba ella.

No tuve que esperar a ser mayor para ser su ayudante, como me había prometido. Murió mientras dormía una noche. Un aneurisma, dijeron los médicos. Me lo encontré frío, sonriendo. Quizá había soñado con madre cuando murió. Mientras le miraba, de repente me sentí, por primera vez en mi vida, completa y totalmente solo. Algo se había ido para no volver, se había vaciado un agujerito dentro de mí que

nunca jamás volvería a llenarse.

Así me sentía aquella noche lluviosa de primavera en Chicago, caminando por las calles, con el aliento convertido en vaho, mientras mi bota derecha crujía a cada paso que daba y los pensamientos ocupados por los muertos.

Supongo que no debería haberme sorprendido cuando después de horas andando, mis pasos me llevaron de vuelta al piso de Linda Randall. La policía se había ido, las luces estaban apagadas y los embobados vecinos ya estaban a gusto en sus camas. Estaba todo muy tranquilo en el complejo de apartamentos. El alba todavía no había teñido el cielo, pero en algún sitio, en el alféizar o en el nido de un tejado, gorjeaba un pájaro.

Estaba al límite de mis fuerzas y de mis recursos. No había pensado en nada, no había tenido ninguna idea magnífica. El asesino perfeccionaría el hechizo para matarme la próxima vez que hubiera tormenta a la que recurrir y, a juzgar por el viento que hacía, podría ser en cualquier momento. Si no acababa conmigo, sin duda Morgan tendría preparado al Consejo Blanco para que me ejecutara al amanecer del lunes. El cabrón ya estaría presionando. El asunto llegaba hasta el Consejo y yo no tendría la menor oportunidad.

Me apoyé contra la puerta del apartamento de Linda. Estaba precintada con la cinta negra y amarilla en la que se podía leer «POLICÍA, NO PASAR». No me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que ya había lanzado un hechizo que abrió la puerta, aflojado la tira de cinta amarilla que estaba más baja y entrado en el piso.

—Esto es ridículo, Harry —me dije a mí mismo.

Supongo que no tenía ganas de escuchar. Di una vuelta por la casa de Linda, oliendo su perfume y su sangre. Todavía no habían venido a limpiarla. Seguramente el administrador de la finca se tendría que encargar de eso más tarde. Nunca te enseñan esta clase de detalles en las películas.

Al final, me encontré tirado en el suelo, sobre la alfombra que había a la gran cama de Linda Randall. Me quedé acurrucado a un lado, con la espalda apoyada en la cama y la cara mirando hacia las puertas de cristal correderas que daban a un pequeño patio asfaltado. No me apetecía moverme, ni ir a ningún sitio, ni hacer nada. No había servido para nada, todo había sido inútil. Iba a morir en un par de días.

Lo peor de todo era que no estaba seguro de si me importaba. Estaba muy cansado, agotado por toda la magia que había usado, por la caminata, por los moratones de los puñetazos y la falta de sueño. Estaba oscuro. Todo estaba oscuro.

Debí de quedarme dormido. Lo necesitaba después de todo lo que había ocurrido. No recuerdo nada más, hasta que hubo demasiada claridad en mis ojos.

Parpadeé y levanté la mano para protegerme de la luz, con los ojos cerrados. Las mañanas nunca han sido mi momento preferido y el sol había salido por encima de los tejados de los edificios en la calle, el sol alegre de primavera que atravesaba las

cortinas de Linda, mis pestañas y llegaba hasta mi cerebro. Refunfuñé no sé qué, me di la vuelta, de cara a la tranquila oscuridad bajo la cama de Linda, de espaldas a la cálida luz.

Pero no volví a dormirme. En lugar de hacerlo, empecé a indignarme conmigo mismo.

—¿Qué coño estás haciendo, Harry? —me pregunté en voz alta.

—Acostarme para morir —me contesté de mala gana.

—¡Y un cuerno! —exclamó mi parte sensata—. Levanta del suelo y ponte a trabajar.

—No quiero. Estoy cansado. Vete.

—No estás tan cansado como para hablar solo. Así que no estás demasiado cansado como para sacar tu culo de la boca del lobo. Abre los ojos —me dije con firmeza.

Encorvé los hombros, sin querer obedecer pero sabiendo que era un error, y abrí los ojos. La luz del sol había convertido el piso de Linda Randall en un sitio casi alegre, recubierto de una pátina de oro, aún vacío, por cierto, pero cálido por unos pocos buenos recuerdos. Vi por allí cerca un anuario del instituto, debajo de la cama, con unas cuantas fotos que servían como marcadores. También había una fotografía enmarcada de una Linda Randall mucho más joven, que sonreía llena de felicidad, sin signos del cansancio hastiado que había visto en ella, vestida con el traje de graduación entre una pareja de aspecto agradable de unos cincuenta y tantos. Supuse que eran sus padres. Parecía contenta.

Y justo en el borde de un pequeño rayo de luz perdido, uno que ya se retiraba cuando el sol salía entre los edificios, había un pequeño cilindro de plástico de color rojo con una tapa gris.

Mi salvación.

Lo saqué de debajo de la cama. Estaba temblando. Sacudí el bote e hizo ruido. Había un rollo de película dentro. Abrí el bote y volqué el carrete en mi mano. Habían retirado el principio del carrete del estuche y había fotografías en la película, pero todavía no se habían revelado. Volví a cerrar el rollo y busqué en el bolsillo de mi abrigo para sacar el otro bote, el que había encontrado en la casa del lago de Victor Sells. Eran muy parecidos.

La cabeza me daba vueltas. Tenía una nueva pista. Todo un abanico de posibilidades se había abierto ante mí, era mi oportunidad para salir vivo de esta, para atrapar al asesino y salvar todo lo que había empezado a irse al traste.

Sin embargo, todavía no estaba claro del todo. No estaba seguro de lo que estaba pasando, pero tenía una posible conexión entre la investigación de asesinato y el caso del marido desaparecido de Mónica Sells, Victor. Ahora tenía otra pista que seguir, pero no tenía demasiado tiempo. Tenía que levantarme, ponerme de pie e irme,

rápido. Un mago de valía siempre sale adelante.

Me levanté, agarré mi bastón y el cetro y me puse en marcha hacia la puerta. Lo último que me hacía falta era que me pillaran en la escena del crimen sin autorización. Podía acabar arrestado y retenido, y estaría muerto antes de que pudiera obtener la fianza. Ya estaba pensando con anticipación. Mi cabeza iba un paso por delante, intentando encontrar al fotógrafo que había estado en la casa de veraneo de Victor Sells, revelando aquellas fotos para ver si había algo en ellas que explicara la muerte de Linda Randall.

Fue entonces cuando oí un ruido y me detuve. Lo oí otra vez, era un chirrido silencioso.

Alguien giró la llave en la cerradura de la puerta de entrada al piso y la abrió.

Capítulo 19

No me daba tiempo a esconderme debajo de la cama o en el baño y de todas formas, tampoco quería quedarme sin libertad de movimientos. Salté hacia delante y me coloqué muy quieto detrás de la puerta cuando se abrió.

Entró un hombre, delgado, bajo, con aspecto agobiado. El pelo, una lánguida sombra marrón, lo tenía peinado hacia atrás y recogido en una coleta. Llevaba unos pantalones de algodón oscuros, una chaqueta oscura y una bolsa en bandolera. Cerró la puerta y miró a su alrededor, lleno de inquietud. Pero, como la mayoría de personas que están demasiado nerviosas para pensar con claridad, veía menos de lo que debería y aunque yo me encontraba dentro de su campo de visión, no se dio cuenta de que estaba allí. Era un hombre apuesto, o eso parecía, con la mandíbula y los pómulos muy marcados.

Cruzó la habitación y se paró en seco al ver la cama manchada de sangre. Apretó los puños. Hizo un ruidito extraño, como un graznido, antes de correr a tirarse al suelo, al lado de la cama, y empezar a toquetear por ahí abajo. Después de unos segundos, creció su desesperación y oí que maldecía en voz alta.

Deslicé mis dedos sobre la lisa superficie del carrito que llevaba en el bolsillo. Bueno, así que el misterioso fotógrafo que merodeaba por fuera de la casa del lago de Victor Sells estaba aquí buscando la película. Tuve una sensación en el estómago como cuando terminas un rompecabezas muy difícil, una especial satisfacción mezclada con un toque de autocomplacencia.

En silencio, coloqué mi bastón y el cetro en el rincón de detrás de la puerta y saqué del guardapolvos mi insignia oficial de asesor de la policía, con mi foto y todo, para que contrastara con la tela oscura. Me cubrí con el abrigo mi vieja camiseta raída y recé para que el hombre estuviera demasiado nervioso como para ver que debajo llevaba pantalones de chándal y botas camperas.

Seguí con las manos metidas en los bolsillos, empujé la puerta con un golpecito de mi bota para cerrarla y, mientras se cerraba, dije:

—Conque volviendo a la escena del crimen. Sabía que te atraparíamos si esperaba.

La reacción de aquel hombre me hubiera hecho desternillarme de risa cualquier otro día. Se sobresaltó, se dio un golpe contra los pies de la cama, dio un grito, salió de debajo, se giró para mirarme y por poco se cae sobre la cama de la sorpresa que se llevó al verme. Cambié de opinión en cuanto a su aspecto: tenía la boca demasiado apretada, los ojos demasiado pequeños y muy juntos, que le daban la mirada penetrante y rapaz de un hurón.

Entrecerré los ojos y me acerqué a él a paso lento.

—No podías mantenerte a distancia, ¿verdad?

—¡No! —exclamó—. ¡Ay, Dios! No lo entiendes. Soy fotógrafo. ¿Ves, ves? —Revolvió en la bolsa que llevaba colgada y sacó de allí una cámara—. Saco fotos, para la prensa. Eso es lo que hago aquí, solo intentaba echar un buen vistazo.

—Ahórratelo —le corté—. Ambos sabemos que no estás aquí para sacar fotos. Estabas buscando esto.

Saqué el carrete de fotos del bolsillo y lo levanté para enseñárselo.

Dejó de farfullar y se quedó inmóvil, mirándome fijamente. Después miró al bote. Se humedeció los labios e intentó decir algo.

—¿Quién eres? —pregunté.

Lo hice con voz áspera, exigente. Pensé en cómo sonaría la voz de Murphy, si estuviera en el centro con ella en ese momento esperando a que me hiciera preguntas.

—Emmm, Wise. Donny Wise. —Tragó saliva mientras me miraba detenidamente—. ¿Me he metido en algún lío?

Arrugué el entrecejo y le dije con desdén:

—Ya lo veremos. ¿Tienes el carné?

—Sí, por supuesto.

—Déjame verlo. —Le lancé una mirada y luego añadí—. Despacio.

Me miró con los ojos desorbitados y buscó en el bolsillo trasero del pantalón con una lentitud exagerada. Con una mano, sacó la cartera y la dejó abierta para mostrarme el permiso de conducir. Me acerqué a él, se lo arrebaté de las manos y lo examiné. El carné y la foto coincidían con el nombre que me había dado.

—Bien, señor Wise —le dije—, se está llevando a cabo una investigación, así que mientras coopere, no creo que...

Cuando alcé la vista, me lo encontré mirando mi nombre en la insignia. La voz se me apagó. Él apartó la cartera.

—¡Tú no eres un poli! —me reprochó.

Incliné la cabeza hacia atrás desde una perspectiva prepotente.

—Vale, quizás no lo sea, pero trabajo con la policía y tengo tu carrete.

Volvió a maldecir y empezó a meter su cámara de nuevo en la bolsa, sin duda para marcharse.

—No, tú no tienes nada. No hay nada que me conecte con todo esto. Me largo de aquí.

Lo observé mientras pasaba por delante de mí hacia la puerta.

—No tan rápido, señor Wise. Creo que tú y yo tenemos cosas de que hablar. Como un bote de carrete de fotos que se cayó en la terraza de una casa de Lake Providence el pasado miércoles por la noche.

Me lanzó una mirada rápida.

—No tengo nada que decirte —habló entre dientes—, seas quien coño seas.

Fue hacía la puerta y comenzó a abrirla.

Hice unos gestos bruscos hacia mi bastón situado en la esquina y, con mi voz más dramática, murmuré «*vento servitas*», mientras empujaba la puerta con la mano. Mi bastón, impulsado por canales de aire muy bien controlados, se movió en respuesta a mi evocación, voló por la habitación y cerró la puerta en las narices de Donny Wise. Se quedó rígido como una tabla. Giró la cabeza para mirarme con los ojos como platillos.

—Dios mío, eres uno de ellos. No me mates —suplicó—. Dios, tienes las fotos. No sé nada. Nada. No represento ningún peligro para ti.

Intentó mantener la voz calmada, pero estaba temblando. Le vi mover los ojos hacia las puertas correderas de cristal que daban al pequeño patio, como si estuviera calculando las posibilidades de llegar hasta allí antes de que pudiera detenerlo.

—Tranquílcese, señor Wise —le calmé—, no estoy aquí para hacer daño. Voy detrás del hombre que mató a Linda, Ayúdeme. Cuénteme lo que sabe y yo me ocuparé del resto.

Dejó escapar una risita cruel y dio medio paso cuidadoso hacia las ventanas de cristal.

—¿Y que me maten? ¿Como a Linda, como a toda esa gente? Ni hablar.

—No, señor Wise. Dígame lo que sabe y podré fin a las muertes. Llevaré al asesino de Linda ante la justicia.

Intenté mantener la voz tranquilizadora, constante, luchando contra la frustración que sentía. Dios, había querido ponerlo nervioso, pero no pretendía asustarle tanto como para que quisiera atravesar de un salto la puerta de cristal corredera.

—Tengo tantas ganas de detener a esas personas como usted.

—¿Por qué? —preguntó. Noté un poco de desprecio en sus ojos—. ¿Qué significaba para usted? ¿También te acostabas con ella?

Negué con la cabeza.

—No. No, solo era una persona muerta más que a la que no deberían haber matado.

—No eres poli. ¿Por qué arriesgas tu culo? ¿Por qué te enfrentas a esa gente? ¿No has visto lo que pueden hacer?

Me encogí de hombros.

—¿Quién lo va a hacer si no?

No me contestó, así que le enseñé el carrete.

—¿De qué son estas fotos, señor Wise? ¿Qué hay en este rollo para que mataran a Linda Randall?

Donny Wise se frotó las palmas de las manos contra los muslos. Movié la coleta mientras echaba un vistazo por la habitación.

—Te propongo un trato. Si me das el carrete, a cambio te digo lo que sé.

Negué con la cabeza.

—Puede que necesite lo que hay aquí.

—Lo que hay ahí no te servirá de nada si no sabes lo que estás mirando —señaló—. No te conozco de nada. No quiero problemas. Lo único que quiero es salir de esta vivo y de una sola pieza.

Me lo quedé mirando un momento. Si aceptaba, me quedaría sin el carrete y lo que fuera que hubiera dentro. Si no lo aceptaba y estaba diciendo la verdad, el carrete no me serviría de nada. La pista me había llevado hasta allí, hasta él. Si no descubría una pista que me llevara a otro sitio, estaba acabado.

Así que chasqué los dedos y dejé caer el bastón al suelo. Después le lancé el carrete por encima del hombro. Se le cayó y se agachó para recogerlo, sin dejar de mirarme con recelo.

—En cuanto salga de aquí, quedamos en paz —me dijo—. Nunca le he visto antes.

Asentí.

—De acuerdo. Venga.

Donny tragó saliva y se pasó una mano por el cabello. Al finalizar el gesto, le dio a su coleta un pequeño tirón nervioso.

—Conocía a Linda de vista. Le había tomado algunas fotos para un portafolio. Lo hago con algunas chicas de la ciudad. La mayoría de ellas quieren salir en las revistas.

—¿En revistas para adultos?

—No —dijo con brusquedad, todavía nervioso—, en la revista infantil de Babar. ¡Pues claro que en revistas de adultos! No es que sea de mucho estilo, pero se gana una pasta aunque no seas Hugh Hefner.

»Así que el miércoles Linda vino a verme. Me dijo que tenía algo para mí. Le hice unas cuantas fotos y le di el carrete; fue muy agradable conmigo. Todo lo que tenía que hacer era aparecer por donde me dijo, sacar unas fotografías por la ventana y marcharme. Tenía que entregárselas al día siguiente. Así lo hice. Y ahora está muerta.

—Fue en Lake Providence —dije.

—Sí.

—¿Qué vio allí? —le pregunté.

Donny sacudió la cabeza y, mientras pasaba a mi lado, miró hacia la cama.

—A Linda y a otras personas. No conocía a nadie. Estaban dando una especie de fiesta. Todo lleno de velas y esas cosas. Había una tormenta horrible, un montón de truenos y relámpagos, así que no podía oírles. Durante un rato me preocupó que alguien mirara hacia arriba y me viera a la luz de los rayos, pero supongo que estaban muy ocupados.

—Estaban teniendo relaciones sexuales —afirmé.

—No —me cortó—, estaban jugando a la canasta. Sí, era sexo. Pero del auténtico, nada de una burda imitación. Lo real no es tan bueno. Linda, otras mujeres, tres hombres... Gasté el carrete y me marché de allí.

Le lancé una sonrisita, pero no parecía haberse dado cuenta del doble sentido. Ya no abunda tanto el carácter de los bajos fondos.

—¿Puede describir a alguno de ellos?

Contestó que no con la cabeza.

—No estaba mirando. Pero no tenían nada de particular, no sé si me entiende. Me revolviéron el estómago.

—¿Sabía qué era lo que Linda quería hacer con las fotos? Me miró y rió por lo bajo, como si fuera sumamente ingenuo.

—Dios, colega. ¿Para qué piensa que querría nadie unas fotos como esas? Quería aprovecharse de alguien. Joder, su reputación no se mancharía en absoluto si saliera a la luz una foto de ella en medio de una orgía. Pero sí que podría afectar a una de las personas que la acompañaba. ¿Qué clase de pánfilo, aspirante a policía es usted?

Ignoré la pregunta.

—¿Qué va a hacer con el carrete, Donny?

Se encogió de hombros.

—Seguramente tirarlo a la basura.

Vi cómo se movían sus ojos de un lado a otro y supe que me estaba mintiendo. Se quedaría con el rollo de película, averiguaría quiénes eran los de las fotografías y si las cosas iban como él esperaba, intentaría sacar todo el provecho que pudiera. Tenía toda la pinta y seguí mis instintos.

—Permítame —dije y chasquéé los dedos—. ¡Fuego!

La tapa gris del pote salió volando de pronto. El bote rojo estalló en llamas mientras caía al suelo y se convirtió en una masa arrugada y humeante.

Se quedó mirando el carrete y después alzó la mirada hacia mí con la boca abierta.

—Espero que no me haya mentado, Donny —le dije.

Se puso blanco como la nieve, me aseguró que no lo había hecho, y finalmente se dio la vuelta y huyó del apartamento. A la salida quedaron dos trozos sueltos de cinta de la policía. No cerró la puerta tras de sí.

Dejé que se fuera. Le creí. No parecía tan inteligente como para inventarse una historia sobre la marcha y menos con lo nervioso que estaba. Noté que me invadía un feroz sentimiento de triunfo, de ira y de impaciencia por encontrar a aquella persona, fuera quien fuese, que estaba succionando las fuerzas puras de la vida y la creación y las estaba convirtiendo en destrucción; quería deshacerme de él y colocarlo con el resto de la basura. Quienquiera que fuese el que asesinaba con magia y mataba poco a poco a la gente con la droga del Tercer Ojo, era alguien a quien quería eliminar. Mi

cerebro se puso en marcha ahora que tenía algo en lo que trabajar, otra alternativa para el día siguiente aparte de morir de unas cuantas formas horribles.

Linda Randall había pensado chantajear a alguien. Di un salto mental y me figuré que sería Victor o alguien que estuvo en la casa durante la fiesta. Pero, ¿por qué? Ahora ya no tenía las fotos, solo la información que Donny Wise me había facilitado. No podía permitirme el lujo de esperar más. Tenía que seguir la pista que me había dado si quería llegar al fondo del asunto y descubrir quién había matado a Linda.

¿Cómo me las había arreglado para meterme en todo aquel lío en tan pocos días? ¿Y cómo demonios me las había apañado para dar por casualidad con lo que parecía ser una compleja y peligrosa trama en una casa de Lake Providence y una investigación totalmente diferente?

La respuesta era simple: no había sido un accidente. Todo está planeado. Alguien me quería en la casa del lago, alguien quería que me involucrara para averiguar qué estaba ocurriendo allí. Alguien al que le ponían muy nervioso los magos, que rehusaba dar su nombre, que había dejado caer frases con cuidado que me había hecho creer su ignorancia, que tuvo que dejar rápidamente su cita y que soltaba con total facilidad quinientos dólares para luego colgarme al teléfono sin apenas intercambiar unas palabras. Alguien me había arrastrado y forzado a salir al aire libre, donde había atraído todo tipo de atención hostil.

Esa era la clave.

Recogí el bastón y el cetro y salí por la puerta.

Era hora de hablar con Mónica Sells.

Capítulo 20

El taxi me dejó a una manzana de distancia de la casa de Mónica Sells en las afueras. Ya no me quedaba tiempo, ni dinero del préstamo de Murphy, ni paciencia, así que, sin perder un segundo, fui caminando por la calle hasta su casa.

Era una casita muy mona, de dos plantas, con un par de árboles jóvenes en el jardín de enfrente, que justo ahora empezaban a competir en altura con el edificio. Había un monovolumen en la entrada y una canasta de baloncesto, bastante usada. El césped estaba bastante alto, pero toda la lluvia que había caído últimamente lo justificaba. La calle era tranquila y tardé un tiempo en darme cuenta de que la mayoría de casas que había allí no estaban ocupadas. El cartel de «en venta» estaba en muchos de los jardines. Unas escasas cortinas cubrían las vacías y enormes ventanas, como telarañas. Para ser una calle con tantos árboles, apenas se oía el canto de los pájaros, ni el ladrido de un perro mientras caminaba por la acera.

En lo alto, las nubes cobraban densidad e iban acumulándose para formar otra tormenta.

En conjunto, parecía un lugar devastado, el sitio donde un brujo habría puesto su negocio. Caminé por el jardín de los Sells hasta la puerta principal.

Toqué al timbre y esperé.

No obtuve respuesta.

Llamé a la puerta y pulsé otra vez el timbre.

Siguieron sin contestar.

Apreté los dientes y miré a mi alrededor. No vi a nadie, así que me volví a girar hacia la puerta y me preparé para usar un hechizo que la abriera.

Pero la puerta se entornó, unos quince centímetros. Mónica Sells estaba en el interior, escrutándome con la mirada, con sus ojos verdes. Llevaba unos vaqueros, una camisa sencilla de franela con las mangas remangadas y una badana en el pelo. No iba maquillada. Parecía más mayor, pero a la vez más atractiva de esa manera; creo que quizá porque era un aspecto más natural para ella, se acercaba más al tipo de persona que era en realidad, más que aquella ropa fina y las joyas que llevaba cuando visitó mi oficina. Se quedó pálida, helada.

—No tengo nada que decirle, señor Dresden —dijo—. Márchese.

—No puedo —le contesté.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero la bloqueé con la punta de mi bastón para evitar que se cerrara.

—Llamaré a la policía —dijo con la voz crispada.

Se apoyó contra la puerta para intentar que yo no entrara.

—Hágalo —gruñí y probé suerte— y les contaré lo de su marido y usted. — Estaba dando palos de ciego, pero qué cojones. Ella no sabía que yo no sabía qué

coño estaba pasando.

Mis instintos dieron resultado. La oí tomar aire y sentí que aflojaba la resistencia que oponía. Puse el hombro contra la puerta, me apoyé con fuerza y ella se apartó hacia atrás sorprendida. No creo que esperara que fuese a usar la fuerza bruta para entrar en su casa. Dios, ni a mí se me hubiera ocurrido. No me di cuenta de lo enfadado que estaba hasta que vi con qué terror en los ojos levantó la vista. No sé qué aspecto tendría, pero no debía de ser muy agradable.

Me detuve. Cerré los ojos. Respiré hondo e intenté apaciguar mi ira. No me beneficiaría en nada perder el control.

Ella aprovechó el momento para ir a por el táser.

La oí moverse y abrí los ojos justo a tiempo para ver que agarraba del piano una caja negra de plástico del tamaño de un teléfono móvil y arremetía contra mí. Tenía la cara blanca, estaba asustada. Un rayo azul titilaba entre los bornes del táser mientras lo empujaba contra mi estómago.

Arrastré mi bastón en vertical de derecha a izquierda, el zumbante aparato me pasó de largo, junto con ella, y golpeó el marco de la puerta detrás de mí. Me escabullí por su lado hacía el salón y me giré para mirarla mientras ella se recuperaba y se daba la vuelta.

—No permitiré que les hagas daño —gruñó—. Ni tú, ni nadie. Te mataré antes de dejar que los toques, brujo.

Volvió a lanzarse sobre mí. La furia había sustituido al terror en sus ojos, lo que me recordó a Murphy por un segundo. Por primera vez, me estaba mirando a la cara. Era la primera vez que se olvidaba de apartar los ojos y en aquel momento pude ver su interior.

Todo pareció ralentizarse durante un rato. Tuve tiempo de verle el color de los ojos, las facciones de la cara, de darme cuenta de dónde los había visto antes, por qué me era tan familiar. Me dio tiempo a ver, detrás de su mirada, el miedo y el amor que motivaba cada movimiento que hacía, cada paso que daba. Vi por qué había ido hasta mí, por qué tenía miedo. Vi su pena y su dolor.

Todas las piezas encajaban. Después de conocer los sentimientos que la guiaban, el tremendo amor que mostraba incluso ahora, todo parecía totalmente obvio y me sentía estúpido por no habérmelo imaginado hace unos días.

—Pare —dije, o intenté decirle, antes de que me diera con el arma de rayos en el pecho. Solté el bastón y el cetro, que sonó al caer la madera al suelo, y la agarré por las muñecas. Ella levantó el táser, me lo puso delante de la cara y yo dejé que lo hiciera.

Estaba a unos 7 centímetros de distancia. La luz me brillaba en los ojos. Entonces tomé aire y lo eché hacia el arma junto con un soplo de Voluntad. Salió una chispa, una pequeña bocanada de humo y el trasto dejó de funcionar en sus manos, como al

parecer hace cualquier otro aparato eléctrico cuando yo estoy por en medio. Vaya, ya me extrañaba a mí que hubiera tardado tanto en estropearse; y aunque no lo hubiera hecho, no tenía ningún problema en lanzarle un maleficio para que se quedara inútil.

Continué sujetándole las muñecas, pero la fuerza que hacía con el brazo había disminuido hasta quedarse en nada. Me estaba mirando fijamente a la cara, con los ojos muy abiertos por la impresión del encuentro de nuestras miradas. Empezó a temblar y se le cayó el inutilizado táser de los dedos sin fuerzas. Traqueteó al chocar contra el suelo. La solté y ella se me quedó mirando, sin más.

Yo también temblaba. Una mirada nunca es algo simple o agradable. Dios, a veces odiaba tener que vivir con eso. No quería saber que abusaron de ella cuando era una niña. Que se había casado con un hombre que le daba más de lo mismo, como adulta. Que la única esperanza o luz que veía en su vida eran sus dos hijos. No había tenido tiempo de ver todas sus razones, toda su lógica. Todavía no sabía por qué me había metido en todo aquel asunto; aunque sí supe, al final, que era porque amaba a sus dos hijos.

Eso era todo lo que necesitaba, esa y otra conexión, el acuciante parecido a alguien que había observado cuando visitó mi oficina. A partir de ahí el resto se aclaró.

Mónica Sells tardó un instante en recuperarse. Lo hizo a una velocidad sorprendente, como si fuera una mujer acostumbrada a ponerse la máscara otra vez después de haberla tirado.

—Lo... lo siento, señor Dresden. —Alzó la barbilla y me contempló con un orgullo frágil y herido—. ¿Qué es lo que quiere?

—Un par de cosas —le contesté. Me agaché para recoger mi bastón y mi cetro—. Quiero recuperar mi mechón de pelo. Quiero saber por qué vino a mí el pasado jueves, por qué me ha metido en este lío; y quiero saber quién mató a Tommy Tomm, a Jennifer Stanton y a Linda Randall.

Los ojos de Mónica se volvieron más anodinos todavía y se puso pálida.

—¿Linda está muerta?

—La mataron la otra noche —le conté—, y alguien tiene pensado quitarme de en medio del mismo modo a la primera oportunidad que se presente.

Fuera, a gran distancia, retumbó un trueno. Se preparaba otra tormenta. Estaba formándose lentamente. Cuando llegara a la ciudad, sería hombre muerto. Así de simple.

Me volví en dirección a Mónica Sells y su cara me lo dijo todo. Ella sabía lo de las tormentas tan bien como yo. Lo sabía y tenía una especie de frustración triste y cansada en los ojos.

—Tiene que marcharse, señor Dresden —me aconsejó—. No puede estar aquí cuando... Tiene que marcharse antes de que sea demasiado tarde.

Di unos pasos hacia ella.

—Usted es la única oportunidad que me queda, Mónica. Ya le pedí una vez que confiara en mí. Tiene que hacerlo otra vez. Tiene que saber que no he venido a aquí a hacerle daño ni a usted ni a sus...

Se abrió una puerta en el pasillo detrás de Mónica. Una chica en la última y torpe etapa de la preadolescencia, con el pelo del color de su madre, se asomó a ver qué pasaba.

—¿Mamá? —dijo con voz temblorosa—. ¿Mamá, estás bien? ¿Quieres que llame a la policía?

Un niño, uno o dos años menor que su hermana, asomó también la cabeza. Llevaba una pelota de baloncesto bastante usada en las manos y le daba vueltas con movimientos nerviosos.

Me di la vuelta hacia Mónica. Tenía los ojos cerrados. Unas lágrimas afloraron y empezaron a bajar por sus mejillas. Tardo un instante, pero tomó aire y le habló a la chica con una voz clara y calmada, sin darse la vuelta.

—Estoy bien —le contestó—. Jenny, Billy, volved a vuestra habitación y cerrad la puerta. Lo digo en serio.

—Pero mamá... —empezó a decir el niño.

—Ahora mismo —ordenó Mónica con la voz forzada.

Jenny puso una mano por encima del hombro de su hermano.

—Vamos, Billy.

Me miró durante un instante. Tenía ojos de persona mayor y sabía demasiado para una niña de su edad.

—Venga.

Desaparecieron los dos en su habitación y cerraron la puerta detrás de sí.

Mónica esperó a que se marcharan y después rompió a llorar.

—Por favor, por favor, señor Dresden. Tiene que marcharse. Si está aquí cuando la tormenta llegue, si él sabe que...

Ocultó la cara entre sus manos e hizo un sonido gutural y silencioso.

Me acerqué a ella. Necesitaba su ayuda. Por grande que fuera el dolor que llevaba dentro, por intensa que fuera la agonía que estaba pasando, tenía que obtener su ayuda; y creía conocer los nombres que debía invocar para conseguirla.

A veces puedo llegar a ser todo un cabronazo.

—Mónica, por favor. Estoy entre la espada y la pared. No tengo otra salida. Todo lo que tengo me trae hasta aquí. Hasta usted. Ya no tengo tiempo para esperar. Necesito su ayuda antes de que acabe como Jennifer, Tommy y Linda.

Busqué su mirada y ella me miró sin apartar la vista.

—Por favor, ayúdeme.

Observé sus ojos, vi el miedo, el dolor y el cansancio que había allí dentro. Vi

cómo me miraba mientras la presionaba y le pedía que sacara más de lo que podía permitirse ofrecer.

—Muy bien —suspiró. Se dio la vuelta y caminó hacia la cocina—. Muy bien. Le contaré lo que sé, mago. Pero no puedo hacer nada para ayudarlo. —Se paró en la puerta y me miró. Las palabras cayeron por el peso de la convicción. Era la pura verdad—. Nadie puede hacer nada ya.

Capítulo 21

Mónica Sells tenía una cocina alegre y de colores vivos. Coleccionaba dibujos de vacas que se extendían por todas las paredes y por las puertas de los muebles de la habitación con una especie de indolencia alegre y bovina. La nevera estaba llena de dibujos pintados con lápices de colores y notas escolares. Había una fila de botellas de cristal de colores sobre el alféizar de la ventana. En el exterior se oía cómo soplaba el viento, cómo se agitaba sin descanso, frío y cada vez más fuerte. Un reloj en la pared con forma de vaca grande y simpática balanceaba su cola de un lado al otro, *tic, tic, tic*.

Mónica se sentó en la mesa de la cocina. Estiró las piernas por debajo y pareció relajarse un poco. Percibí que la cocina era su santuario, el lugar donde se retiraba cuando estaba disgustada. La cuidaba con mucho cariño, hasta el punto de que relucía de lo limpia que estaba.

Dejé que se relajara mientras pude, lo que no duró mucho. Casi podía sentir cómo acumulaba el aire una gran tensión. En la distancia se avecinaba una tormenta. No podía permitirme usar guantes de seda. Estaba a punto de abrir la boca, de seguir presionándola, cuando me dijo:

—Haga las preguntas, mago. Las contestaré. Ni yo misma sabría por dónde empezar.

No me miró. No miró hacia ningún sitio.

—Muy bien —dije. Me apoyé contra la encimera de la cocina—. Conoce a Jennifer Stanton, ¿no? Está emparentada con ella.

La expresión de su cara no cambió.

—Tenemos los mismos ojos que nuestra madre —confirmó—. Mi hermana pequeña fue siempre la rebelde. Se escapó de casa para ser actriz, pero en cambio se convirtió en puta. En cierto modo, le pegaba. Siempre quise que parara, pero creo que ella no quería. No estoy segura de que supiera cómo hacerlo.

—¿Ya se ha puesto en contacto la policía con usted, por su muerte?

—No. Llamaron a mis padres, en San Louis. Todavía no saben que vivo en la ciudad. De un momento a otro alguien se dará cuenta, estoy segura.

Fruncí el entrecejo.

—¿Por qué no fue a verles? ¿Por qué vino a mí?

Me examinó.

—La policía no puede ayudarme, señor Dresden. ¿Piensa que me creerían? Me mirarían como si fuera una lunática si fuera allí farfullando sobre hechizos mágicos y rituales. —Hizo una mueca—. Tal vez tuvieran razón. A veces me pregunto si estoy volviéndome loca.

—Así que entonces vino a verme a mí —seguí—. ¿Por qué no me contó la

verdad?

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo podía entrar en la oficina de alguien que no conocía y contarle...?

Tragó saliva y cerró los ojos de nuevo llenos de lágrimas.

—¿Y contarme qué, Mónica? —le pregunté manteniendo una voz suave—. ¿Quién mató a su hermana?

El viento repiqueteaba en el exterior. El reloj con forma de vaca simpática seguía con su *tic, tic, tic*. Mónica Sells respiró hondo, se estremeció y cerró los ojos. Vi cómo ataba los raídos cabos de su valor y los anudaba tan fuerte como podía. Ya sabía la respuesta, pero necesitaba oírla de sus labios. Tenía que estar seguro. Me dije a mí mismo que sería bueno para ella enfrentarse a tal cosa, con tan solo decirlo en voz alta. No creo que me lo tragara. Como he dicho, no soy muy buen mentiroso.

Mónica apretó los puños y dijo:

—Dios, ayúdame. Dios, ayúdame. Fue mi marido, señor Dresden. Fue Victor.

Creí que se desharía en lágrimas, pero en cambio, se puso su coraza defensiva, como si esperara que alguien fuera a golpearla.

—Por eso quería que lo encontrara —me oí decir a mí mismo—. Por eso me envió a la casa del lago, para que fuera a buscarlo. Sabía que estaba allí. Sabía que si me enviaba allí, él me vería.

Mi voz era suave, no denotaba mucho enfado, pero las palabras machacaban a Mónica Sells como mazos que levantaran esquirlas del pavimento. Con cada una de ellas daba un respingo.

—Tenía que hacerlo —gimió—. Dios, señor Dresden. No sabe cómo era. Y estaba empeorando. No era un hombre malo, de veras, pero fue de mal en peor y le tenía miedo.

—Por sus hijos —dije.

Asintió y apoyó la frente sobre sus rodillas. Entonces empezó a soltar palabras, primero despacio y después cada vez más y más deprisa, como si ya no pudiera contener su peso inmenso. Escuché. Se lo debía por abusar de sus sentimientos, por obligarla a revelármelo todo.

—Nunca fue un mal hombre, señor Dresden. Tiene que entenderlo. Trabajó duro. Trabajó muy duro para nosotros, para darnos algo mejor. Creo que era porque sabía que mis padres habían sido muy ricos. Quería darme lo mismo que ellos pudieron haberme dado, pero era demasiado para él. Se enfadó, se convirtió en un amargado. A veces perdía los estribos, pero no estaba siempre tan mal; y, a veces, también podía llegar a ser amable. Creo que quizá los niños ayudaban a que se estabilizara.

»Cuando Billy tenía unos cuatro años, Victor descubrió la magia. No sé dónde, pero cada vez estaba más obsesionado. Traía a casa libros y más libros. Cosas raras. Puso un pestillo en la puerta del ático y después de cenar siempre se encerraba allí

arriba. Algunas noches, no venía a la cama. Algunas noches, creo que oía cosas allí arriba. Voces. O algo que no eran voces.

Se estremeció.

—Empezó a empeorar. Se enfadaba y entonces ocurrían cosas, pequeñas tonterías. Las cortinas se prendían fuego por una esquina o las cosas volaban por las paredes y se rompían.

Dirigió su angustiada mirada hacia sus graciosas y horteras vacas un momento, como para asegurarse de que todavía seguían allí.

—Nos gritaba sin motivo o se echaba a reír por nada. El... veía cosas, cosas que yo no podía ver. Creía que se estaba volviendo loco.

—Pero nunca se enfrentó a él —le dije en voz baja.

Negó con la cabeza.

—No. Que Dios me perdone. No pude. Me había acostumbrado a estar callada, señor Dresden, a no armar escándalo. —Respiró hondo y continuó—. Entonces, una noche, vino a verme y me despertó. Me hizo beber algo. Me dijo que me haría ver, que me haría entenderle; que si lo bebía, vería lo mismo que él. Que quería que le entendiera, que yo era su esposa.

Esta vez sí que lloró, las lágrimas le caían por las mejillas y por la comisura de sus labios.

Todo lo demás encajaba con firmeza en su lugar, donde yo había pensado que iría.

—El Tercer Ojo —dije.

Asintió.

—Y... vi cosas, señor Dresden. Lo vi a él.

Se le arrugó la cara y pensé que iba a vomitar. Podía entenderla. Debió de haber sido un infierno obtener de repente la visión del tercer ojo de aquella forma, sin saber lo que era, lo que te estaba pasando, y mirar al hombre con el que te habías casado, con el que habías tenido hijos y ver lo que realmente era, un obseso del poder, consumido por la codicia. Todo aquello se quedaría con ella, para siempre. No se borraría de su memoria, nunca encontraría el consuelo de los años para poner una cómoda barrera acolchada entre ella y la imagen monstruosa de su marido.

Continuó hablando bajo y deprisa.

—Quería más. Incluso cuando ya había acabado, aunque fuera horrible, quería más. Intenté que no se me notara, pero se dio cuenta. Me miraba a los ojos y lo sabía, señor Dresden. Como usted acaba de hacer ahora. Y empezaba a reírse como si le hubiera tocado la lotería. Me besaba, estaba tan contento... Me ponía enferma.

»Empezó a fabricar más droga, pero nunca tenía suficiente. Lo volvía loco, frenético. Entonces se dio cuenta de que cuando se enfadaba tenía más poder. Buscaba cualquier excusa para enfadarse. Se encolerizaba, pero aún no tenía suficiente. —Tragó saliva—. Entonces fue cuando... cuando...

Pensé en un repartidor de pizza asustado y el comentario de un hada sobre humanos que «hacían ejercicio».

—Fue cuando se dio cuenta de que también podía llegar a los sentimientos de otras personas —continuó— y usarlos para potenciar su magia.

Asintió y se encorvó un poco más.

—Al principio solo me lo hacía a mí. Me daba miedo. Al cabo de algún tiempo, estaba agotada. Entonces descubrió que para lo que estaba haciendo, el deseo funcionaba mejor. Así que comenzó a buscar por aquí. A otros. Él los llamaba inversores.

Alzó la vista y me suplicó con la mirada.

—Por favor, señor Dresden. Tiene que entenderlo. No siempre fue tan malo. Había momentos en que podía verlo de nuevo, momentos en los que pensaba que volvería a nosotros.

Intenté mirarla con compasión, pero no estaba seguro de sentir nada más que furia por alguien que tratara a su familia de aquella manera. Debí de reflejar mis sentimientos en la cara porque enseguida apartó los ojos y se encogió de miedo. Hablaba muy deprisa, como si quisiera evitar mi furia, con la voz de una mujer que ha evitado la rabia con palabras desesperadas más de una vez.

—Encontró a los Beckitt. Tenían dinero y les dijo que si le ayudaban, les ayudaría a vengarse de Johnny Marcone. Por lo de su hija. Confiaron en él. Le dieron todo el dinero que necesitaba.

Pensé en los Beckitt, en sus caras enjutas y hambrientas. Me acordé de los ojos muertos de la mujer.

—Y empezó los rituales. Las ceremonias. Dijo que necesitaba nuestro deseo.

Movió los ojos de izquierda a derecha y la mirada enferma de su cara se hizo cada vez más intensa.

—No era tan malo. Cerró el círculo y de pronto, no pasó nada. Nada más que carne. Me dejé llevar durante un rato. Fue casi como una evasión de la realidad.

Se restregó la mano contra los vaqueros, como si intentara despegarse algo asqueroso de la piel.

—Pero no era suficiente. Entonces fue cuando empezó a hablar con Jennifer. Sabía lo que hacía, que ella conocería el tipo de gente apropiada. Como ella, como Linda. Linda le presentó al hombre de Marcone. No sé cómo se llamaba, pero Victor le prometió algo que bastó para atraerle al círculo.

»Ya no tenía que ir siempre. O Jenny o yo nos quedábamos con los niños. Victor creaba la droga. Empezamos a hacer dinero. Las cosas empezaron a irnos bien durante un corto periodo de tiempo. Mientras yo no pensara demasiado. —Mónica respiro hondo—. Entonces, a Victor le ocurrió algo. Empezó a invocar demonios. Yo los vi. Y decía que necesitaba más poder. Lo ansiaba. Era horrible, como contemplar

a un animal famélico caminando impaciente. Y vi que empezaba... que empezaba a mirar a los niños, señor Dresden. Me daba miedo. El modo en que les miraba, a veces, sabía...

Esta vez se dobló sobre sí misma con un gemido. Se estremeció y empezó a llorar sin control.

—¡No, Dios mío! ¡Mis niños, mis niños!

Quería dejarla en paz, ofrecerle mi mano, pasarle el brazo por encima de los hombros y decirle que todo iría bien. Pero ahora la conocía, había mirado dentro de ella; le haría dar un grito. *Dios, Harry*, pensé, *¿no has torturado ya bastante a esta pobre mujer?*

Hurgué en los armarios hasta encontrar un vaso. Abrí el grifo del agua fría, lo llené y después me acerqué. Se lo dejé al lado. Se enderezó en la silla y sujetó el vaso con manos temblorosas. Tomó un sorbo y derramó un poco sobre su barbilla.

—Lo siento —me disculpé. Fue lo único en lo que pude pensar.

Si me oyó, no lo pareció. Bebió agua y luego continuó como si estuviera desesperada por acabar, por degustar las palabras que salían de su boca.

—Quería dejarlo. Sabía que se pondría furioso, pero no podía permitir que estuviera cerca de los niños. Intenté hablar con Jenny al respecto y tomó cartas en el asunto. Mi hermana pequeña intentó protegerme. Fue a ver a Victor y le dijo que si no dejaba que me fuera, iría a la policía y a Johnny Marcone; les diría todo lo que sabía. Y él... él...

—Él la mató —seguí.

Mierda, a Victor no le había hecho falta pelo de Jennifer Stanton para matarla, cualquier tipo de fluido corporal hubiera funcionado. Con las ceremonias de lascivia que estaban teniendo lugar, había habido muchas oportunidades para recoger muestras de la pobre Jennifer Stanton. Tal vez hasta había hecho que le llevara alguna de Tommy Tomm. O quizá Jennifer y Tommy Tomm habían estado demasiado juntos mientras hacían el amor y el hechizo solo afectara a uno de ellos cuando murieron.

—La mató —confirmó Mónica. Dejó caer los hombros con un cansancio repentino—. Fue cuando le fui a ver, porque pensaba que sería capaz de ver, capaz de hacer algo, antes de que matara a mis niños; antes de que matara a alguien más. Y ahora Linda también está muerta. Y pronto lo estará usted, señor Dresden. No puede detenerlo. Nadie puede.

—Mónica —dije.

Sacudió la cabeza y se acurrucó hasta quedar reducida a una mísera bolita.

—Márchese —me dijo—. Ay, Dios, por favor, señor Dresden, no quiero estar delante cuando lo mate a usted también.

Sentí el corazón como un pedazo de cera fría en mi pecho. Quería decirle a toda costa que todo iba a ir bien. Quería secar sus lágrimas y decirle que todavía quedaba

alegría en el mundo, que todavía había luz y felicidad. Pero no creí que me escuchara. Donde ella estaba no había más que una oscuridad interminable sin esperanzas, repleta de miedo, dolor y fracaso.

Así que hice lo único que pude. Me retiré en silencio y la dejé con su llanto. A lo mejor la ayudaba a empezar a curarse.

A mí solo me sonaba a trozos de cristal que caían de una ventana hecha pedazos.

Mientras caminaba hacia la puerta principal, vi por el rabillo del ojo un pequeño movimiento a la izquierda. Jenny Sells estaba de pie en el vestíbulo, como una aparición silenciosa. Me contempló con unos ojos verdes luminosos, como los de su madre, como los de su tía muerta, cuyo nombre era el suyo. Me paré y me la quedé mirando, no sé por qué.

—Eres el mago —dijo con calma—. Eres Harry Dresden. Vi tu foto en el periódico una vez. En el *Arcano*.

Asentí.

Me estudió la cara durante un largo minuto.

—¿Vas a ayudar a mamá?

Era una pregunta sencilla, pero, ¿cómo le dices a un niño que las cosas no son tan simples, que algunas preguntas no tienen respuestas tan fáciles o sencillamente no tienen respuesta?

Volví a mirar aquellos ojos que ya conocía demasiado bien y después aparté la vista rápidamente. No quería que viera qué tipo de persona era ni las cosas que había hecho. No le hacía falta.

—Voy a hacer todo lo que pueda para ayudar a tu madre.

Asintió.

—¿Me lo prometes?

Se lo prometí.

Reflexionó sobre aquello un momento mientras me estudiaba. Después asintió.

—Mi padre antes era uno de los buenos, señor Dresden. Pero creo que ya no lo es. —Parecía triste. Tenía una expresión en la cara dulce, natural—. ¿Lo va a matar?

Otra pregunta sencilla.

—No me gustaría hacerlo —le contesté—, pero él quiere matarme. Quizá no me quede más remedio.

Tragó saliva y alzó el mentón.

—Yo quería mucho a mi tía Jenny —dijo. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Mamá no se lo dirá y Billy es muy pequeño para entenderlo, pero sé lo que pasó.

Se dio la vuelta, con más gracia y dignidad de la que yo mismo pudiera tener y empezó a alejarse.

—Espero que sea uno de los buenos, señor Dresden. Es lo que más necesitamos ahora. Espero que no le pase nada.

Luego desapareció por el pasillo con los pies descalzos, silenciosos.

Me marché de la casa en las afueras tan rápido como pude. Las piernas me llevaron por la acera curiosamente silenciosa y me devolvieron a la esquina donde el taxista me estaba esperando, con el cuentakilómetros en marcha.

Me subí al taxi y le dije al conductor que me llevara hasta la cabina más cercana. Después cerré los ojos y me concentré para pensar. Con todo el dolor que sentía era bastante difícil. A lo mejor soy imbécil o algo así, pero odio ver a personas como Mónica o como la pequeña Jenny sufriendo de esa manera. No debería haber ese tipo de dolor en el mundo y cada vez que me lo encuentro, me saca de mis casillas. Me pone furioso y a la vez triste. No sabía si quería gritar o llorar. Quería romperle la cara a Victor Sells, pero también arrastrarme hasta la cama y esconderme bajo las mantas. Quería darle a Jenny un abrazo y decirle que todo iba a salir bien, aunque, sin embargo todavía tenía miedo, con todo apretado y ardiendo en mis tripas. Victor Sells, el de los demonios y las sombras, me iba a matar en cuanto empezara la tormenta.

—Piensa, Harry —me dije a mí mismo—. Piensa, maldita sea.

El taxista me miró extrañado por el retrovisor.

Até bien atados todos mis sentimientos, todo el miedo, toda la rabia. No tenía tiempo para que todas esas sensaciones me cegaran. Me hacía falta claridad, concentración y determinación. Necesitaba un plan.

Murphy. Murphy podría ayudarme. Podía avisarla de lo de la casa del lago y mandar a la caballería. Encontrarían allí un alijo del Tercer Ojo y entonces podrían arrestar a Victor como a cualquier otro traficante.

Pero ese plan tenía muchos fallos. ¿Y si Victor no almacenaba la droga en la casa del lago? ¿Y si escapaba de la policía? En ese caso, Mónica y sus hijos estarían en peligro. No solo eso, ¿y si Murphy no me escuchaba? Mierda, un juez no debería ordenar el registro de una propiedad privada porque lo pida un hombre que seguramente tenga una orden para su propio arresto. No solo eso, sino que la burocracia que significaba trabajar con las autoridades de Lake Providence en domingo, como mínimo, ralentizaría las cosas. No se resolvería a tiempo de salvarme, a tiempo de evitar que me arrancaran el corazón. No, no podía confiar en la policía.

Si hubiera ocurrido en cualquier otro momento, si no estuviera bajo sospecha para el Consejo Blanco, les informaría sobre Victor Sells y dejaría todo el asunto en sus manos. No es que fueran lo que se dice indulgentes con las personas que usan la magia de la forma que Victor la utilizaba, para invocar a demonios, para matar, para fabricar drogas. Era probable que hubiera quebrantado todas las leyes de la magia. El Consejo Blanco no perdería el tiempo en enviar a alguien como Morgan para acabar con Victor.

Pero yo tampoco lo haría. Estaba ya bajo sospecha gracias a la ceguera y la estrechez de miras de Morgan. El consejo se reuniría en cuanto amaneciera el lunes. Algunos de los otros miembros me hubieran escuchado, pero en aquellos instantes estarían viajando. No tenía forma de contactar con aquellos que me apoyaban, no podía pedirles ayuda. No había tiempo, de hecho, de intentar reunir a ninguno de mis aliados habituales.

Así que llegué a la conclusión de que dependía de mí, de mí solo. Daba que pensar.

Debía enfrentarme a Victor Sells, el profesional de la magia más fuerte al que nunca me había enfrentado, en su propio terreno, la casa del lago. Y encima tenía que hacerlo sin quebrantar ninguna ley de la magia. No podía matarlo con hechicería, pero debía detenerlo de alguna manera.

Las probabilidades parecían indicar que iba a morir, me enfrentara a él o no. ¡Así que a la mierda con ellas! Si iba a salir, no iba a ser gimiendo y quejándome sobre lo triste que era todo. Si Victor Sells quería quitar de en medio a Harry Blackstone Copperfield Dresden, iba a tener que restregarme su magia en la cara.

Esa decisión me animó de algún modo. Al menos sabía lo que iba a hacer ahora, hacía dónde iba a tirar. Decidí que necesitaba tener una ventaja, algo que sorprendiera a Victor, algo que no se esperara.

Ahora que sabía quién era, entendía un poco mejor la magia que había usado fuera de mi casa. Había sido potente, mortal, pero ni era sofisticada ni estaba bien controlada. Victor era poderoso, fuerte, un mago natural, pero no tenía práctica, no tenía formación. ¡Ojalá hubiera conseguido algo de él! Un mechón de pelo u otra cosa que pudiera utilizar en su contra. Quizá debí buscar en el baño cuando estuve en casa de Mónica, pero tenía la sensación de que no habría sido tan descuidado. Alguien que pasa tanto tiempo pensando en cómo usar ese tipo de cosas contra la gente sería el doble de paranoico para que nadie tuviera la oportunidad de usarlo contra él.

Y entonces se me ocurrió que sí que tenía algo de Victor. Tenía su talismán del escorpión en el cajón del escritorio en mi despacho. Era uno de sus artilugios, algo cercano y familiar. Podía utilizarlo para crear un vínculo con él, poner su propio poder en su contra para derrotarlo sin el menor esfuerzo, sin hacer preguntas.

Aún tenía una oportunidad. No estaba acabado, ni mucho menos.

El taxista se acercó hasta una estación de servicio y aparcó al lado de una cabina de teléfono. Le dije que me esperara un minuto y salí mientras buscaba en mi bolsillo una moneda de 25 centavos para llamar. Si resultaba que no vivía para llegar a mañana, quería asegurarme de que la jauría del infierno estuviera gruñendo detrás de Victor Sells, pisándole los talones.

Marqué el número de teléfono de Murphy en la comisaría.

Sonó varias veces y al final alguien contestó. La línea chisporroteaba, se oían interferencias y apenas pude averiguar con quién estaba hablando.

—Despacho de Murphy, le habla Carmichael.

—Carmichael —dije alto al auricular—. Soy Harry Dresden. Necesito hablar con Murphy.

—¿Qué? —dijo Carmichael.

Se oyó un chirrido de más interferencias. Maldita sea, los teléfonos siempre se me estropean en los peores momentos.

—No puedo oírlo. ¿Murphy? ¿Quiere hablar con Murphy? ¿De parte de quién? ¿Anderson, eres tú?

—Soy Harry Dresden —grité—. Tengo que hablar con Murphy.

—Eh —gruñó Carmichael—. No te oigo, Andy. Mira, Murphy ha salido. Se fue con una orden para registrar la oficina de Harry Dresden.

—¿Que ella qué?

—Ha ido a la oficina de Harry Dresden —repitió Carmichael—. Dijo que volvería pronto. Oye, la línea está fatal, intenta llamarla más tarde.

Y me colgó.

Busqué otra moneda de veinticinco centavos con las manos temblorosas y marqué el número de mi oficina. Lo último que me faltaba era Murphy husmeando en mi despacho y puede que incautándose de cosas. Si ponía al escorpión como prueba, estaba perdido. No podría explicárselo a tiempo. Y si me veía cara a cara, estaría tan enfadada conmigo que solo me detendría y me dejaría allí toda la noche. Si eso sucedía, estaría muerto por la mañana.

Sonó un par de veces mi teléfono y después Murphy contestó. Se oía perfectamente.

—Oficina del señor Dresden, dígame.

—Murph —dije—. Gracias a Dios. Mira, tengo que hablar contigo.

Su enfado era casi audible.

—Ya es demasiado tarde para eso, Harry. Deberías haber venido a hablar conmigo esta mañana.

Oí que se movía. Empezó a abrir los cajones.

—Joder, Murph —dije, lleno de frustración—. Sé quién es el asesino. Oye, tienes que alejarte de ese escritorio. Podría ser peligroso.

Creía que le había dicho una mentira, pero mientras le hablaba me di cuenta de que era verdad. Recordé haber visto, o creer que había visto, que el talismán se había movido cuando lo examiné la otra vez. Tal vez no había imaginado nada.

—Peligroso —gruñó Murphy.

Oí cómo sacaba bolígrafos del primer cajón del escritorio y lo revolvió todo.

—Ya te diré yo lo que es peligroso. Joderme es peligroso, Dresden. Esto no es un

juego, ya no puedo seguir confiando en tu palabra.

—Murphy —le dije intentando no alterar la voz—, tienes que confiar en mí, solo una vez más. Apártate del escritorio, por favor.

Hubo un silencio durante un instante. Oí que tomaba aire y lo soltaba por la boca. Unos segundos más tarde Murphy dijo con voz dura y profesional:

—¿Por qué, Dresden? ¿Qué estás ocultando?

Oí que abría el segundo cajón.

Se oyó un chasquido y una palabrota en señal de sobresalto lanzada por Murphy. El auricular cayó al suelo. Oí unos disparos terriblemente fuertes que pasaron silbando de rebote y después un grito.

—¡Joder! —le grité al teléfono—. ¡Murphy!

Colgué con fuerza el auricular y eché a correr hacia el taxi.

El perplejo taxista se me quedó mirando.

—Eh, tío, ¿dónde está el incendio?

Pegué un portazo al cerrar la puerta y le di la dirección de mi oficina. Saqué toda la calderilla que me quedaba y le dije:

—Hace cinco minutos que tendríamos que estar allí.

El taxista miró asombrado el dinero, se encogió de hombros y dijo:

—Los locos. Los taxistas siempre pillan a todos los locos.

Después arrancó dejando una nube de humo detrás de nosotros.

Capítulo 22

El edificio estaba cerrado en domingo. Metí la llave en la cerradura, la giré con fuerza para abrirla y la saqué. No me molesté en coger el ascensor y subí volando las escaleras lo más rápido posible.

Eran cinco pisos. Tardé menos de un minuto, pero me dolió cada segundo. Los pulmones me ardían y tenía la boca seca como la arena cuando llegué a la quinta planta y corrí por el pasillo hasta mi oficina. Todo estaba en calma, vacío, oscuro. La única luz que había provenía de los indicadores de salida y del día nublado en el exterior. Las sombras se extendían y se posaban sobre las puertas cerradas.

La puerta de mi oficina estaba entreabierta. Oí el ventilador del techo chirriando en el soporte por debajo del resuello dificultoso de mi propia respiración. Las luces no estaban encendidas, aunque sí debía de estarlo la lamparita del escritorio, porque una luz amarilla perfilaba la puerta y dejaba una franja dorada por el suelo del pasillo. Me paré en el umbral. Me temblaban tanto las manos que apenas podía sujetar el bastón y el cetro.

—¿Murphy? —la llamé—. Murphy, ¿me oyes?

Tenía la voz ronca, entrecortada. Cerré los ojos y escuché. Creí oír dos cosas. La primera fue una respiración fatigosa, junto con un débil gemido al exhalar. Murphy.

La segunda fue un sonido seco, unos pasitos rápidos.

Olía a pólvora en el aire. En un arrebato de ira tensé la mandíbula. El bichito de Victor Sells, fuera lo que fuera, había hecho daño a mi amiga. No iba a quedarme de brazos cruzados, iba a echarlo de mi oficina.

Empujé con el bastón la puerta para abrirla y entré con mi cetro mágico extendido delante de mí y unas palabras de poder en los labios.

Justo enfrente de la puerta de mi oficina hay una mesa con una serie de folletos del tipo *Las brujas de verdad no flotan tan bien* o *La magia del siglo XXI*. Yo mismo he escrito algunos de ellos. Se hicieron para los curiosos, para la gente que quería conocer a las brujas y la magia. Me agaché un momento con el cetro apuntando debajo de la mesa, pero no vi nada. Me levanté de nuevo y miré a un lado y al otro, todavía en guardia.

A la derecha de la puerta hay una pared cubierta de archivadores y un par de butacas. Los armarios estaban cerrados, pero algo podría esconderse detrás de uno de los asientos. Me deslicé a la izquierda, miré detrás de la puerta y pegué los hombros a la pared, sin perder de vista la habitación.

Mi escritorio está en el rincón del fondo, a la derecha según se entra por la puerta, en diagonal. Es una oficina que hace esquina. Hay ventanas en todas las paredes exteriores. Como siempre, los estores estaban bajados. El ventilador del techo, en el centro de la habitación, daba vueltas acompañado de un pequeño crujido en cada

rotación.

Seguí mirando a todos lados, con los sentidos alertas. Contuve mi rabia, como una fiera, y me obligué a ser cauteloso. No podría ayudar a Murphy si lo que fuera que le hubiese pasado a Murphy me ocurría también a mí. Me moví despacio, con cuidado, con el cetro mágico a punto.

Vi las zapatillas de tenis de Murphy detrás del escritorio. Por el modo en que estaban colocados los pies, parecía que se había acurrucado hacia un lado, pero no pude ver el resto de su cuerpo. Avancé a grandes zancadas hasta el centro de la pared del fondo, apuntando con el cetro al suelo de detrás del escritorio como si fuera una pistola.

Murphy estaba allí tumbada, acurrucada hacia un lado, con su pelo dorado todo esparcido de forma poco artística por su cabeza, con los ojos abiertos y la vista fija. Llevaba unos pantalones vaqueros, una camisa con el cuello abotonado y una chaqueta satinada de los Cubs. El hombro izquierdo estaba manchado de sangre. Tenía la pistola a su lado, a pocos centímetros de distancia. El corazón me dio un vuelco. Oí que tomaba un poco de aliento y se quejaba al soltar el aire.

—Murphy —la llamé y después dije un poco más fuerte—. ¡Murphy!

La vi agitarse, un pequeño movimiento irregular en respuesta a mi voz.

—Tranquila, tranquila —le dije—. Relájate. No intentes moverte. Voy a ayudarte.

Me arrodillé a su lado, muy despacio, mientras observaba la habitación a mi alrededor. No vi nada. Aparté mi bastón y le tomé el pulso. Lo tenía acelerado, débil. No había bastante sangre como para tratarse de una herida grave, pero le toqué el hombro. A pesar de la chaqueta, pude notar la hinchazón.

—¿Harry? —dijo Murphy con voz ronca—. ¿Eres tú?

—Soy yo, Murph —le dije mientras apartaba el cetro y hacía el ademán de coger lentamente el teléfono.

El segundo cajón de mi escritorio, donde estaba el talismán del escorpión, estaba abierto y vacío.

—Espera, voy a llamar a una ambulancia.

—No me lo puedo creer. Hijo de puta —dijo casi sin aliento. Noté que se movía un poco—. Me has tendido una trampa.

Agarré el teléfono y marqué el 911.

—Calla, Murph, estás envenenada. Necesitas ayuda rápidamente.

Me atendió un operador del 911, que anotó mi nombre y mi dirección. Le dije que enviara una ambulancia preparada para tratar a alguien por envenenamiento y me dijo que no colgara. No tenía tiempo para quedarme al teléfono. Lo que fuera que le hubiera hecho aquello a Murphy, todavía estaba por allí cerca, en algún sitio. Tenía que sacarla de allí y después, recuperar el talismán de Victor para poder usarlo cuando fuera a la casa del lago.

Murphy se movió otra vez y sentí algo frío y duro que se cerraba alrededor de mi muñeca con un *clic-clac*. Parpadeé y la miré. Adoptando una postura testaruda, cerró la otra esposa alrededor de su propia muñeca.

—Estás bajo arresto —dijo casi sin aliento—, cabronazo. Espera a que te lleve a la sala de interrogatorios. No te vas a ir a ningún sitio.

Me la quedé mirando, atónito.

—Murph —tartamudeé—. Dios mío, no sabes lo que estás haciendo.

—¡Y una mierda! —exclamó levantando el labio, como un amago de su gruñido habitual.

Giró la cabeza con una mueca de dolor y me miró con los ojos entornados.

—Deberías haber hablado conmigo esta mañana. Ahora ya te tengo, Dresden —se interrumpió con un grito jadeante y añadió—. Gilipollas.

—¡Tozuda de mierda! —No supe qué decir durante un instante y luego sacudí la cabeza—. Tengo que sacarte de aquí antes de que vuelva —le dije y me incliné hacia delante para intentar levantarla.

Entonces el escorpión salió de las sombras, debajo del escritorio, y avanzó hacia mí con movimientos violentos y pasitos rápidos. Ya no era un bicho que pudiera aplastar con los dedos. Tenía el tamaño de un gran terrier, marrón y brillante, y era tan rápido que casi no se le veía.

Saltó sobre mí. Vi el destello de su cola, vi el aguijón que se abalanzaba sobre mí y no me dio en el ojo de milagro. Algo frío y húmedo me había manchado la cara y la piel empezaba a arderme. Veneno.

Del susto que me llevé sacudí la pierna, di una patada al bastón y al cetro y los aparté de mi lado. Salí rodando detrás del último, desesperado, pero las esposas de Murphy no me dejaron llegar muy lejos y ambos soltamos unos ruidos de incomodidad cuando los aros de acero nos cortaron la base de las manos. Me estiré para coger el cetro mágico, palpé su lisa redondez con las yemas de los dedos y después, oí otros pasitos rápidos y el escorpión me saltó a la espalda. El cetro se me resbaló de los dedos y rodó fuera de mi alcance.

No tenía tiempo para lanzar un hechizo, pero me agarré al segundo cajón del escritorio, lo saqué de su armazón y con dificultad conseguí colocarlo entre el escorpión y yo. Oí cómo silbaba el aire y cómo crujía la madera al romperse. El aguijón del escorpión se clavó en el fondo del cajón y una pinza como las de un cangrejo abrió un agujero en mis pantalones de chándal hacia mi pierna.

Lancé un alarido y me deshice del cajón. El escorpión, con su cola todavía clavada en la madera, salió disparado con él y los dos cayeron a poca distancia.

—No va a servirte de nada, Dresden —gimió Murphy de forma incoherente. Debía de estar demasiado intoxicada por el veneno como para comprender lo que estaba pasando—. Te tengo, no te resistas, te sonsacaré algunas respuestas ahora

mismo.

—A veces, Murph —dije jadeando—, haces las cosas más difíciles de lo que en realidad son, ¿nadie te lo ha dicho antes?

Me agaché hacia ella y pasé la muñeca esposada debajo de su brazo para rodearla por la espalda, mientras echaba hacia atrás también el suyo, pues mi brazo derecho y su izquierdo seguían unidos por las esposas.

—Mis ex maridos —gimió.

Hice un esfuerzo, nos levanté a ambos del suelo y empecé a renquear hacia la puerta. Sentía la sangre en la pierna y el dolor, tórrido y odioso, en el lugar donde el escorpión me había rasgado la piel.

—¿Qué pasa? —La voz de Murphy temblaba llena de confusión y miedo—. Harry, no veo nada.

Mierda, el veneno se estaba apoderando de ella. El veneno del escorpión común que se encuentra en la mayoría de Estados Unidos no es mucho más venenoso que el de un abejorro. Aunque, por supuesto, la mayoría de los abejorros no son del tamaño del perro de la familia; y Murphy no era una persona muy grande. Si le había inyectado gran cantidad de veneno en el organismo, tenía todas las de perder. Necesitaba atención médica y la necesitaba inmediatamente.

Si hubiera tenido las manos libres, habría recogido el cetro y el bastón y habría luchado, pero no tendría muchas posibilidades enganchado a Murphy y aunque pudiera deshacerme de aquella cosa, podía caer encima de ella y clavarle de nuevo el aguijón, lo que la mataría. No tenía muy buen ángulo para coger sus llaves y además no tenía tiempo de agacharme y probar una a una cuál era la de las esposas. Cualquier tipo de magia que pudiera surtir efecto lo bastante rápido como para romper las esposas a tiempo, seguramente me mataría a la velocidad del rayo; y tampoco tenía tiempo de hacer un hechizo más sutil para escapar.

Maldita sea, papá, pensé, ojalá hubieras vivido más tiempo para enseñarme cómo quitarme unas esposas.

—Harry, ¿qué pasa? —repitió Murphy con la voz débil—. No veo nada.

No dije nada. La llevé a cuestas hasta la puerta sin contestar. Detrás de mí oí un ruido seco y chirriante. Miré atrás por encima del hombro y vi que el aguijón del escorpión estaba bien metido en el cajón, pero la criatura estaba rompiendo rápidamente la madera con las patas y las pinzas.

Tragué saliva, me giré y salí renqueando de mi oficina con Murphy. Me las arreglé para cerrar la puerta con el pie. Las piernas de Murphy no la sostenían demasiado y la diferencia de peso hizo que el viaje fuera incomodísimo. Tuve que esforzarme para mantenerla erguida y en movimiento.

Llegué al final del pasillo. La puerta de las escaleras estaba a la derecha y el ascensor a la izquierda.

Me detuve durante un momento, jadeando, intentando no dejar que los ruidos de la madera astillada que se oían al final del pasillo perturbaran mi mente. Murphy estaba apoyada contra mí, en silencio, y no sabía decir si respiraba. No había manera de bajarla por las escaleras. A ninguno de los dos nos quedaban energías para conseguirlo. La ambulancia llegaría en unos minutos, y si Murphy no estaba allí abajo en ese momento, tendría que dejarla en el suelo y moriría.

Hice una mueca. Odiaba los ascensores, pero pulsé el botón y esperé. Las luces redondas encima del ascensor empezaron a contar hasta cinco. Al fondo del pasillo el sonido de la madera que se partía se paró y algo chocó contra la puerta de mi oficina haciendo vibrar el marco.

—¡Madre mía, Harry! —dije en voz alta.

Miré las luces. Dos. Una pausa de unos diez siglos. Tres.

—Date prisa —gruñí y le di al botón unas cien veces más.

Y entonces me acordé del brazalete de escudos que tenía alrededor de la muñeca. Intenté concentrarme en él, pero no fui capaz, porque lo tenía mal puesto, retorcido debajo de Murphy, para sujetarla. Así que la puse en el suelo de la forma más suave y rápida que pude, alcé la mano izquierda y me concentré en el brazalete.

El tercio inferior de la puerta de mi oficina explotó hacia fuera y la forma marrón y brillante del escorpión salió al pasillo de un salto. Ahora era más grande. El muy puñetero estaba creciendo. Se impulsó desde la pared hacia mí con una agilidad terrible, pasó a toda velocidad por el pasillo en mi dirección, tan rápido como puede correr un hombre, con las patas chasqueando frenéticamente a cada pasito. Se me echó encima, con las pinzas extendidas y el aguijón en alto. Centré mi voluntad en el escudo defensivo que el brazalete me ayudaba a formar y mantener y traté de crearlo antes de que el escorpión me alcanzara.

Por poco no lo consigo. El escudo invisible de aire se topó con el escorpión a tan solo un palmo de mi cuerpo y lo hizo rebotar. Cayó al suelo boca arriba. Allí se quedó forcejeando durante un segundo, agitándose de manera torpe.

A mi espalda, el ascensor ya había llegado y las puertas se abrían con elegancia.

Sin tiempo para delicadezas, agarré la muñeca de Murphy, la arrastré conmigo hasta el ascensor y le di al botón para bajar al vestíbulo. En el pasillo, el escorpión sacudió su cola y se enderezó. En mi dirección, de nuevo, con una inteligencia asombrosa, salió corriendo hacia donde yo estaba. No tenía tiempo de crear otra vez el escudo. Grité.

Las puertas del ascensor se cerraron. Hubo un repentino ruido sordo y la cabina vibró cuando el escorpión chocó contra ellas.

Empezamos a bajar e intenté recobrar el aliento. ¿Qué demonios era aquella criatura?

No se trataba de un simple insecto. Era demasiado rápido, demasiado inteligente

para eso, joder. Me había tendido una emboscada, y había esperado a que apartara las armas para ir tras de mí. Tenía que ser otra cosa, algún tipo de artefacto de poder, construido a pequeña escala, pero diseñado para atraer la energía, para ser más grande y más fuerte, una versión artrópoda del monstruo de Frankenstein. En realidad no estaba vivo, solo era un autómatas, un robot, algo programado con una misión. Victor, el muy cabrón demente, debió de imaginarse dónde había acabado su talismán y le lanzó un hechizo para que atacara a cualquiera que entrara en contacto con él. Más tarde, Murphy se lo había encontrado.

Todavía seguía creciendo, cada vez se hacía más rápido, más fuerte y más fiero. No bastaba con lograr que Murphy estuviera fuera de peligro, tenía que hallar una manera de atacar al escorpión. No tenía muchas ganas, pero era el único en el edificio que estaba capacitado para hacerlo; además, había demasiadas posibles amenazas. ¿Y si no paraba de crecer? Tenía que matarlo antes de que estuviera fuera de control.

Las luces del panel seguían contando hacia abajo, cuatro, tres, dos... y entonces el ascensor dio unos bandazos y se quedó estancado. Las luces titilaron y se apagaron.

—Mierda —maldije—. Ahora no, ahora no.

Los ascensores me odian. Pulsé los botones, pero no pasó nada. Un segundo más tarde apareció una nubecilla de humo y las luces al lado de los botones también se apagaron, dejándome a oscuras. Se encendió la luz de emergencia durante un instante, pero reventó un filamento que se puso a arder y me volví a quedar sin luz. En las sombras, Murphy y yo nos acurrucamos en el suelo.

Por encima de nuestras cabezas, fuera, en el hueco del ascensor, se oyó un chirrido de metal. Alcé la mirada hacia el techo de la cabina, invisible en la oscuridad.

—Tiene que ser una broma —murmuré.

Hubo un gran estallido y algo con el peso de un pequeño gorila se posó en el techo del ascensor. Se hizo el silencio durante un segundo y entonces ese algo empezó a romper de forma ensordecedora la parte de arriba.

—¡Tiene que ser una broma! —grité.

Pero el escorpión no lo era. Estaba arrancando el techo del ascensor, sacudiendo los tornillos y los soportes, haciendo que crujiera. Cayó polvo en la oscuridad, una arenilla oculta a mis ojos ciegos. Éramos sardinas en lata que esperaban a que las abrieran y se las comieran. Tuve la sensación de que si la criatura me picaba en ese momento, el veneno sería superfluo, pues moriría desangrado antes de que me afectara.

—Piensa, Harry —me grité a mí mismo—. ¡Piensa, piensa, piensa!

Estaba metido en un ascensor bloqueado, esposado a una amiga inconsciente que estaba muriendo por envenenamiento, mientras que un escorpión mágico del tamaño de algunos coches franceses intentaba llegar hasta mí y destrozarme. No tenía mi

etro ni mi bastón, los otros trastos que había traído conmigo al Varsity estaban descargados y eran inútiles, y el escudo del brazalete solo prolongaría lo inevitable.

Una larga tira de metal se soltó del techo y permitió que entrara un poco de luz tenue; miré hacia arriba, al vientre del escorpión, vi que metía una tenaza por el hueco y empezaba a abrirlo más.

Debería haberlo aplastado cuando no era más que un bicho. Debería haberme quitado el zapato y habérmelo cargado encima de mi escritorio. El corazón me subió a la garganta cuando vi que la criatura se inclinaba, metía una pinza para explorar el tercio superior del ascensor y empezaba a hacer más grande el agujero.

Apreté los dientes y comencé a buscar cualquier vestigio de magia que quedara en mí. Sabía que no serviría de nada. Podía dirigir una tormenta de fuego hacia aquella cosa, pero fundiría el metal que había arriba, caería sobre nosotros y nos mataría, porque el ascensor estaría demasiado caliente para que sobreviviéramos. ¡Pero, por Dios, que no iba a dejar que aquello me atrapara! A lo mejor si lo hacía bien, podía agarrarlo cuando saltara, minimizar los daños que había hecho alrededor. Ahí estaba el problema de no dárseme muy bien la evocación. Lo que tenían el bastón y el cetro precisamente era mucha velocidad, mucho poder, pero no demasiado refinamiento; estaban diseñados para ayudarme en la focalización de mi poder, para darme precisión milimétrica. Sin ellos podía haber sido un soldado suicida con doce granadas enganchadas al cinturón y listo para tirar de la anilla.

Y entonces se me ocurrió. Estaba pensando en la dirección equivocada.

Bajé la mirada del techo al suelo del ascensor y presioné con las palmas de mis manos contra él. Unos trocitos cayeron sobre mi cabeza y los hombros, y los ruidos que hacía el escorpión con las patas se hicieron cada vez más fuertes. Reuní toda la fuerza que pude y la concentré sobre las palmas de las manos. Había espacio debajo, en el hueco del ascensor, y eso era lo que me hacía falta: aire en vez de fuego.

Era un sortilegio sencillo, uno que había hecho cientos de veces, me dije para mis adentros. No distaba tanto de atraer mi bastón a la mano. Solo era... un poco más grande.

—*¡Vento servitas!* —grité vertiendo en el hechizo cada pedazo de fuerza, cada pizca de rabia y cada trozo de miedo que tenía.

Capítulo 23

Llovía a cántaros a mi alrededor, una tromba de agua de esas que solo se dan en primavera. El aire cada vez era más denso, más caliente, incluso con el aguacero. Tenía que pensar rápido, usar la cabeza, estar calmado, darme prisa. Las esposas de Murphy todavía me mantenían atado a su muñeca. Ambos estábamos cubiertos de polvo pegado al pringue fétido e incoloro, el ectoplasma que la magia atraía desde algún sitio cuando se conjuraba la masa genérica en un hechizo. Aquella porquería no duraría mucho tiempo. En unos pocos minutos se desvanecería, desaparecería en el aire, volvería al lugar de donde vino al principio. De momento, era tan solo una molestia bastante repugnante y pegajosa.

Sin embargo, todavía podía utilizarla.

Mis manos eran demasiado anchas, pero las de Murphy eran pequeñas y delicadas como las de una dama, salvo por los callos que le había dejado el uso de las armas y el entrenamiento de las artes marciales. Si se hubiera enterado de lo que pensaba y hubiera estado consciente, me hubiera pegado un puñetazo en toda la boca por ser un cerdo machista.

Uno de los médicos del servicio de emergencias murmuraba a un auricular, mientras que el otro estaba al otro lado de Murphy y la sujetaba conmigo; era la única oportunidad que iba a tener. Me incliné por detrás del diminuto cuerpo de Murphy y traté de ocultar lo que estaba haciendo con los oscuros pliegues de mi guardapolvos negro. Le cogí la mano, le apreté los dedos flácidos y pegajosos e intenté deslizar hacia afuera el aro de acero de las esposas.

Le desgarré un poco la piel y se quejó mucho, pero me las arreglé para liberarme de su muñeca justo cuando el médico y yo la sentamos en el bordillo cerca de la ambulancia. El otro médico corrió hasta la parte trasera, abrió la puerta y revolvió por allí dentro. Se oían sirenas, tanto de coches de policía como de bomberos, que se acercaban por todas direcciones.

Nada es sencillo cuando estoy cerca.

—La han envenenado —le dije al médico de emergencias—. La herida está en la parte superior de su brazo derecho o en el hombro. Creo que es una dosis masiva de veneno de escorpión marrón. Deberían haber un antídoto disponible por algún sitio. Le hará falta un torniquete y...

—Amigo —protestó el médico molesto—, sé hacer mi trabajo. ¿Qué demonios ha ocurrido ahí?

—No pregunte —contesté, mirando atrás hacia el edificio.

La lluvia iba cayendo poco a poco con más fuerza. ¿Era ya demasiado tarde? ¿Estaría muerto antes de llegar a la casa del lago?

—Está sangrando —me advirtió el médico, sin quitar el ojo de encima a Murphy.

Bajé la mirada hacia la pierna, pero no me empezó a doler hasta que vi bien la herida y recordé lo que había sucedido. La pinza del escorpión me había hecho un buen desgarró, una abertura de unos quince centímetros en los pantalones de chándal y un tajo equiparable en la pierna, un corte desigual y doloroso.

—Siéntese —me dijo el médico—. Lo atenderé en un segundo. —Arrugó la cara—. ¿Qué narices es esta mierda apestosa que lleva encima?

Me quité las gotas de lluvia del pelo y me lo alisé hacia atrás. Su compañero vino corriendo con una botella de oxígeno y una camilla y se pusieron a trabajar con Murphy. Tenía la cara descolorida, pálida por algunos sitios y muy roja por otros. Estaba tan flácida como un dólar mojado, salvo por los temblores o estremecimientos esporádicos, espasmos de los músculos que venían de ninguna parte, le causaban dolor durante un instante y luego, al parecer, desaparecían.

Yo tenía la culpa de que Murphy estuviera allí. Había decidido ocultarle información, lo que le había obligado a tomar una acción directa: registrar mi oficina. Si hubiera sido más abierto, más honesto, tal vez no estaría allí tirada, muriéndose. No quería alejarme de ella, no quería darle la espalda otra vez y dejarla allí sola.

Pero lo hice. Antes de que llegaran los refuerzos, antes de que la policía empezara a hacer preguntas, antes de que los médicos del servicio de emergencias comenzaran a examinarme y a darle mi descripción a los agentes, di la vuelta y me marché.

Con cada paso que daba me odiaba más a mí mismo. Detestaba marcharme antes de saber si Murphy sobreviviría a la picadura venenosa del escorpión. No soportaba que mi oficina y mi apartamento estuvieran destrozados, que los demonios, los insectos gigantes y mi propia torpeza los hubieran reducido a escombros. Me repugnaba cerrar los ojos y ver los cuerpos retorcidos y destrozados de Jennifer Stanton, Tommy Tomm y Linda Randall. Me daba rabia el enfermizo temor que sentía en mi interior cuando me imaginaba mi propio cuerpo partido en dos a manos de las mismas fuerzas.

Y, sobre todo, odiaba al responsable de todo aquello, Victor, el que iba a matarme en cuanto la tormenta empeorara. Podía estar muerto en cinco minutos.

No, no podía. Me emocioné un poco más mientras reflexionaba sobre el problema y alzaba la vista hacia las nubes. La tormenta había venido del oeste y acababa de llegar a la ciudad. No se movía rápido, era una lenta y pesada ola que se batiría contra aquella zona durante horas. La casa del lago de los Sells estaba hacia el este, a orillas del lago Michigan, quizá a unos 30 ó 40 kilómetros de distancia, en línea recta. Podía burlar la tormenta, si era lo bastante rápido, si conseguía un coche. Iría hasta la casa del lago y allí desafiaría a Victor directamente.

Ya no tenía el cetro ni el bastón, se me habían caído cuando el escorpión me atacó. Podía haberlos atraído desde mi oficina con los vientos, pero con lo exaltado que estaba, si lo hubiera intentado, habría volado una pared por accidente. No tenía

ganas de que me aplastaran los cientos de kilos de ladrillos que, gracias a la fuerza de mi magia y mi furia, saldrían por los aires dirigidos hacia mi mano extendida. Tampoco tenía mi brazalete de protección, pues se había consumido al contrarrestar la tremenda fuerza del impacto de la caída del ascensor.

Todavía me quedaba el pentáculo de mi madre colgado al cuello, el símbolo del orden, de los modelos de poder controlado que estaban en el corazón de la magia blanca. Aún tenía la ventaja de los años de formación oficial y lo superaba en experiencia en confrontaciones mágicas. Todavía me quedaba la fe.

Pero eso era más o menos todo. Estaba cansado, magullado, fatigado, herido y había sacado más magia de la chistera en un día que la mayoría de los magos en una semana. Ya estaba tocando fondo, tanto en el sentido místico como en el físico, aunque no me importaba.

El dolor de la pierna no me hacía más débil, no me desalentaba, no me distraía mientras caminaba. Mi concentración era como una hoguera en mis pensamientos, incluso ardía con más intensidad, era más pura, perfeccionaba mi ira, mi odio y lo convertía en algo duro y afilado como el acero. Podía sentir cómo ardía y la busqué desesperado, para que, al empujar el dolor de dentro, alimentara mi rabia incandescente.

Victor, la sombra, iba a pagar por lo que le había hecho a todas aquellas personas, a mí y a mis amigos. Maldita sea, esto no se iba a acabar hasta que cogiera a aquel hombre y le enseñara lo que puede hacer un mago de verdad.

No tardé mucho en llegar caminando a McAnally's. Atravesé la puerta con un estruendo de piernas largas, lluvia, viento, un guardapolvos que se agitaba y unos ojos llenos de rabia.

El local estaba abarrotado. La gente ocupaba cada uno de las trece taburetes, cada una de las trece sillas y se apoyaban en cada una de las trece columnas. El humo de pipa se acumulaba en una nube que se dispersaba gracias a las aspas de los ventiladores de techo que rotaban lánguidamente. Había una luz tenue, las velas ardían sobre las mesas y en apliques en las paredes, a lo que se le añadía un poco de la luz gris de la tormenta que se filtraba por la ventana. Aquella iluminación hacía que las tallas de las columnas parecieran imprecisas y misteriosas y cambiaba las sombras de un modo muy sutil. Todos los tableros de ajedrez de Mac estaban sobre las mesas, pero tenía la sensación de que los que jugaban y observaban las partidas intentaban despejar sus mentes de algo que las perturbaba.

Todos se giraron para mirarme cuando entré por la puerta y bajé los escalones, goteando agua y un poco de sangre sobre el suelo. La sala se quedó en completo silencio.

Eran los desposeídos de la comunidad mágica. Ocultistas limitados sin el talento innato, la motivación o la fuerza necesarios para ser magos de verdad; personas que

obtuvieron el don de nacimiento, que sabían lo que eran, pero no lo habían desarrollado. Diletantes, herbolarios, curanderos, brujas de cocina, jóvenes preocupados al alcanzar sus habilidades y no saber lo que hacer con ellas. Los conocía a todos de vista y algunos por sus nombres.

Eché un vistazo al local. A todos los que miraba apartaban los ojos, pero no me hacía falta ver más allá para darme cuenta de lo que estaba pasando. Las noticias corren rápido entre los que ejercen la magia y radio tarot funcionaba como siempre. Las noticias eran públicas. Tenía una marca en la frente y todos lo sabían. Se avecinaban problemas entre dos magos, uno que utilizaba la magia blanca y otro la negra; todos habían ido hasta allí, al refugio que ofrecían los sinuosos espacios y las configuraciones negativas de las mesas y las columnas de McAnally's. Habían ido hasta allí para guarecerse hasta que todo hubiera acabado.

No obstante, a mí no me servía como escondite. McAnally's no podía protegerme contra un hechizo dirigido con tanta fuerza. Era un paraguas, no un refugio antibombas. No escaparía de lo que Victor me iba a hacer a menos que huyera al mismo mundo fantástico y para mí era mucho menos peligroso, en cierto modo, que quedarme en el bar de Mac.

Me quedé allí de pie durante un rato, pero sin decir nada. Aquella gente eran colegas, amigos ocasionales, pero no podía pedirles que vinieran conmigo. Pensara Victor lo que pensara que era, tenía el poder de un mago de verdad y podía aplastar a cualquiera de aquellas personas como si fueran cucarachas. No estaban preparados para tratar con algo así.

—Mac —dije al final. Mi voz fue al silencio como un martillo sobre el cristal—. Necesito que me prestes el coche.

Mac no había dejado de sacarle brillo a la barra con un trapo blanco cuando entré. Tenía un aspecto demacrado, iba vestido con una camisa blanca y unos pantalones bombachos oscuros. Tampoco se detuvo cuando el local se quedó en silencio y no lo hizo cuando sacó las llaves de su bolsillo y me las tiró con una mano. Las cogí y dije:

—Gracias, Mac.

—Uf —contestó.

Me miró y luego dirigió la vista detrás de mí. Me tomé aquel gesto como la señal de advertencia que era y me di la vuelta.

Hubo un relámpago en el exterior. Morgan estaba allí de pie, recortado contra la entrada al principio del pequeño tramo de escaleras, con su silueta negra en contraste con el cielo gris. Bajó las escaleras hacia mí, con un trueno pisándole los talones. La lluvia no había afectado mucho a su cabello castaño canoso, excepto porque le había rizado su coleta de guerrero. Pude ver la empuñadura de la espada que llevaba debajo de su abrigo negro, sobre la que había colocado una mano musculosa y llena de cicatrices.

—Harry Dresden —dijo—, al final lo he averiguado. Utilizar las tormentas para matar es algo peligroso que solo se le ocurriría a un loco, pero tú eres el típico imbécil ambicioso que lo haría.

Apretó la mandíbula.

—Toma asiento —me invitó mientras señalaba una mesa. Los que estaban allí sentados se marcharon en seguida—. Vamos a quedarnos aquí, los dos. Me voy a asegurar de que no tengas ni una oportunidad de usar esta tormenta para hacer daño a nadie más. Me voy a cerciorar de que no vas a intentar recurrir a tus trucos hasta que el Consejo decida tu destino.

Aquellos ojos verdes brillaron llenos de adusta determinación y seguridad.

Me lo quedé mirando. Me tragué mi cólera, las palabras que me hubiera gustado contestarle, el hechizo que me hubiera gustado usar para sacármelo de encima, y hablé con tacto.

—Morgan, sé quién es el asesino y ahora va detrás de mí. Si no voy a por él para detenerle, estoy bien muerto.

La mirada de sus ojos se endureció y en éstos vi un brillo de fanático. Lanzó tres cortantes y pequeñas explosiones a modo de palabras:

—Que te sientes.

Sacó la espada un par de centímetros de la vaina.

Dejé caer los hombros y me giré hacia la mesa. Me recliné contra el respaldo de una de las sillas durante un momento para descansar un poco la pierna herida y aparté la silla de la mesa.

Después la cogí, di media vuelta con ella para tomar velocidad y le di en todo el estómago al guardián. Morgan intentó retroceder, pero lo pillé desprevenido y lo golpeé con todo el peso de una de las sillas de madera hechas a mano de Mac. En la vida real una silla no se rompe cuando golpeas a alguien con ella como en las películas. Al contrario, el que se rompe es el tío al que le has dado.

Morgan se inclinó hacia delante y cayó sobre una mano y una rodilla. No me esperé a que se recuperara, sino que aproveché el momento en que la silla rebotaba en sus costillas para dar una vuelta entera en la otra dirección, levantar muy alto la silla y darle en la espalda. El golpe le lanzó fuerte contra el suelo, donde quedó inmóvil.

Coloqué la silla al lado de la mesa y eché un vistazo al local. Todos estaban mirándome, pálidos. Sabían quién era Morgan, cuál era su relación conmigo. Sabían lo del Consejo y mi posición precaria. Sabían que había agredido a un representante del Consejo. Había cavado mi propia tumba. Ya no había la más remota posibilidad de que pudiera convencer al Consejo de que no era un mago granuja que escapaba a la justicia.

—Que le den —dije en voz alta, sin referirme a nadie en concreto—. No tengo tiempo para esto.

Mac salió de detrás de la barra, sin prisa, pero tampoco con su lacónica falta de preocupación habitual. Se arrodilló al lado de Morgan, le tomó el pulso, después le subió uno de los párpados y lo examinó. Me miró con los ojos entornados y con tono inexpresivo, me dijo:

—Está vivo.

Asentí a la vez que sentí un ligero alivio. Por muy imbécil que pudiera ser Morgan, tenía buenas intenciones. Los dos queríamos lo mismo, de verdad, aunque él no se diera cuenta. No quería matarlo.

Sin embargo, tenía que admitir desde un rinconcito mío lleno de alegría que la mirada horrorizada de sorpresa en su cara arrogante cuando le di con la silla era digna de recordar.

Mac se agachó y recogió las llaves de donde se me habían caído cuando levanté la silla. No me había dado cuenta de que las había tirado. Mac me las alcanzó y dijo:

—El Consejo se va a cabrear.

—Ya me encargo yo de eso.

Asintió.

—Suerte, Harry.

Mac me ofreció su mano y la acepté. La sala todavía estaba en silencio. Unos ojos llenos de miedo y preocupación me observaban.

Cogí las llaves y me fui, lejos de la luz y del refugio de McAnally's, hacia la tormenta, para quemar las naves.

Capítulo 24

Conduje por mi vida.

El coche de Mac era un TransAm del 89, blanco puro, con un gran motor de ocho cilindros. El cuentakilómetros iba a doscientos por hora. A ratos, a más. La lluvia hacía peligrosa la carretera a la velocidad que iba, pero tenía razones de sobra para llevar el coche lo más rápido posible. Todavía me corría por las venas la rabia dura como el acero que me había sacado de las ruinas de mi oficina y librado de Morgan.

El cielo cada vez estaba más oscuro por los crecientes cúmulos de nubes y a la vez la caída del sol. Los relámpagos eran extraños, verdosos; a la salida de la ciudad, las hojas de los árboles destacaban demasiado, contrastaban demasiado, y la línea amarilla de la carretera apenas se distinguía. La mayoría de los coches que vi tenían los faros encendidos y las farolas empezaron a iluminarse mientras iba como un bólido por la autopista.

Por suerte, los domingos por la tarde no hay mucho tráfico; podía haberme matado cualquier otra noche. También debí de pasar por los controles de vigilancia de la policía, pero no me pararon.

Intenté sintonizar en la radio la emisora del tiempo, pero desistí. La tormenta, junto con mi propio desasosiego, estaba creando un ruido de fondo chirriante en los altavoces y no se entendía nada sobre la tormenta. Solo me quedaba rezar para llegar antes que ella a Lake Providence.

Gané. Las cortinas de la lluvia se abrieron para mí cuando pasé a toda prisa la señal de los límites de la ciudad. Frené para aminorar la marcha y girar hacia la carretera que bordeaba el lago, que llevaba a la casa de los Sells; empecé a patinar, giré con más compostura y habilidad de lo que cabría esperar y conseguí volver a poner el coche bajo control a tiempo de deslizarme hasta la carretera correcta.

Me metí en la entrada de grava de los Sells, en la pequeña península pantanosa que se extendía a lo largo del lago Michigan. Al detenerse, el TransAm derrapó acompañado de una lluvia de gravilla y el estruendo del potente motor; después, petardeó y resopló hasta quedarse en silencio. Durante un vertiginoso segundo y medio, me sentí como Magnum, el detective privado, dejando a un lado el Escarabajo azul para coger un deportivo. Al menos había durado lo suficiente para llegar a la casa de los Sells.

—Gracias, Mac —resoplé y salí del coche.

El camino de grava que llevaba hasta la casa del lago estaba medio inundado por las últimas tormentas. Me dolía demasiado la pierna como para correr muy rápido, pero me puse a caminar a grandes zancadas y acorté rápidamente la distancia. La tormenta se avecinaba. Se movía por el lago hacia la orilla, y se veían unas columnas de lluvia débilmente resaltadas por la luz tenue que caía sobre sus aguas.

Me eché una carrera con la tormenta hasta la casa y mientras lo hacía, reuní todo resquicio de poder y actitud alerta que pude, me centré y preparé mis sentidos para percibir al máximo. Me detuve cuando faltaban veinte metros para llegar a la casa y cerré los ojos, jadeando. Podía haber trampas mágicas o alarmas por todas partes, guardianes espirituales o armados con espadas invisibles a simple vista. Podía haber hechizos esperándome, ilusiones para ocultar a Victor Sells a ojos de cualquiera que fuera a mirar. Tenía que ser capaz de percibir todo aquello, debía conocer cualquier ínfimo detalle. Así que abrí mi tercer ojo.

¿Cómo explicar lo que un mago ve? No es algo que se preste con facilidad a una descripción. Describir algo ayuda a definirlo, a concretarlo, a establecer límites de interpretación a su alrededor. Los magos han tenido ese don desde el principio de los tiempos y todavía no saben cómo funciona, por qué hace lo que hace.

Lo único que puedo decir es que cuando abrí de nuevo los ojos tuve la sensación de que me habían retirado un velo de tela gruesa, y no solo de los ojos, sino de todos los sentidos. De repente podía percibir el olor a barro y pescado del lago, los árboles alrededor de la casa, la fresca fragancia de la lluvia que se avecinaba y precedía a la tormenta sobre el viento empañado de humo. Miré hacia los árboles. No los vi con los primeros tonos de la primavera, sino en el pleno esplendor del verano, la magnificencia del otoño y la desolación estéril del invierno, todo al mismo tiempo. Vi la casa y cada parte por separado como un propio componente, las vigas como partes de árboles espectrales, las ventanas como trozos de lejanas orillas arenosas. Pude sentir el calor del verano y el frío del invierno en el viento que venía del lago. Vi la casa envuelta en llamas fantasmales y supe que eran parte de su posible futuro, que el fuego se situaba en unas cuantas de las muchas posibilidades que cabían dentro de la próxima hora.

La casa en sí misma era un lugar de poder. Varios sentimientos oscuros, como la codicia, la lujuria y el odio, flotaban sobre ella como cosas palpables. El moho y la baba cubrían todo el edificio como un musgo negro con ojos malignos. Los fantasmas, los espíritus inquietos, se movían alrededor de aquel sitio, atraídos por la sensación de miedo, desesperación y furia que flotaba a su alrededor. Eran las sombras inanes que siempre se encuentran en estos lugares, como las ratas en los graneros.

La otra cosa que vi sobre la casa fue una calavera vacía con una amplia sonrisa. Las calaveras estaban por todos sitios, donde quiera que mirara, en el margen de mi visión, silenciosas, quietas y blancas como la nieve, tan sólidas y reales como si un fetichista las hubiera dispersado esperando disfrutar de unas vacaciones extrañas. La muerte. La muerte estaba presente en el futuro de la casa; tangible, sólida, inevitable.

Quizás se trataba de la mía.

Me estremecí y me deshice de aquella sensación. Por intensa que fuera la visión,

el poder que la imagen hubiera obtenido gracias al don, el futuro siempre era mutable, siempre se podía cambiar. Nadie tenía que morir aquella noche. No tenía que llegar a eso, ni para ellos ni para mí.

Sin embargo, no pude separar de mí un mal presentimiento, mientras miraba aquella casa oscura, con todo su miedo y lujuria apestosa, todo aquel odio horroroso que llevaba encima y exhibía, como un manto de piel humana sobre los hombros de una chica hermosa con un cabello precioso, unos labios cautivadores, unos ojos hundidos y unos dientes putrefactos. Me repelía y me daba miedo.

Había algo, intangible, algo que no podía identificar, que me llamaba. Me hacía señas. Era el poder, el poder que una vez había rechazado en el pasado. Me había deshecho de la única familia que había conocido para apartar precisamente este poder. Era el tipo de fuerza que podía alcanzar y mover el mundo a mi voluntad, doblegarlo y moldearlo según mis deseos, podía cortar con todas las trivialidades insignificantes de las leyes y la civilización e imponer el orden allí donde no existía, garantizar mi seguridad, mi posición, mi futuro.

¿Y cuál había sido mi recompensa al apartar aquel poder tan lejos? La desconfianza y el desprecio de los mismos magos a los que había apoyado y protegido, la condena por parte del Consejo Blanco a cuya ley me había aferrado cuando había tenido el mundo a mis pies.

Podía matar a la sombra antes de que supiera que estaba allí. Podía invocar la furia y el fuego sobre la casa y matar a todos los que estuvieran dentro, sin dejar piedra sobre piedra. Podría abrazar la oscura energía que él había reunido en aquel lugar, atraerla y utilizarla para cualquier fin que quisiera, sin pensar en las consecuencias.

¿Por qué no matarlo ahora? Una luz violeta, que veía gracias a mi don, vibraba y latía en el interior. Estaban llamando a las fuerzas, preparándolas y dándoles forma. La sombra estaba dentro, reuniendo su poder para lanzar un sortilegio que me mataría. ¿Qué motivo tenía para dejar que siguiera respirando?

Cerré los puños lleno de rabia. Pude oír crepitar el aire por la tensión mientras me preparaba para destruir la casa del lago, a la sombra y a cualquiera de los subordinados patéticos que estuvieran junto a él. Con aquel poder, podía desafiar al mismo Consejo, a la congregación de viejos tontos de barba blanca sin previsión, sin imaginación, sin visión. El Consejo y su triste perro guardián, Morgan, no tenían ni idea de hasta dónde llegaba en realidad mi fuerza. La energía estaba allí, llena de alegría dentro de mi furia, lista para salir y reducir a cenizas todo lo que odiaba y temía.

El pentagrama de plata que había sido de mi madre ardió frío sobre mi pecho y noté un peso repentino que me hizo respirar de manera entrecortada. Me incliné hacia delante un poco y levanté una mano. Tenía los puños tan apretados que me dolió

intentar abrir los dedos. Me tembló la mano, vaciló y se cayó de nuevo.

Más tarde sucedió algo extraño. Otra mano tomó la mía. Era una mano fina, con dedos largos y delicados. Femenina. Me cubrió con suavidad la mía y la alzó, como si fuera la de un niño pequeño, hasta que mantuve agarrado el pentagrama de mi madre.

Lo sujete, sentí su fría fuerza, su ordenada geometría racional. La estrella de cinco puntas inscrita en el círculo era el símbolo antiguo de la magia blanca. El único recuerdo de mi madre. La fría fuerza del pentáculo me dio una oportunidad, un instante para pensar otra vez, para aclarar mis ideas.

Respiré hondo y me esforcé por apartar la ira, el odio y el ansia tan intensa que había dentro de mí de venganza y castigo. La magia no era para eso, no era lo que hacía. La magia provenía de la vida misma, de la interacción entre la naturaleza y los elementos, de la energía de los seres vivos, y sobre todo, de la gente. La magia de un hombre demuestra qué tipo de persona es, lo que guarda en lo más profundo de él. No hay indicador más fiable del carácter de un hombre que el modo en el que emplea su fuerza, su poder.

Yo no era un asesino, no era como Victor Sells. Yo era Harry Blackstone Copperfield Dresden. Era un mago. Los magos controlan su poder, no dejan que les controle a ellos. Y los magos no utilizan la magia para matar a gente, la usan para descubrir, proteger, reparar o ayudar. No para destruir.

De pronto la ira se desvaneció, el odio violento se me pasó y me dejó la cabeza lo bastante despejada para volver a pensar. El dolor de la pierna se convirtió en una leve molestia. Al caer las primeras gotas de lluvia y sentir el aire, me dio un escalofrío. No tenía mi bastón ni tampoco mi cetro. El resto de baratijas que llevaba conmigo se habían consumido o quemado y eran inútiles. Todo lo que tenía era lo que había dentro de mí.

Miré hacia arriba y me sentí de repente más pequeño y muy solo. No había nadie a mi lado, no me tocaba ninguna mano, nadie estaba allí. Por un momento, creí percibir un olorcillo a perfume, familiar e inolvidable. Después, se fue y el único que quedó para ayudarme fui yo mismo.

Resoplé.

—Bien, Harry —me dije—, con esto tendrá que bastar.

Y así, caminé a través de un paisaje espectral plagado de calaveras, a pesar de la tormenta que se avecinaba, hacia una casa llena de poder maligno que latía con una fuerza mística feroz y salvaje. Avancé para enfrentarme a un adversario asesino que tenía todas las ventajas, que estaba preparado y deseaba matarme desde lo más hondo de su destructivo poder, mientras que yo estaba armado con nada más que mi propia destreza, mi ingenio y mi experiencia.

¿Tengo un trabajo genial o no?

Capítulo 25

La visión de la casa del lago de Victor permanecería conmigo para siempre. Era una abominación. Desde el punto de vista físico, parecía bastante inocua, pero si se miraba más allá, era repugnante, horrible. Era un hervidero de energía negativa, ira, orgullo y ansiedad; sobre todo, ansiedad. Más que deseo físico, era ansia de riqueza, ansia de poder.

Los espíritus sombríos que no eran del todo reales, sino solo manifestaciones de la energía negativa del lugar que se aferraban a las paredes, a los canalones, al porche y a los alféizares y se atracaban de la energía negativa que iba dejando el sortilegio de Victor. Suponía que había mucha, pues no me parecía que fuera alguien que se asegurara de que sus hechizos eran de bajo consumo energético.

Subí cojeando los peldaños de la entrada. Mi don no me reveló ningún peligro, tampoco cables trampa embrujados. Puede que estuviera sobrevalorando a Victor, la sombra. Tenía el mismo poder que un auténtico mago, pero no tenía formación. Músculos sin cerebro, eso era Victor, la sombra; debía tenerlo presente.

Intenté abrir la puerta principal a ver si por casualidad se abría.

Lo hizo.

Me sorprendió, pero no cuestioné la buena suerte o el exceso de confianza que parecía tener Victor al dejar la puerta de delante abierta. Respiré hondo, reuní todo el poder que tenía y la empujé para entrar.

Olvidé cómo estaba amueblada o decorada la casa. Todo lo que recuerdo es lo que el tercer ojo me mostró. Más de lo mismo que en el exterior, pero más concentrado, más nocivo. Aquellas cosas estaban aferradas a cualquier sitio, en silencio, con ojos brillantes y expresión voraz. Algunos eran como reptiles, otros se parecían más a las ratas, otros a insectos. Todos eran desagradables, hostiles, y me rehuyeron cuando entré, cuando el aura de energía que había preparado a mi alrededor les tocó. Hacían ruidos suaves, sonidos que nunca había oído antes, pero bien es verdad que el don provoca todo eso.

Me encontré con un largo pasillo oscuro cubierto de aquellas criaturas. Avancé despacio, en silencio, mientras éstas rezumaban, se arrastraban y se deslizaban por mi camino. La luz lila de la magia, que había visto desde fuera, estaba delante de mí y era cada vez más brillante. Oí música y me di cuenta de que era la misma pieza que sonaba en el reproductor de CD en el Madison, en la suite de Tommy Tomm cuando Murphy me pidió que acudiera allí el jueves. Una música lenta, sensual, un ritmo constante.

Durante un instante cerré los ojos y escuché. Oí ruidos, un susurro suave que se repetía una y otra vez. La voz de un hombre recitaba un conjuro, que contenía un hechizo listo para lanzarlo. Debía de ser Victor. Oí los dulces suspiros de placer de

una mujer. ¿Los Beckitt? Suponía que sí.

Acompañado de un estruendo que sentí a través de las suelas de mis botas, oí tronar por el lago. Aquella voz que cantaba en voz baja adquirió un toque despiadado, una satisfacción malsana y continuó el conjuro.

Reuní toda la energía que tenía y doblé la esquina, dejé el pasillo y entré en una sala espaciosa que se extendía cuan era de alta la casa, sin interrupción, con metros y metros de aire libre. La habitación de abajo era un salón. Una escalera de caracol conectaba con lo que parecía una cocina y un comedor sobre una especie de plataforma o balcón sobre el resto de la sala. Seguro que se podía acceder al otro nivel del fondo de la casa desde la plataforma.

No había nadie en la sala principal. El canto y los suspiros esporádicos provenían de la plataforma de arriba. El reproductor de CD estaba colocado en la habitación de abajo y fluía una música de los altavoces cubiertos por una imagen de fuego y miles de desagradables criaturas abotargadas que se alimentaban de ella. Pude ver la influencia de la música como una débil niebla violeta a juego con la luz que procedía de la plataforma de arriba. Era un ritual complejo que implicaba muchos elementos base coordinados por un mago principal, Victor. Difícil. No era de extrañar que fuera tan efectivo. Victor debió de realizar muchas pruebas y cosechar muchos fracasos antes de conseguirlo.

Alcé la vista hacia la plataforma superior y después crucé la habitación, manteniéndome tan lejos como fuera posible del reproductor de CD. Me metí debajo sin hacer ruido y cientos y cientos de espíritus incorpóreos y viscosos se interpusieron en mi camino. Afuera, la lluvia arreció hasta adoptar un ritmo constante y monótono, sobre el tejado, la terraza de madera y contra las ventanas.

A mi alrededor había cajas amontonadas, de plástico, de cartón y de madera. Abrí la que estaba más cerca y vi que dentro había al menos cien frascos estrechos como los que había visto antes, llenos del líquido del Tercer Ojo. Bajo el efecto de mi don, parecía diferente, espeso y turbio, con la posibilidad de un desastre en potencia en cada frasco. Unas caras retorcidas por el miedo y el tormento flotaban en el líquido: eran imágenes de lo que podía ocurrir.

Miré en las otras cajas. En una había antiguas botellas de licores llenas de un líquido verde casi fluorescente. ¿Absenta? Me acerqué más, lo olisqueé y casi pude saborear la locura que flotaba latente en el líquido. Me aparté de las cajas con el estómago revuelto. Revisé rápidamente las otras: amoniaco, que me recordó a las salas de los hospitales y psiquiátricos; setas alucinógenas en *tuppers*, un olor que me resultó familiar; alumbre, blanco y en polvo; anticongelante; purpurina en muchos tonos diferentes en una gran bolsa de plástico. Había también otras cosas en las sombras que no tuve tiempo de mirar. Ya me había imaginado para qué eran el resto de artículos.

Pócimas.

Eran ingredientes de pócimas. Así era como Victor hacía el Tercer Ojo. Estaba haciendo lo mismo que yo cuando creaba las mías, pero a mayor escala, utilizando la energía que robaba de otros lugares, de otras personas. Usaba la absenta como base y a partir de ahí, seguía. Victor estaba produciendo en masa lo que venía a un veneno mágico, que quizá quedara inerte hasta que estuviera en el interior de alguien e interactuara con sus deseos y emociones. Eso explicaría por qué no había notado nada antes. No hubiera sido obvio en un examen superficial o si no abría del todo mi visión del tercer ojo, lo que no era demasiado frecuente.

Cerré los ojos y me estremecí. La visión me estaba enseñando demasiado. Siempre tenía ese problema. Al mirar aquellos ingredientes, los frascos con la droga acabada, me venían destellos exactos de todo el sufrimiento que podía ocasionar. Era demasiado. Empezaba a desorientarme.

Volvió a oírse un trueno, más nítido, justo encima de mí. Victor subió el tono de voz y empecé a distinguirla bien. Recitaba en una lengua antigua. ¿Egipcio? ¿Babilónico? En realidad, no importaba. Podía entender bastante el sentido de las palabras; palabras de odio, malignas, cuya intención era matar.

Mis temblores eran cada vez más acusados. ¿Se trataba solo de los efectos de la visión? ¿La presencia de tanta energía negativa me estaba afectando?

No, solo tenía miedo, me aterraba salir de mi escondite bajo la plataforma y encontrarme al señor de la horda escurridiza que lo cubría todo. Desde allí podía sentir su fuerza, la confianza que tenía en sí mismo, la fuerza de su voluntad que infundía el aire con una especie de seguridad aborrecible. Tenía el mismo miedo que siente un niño cuando se enfrenta a un perro grande y rabioso o al matón del barrio, ese tipo de pánico que te paraliza, que te hace buscar pretextos y esconderte.

Pero no tenía tiempo para ocultarme, ni tampoco para poner excusas, debía actuar. Así que cerré el tercer ojo y reuní todo el valor que pude.

Afuera retumbaron los truenos y los relampagueó, ambas cosas casi a la vez. Las luces parpadearon y el CD se saltó una pista. Encima de mí, Victor recitó a voces el conjuro con una especie de éxtasis. La voz de la mujer, supuestamente la señora Beckett, se alzó hasta un punto calenturiento.

—El que paga manda —me dije para mis adentros.

Focalicé mi voluntad, extendí el brazo derecho, abrí la mano hacia el equipo de música y grité:

—¡Fuego!

Una ola de calor que salió de mi mano estalló en forma de llama al otro lado de la habitación y envolvió el estéreo, que empezó a emitir un sonido más parecido a un largo grito atormentado que a música. Todavía llevaba en la muñeca las esposas de Murphy, con uno de los aros colgando.

Luego me volví, extendí los brazos y dije en voz alta:

—¡Veniche!

El viento se arremolinó a mis pies haciendo que el abrigo se inflara como si fuera la capa de Batman y me elevó directamente hacia la plataforma de arriba, sobre la baja barandilla hasta la habitación flotante.

Aunque esperara lo que me iba a encontrar, me puse nervioso. Victor llevaba, unos pantalones negros, una camisa negra y unos zapatos negros; con mucho estilo, sobre todo si lo comparamos con mis pantalones de chándal y mis botas camperas. Sus cejas peludas y los rasgos enjutos destacaban de manera extraña gracias a una luz oscura que fluía del círculo hacia él, donde tenía preparados los instrumentos del ritual para completar la ceremonia que me mataría. Tenía lo que parecía ser una cuchara con los bordes tan afilados como una navaja de afeitar, un par de velas negras y blancas, y un conejo albino cuyas patas estaban atadas con un cordel rojo. Una de las extremidades sangraba por una pequeña herida que manchaba el pelo blanco; y sujeto con una cuerda a su cabeza, estaba mi mechón de pelo liso y oscuro. Al otro lado, había otro círculo de unos cuatro metros y medio de diámetro trazado con tiza sobre las alfombras. Los Beckitt estaban dentro retorciéndose de placer y generando energía para el hechizo.

Victor se me quedó mirando fijamente, impresionado, cuando aterricé sobre el balcón, con el viento azotando a mi alrededor, rugiendo en aquella pequeña sala como un ciclón en miniatura que tiraba las plantas en macetas y los adornillos.

—¡Tú! —exclamó.

—Sí, yo —le confirmé—. Quería hablarte de algo, Vic.

Al instante, su sobresalto se transformó en ira rabiosa. Agarró la cuchara afilada, la levantó en su mano derecha y lanzó un conjuro a gritos. Arrastró delante de sí al conejo, que me representaba en la ceremonia, y se dispuso a sacarle el corazón, es decir, el mío.

No le permití que acabara. Metí la mano en el bolsillo y le arrojé a Victor, la sombra, el bote vacío de plástico del carrito de fotos.

No era gran cosa como un arma, pero era real y lo había lanzado una persona de verdad, un mortal; podía destruir la integridad de un círculo mágico.

El bote fue por el aire por encima del círculo de Victor y lo rompió justo cuando completaba el conjuro y dirigía el filo de la cuchara hacia el pobre conejo. La energía de la tormenta se acercó azotando el cilindro de enfoque creado por el círculo de Victor, que ahora tenía imperfecciones.

El poder se deshizo por la habitación, arrasando todo a su paso, sin dirección, sin color, acompañado de un sonido cortante que salía por todos sitios con la fuerza de un huracán. Los objetos salieron volando, junto a Victor y yo, y al romperse el círculo secundario donde estaban los Beckitt, les hizo rodar por el suelo y los lanzó contra

una pared.

Me agarré a la barandilla y seguí sujeto a ella mientras el poder hacía estragos a mi alrededor y cargaba el aire de una magia pura y peligrosa que aumentaba como el agua bajo presión cuando busca una salida.

—¡Cabrón! —gritó Victor en aquel vendaval—. ¡Por qué no te mueres!

Alzó una mano, me dijo algo a voces y un fuego caliente e instantáneo inundó el espacio que había entre los dos.

Me aproveché de un poco de todo aquel poder que había en la habitación y formé un muro alto y resistente delante de mí, mientras apretaba los ojos para concentrarme. Sin el brazalete era mil veces más difícil crear un escudo, pero bloqueé las llamas y las envié girando bien alto sobre mí, bajo una pequeña bóveda triangular de aire endurecido que no dejaría traspasar la magia de Victor. Abrí los ojos justo a tiempo para ver las llamas cuando tocaban las vigas del techo y les prendían fuego.

Cuando las llamas pasaron, el aire aún zumbaba con energía. Victor gruñó al ver que me levantaba, alzó la mano a un lado y farfulló unas palabras de evocación. Un palo torcido, que parecía una especie de hueso, voló hacia él y lo cogió con una mano; con él en la mano, se dio la vuelta hacia mí con la postura de un hombre que sostiene un arma.

El problema de muchos magos es que están demasiado acostumbrados a pensar desde un punto de vista: la magia. No creo que Victor esperara que me levantara, cruzara el suelo tambaleándome hacia él, le diera con el hombro en el pecho y lo empotrara en la pared con un satisfactorio crujido. Me incliné hacia detrás un poco y le fui a pegar con la rodilla en la barriga; pero fallé y en su lugar, le di justo entre las piernas. De pronto, se le cortó la respiración y se quedó doblado en el suelo. Para entonces ya le estaba gritando, sin sentido y falto de coherencia. Empecé a patearle la cabeza.

Oí un sonido metálico de trinquete detrás de mí y al volverme vi que Beckitt, desnudo, me apuntaba con una automática. Me tiré a un lado y sonó la breve explosión de unos disparos. Algo caliente me rasgó la pierna y me hizo rodar hasta la cocina. Oí que Beckitt soltaba una imprecación, al mismo tiempo que sonaban varios chasquidos secos; la automática se había atascado. Por Dios, con tanta magia flotando por la habitación, habíamos tenido suerte de que no hubiera explotado.

Mientras tanto, Victor agitó la punta del tubo con aspecto de hueso que sostenía en la mano y media docena de cáscaras de escorpiones marrones y disecadas cayeron sobre la alfombra. Sus dientes más que blancos destacaron en contraste con su cara morena y dijo gruñendo:

—¡Scorpis, scorpis, scorpis!

Le brillaban los ojos llenos de ansia y furia.

Una de mis piernas no me respondía, así que volví arrastrándome hacia la cocina

con la ayuda de las manos y la otra pierna que me quedaba. Fuera, en la parte del comedor del balcón, los escorpiones cobraron vida y empezaron a crecer. Primero uno y después los otros, orientados hacia la cocina, comenzaron a caminar hacia mí con pasos pequeños, pero a una velocidad increíble, mientras se hacían cada vez más grandes a medida que se acercaban.

Victor aulló lleno de regocijo. Los Beckitt se levantaron, ambos desnudos, delgados y con un aspecto salvaje, armados, con los ojos vacíos de todo excepto de una especie de desenfundada ansia de sangre.

Sentí mis hombros contra la encimera. Oí un ruido. Cayó una escoba sobre mí, y el mango me rebotó en la cabeza y resbaló hasta las baldosas a mi lado. La recogí. El corazón me latía con fuerza en algún lugar de mi garganta.

Un cuarto lleno de droga mortal, un malvado hechicero en su propio terreno, dos locos armados, una tormenta cargada de magia que buscaba algo para destruir y media docena de escorpiones como el que apenas había escapado hacía poco, que crecían a toda velocidad hasta llegar al tamaño de un monstruo de película. A menos de un minuto para acabar el partido, al quarterback no le quedaban más tiempos muertos.

En resumidas cuentas, parecía que no era la noche del equipo que jugaba en casa.

Capítulo 26

Estaba muerto. No había forma de escapar de la cocina, no me daba tiempo a utilizar una evocación explosiva de cerca y los escorpiones mortales me romperían en mil pedazos antes de que Victor me hiciera volar por los aires con la magia explosiva o uno de los Beckitt, enloquecido por la sangre, pudiera hacer funcionar su pistola durante el tiempo suficiente para que me alcanzaran unas cuantas balas. La cadera empezaba a dolerme muchísimo, lo que supuse que era mejor que el adormecimiento embotado y funesto de heridas más serias y una conmoción, pero por el momento, era la menor de mis preocupaciones. Agarré con fuerza la escoba, mi única y triste arma, aunque ni siquiera era capaz de moverme para usarla.

Entonces, se me ocurrió algo tan infantil que casi me reí. Arranqué una astillita del palo de la escoba y empecé a recitar un ensalmo en voz baja y de forma constante, mientras los dedos que lo sostenían se movían en el aire. Busqué y me apoderé de la gran cantidad de energía sin explotar que corría galopante por el aire y la atraje hasta el hechizo.

—¡Pulitas! —grité para llevar el ensalmo hacia el punto culminante—. ¡Pulitas!

La escoba se giró, se sacudió y salió de mis manos disparada hacia arriba. Luego atravesó la cocina por el suelo, con el cepillo agitándose de un modo amenazador, hasta encontrarse con el avance de los escorpiones. Cuando tuve que aprender trabajosamente el hechizo para la limpieza, la última cosa que se me hubiera ocurrido era que iba a utilizarlo contra una corriente de monstruosos escorpiones venenosos, pero en tiempos de guerra cualquier hoyo es trinchera. La escoba barrió hacia ellos con una energía feroz y los sacudió por la cocina hacia el resto del balcón con movimientos eficientes y pulcros. Cada vez que uno de los escorpiones intentaba esquivarla, la escoba arremetía contra la bestia y la cogía antes de que lo consiguiera, la lanzaba con habilidad hacia atrás y continuaba con su trabajo.

Estoy segurísimo de que también se llevó la suciedad al pasar. Cuando hago algo, lo hago bien.

Victor pegó un alarido de rabia al ver que sus mascotas, demasiado pequeñas todavía como para llevar mucha masa, eran acorraladas con tanto ingenio y ayudadas a salir del balcón. Los Beckitt levantaron sus pistolas y dispararon a la escoba, mientras yo me agachaba bajo la encimera. Debían de saber cómo se usaba un revólver, ya que disparaban con soltura y a un ritmo ordenado. Las balas dieron en las paredes y a los muebles del fondo de la cocina, pero ninguna alcanzó la parte inferior del que me protegía.

Aguanté la respiración mientras presionaba con la mano la herida de la cadera. Me dolía horrores. Pensé que la bala se había atascado en algún sitio cercano al hueso. No podía mover la pierna. Había mucha sangre, pero no tanta como en el

charco sobre el que estaba sentado. En el balcón, el fuego empezaba a propagarse, se extendía por el techo. Dentro de poco todo el lugar iba a derrumbarse.

—¡Alto el fuego, alto el fuego, idiotas! —gritó Victor y las pistolas dejaron de disparar.

Me asomé por la encimera. Mi escoba había barrido los escorpiones fuera del balcón y los había tirado al piso de abajo. Mientras observaba, Victor la cogió por el mango, la rompió y con un gruñido, la arrojó por la barandilla. La astilla que todavía sujetaba entre los dedos se partió acompañada de un agudo sonidillo de vibración y noté cómo se desvanecía la energía del hechizo.

Victor, la sombra, resopló.

—Un truco muy efectista, Dresden —opinó—, pero patético. No saldrás vivo de esta. Ríndete. Dejaré que te marches.

Los Beckitt estaban recargando. Agaché la cabeza antes de que se les ocurriera cualquier idea rara y esperé que no tuvieran artillería pesada que pudiera penetrar en los muebles de la cocina detrás de los que me escondía y me matara.

—Sí, Vic —le contesté con la voz tan calmada como pude—. Eres famoso por tu misericordia y sentido del juego limpio, ¿no?

—Lo único que debo hacer es tenerte ahí dentro hasta que el fuego se extienda lo bastante para acabar contigo —dijo Victor.

—Sí. Muramos todos juntos, Vic. Aunque es una lástima que esté ahí abajo todo ese inventario, ¿no?

Victor resopló y lanzó más llamas hacia la cocina. Esta vez fue mucho más fácil cubrirme, medio protegido como ya estaba por los muebles.

—¡Ay, qué bien! —exclamé con desdén—. El fuego es lo más sencillo que puedes hacer. Todos los magos auténticos lo aprenden en las primeras semanas y luego ya avanzan.

Eché un vistazo a lo cocina. Tenía que haber algo que pudiera utilizar, alguna manera de escapar, pero no veía nada.

—¡Cállate! —me ordenó Victor—. ¿Quién es aquí el mago de verdad, eh? ¿Quién es el que tiene toda la baraja y quién está desangrándose en el suelo de la cocina? No eres nada, Dresden, nada. Eres un perdedor. ¿Y sabes por qué?

—A ver... déjame pensar...

Se rió con dureza.

—Porque eres un idiota. Eres un idealista. Abre los ojos, hombre. Ahora estás en la jungla, aquí sobrevive el más fuerte y has demostrado ser débil. Los que valen son los que mandan y los que no, son pisoteados. Cuando esto acabe, te limpiaré de la suela de mi zapato y haré como si nunca hubieras existido.

—Demasiado tarde —le contesté. Me apetecía contar una mentira piadosa—. La policía lo sabe todo de ti, Vic. Se lo dije yo mismo. Y al Consejo Blanco también. ¿Ni

siquiera has oído hablar de ellos, verdad, Vic? Son como los superhéroes y la Inquisición todo en uno. Te van a encantar. Te tratarán como a una basura. Dios, estás hecho un cabrón ignorante.

Por un momento se hizo el silencio..

—No —dijo—, estás mintiendo. Me estás mintiendo, Dresden.

—¡Que me muera si miento! —exclamé. Mierda, si ya estaba muerto—. Ah, y también Johnny Marcone. Me aseguré de que supiera quién eras y dónde estabas.

—Hijo de puta —me insultó—. Estúpido hijo de perra. ¿Quién te metió en todo esto, eh? ¿Marcone? Por eso te asaltó en la calle.

Tuve que reírme por lo bajo. Un trozo de armario en llamas cayó de una estantería de arriba sobre las baldosas que estaban a mis pies. Empezaba a hacer calor allí, el fuego se estaba extendiendo,

—¿Nunca llegaste a imaginártelo, eh, Vic?

—¿Quién fue? —vociferó Victor—. ¿Quién fue, maldita sea? ¿Esa puta, Linda? ¿La puta de su amiga Jennifer?

—Segundo intento, tercero, el otro equipo aún tiene una oportunidad —dije.

Dios, al menos si podía conseguir que siguiera hablando, haría que se quedara en la casa el tiempo suficiente para que cayera conmigo. Y si le volvía lo bastante loco, tal vez cometería un error.

—Para de hablar con él—dijo Beckitt—. No está armado. Matémosle y salgamos de aquí antes de que muramos todos.

—Venga —dije en tono alegre—. Joder, si no tengo nada que perder. Convertiré esta casa en una bola de fuego que hará que Hiroshima parezca un hibachi. Alégrame el día.

—Cállate —gritó Victor—. ¿Quién fue, Dresden? ¿Quién, joder?

Si le decía que había sido Mónica, todavía podría alcanzarla si salía de allí. No tenía sentido arriesgarse, así que lo único que dije fue:

—Vete al Infierno, Vic.

—Arranca el coche —gruñó Victor—. Salid por la puerta de la terraza. Los escorpiones matarán cualquier cosa que haya en el primer piso.

Oí un movimiento en la habitación, alguien que salía por las puertas hacia la terraza elevada en la parte trasera de la casa. El fuego seguía extendiéndose y el humo había formado en el aire una espesa neblina.

—Me tengo que ir, Dresden —me avisó Victor. Su voz era muy amable, casi un ronroneo—, pero antes quiero que conozcas a alguien.

Tuve esa sensación enfermiza y retorcida en el fondo de mi estómago.

—*Kalshazzak* —susurró Victor.

El poder repiqueteó. El aire resplandeció y empezó a arremolinarse en una espiral.

—*Kalshazzak* —susurró de nuevo Victor, esta vez más alto, más imperioso.

Oí algo, un silbido gorjeador que parecía venir de una gran distancia, pero que se acercaba deprisa. El brujo invocó el nombre por tercera y última vez, con la voz más fuerte hasta que se convirtió en un grito:

—¡*Kalshazzak*!

Se agrietó la casa con un estruendo y un leve hedor sulfuroso. Estiré el cuello para mirar por encima del mueble de la cocina y echar un vistazo.

Victor estaba de pie junto a la puerta de cristal corredera que daba a la terraza de madera. Las llamas, de un color rojo anaranjado, adornaban el techo en aquella parte de la casa y el humo estaba inundando la habitación de abajo y proyectaba un resplandor infernal por todos sitios.

Agachado en el suelo enfrente de Victor estaba el demonio con aspecto de sapo que había desterrado la noche anterior. Sabía que no lo había matado. No se puede matar a un demonio, solo destruir la forma física que él se crea para sí mismo cuando visita el mundo mortal. Si se le invoca otra vez, puede crear una nueva forma sin problema.

Lo observé lleno de fascinación, atónito. Solo había visto antes a una persona invocar un demonio, y había matado a mi maestro poco después. La criatura en cuclillas delante de Victor, de luminosos ojos azules con tonos escarlatas de odio, miraba hacia el brujo vestido de negro y temblaba por el deseo de abalanzarse sobre él, de desgarrar y destruir al ser mortal que se había atrevido a invocarlo.

Los ojos de Victor se abrieron más, llenos de locura y de una intensidad calenturienta. El sudor le chorreó por la cara e inclinó la cabeza a un lado, como si su visión se desviara por el horizontal y con el movimiento lo compensara. Di las gracias por haber cerrado mi tercer ojo cuando lo hice. No quería ver cómo era aquella cosa en realidad y tampoco quería saber cómo era el auténtico Victor Sells.

Finalmente, el demonio emitió un silbido de frustración y se volvió hacia mí croando. Victor echó hacia atrás la cabeza y rió, pues su voluntad había triunfado sobre el ser que había invocado del más allá.

—Ahí lo tienes, Dresden. ¿Lo ves? El fuerte sobrevive y a los débiles se les parte en mil pedazos. —Agitó la mano hacia mí y le ordenó al demonio—: Mátalo.

Hice un esfuerzo para levantarme, apoyando el cuerpo en la encimera, y enfrentarme al demonio, pues ya se había puesto en marcha lentamente hacia mí.

—Dios mío, Victor —le dije—. No puedo creerme lo torpe que eres.

De repente, la sonrisa de Victor se transformó de nuevo en una expresión desdeñosa. Vi que el miedo rozaba la comisura de sus ojos, la incertidumbre aunque estuviera ganando, y noté que una sonrisa asomaba en mis labios. Fijé la vista en la criatura.

—No deberías darle a nadie más el nombre de un demonio —le recordé.

Entonces cogí aire y grité con voz autoritaria:

—¡*Kalshazzak!*

El demonio se detuvo y dio un aullido de furia y agonía mientras yo invocaba su nombre y concentraba mi voluntad para lanzarla contra él.

—*Kalshazzak* —gruñí otra vez.

De pronto el demonio estaba allí presente, en mi cabeza, furioso, escurridizo, y pegajoso. Se retorció como un renacuajo venenoso. Ejercía presión, una horrible presión en las sienes que me hizo ver las estrellas y amenazó con robarme tanto equilibrio como para tirarme al suelo.

Intenté volver a hablar, pero las palabras se me atascaron en la garganta. El demonio silbó anticipándose. La presión en mi cabeza se intensificó y me debilitó para que dejara de luchar, pero a aquellas alturas el demonio sería libre para actuar. Los rayos azules en sus ojos se hicieron más brillantes, tanto que resultaba doloroso mirarlos.

Por extraño que parezca, me acordé de la pequeña Jenny Sells y también de Murphy, tumbada pálida e inconsciente sobre una camilla bajo la lluvia; de Susan, agachada a mi lado, enferma y sin poder correr.

Había derrotado a esa rana una vez y podía volver a hacerlo.

Llamé al demonio por su nombre por tercera y última vez, con la garganta ardiendo y al rojo vivo. La palabra sonó confusa e imperfecta y en un momento de decaimiento me temí lo peor, pero *Kalshazzak* lanzó otro alarido, se tiró al suelo y sacudió sus extremidades como un bicho envenenado, mientras arrancaba grandes trozos de la alfombra. Flaqueé y me inundó una debilidad que amenazaba con hacerme perder el conocimiento.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Victor, con la voz cada vez más fuerte hasta que acabó en un chillido—. ¿Qué estás haciendo? —Miró lleno de terror al demonio—. ¡Mátalo! ¡Yo soy tu amo! ¡Mátalo, mátalo!

El demonio lanzó un alarido de rabia, me miró con sus ojos ardientes y luego se volvió hacia Victor, como si estuviera decidiendo a quién comerse primero. Fijó la vista en Victor, quien se puso pálido y empezó a correr hacia la puerta.

—Oh, no, tú no —mascullé y pronuncié el último hechizo que pude.

Una vez más, con lo que quedaba de mis poderes, el viento se alzó y me levantó del suelo. Me lancé hacia Victor como una torpe bala de cañón para apartarle de la puerta, pasé al demonio mientras arremetía con violencia hacia nosotros y acabé en la barandilla.

Caímos desplomados y confundidos en el borde del balcón con vistas a la habitación de abajo, llena de un humo oscuro y del brillo rojo de las llamas. Apenas se podía respirar con aquel aire tan caliente. El dolor de la cadera me golpeó, más fuerte y atroz que nada que pudiera imaginar, y aguanté la respiración. El aire

ahumado quemaba, me asfixiaba y me hacía respirar con dificultad.

Alcé la vista. El fuego se estaba extendiendo por todos sitios. El demonio estaba en cuclillas entre nosotros y la única salida. Más allá del borde del balcón solo había caos, llamas y humo, un humo extraño y oscuro que debería haberse elevado, pero en su lugar se había quedado sobre el suelo como la niebla de Londres. Me dolía muchísimo, no me podía mover. Ni siquiera pude coger aire suficiente para gritar.

—¡Maldito seas! —vociferó Victor.

Se puso de pie y me arrastró hasta su cara con una fuerza de loco.

—¡Maldito seas! —repitió—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

—La cuarta ley de la magia prohíbe retener cualquier ser contra su voluntad —chirrié. Me dolía la garganta y me costaba pronunciar las palabras—. Así que me metí por medio y corté el control que ejercías sobre él. Y no establecí el mío propio.

Los ojos de Victor se abrieron de par en par.

—Quieres decir...

—Está libre —confirmé. Le eché un vistazo al demonio—. Parece hambriento.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Victor. Le temblaba la voz y empezó a zarandearme—. ¿Qué vamos a hacer?

—Morir —contesté—. Joder, me iba a morir de todas formas, pero al menos de este modo te llevo conmigo.

Vi que miraba al demonio y después a mí, con los ojos aterrorizados y calculando.

—Trabajemos juntos —propuso—. Ya le has detenido antes, puedes hacerlo otra vez. Podemos vencerle juntos y marcharnos.

Le estudié durante un rato. No podía matarle con magia, no quería, y de todas maneras, solo habría llevado una sentencia de muerte sobre mi cabeza. Pero podía quedarme de brazos cruzados, sin hacer nada. Y fue exactamente lo que hice. Le sonreí, cerré los ojos y no hice nada.

—Que te jodan, Dresden —protestó Victor—. Solo puede comerse de una vez a uno de nosotros y yo no voy a ser al que se coma hoy.

Me cogió y me empujó hacia el demonio. Me opuse con una frágil tenacidad. Forcejamos. Las llamas se avivaron y el humo aumentó. El demonio se acercó con los ojos luminosos brillando a través de penumbra como luces del Infierno. Victor era más bajo que yo, más fornido, se le daba mejor la lucha y no había recibido un disparo en la cadera. Me levantó y casi me tira, pero me moví más rápido, le di con el brazo derecho en la cabeza, lo cogí con el extremo suelto de las esposas de Murphy y lo inmovilicé. Intentó soltarse, pero lo sujeté y lo arrastré en círculos para lanzarlo contra la barandilla del balcón. Ambos perdimos el equilibrio.

La desesperación otorga recursos extraordinarios. Me agité, me sujeté en la base de la barandilla y así evité caer en el humo turbio de abajo. Eché un vistazo al piso inferior y vi la brillante piel marrón de uno de los escorpiones y la cola con el aguijón

que se alzaba como el mástil de un barco de al menos un metro de largo abriéndose camino entre el humo.

La habitación estaba llena de chasquidos y ruidos de furiosos pasitos rápidos. Incluso en un vistazo desesperado, vislumbré un sofá que hacían pedazos dos escorpiones en un abrir y cerrar de ojos. Se abalanzaron encima, con las colas agitándose en el aire como banderas de la parte trasera de un carro de golf. ¡Madre mía!

Victor se había agarrado a la barandilla un poco más arriba que yo, a la izquierda, y se quedó mirando al demonio que venía en nuestra dirección con la cara retorcida por el odio. Vi que cogía aire e intentaba poner un pie en el suelo con la firmeza suficiente para liberar una mano, apuntar al demonio y lanzarle algún tipo de ataque mágico o defensa.

No podía permitir que saliera de esta. Todavía estaba entero. Si vencía al demonio, aún se escaparía. Así que debía decirle algo que le volviera tan loco que intentara arrancarme la cabeza.

—Eh, Vic —le llamé—. Fue tu mujer. Fue Mónica la que se chivó.

Las palabras lo alcanzaron como un golpe físico y giró la cabeza hacia mí con la cara contorsionada de ira. Empezó a decirme algo, a lo mejor un hechizo para partirme en mil pedazos, pero el demonio sapo lo interrumpió. Se puso a dos patas al tiempo que lanzaba un silbido de rabia, y cerró sus fauces sobre la clavícula y la garganta de Victor. Los huesos se rompieron con chasquidos audibles y Victor gritó de dolor, con las piernas y los brazos dando bandazos. Intentó volver hacia abajo, apartarse del demonio, y la criatura se tambaleó.

Apreté los dientes e intenté aguantar. Un escorpión saltó hacia mí, marrón y brillante, y levanté las piernas, pero por poco no evité que me alcanzara con la pinzas.

—¡Cabrón! —gritó Victor mientras forcejeaba en vano bajo las fauces del demonio.

Le chorreaba la sangre por el cuerpo, caliente y rápida. El demonio había dado con una arteria y solo lo sujetaba, colgando en el borde del balcón mientras Victor forcejeaba y empezaba a darme patadas en la mano más próxima. Me dio una vez, dos veces, perdí un poco el equilibrio y me resbalé. Cuando eché otro vistazo abajo vi que otro escorpión se preparaba para saltar hacia mí, este desde más cerca.

Murphy, pensé, *debí haberte escuchado*. Si los escorpiones no me mataban, lo haría el demonio, y si el demonio no lo hacía, el fuego ya se encargaría. Iba a morir.

Sentí cierto alivio al pensar eso, al saber que todo se iba a acabar. Iba a morir, así de sencillo. Había luchado tanto como había podido, hecho todo lo que se me había ocurrido, y se había acabado. En mis últimos segundos, me sorprendí deseando haber tenido tiempo para pedirle disculpas a Murphy, de pedirle perdón a Jenny Sells por matar a su papá, a Linda Randall por no ver antes lo que estaba ocurriendo y salvarle

la vida. Las esposas de Murphy estaban apretadas y frías contra mi antebrazo como los monstruos, los demonios, los brujos y el humo que me rodeaban. Cerré los ojos.

Las esposas de Murphy.

Abrí los ojos de pronto.

Las esposas de Murphy.

Victor intentó darme otra vez con el pie en la mano izquierda. Pataleé y tiré de los hombros para darme un segundo impulso. Agarré la pierna del pantalón de Victor Sells con la mano izquierda y luego, con la derecha, pasé el aro suelto de las esposas alrededor de una de las barras de la barandilla. El círculo de metal unió las juntas y se quedó atrapado en aquel lugar.

Más tarde, al empezar a caerme, tiré con fuerza de la pierna de Victor. Chilló y cuando comenzó a caerse, pegó un horrible grito agudo. Finalmente, Kalshazzak perdió el equilibrio por el peso de más y el efecto palanca que yo había añadido a los esfuerzos de Victor, lo que provocó que cayera por el balcón hacia el humo del piso de abajo y se estrellara contra el suelo con Victor detrás.

Se oyó un torrente de chasquidos y pasitos rápidos, y un silbido desgarrador del demonio. Los gritos de Victor se alzaron agudos y horribles, hasta que al final parecían más lo de un animal, un cerdo en la matanza, que los de un hombre.

Me balanceé en el balcón, con los pies a poca distancia de la refriega, me quedé colgando de las esposas de Murphy de forma extremadamente dolorosa, con un aro alrededor de mi muñeca y el otro cerrado en la barandilla del balcón. Miré hacia abajo cuando empecé a perder la vista. Vi un mar de placas marrones y brillantes, de corazas divididas y quitinosas. Vi las colas con aguijones de los escorpiones que golpeaban una y otra vez hacia abajo. Vi los ojos luminosos de la forma física de Kalshazzak y vi cómo con ellos atravesaba y sacaba una de las colas de los escorpiones.

También vi a Victor Sells atacado una y otra vez por las aguijones del tamaño de un picahielos. Las heridas que le ocasionaban echaban espuma por el veneno. El demonio ignoró las tenazas y los aguijones de los escorpiones y empezó a destrozarle. Cuando ya estaba agonizando, tenía el rostro contraído de rabia y miedo.

Los fuertes sobreviven y a los débiles se los comen. Al parecer Victor había invertido en el tipo de fuerza equivocada.

No quería ver lo que estaba pasando debajo de mí. En realidad, el fuego que consumía el techo era bastante bonito, con las olas de las llamas ondeando, rojas como las cerezas y naranjas como una puesta de sol. Estaba demasiado débil para intentar salir de aquel embrollo. Todo había resultado demasiado molesto y doloroso como para plantearme más. Me quedé observando las llamas, esperé y me di cuenta, por extrañamiento que parezca, de que me estaba muriendo de hambre; lo que era normal, pues no había comido nada decente desde..., ¿el viernes? Sí, el viernes. Dicen que se

te ocurren cosas raras cuando estás en las últimas.

Y empiezas a ver cosas. Por ejemplo, vi a Morgan atravesando las puertas de cristal correderas, que daban a la terraza de afuera, con la espada de plata de la justicia del Consejo Blanco en la mano. Vi que uno de los escorpiones, ahora del tamaño de un pastor alemán, iba hacia las escaleras, se escabullía por ellas y se precipitaba hacia Morgan. La espada de plata le golpeó, zis zas, y dejó al escorpión hecho trizas en el suelo.

Después vi que Morgan venía hacia mí con una expresión adusta, haciendo temblar el balcón en llamas con su peso. Entrecerró los ojos al mirarme y alzó la espada mientras se asonaba por la barandilla. La hoja de plata brilló a la luz de las llamas cuando empezó a bajar.

Típico, fue lo último que pensé. ¡Qué típico! Sobrevivo a todo lo que los malos han hecho y me derrotan aquellos por cuya causa había estado luchando.

Capítulo 27

Me desperté en algún sitio frío y oscuro, con un dolor horroroso y tosiendo hasta sacar los pulmones. La lluvia que caía sobre mi cara era la mejor sensación que había conocido. Tenía la cara de Morgan sobre la mía. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había hecho el boca a boca.

Tosí, resoplé y me senté respirando con dificultad para recuperar el aliento. Morgan se me quedó mirando un rato, después frunció el ceño y se levantó parpadeando.

Me las arreglé para coger bastante aire para hablar y dije atontado:

—Me has salvado.

Hizo una mueca.

—Sí.

—Pero, ¿porqué?

Volvió a mirarme y luego se paró para recoger su espada y colocarla en la funda que llevaba a un lado.

—Porque vi lo que pasó ahí dentro. Vi cómo arriesgabas tu vida para detener a la sombra sin quebrantar ninguna ley. No eras el asesino.

Tosí un poco más y dije:

—Eso no quiere decir que tuvieras que salvarme.

Se dio la vuelta y me miró asombrado, como si estuviera extrañado.

—¿A qué te refieres?

—Podías haberme dejado morir.

Aquella expresión dura en su cara no cambió, pero continuó:

—No eras culpable. Eres parte del Consejo Blanco. —Se le torció la boca como si las palabras fueras limones frescos—. Técnicamente, tenía la obligación de proteger tu vida. Era mi deber.

—Yo no era el asesino.

—No.

—Entonces —dije casi sin aliento—, tenía razón. Y tú...

Morgan puso cara de pocos amigos.

—Estoy más que preparado para cumplir tu destino si te pasas de la raya, Dresden. Por lo que a mí se refiere, no creas que esto te ha sacado del atolladero.

—Bueno. Si no recuerdo mal, como guardián tienes la obligación de informar sobre mi conducta al Consejo, ¿no?

Su rostro se oscureció.

—Así que ahora vas a tener que ir a verles el lunes y contarles todo lo que pasó en realidad. Toda la verdad y nada más que la verdad.

—Sí —gruñó—, hasta puede que te libren de tu destino.

Empecé a reírme con debilidad.

—No has ganado, Dresden. Hay muchos en el Consejo que saben muy bien que has tratado con la magia negra. Nosotros, al menos, no dejaremos de velar por ti. Te vigilaremos noche y día, y demostraremos que eres un peligro que debe detenerse.

Seguí riéndome y me caí hacia un lado de las carcajadas.

—¿Estás bien?

—Dame unos cinco litros de Listerine —dije casi sin resuello— y estaré bien.

Morgan se me quedó mirando y yo me reí todavía más fuerte. Puso los ojos en blanco y masculló algo sobre que la policía estaría allí en cualquier momento para facilitar asistencia médica. Después se volvió y se adentró en el bosque, sin dejar de hablar para sus adentros todo el camino.

La policía llegó justo a tiempo de pillar a los Beckitt intentando salir y los arrestaron sobre todo por ir desnudos. Más tarde, se les relacionó con la red del Tercer Ojo y fueron procesados por cargos de tráfico de drogas. Tuvieron suerte de estar bajo la justicia de Michigan, pues no hubieran salido vivos de la celda si hubieran estado en Chicago. No hubiera sido bueno para el negocio de Johnny Marcone.

El Varsity sufrió un incendio misterioso la noche de mi visita. Me enteré de que Marcone no tuvo ningún problema en recoger el dinero del seguro, a pesar de todos los rumores que se oyeron al respecto. Se decía que Marcone había contratado a Harry Dresden para eliminar al cabecilla de la banda del Tercer Ojo. Era uno de esos rumores que no se sabía quién había empezado. Ni me molesté en negarlo. Era un precio muy barato para no tener que preocuparme más de que nadie pusiera una bomba en mi coche.

Estuve demasiado tiempo hospitalizado para presentarme en la reunión del Consejo Blanco, pero resultó que al final decidieron liberarme del destino de Damocles —lo que en cualquier caso siempre me pareció un nombre demasiado pretencioso—, debido a «la valerosa acción por encima y más allá de la llamada del deber». No creo que Morgan me perdone alguna vez por ser uno de los buenos. Tuvo que tragarse su orgullo delante del Consejo, llevado por su implacable y estreñido sentido del deber y el honor. No nos teníamos ningún aprecio, pero el tío era honesto, tenía que reconocerlo.

Y joder, al menos no tendría que estar pendiente de que apareciera de pronto de la nada cada vez que lanzaba un hechizo. Eso esperaba.

Murphy estuvo en unas condiciones muy graves durante casi setenta y dos horas, pero se recuperó. De hecho, le dieron una habitación en el mismo pasillo que a mí. Le envié flores junto con el aro de las esposas que quedó intacto. Le dije en una nota que no me preguntara cómo se había partido con tanta precisión la cadena que separaba ambos círculos. No creo que se tragara que alguien la cortó con una espada mágica,

Las flores debían de haber ayudado. En cuanto salió de la cama recorrió tambaleándose el pasillo hasta mi habitación, me las tiró a la cara y se marchó sin decir palabra.

Dijo no acordarse de lo que había pasado en mi oficina y tal vez fuera cierto. Pero de todas formas, había anulado mi orden de arresto y un par de semanas más tarde, cuando volvió al trabajo, me llamó para que la asesorara al día siguiente y me envió un cheque de los grandes para cubrir los gastos de las investigaciones de los asesinatos. Supongo que significaba que éramos amigos otra vez, en el sentido profesional. Pero ya no bromeábamos. Algunas heridas no se curan tan rápido.

La policía encontró los restos del gran alijo del Tercer Ojo en lo que quedó de la casa del lago y Victor Sells al final quedó como el malo de la película. Mónica Sells y sus hijos desaparecieron gracias al programa de protección de testigos. Espero que tengan ahora una vida mejor de la que tenían antes. Supongo que no podía ser peor.

Al final creo que Bob regresó a casa en unas veinticuatro horas, como marcaba el límite. Hice oídos sordos en especial a unos rumores sobre una fiesta salvaje en la Universidad de Chicago que duró del sábado al domingo por la noche y Bob, en un ejercicio de prudencia, nunca mencionó nada.

CITA CON UN DEMONIO eran los titulares del Arcano cuando salió al lunes siguiente y Susan vino a verme al hospital con una copia para hablar de ello. Parecía hacerle mucha gracia la escayola que me habían puesto para inmovilizarme las caderas hasta que los médicos estuvieran seguros de que no quedaba nada fracturado (por alguna razón, la máquina de rayos X se estropeaba cada vez que intentaban usarla conmigo), y comentó que era una lástima que no tuviera mayor movilidad. Me aproveché de su compasión para convencerla para tener otra cita y no pareció importarle mucho.

Esa vez no nos interrumpiría ningún demonio y gracias a Dios, no me haría falta ningún consejo ni ningún filtro de amor de Bob.

Le devolví el TrasAm a Mac, y a mí me devolvieron el Escarabajo azul. No fue del todo equitativo, pero al menos el Escarabajo aún tira; la mayoría de las veces.

Me aseguré de enviarle pizza a Pito-pito y a sus hadas amigas cada noche durante una semana y una vez por semana desde entonces para siempre. Estoy seguro de que el chico de Pizza Express pensó que era un chiflado por hacerle dejar una pizza al lado de la carretera. Pero, ¡que le den! Yo cumplo mis promesas.

Mister estaba un poco defraudado por todo, pero está muy por debajo de su dignidad fijarse en tales cosas.

¿Y yo? ¿Qué saqué con todo aquello? No estoy seguro. Escapé de algo que me perseguía desde hacía mucho tiempo. No sé muy bien de qué. No estaba seguro de quién estaba más en lo cierto con lo referente a que yo era un anticristo ambulante: la parte conservadora del Consejo Blanco, los hombres como Morgan o yo. Para ellos al

menos la cuestión ha sido enterrada en parte. Aunque para mí no estoy seguro. El poder está ahí. La tentación está ahí. Así son las cosas.

Puedo vivir con eso.

El mundo cada vez es más extraño, más oscuro a cada día que pasa. Las cosas giran más y más rápido y amenazan con salir mal. Halcones y halconeros. No se mantiene el equilibrio.

Pero en mi rincón del país estoy intentado estabilizar las cosas. No quiero vivir en la jungla de Victor, aunque al final lo devorara. No quiero vivir en un mundo donde mandan los fuertes y los débiles agachan la cabeza. Prefiero convertirlo en un sitio donde todo sea más tranquilo, donde los trolls se queden en sus grutas y los duendes no raptan a los niños de las cunas; un lugar donde los vampiros respeten los límites y donde las hadas tengan mucho cuidado.

Me llamo Harry Blackstone Copperfield Dresden. Invócalo bajo tu responsabilidad. Cuando las cosas se ponen raras, cuando lo que da miedo en la noche encienda la luz, cuando nadie pueda ayudarte, llámame.

Estoy en la guía.